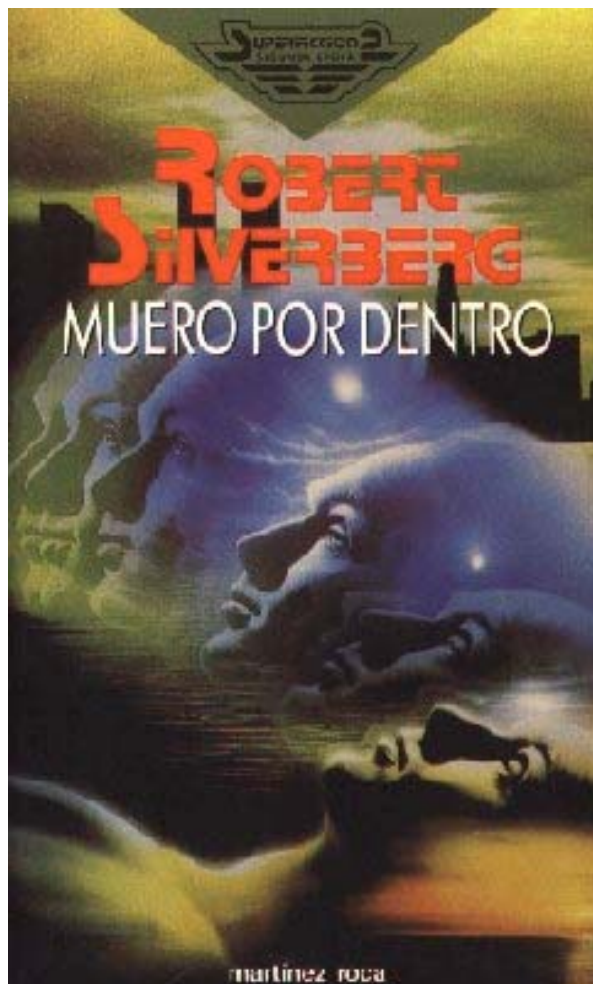


# MUERO POR DENTRO



**Robert Silverberg**



**Robert Silverberg**

Título original: Dying inside  
Traducción: Carlos Rodríguez  
© 1986 by Robert Silverberg  
© 1988 Ediciones Martínez Roca S.A.  
Gran Vía 774 7º - Barcelona  
Depósito Legal: B.26.359-1988  
R6 03/01

De nuevo tengo que ir al centro, a la Universidad, para buscar dólares. No es que necesite mucho para vivir - con 200 dólares al mes me va muy bien - pero estoy en las últimas y no me atrevo a pedirle otra vez dinero prestado a mi hermana. Falta poco para que los estudiantes tengan que preparar sus primeros trabajos del semestre; ése siempre es un negocio seguro. Nuevamente se alquila el cerebro cansado y desgastado de David Selig. Debería conseguir algún trabajo con el que ganarme 75 dólares en esta hermosa y dorada mañana de octubre. El aire es fresco y limpio. Aquí, en la ciudad de Nueva York, la presión atmosférica es elevada, con lo que la niebla se ha disipado y ha disminuido la humedad. Aunque mis poderes ya declinan, en un día como éste florecen. Cuando la mañana invade el cielo, adelante, tú y yo. Vamos a tomar el metro de Broadway-IRT. Por favor, ten preparadas las fichas.

Tú y yo. ¿Con quién hablo? A fin de cuentas, me dirijo solo al centro. Tú y Yo.

No hay duda de que me refiero a mí y a esa criatura que, oculta en su esponjosa guarida y espiando a mortales confinadas, vive dentro de mí. Ese monstruo solapado que hay dentro de mí, ese monstruo enfermo que, más rápidamente que yo, va muriendo. En una ocasión, Yeats escribió un diálogo entre el yo y el alma; entonces ¿por qué no puede Selig, que está, a pesar suyo, dividido de un modo, que el pobre y tonto Yeats no hubiera comprendido jamás, hablar de su don único y percedero como si fuera algún intruso encerrado en una cápsula alojada en su cráneo? ¿Por qué no? Así que, vamos, tú y yo. Atravesemos el pasillo. Apretemos el botón. Entremos en el ascensor. Hay un insoportable olor a ajo. Estos campesinos, este enjambre de portorriqueños dejan sus penetrantes olores por todas partes. Mis vecinos. Los amo. Abajo. Abajo.

Son las 10.43 de la mañana, hora de verano del Este. La temperatura actual en Central Park es de 14° C. El porcentaje de humedad es del 28% y el barómetro marca 30.30 y está bajando. El viento, de 18 kilómetros por hora, sopla del sector nordeste. El pronóstico es de tiempo bueno y cielo despejado para hoy, esta noche y mañana, con un ligero descenso de la presión atmosférica. Para hoy, la probabilidad de precipitaciones es de cero, del 10% para mañana. El nivel de calidad del aire está considerado bueno.

David Selig tiene cuarenta y un años y sigue contando. Su estatura es algo superior a la normal, su cuerpo es delgado, el del típico soltero acostumbrado a hacerse su propia comida. El ceño ligeramente fruncido y un gesto de perplejidad es la habitual expresión de su rostro. Parpadea mucho. Con su chaqueta de dril azul desteñido, sus botas para trabajo pesado y sus pantalones acampanados a rayas moda 1969, tiene un aspecto superficialmente juvenil, al menos de cuello para abajo. De hecho, parece una especie de refugiado de un laboratorio de investigación ilícito donde transplantan desde las calvas y arrugadas cabezas de hombres maduros y angustiados, a los reacios cuerpos de chicos adolescentes. ¿Cómo le ocurrió esto? ¿En qué momento comenzaron a envejecer su rostro y su cuero cabelludo? Mientras desciende de su refugio de dos ambientes, en el duodécimo piso, los cables colgantes del ascensor le lanzan risotadas. Se pregunta si esos oxidados cables podrán ser incluso más viejos que él. Pertenece a la cosecha de 1935. Imagina que este edificio pudo haber sido construido en 1933 o 1934. El Honorable Fiorello H. LaGuardia, alcalde. Cabe la posibilidad de que sea más reciente, construido justo antes de la guerra, por ejemplo. (¿Recuerdas 1940, David? Ése fue el año en que te llevamos a la Feria Mundial. Esto es el trylon, aquello es la periesfera.) Sea como sea, los edificios se están volviendo viejos. ¿Qué es lo que no envejece?

Cuando llega al séptimo piso, el ascensor se detiene haciendo un chirrido. Incluso antes de que se abra la puerta cubierta de cicatrices, detecto rápidamente una vibración mental de vitalidad femenina hispánica bailando al otro lado de las vigas. Desde luego, son enormes las probabilidades de que la que llama el ascensor sea una joven esposa portorriqueña - el edificio está lleno de ellas; a esta hora del día sus maridos están

trabajando - pero, de todos modos, tengo la casi plena seguridad de que estoy leyendo sus emanaciones psíquicas, de que no se trata de una simple corazonada. No cabe ninguna duda. Es baja morena, posiblemente de unos veintitrés años y en un avanzado estado de gravidez. Puedo recibir con toda claridad la doble emisión nerviosa: el vuelo rápido de su simple y sensual mente y el golpeteo borroso e indistinto del feto, de unos seis meses encerrado dentro de su firme y abultado cuerpo. Su cara es chata y sus caderas anchas, tiene ojos pequeños y brillantes y una boca de finos y apretados labios. Una segunda criatura, una niña sucia de unos dos años, agarra con fuerza el pulgar de su madre. Cuando entran en el ascensor la niña me dedica una risita, la mujer una breve y recelosa sonrisa.

Se sitúan dándome la espalda. Silencio profundo. Buenos días, señora. Bonito día, ¿no le parece señora? ¡Qué niña más bonita! Pero permanezco callado. Aunque no la conozco, se parece a todas las otras que viven en este edificio, incluso su emisión cerebral es material común, sin individualidad, indistinguible. Vagos pensamientos sobre plátanos y arroz, los resultados de la lotería de esta semana y los programas que esta noche pasan en televisión. Es una hembra tonta, pero es humana y la amo. ¿Cómo se llama? Quizás es la señora Altagracia Morales. La señora Amantina Figueroa. La señora Filomena Mercado. Me fascinan esos nombres. Poesía pura. Crecí entre chicas fuertes y regordetas llamadas Sondra Wiener, Beverly Schwartz, Sheila Weisbard. Señora, ¿es posible que sea la señora Inocencia Fernández? ¿La señora Clodomira Espinosa? ¿La señora Bonifacia Colón? Quizá la señora Esperanza Domínguez. Esperanza. Esperanza. Te amo, Esperanza. Esperanza que brota siempre del corazón humano. (Estuve allí la Navidad pasada para asistir a las corridas de toros. Esperanza Springs, Nuevo México; me hospedé en el Holiday Inn. No estoy bromeando.) Planta baja. Con agilidad, me adelanto para sostener la puerta abierta. La chiquita embarazada, hermosa e imperturbable, no me sonrío al salir.

Con paso ligero, voy camino del metro, hay unas cuantas travesías. Por estos barrios residenciales las calles son todavía empinadas. Subo a toda velocidad la escalera agrietada y descascarada y llego al nivel de la estación respirando casi con normalidad. Supongo que como resultado de una vida sana, una dieta simple, no fumo, no bebo mucho, nada de ácido o mescalina, nada de drogas estimulantes. A esta hora, la estación está prácticamente desierta. Pero no tardo en oír el sonido de ruedas que avanzan a toda velocidad, metal contra metal, y simultáneamente recibo el fulminante impacto de una súbita avalancha de mentes que arremeten juntas contra mí desde el norte, apiñadas dentro de los cinco o seis vagones del tren que se acerca. Las almas comprimidas de esos pasajeros forman una sola masa desordenada que avanza obstinadamente contra mí. Vibran como trémulo y gelatinoso plancton comprimido brutalmente en la red de algún oceanógrafo, creando un organismo complejo en el que las identidades individuales desaparecen. Cuando al fin el tren entra en la estación, logro percibir barboteos y chillidos aislados de individualidades distintas: un violento agujonazo de deseo, un graznido de odio, una punzada de remordimiento, un repentino refunfuño interior. Se elevan desde la confusa totalidad, del mismo modo que pequeños y extraños fragmentos de melodía surgen desde la oscura mancha orquestal de una sinfonía de Mahler. Hoy el poder se manifiesta engañosamente fuerte en mí. Estoy recibiendo mucho. Durante semanas, no se ha manifestado con tal fuerza. Sin duda, el bajo porcentaje de humedad es un factor positivo. Pero esto no me induce a pensar que mi habilidad está dejando de declinar. Cuando comencé a perder el pelo hubo un feliz período en el que el proceso de erosión pareció detenerse y revertirse, fue entonces cuando nuevas manchas de fina pelusa oscura comenzaron a brotar de mi frente desnuda. Tras ese inicial flujo de esperanza, afronté el asunto desde una perspectiva más realista: no se trataba de ninguna milagrosa repoblación, sólo un crispamiento de las hormonas, un cese temporal de la declinación en el que no se podía confiar. Al cabo de un tiempo, la línea de mi cuero cabelludo

nuevamente retrocedió. En este caso está ocurriendo lo mismo. Cuando se sabe que algo está muriendo dentro de uno, se aprende a no confiar demasiado en las vitalidades fortuitas de un momento fugaz. Aunque mi poder se manifiesta hoy con fuerza; posiblemente mañana sólo oiga lejanos y exasperantes murmullos.

Encuentro un asiento en un rincón del segundo vagón, abro mi libro y me dispongo a esperar que llegue a mi destino. Estoy leyendo a Beckett de nuevo, Malone muere; concuerda con mi estado de ánimo prevaleciente que, como habrán notado, es de autocompasión. Mi tiempo es limitado. De ahí que un hermoso día, cuando toda la naturaleza brilla y sonrío, las nubes sueltan sus negras cohortes inolvidables y se llevan para siempre el azul. Mi situación es en verdad delicada. Qué cosas hermosas, qué cosas importantes pasaré por alto debido al miedo, miedo de volver a caer en el viejo error, miedo de no terminar a tiempo, miedo de recrearme, por última vez, con una última efusión de desdicha, impotencia y odio. Son muchas las formas en las que lo inmutable busca alivio de su falta de forma. Ah sí, el bueno de Samuel, siempre listo con una o dos palabras de triste consuelo.

En algún punto concreto del trayecto, en la calle Ciento Ochenta, levanto la vista y veo a una muchacha que ocupa el asiento diagonalmente opuesto al mío y que, aparentemente, me está estudiando. Tiene poco más de veinte años, es atractiva de un modo poco llamativo, tiene piernas largas, pechos aceptables y una mata de pelo castaño rojizo. También tiene un libro - un ejemplar de bolsillo de Ulises, reconozco la tapa -, pero lo tiene abandonado sobre su falda. ¿Está interesada en mí? No estoy leyendo su mente. Cuando subí al tren, automáticamente reduje mi capacidad de recepción al mínimo, un truco que aprendí cuando era chico. Si en los trenes y otros lugares públicos cerrados no me aísla de los ruidos dispersos de la muchedumbre, me resulta imposible concentrarme. Sin tratar de detectar sus señales, intento adivinar qué está pensando de mí, éste es un juego que realizo con frecuencia. Qué inteligente parece ese hombre... Debe de haber sufrido mucho; su rostro se ve mucho más viejo que el resto de su cuerpo..., ternura en sus ojos..., una mirada tan triste..., un poeta, un erudito..., apuesto a que es muy apasionado..., vierte todo su amor reprimido en el acto físico, en las relaciones sexuales... ¿Qué está leyendo? ¿Beckett? Sí, un poeta, un novelista, debe de ser..., quizá alguien famoso... Sin embargo, no debo mostrarme demasiado agresiva. La insistencia lo disgustará. Una sonrisa tímida, eso lo cautivaré... Una cosa conduce a la otra... Lo invitaré a almorzar... Luego, para verificar la exactitud de mis percepciones intuitivas, sintonizo su mente. Al principio no hay señal. ¡Mis malditos poderes debilitados me traicionan de nuevo! Pero luego llega, con interferencias primero, al recibir también las reflexiones bajas y confusas de todos los pasajeros a mi alrededor, y luego el timbre claro y dulce de su alma. Está pensando en una clase de karate a la que asistirá, un poco más tarde, esta misma mañana, en la calle Noventa y Seis. Está enamorada de su instructor, un musculoso japonés con cicatrices de viruela. Lo verá esta noche. En su mente flota nebulosamente el recuerdo del sabor del sake y la imagen de su vigoroso cuerpo alzándose sobre el suyo. Nada hay sobre mí en su mente. Tan sólo soy parte del decorado, como el mapa de la red del metro que cuelga de la pared, sobre mi cabeza. Selig, siempre te mata tu egocentrismo. Lo cierto es que ahora en su rostro hay una tímida sonrisa dibujada, pero no es para mí, y cuando se da cuenta de que la estoy mirando fijamente, la sonrisa desaparece de inmediato. Vuelvo la atención a mi libro.

El tren me obsequia con una larga, penosa e imprevista parada en el túnel entre estaciones al norte de la calle Ciento Treinta y Siete. Por fin se pone de nuevo en marcha y me lleva hasta la calle Ciento Dieciséis, universidad de Columbia. Subí hacia la luz del sol. Exactamente un cuarto de siglo atrás, subí por primera vez esta escalera, en octubre del 51. Estudiante aterrorizado en el último año de la escuela secundaria, con acné y corte de pelo militar, venido de Brooklyn para asistir a mi entrevista para el ingreso a la facultad. Bajo las luces brillantes del vestíbulo de la universidad. El porte del entrevistador

era absolutamente sereno, maduro..., vaya, debía de tener unos veinticuatro o veinticinco años. De todos modos me permitieron ingresar en la facultad. A partir de entonces ésta se convirtió en mi estación del metro de todos los días, desde septiembre del 52 hasta que por fin me mudé de casa a una más cercana a la ciudad universitaria. En aquel tiempo había un viejo quiosco de hierro fundido en el nivel de la calle, que marcaba la entrada a las profundidades; estaba situado entre dos carriles de tráfico, y los estudiantes, con sus mentes distraídas y llenas de Kierkegaard, Sófocles y Fitzgerald, vivían cruzando sin mirar y morían atropellados. Pero ahora aquel quiosco no está y las entradas al metro están situadas, de un modo más racional, en las aceras.

Camino por la calle Ciento Dieciséis. A mi derecha, el extenso prado del campo sur; a mi izquierda, los poco empinados escalones que conducen a la biblioteca baja. Recuerdo cuando el campo sur era un campo de atletismo ubicado en medio de la ciudad universitaria: lodo, senderos, cerca. Durante mi primer año en la universidad, allí jugué al béisbol. Solíamos ir a los vestuarios que había en la entrada de la universidad y nos cambiábamos, y luego, con zapatillas y camisetas de deporte, pantalones cortos color gris sucio, sintiéndonos desnudos entre los otros estudiantes vestidos con traje de calle o uniforme del Centro de Entrenamiento de Oficiales de la Reserva, bajábamos a toda velocidad los interminables escalones hacia el campo sur para disfrutar una hora de actividad al aire libre. Era bueno para el béisbol. No era preciso tener demasiada fuerza, se requería reflejos rápidos y buen ojo. Yo tenía la ventaja de saber lo que estaba pensando el lanzador. Estaría allí diciéndose: Este tipo es demasiado flaco para pegarle, le lanzaré una pelota alta y rápida; así que yo estaría preparado para recibirla y mandarla con todas mis fuerzas al campo izquierdo, circundando las bases antes de que nadie supiera qué estaba ocurriendo. O el otro equipo probaría alguna estrategia poco acertada, como por ejemplo que el corredor de primera base comenzara a correr mientras el lanzador arrojaba la pelota y el bateador trataba de golpearla, y yo me movería sin esfuerzo para recoger la pelota que rebotaba en el suelo y ambos seríamos puestos fuera de juego. Por supuesto, era sólo béisbol y, en su mayoría, mis compañeros de clase eran gordiflones torpes que ni siquiera podían correr y mucho menos leer las mentes. Yo disfrutaba de la extraña sensación de saberme un atleta sobresaliente y me entregaba a fantasías tales como que llegaría a jugar para los Dodgers entre la segunda y la tercera base. Los Dodgers de Brooklyn, ¿recuerdan? Durante mi segundo año en la facultad cambiaron totalmente el campo sur, transformándolo en un hermoso parque cubierto de césped dividido por un paseo pavimentado en honor al segundo centenario de la universidad. Eso ocurrió en 1954. Dios, hace tanto tanto tiempo. Envejezco..., envejezco... Llevaré doblados los bajos de los pantalones. Las sirenas se cantan unas a otras. No creo que vayan a cantarme a mí.

Subo los escalones y me siento a unos cinco metros a la izquierda de la estatua de bronce del Alma Mater. Ésta es mi oficina, tanto si hace buen tiempo como si no. Los estudiantes saben dónde buscarme, y cuando estoy allí rápidamente se corre la voz. Hay otras cinco o seis personas que, como yo, prestan sus servicios - en su mayoría son graduados sin dinero y en apuros -, pero yo soy el más rápido y el más digno de confianza, y tengo un séquito de entusiastas. Sin embargo, hoy el negocio no comienza muy bien. Durante veinte minutos permanezco sentado, inquieto, con la vista fija en Beckett, observando al Alma Mater. Unos años atrás un lanzador de bombas radical abrió un boquete en el costado de la estatua, pero ya no hay indicios de ello. Recuerdo que la noticia me escandalizó, y que luego me escandalicé por haberme escandalizado: ¿por qué diablos tenía que importarme una estúpida estatua, símbolo de una estúpida universidad? Supongo que eso fue en 1969, allá por el neolítico.

- ¿Señor Selig?

Un enorme y musculoso atleta aparece ante mí. Anchas espaldas, rostro regordete e inocente. Está profundamente avergonzado. Estudia Literatura Comparada 18 y necesita

urgentemente entregar un trabajo sobre las novelas de Kafka, que no ha leído. (Estamos en la temporada de rugby; es el medio zaguero y está muy, muy ocupado.) Estipulo los términos y acepta de inmediato. Mientras permanece allí de pie, disimuladamente leo en él, captando su grado de inteligencia, su probable vocabulario, su estilo. Es más listo de lo que parece. La mayoría de ellos lo son. Podrían escribir perfectamente ellos mismos sus propios trabajos, pero les falta tiempo para hacerlo. Tomo notas, apuntando mis rápidas impresiones sobre él y se marcha contento. Después de eso, el negocio se activa: éste envía a un compañero de hermandad, el compañero envía a un amigo, el amigo envía a uno de su hermandad, una hermandad distinta, y la cadena se alarga hasta que, en las primeras horas de la tarde, advierto que ya tengo todo el trabajo que puedo realizar. Sé cuál es mi rendimiento máximo, así que todo está bien. Podré comer regularmente durante dos o tres semanas sin tener que recurrir a la generosidad renuente de mi hermana. A Judith le agrada no tener noticias mías durante un tiempo. Así que ahora a casa, a comenzar con mi trabajo. Soy bueno - elocuente, serio, profundo, de un modo convincentemente inmaduro - y puedo variar mis estilos. Soy experto en literatura, psicología, antropología, filosofía y todas las demás materias humanísticas. Gracias a Dios conservé mis propios trabajos; incluso al cabo de veintitantos años constituyen una buena fuente de información. Cobro 3,50 dólares por hoja mecanografiada; si mis sondeos indican que el cliente tiene dinero, a veces cobro más. Garantizo una calificación mínima de 7 o no hay honorarios. Nunca he tenido que devolver dinero.

Cuando tenía siete años y medio y estaba en tercer grado, causaba grandes dificultades a su maestra, así que enviaron al pequeño David al psiquiatra de la escuela, el doctor Hittner, para que lo examinara. La escuela era un costoso establecimiento privado ubicado en una tranquila calle poblada de árboles en un sector de Brooklyn llamado Park Slope. La orientación de la escuela era socialista-progresista, con una hipócrita base pedagógica de marxismo, freudianismo y John Deweyismo recalentados. El psiquiatra, un especialista en perturbaciones de niños de clase media, todos los miércoles por la tarde acudía a la escuela para escudriñar el alma de los pequeños que constituían un problema. Ahora le tocaba el turno a David. Por supuesto, sus padres dieron su consentimiento. Su conducta les tenía muy preocupados. Todos estaban de acuerdo en que era un chico brillante, era extraordinariamente precoz, con un elevado nivel de comprensión de los textos que correspondía a un niño de doce años; para los adultos, su grado de inteligencia les parecía casi alarmante. Pero su comportamiento en clase era incontrolable, camorrero e irrespetuoso; las tareas escolares, irremediamente elementales para él, le aburrían hasta la desesperación; sus únicos amigos eran los inadaptados de la clase, a quienes acosaba cruelmente. La mayoría de los chicos le odiaban y las maestras le temían dada su imprevisibilidad. Una vez probó el extinguidor de incendios de un pasillo sólo para asegurarse de que esparcía espuma como la gente afirmaba. Pasó lo que tenía que pasar. Llevó culebras a la escuela y las soltó en el salón de actos. Imitaba a sus compañeros de clase e incluso a sus maestros con una perversa exactitud.

- El doctor Hittner desea hablar un rato contigo - le dijo su madre -. Ha oído que eres un chico muy especial y le gustaría conocerte mejor.

David se resistió, armando un gran alboroto con el apellido del psiquiatra.

- ¿Hitler? ¿Hitler? ¡No quiero hablar con Hitler!

Era el otoño de 1942 y el juego de palabras infantil era algo inevitable, pero se aferró a él con una irritable obstinación.

- El doctor Hitler quiere verme. El doctor Hitler quiere conocerme.

- No, David - le dijo su madre -, es Hittner, Hittner, con una n.

De todos modos fue. Entró en el consultorio del psiquiatra pavoneándose. Cuando el doctor Hittner le sonrió con afabilidad y le dijo:

- ¿Qué tal, David?

David extendió un brazo rígido y dijo con brusquedad:

El doctor Hittner soltó una risita.

- Te has equivocado de hombre - dijo -. Soy Hittner, con una n.

Lo más probable es que hubiera tenido que soportar bromas semejantes. Era un hombre enorme con la cara larga como la de un caballo, boca ancha y carnosa y frente alta y curva. Sus ojos celestes pestañeaban detrás de las gafas sin montura en la parte interior. Su piel era suave y rosada, y tenía un penetrante y agradable olor. Estaba haciendo un gran esfuerzo por mostrarse amable, divertido, algo así como un hermano mayor, pero David no pudo evitar captar la impresión de que la fraternidad del doctor Hittner era fingida. Era algo que le pasaba con la mayoría de los adultos: sonreían mucho, pero por dentro estaban pensando cosas como: Qué mocosos inquietantes, qué chicos desagradables. Incluso su madre y su padre a veces pensaban en cosas como esas. Aunque no comprendía por qué los adultos decían una cosa con sus caras y otra con sus mentes, ya estaba acostumbrado a eso. Era algo que había llegado a esperar y a aceptar.

- ¿Qué te parece si jugamos a algo? - le preguntó el doctor Hittner.

Del bolsillo del chaleco de su traje de tweed sacó una pequeña esfera de plástico que pendía de una cadena de metal. Se la enseñó a David; luego tiró de la cadena y la esfera se desarmó en ocho o nueve pedazos de diferentes colores.

- Ahora, observa con atención mientras la vuelvo a armar - dijo el doctor Hittner. Sus dedos gruesos volvieron a armar la esfera con gran destreza. La desarmó de nuevo y, haciendo que rodase sobre la mesa, se la pasó a David -. Es tu turno. ¿Puedes armarla tú también?

David recordaba que el doctor había empezado cogiendo el pedazo blanco con forma de E y había encajado el pedazo azul con forma de D en una de sus ranuras. Luego, el pedazo amarillo, pero David no recordaba qué debía hacer con él; durante un momento permaneció inmóvil, perplejo, hasta que el doctor Hittner le lanzó obsequiosamente una imagen mental de la manipulación correcta. David lo hizo, el resto fue fácil. Aunque se atascó un par de veces, siempre pudo extraer la respuesta de la mente del doctor. ¿Por qué piensa que me está examinando, se preguntó David, si no cesa de darme tantos indicios? ¿Qué está comprobando? Cuando la esfera quedó armada, David se la devolvió.

- ¿Te gustaría quedarte con ella? - le preguntó el doctor Hittner.

- No la necesito - dijo David.

Pero, de todos modos, se la metió en el bolsillo.

Jugaron a otras cosas. Un juego estaba formado por pequeñas tarjetas del tamaño de naipes con dibujos de animales, árboles y casas; consistía en que David las dispusiera de modo que contaran un cuento, y luego contarle el cuento al doctor. Las desparramó al azar sobre el escritorio y fue inventando un cuento mientras hablaba.

- El pato entra en el bosque, ve usted, y se encuentra con un lobo, así que se convierte en una rana y salta sobre el lobo y va a caer justo dentro de la boca del elefante, pero escapa por el colmillo del elefante y cae en un lago, y cuando sale de allí ve a esta linda princesa que le dice que vaya con ella a casa y le ofrecerá pan de jengibre, pero él puede leer su mente y se da cuenta de que en realidad es una malvada bruja que...

Otro Juego incluía pedazos de papel que tenían grandes manchas de tinta azul:

- ¿Algunas de estas formas te recuerdan cosas reales? - preguntó el doctor.

- Sí - dijo David -, éste es un elefante, ve usted, su cola está aquí, y éste es su colmillo, y por aquí hace pipí.

Se había dado cuenta de que el doctor se interesaba muchísimo cuando hablaba de colmillos o pipí, así que le proporcionó abundante material en el que pudiera interesarse, encontrando tales cosas en cada mancha de tinta. Aunque a David le pareció un juego muy tonto, para el doctor Hittner era, por lo visto importante, ya que se apresuraba a tomar nota de cuanto decía David. Mientras el psiquiatra escribía, David estudió la mente



del doctor Hittner. La mayoría de las palabras que encontró en aquella mente eran incomprensibles, aunque pudo reconocer algunas; se trataba de términos que usaban los mayores para designar las partes del cuerpo y que su madre le había enseñado: "pene", "vulva", "nalgas", "recto", cosas como esas. Era evidente que al doctor Hittner le encantaban esas palabras, así que David comenzó a usarlas.

- Este es un dibujo de un águila que está levantando a una ovejita y sale volando con ella. Éste es el pene del águila, está aquí abajo, y aquí está el recto de la oveja. Y en el otro dibujo hay un hombre y una mujer, y ambos están desnudos, y el hombre está tratando de poner su pene dentro de la vulva de la mujer, pero no entra, y...

David miró al doctor Hittner, le sonrió y pasó a la próxima mancha de tinta.

Luego hicieron juegos de palabras. El doctor decía una palabra y le pedía a David que le respondiera con la primera que se le ocurriera. A David le pareció más divertido decir la primera palabra que se le pasara por la cabeza al propio doctor Hittner. Tan sólo tardaba una fracción de segundo en recibirla, y el doctor Hittner no pareció advertir qué estaba pasando. El juego se desarrolló así:

- Padre.
- Pene.
- Madre.
- Cama.
- Bebé.
- Muerto.
- Agua.
- Vientre.
- Túnel.
- Pala.
- Ataúd.
- Madre.

¿Eran esas las palabras que tenía que decir? ¿Quién era el vencedor en este juego?

¿Por qué parecía estar tan perturbado el doctor Hittner?

Por fin dejaron de jugar y se limitaron a hablar.

- Eres un chico muy inteligente - dijo el doctor Hittner -. No tengo que preocuparme por malcriarte al decírtelo, porque ya lo sabes. ¿Qué quieres ser cuando seas mayor?

- Nada.

- ¿Nada?

- Sólo quiero jugar, leer muchos libros y nadar.

- Pero ¿cómo te ganarás la vida?

- Cuando lo necesite, obtendré dinero de la gente.

- Si descubres cómo hacerlo, espero que me confíes el secreto - dijo el doctor -. ¿Estás contento en esta escuela?

- No.

- ¿Por qué no?

- Las maestras son demasiado estrictas. El trabajo es demasiado tonto. A los demás chicos no les caigo bien.

- ¿Te preguntaste alguna vez por qué no les agradas?

- Porque soy más inteligente que ellos - dijo David -. Porque... - Epa. Casi lo digo. Porque puedo saber lo que están pensando. Jamás debo decirle eso a nadie. El doctor Hittner se quedó esperando a que terminara la oración -. Porque armo mucho lío en clase.

- ¿Y por qué haces eso, David?

- No lo sé. Supongo que para hacer algo.

- Quizá si no hicieras tanto lío agradarías más a la gente. ¿No quieres agradar a la gente?

- No me interesa. No lo necesito.

- Todo el mundo necesita tener amigos, David.  
- Tengo amigos.  
- La señora Fleischer dice que no tienes muchos, que les sueles pegar a menudo y que les haces enfadar. ¿Por qué pegas a tus amigos?

- Porque no me agradan, son tontos.  
- Si es eso lo que piensas de ellos, entonces no son verdaderos amigos.

Encogiéndose de hombros, David dijo:

- Me las puedo arreglar sin ellos. Me divierto estando solo.

- ¿Eres feliz en tu casa?

- Supongo que sí.

- ¿Quieres a tus padres?

Una pausa. Una sensación de gran tensión desde la mente del doctor. Esta es una pregunta importante. Da la respuesta correcta, David. Dale la respuesta que quiere.

- Sí - dijo David.

- ¿Alguna vez quisiste tener un hermanito o una hermanita?

Ninguna vacilación ahora:

- No.

- ¿De verdad que no? ¿Te gusta estar solo?

David asintió.

- El mejor momento es por la tarde, cuando vuelvo de la escuela a casa y no hay nadie.

¿Voy a tener un hermanito o una hermanita?

Risas del doctor.

- No tengo la menor idea. Eso lo tendrían que decidir tus padres, ¿no crees?

- No les dirá que me consigan uno, ¿no? Quiero decir que usted les podría decir que sería bueno para mí tener uno, y entonces irían y lo conseguirían, pero en realidad no quiero...

"Estoy metido en un lío", advirtió David de repente.

- ¿Qué te hace pensar que les podría decir a tus padres que sería bueno para ti tener un hermanito o una hermanita? - preguntó el doctor con voz queda, con semblante muy serio ahora.

- No lo sé. Fue sólo una idea. - "Que encontré dentro de su cabeza, doctor. Y ahora quiero salir de aquí. No quiero hablar más con usted" -. Oiga, su nombre no es realmente Hittner, ¿verdad? ¿Con una n? Apuesto a que conozco su verdadero nombre. ¡Heil!

Nunca conseguí enviar o transmitir mis propios pensamientos a la mente de otra persona, ni aun cuando el poder se manifestó con la máxima fuerza. Lo único que podía hacer era recibir. Es posible que haya gente por ahí que sí pueda hacerlo, que pueda transmitir pensamientos incluso a aquellos que no poseen ningún don receptor especial, pero yo jamás fui uno de ellos. Por lo tanto, mi condena fue la de ser el bicho más repulsivo de la sociedad, el escuchador furtivo, el fisgón. Viejo proverbio inglés: El que espía por un agujero quizá vea cosas que le disgusten. Sí. Durante los años en que estaba particularmente ansioso por comunicarme con la gente, realizaba esfuerzos terribles para introducirles mis pensamientos. En clase, acostumbraba a sentarme con la mirada fija en la parte posterior de la cabeza de alguna niña y me esforzaba por enviarle mis pensamientos: Hola, Annie, David Selig llamando, ¿puedes leerme? ¿Puedes leerme? Te quiero, Annie. Cambio. Cambio y fuera. Pero Annie jamás me leía, y el flujo de su mente seguiría su curso como un plácido río, inalterado por la existencia de David

Selig.

Así pues, no había forma de que pudiera hablar a otras mentes, sólo podía limitarme a espiarlas. El modo en que el poder se manifiesta en mí siempre ha sido sumamente variable. Nunca he tenido mucho control consciente sobre él, a no ser el poder disminuir la intensidad de la recepción y poder sintonizar en cierta medida, básicamente tenía que recibir los pensamientos superficiales de una persona, las subvocalizaciones de las cosas

que estaba a punto de decir. Éstas me llegaban de un modo claro, como si estuviéramos manteniendo una conversación, exactamente como si las hubiera dicho; sólo que el tono de voz era distinto, no había duda de que no era un sonido producido por las cuerdas vocales. No recuerdo ningún momento, ni siquiera durante mi niñez, en el que confundiera la comunicación verbal con la comunicación mental. A lo largo de mi vida, esta facultad de leer los pensamientos superficiales se ha mantenido bastante uniforme: la mayor parte de las veces todavía puedo anticipar manifestaciones verbales, especialmente cuando estoy con alguien que tiene la costumbre de ensayar lo que quiere decir.

También podía, y en cierta medida aún puedo, prever intenciones inmediatas, tales como la decisión de darle un rechazazo en la mandíbula de alguien. Mi modo de saber estas cosas varía. A veces recibo una manifestación verbal interna coherente: Ahora voy a darle un rechazazo en la mandíbula o, si ese día el poder está trabajando en niveles más profundos, simplemente recibo toda una serie de instrucciones no verbales en los músculos que, en una fracción de segundo, se suma al proceso de levantar el brazo derecho para golpear la mandíbula. Llámelo lenguaje del cuerpo en la longitud de onda telepática.

Hay otra cosa que, aunque no siempre, he podido hacer: sintonizar las capas más profundas de la mente, el lugar donde habita el alma, si así prefieren llamarla. Donde la conciencia se halla bañada por una densa niebla de confusos fenómenos inconscientes. Allí donde se ocultan miedos, esperanzas percepciones, pasiones, propósitos, recuerdos, posiciones filosóficas, principios morales, anhelos, pesares, toda la acumulación confusa de hechos y actitudes que definen al yo íntimo. Generalmente, alguna parte de todo esto se filtra aun cuando establezco el más superficial contacto: no puedo evitar recibir cierta cantidad de información acerca de la coloración del alma. Pero alguna que otra vez, ahora ya casi nunca clavo mis garfios en la sustancia verdadera, en la totalidad de la persona. Con ello experimento éxtasis, una sensación de contacto electrizante. Todo ello unido, por supuesto, a una sensación de dolorosa y entumecedora culpa debido a mi fisgoneo total: ¿cuánto más mirón puede ser un hombre? A propósito, el alma habla un idioma universal. Cuando, pongamos por caso, miro dentro de la mente de la señora Esperanza Domínguez y recibo de ella un cotorreo en español, en realidad no sé qué está pensando, porque no entiendo mucho de español. Pero si llegara a las profundidades de su alma tendría una comprensión absoluta de todo lo que allí encontrara. La mente puede pensar en español, vasco, húngaro o finlandés, pero el alma piensa en un idioma sin idioma, accesible a cualquier engendro curioso y solapado que llega a escudriñar sus misterios.

No importa. Ahora estoy perdiendo todo ese poder.

Paul F. Bruno

Literatura Comparada 18, Prof. Schmitz

15 de octubre de 1976

Las novelas de Kafka

En el mundo de pesadilla de El proceso y El castillo hay una sola cosa segura: que la figura central, que significativamente se conoce por la inicial K, está condenada a la frustración. Aparte de esto, el resto es nebuloso e incierto, salas de tribunal surgen de departamentos, guardianes misteriosos le devoran a uno el desayuno, un hombre que se cree que es Sordini es en realidad Sortini. En cuanto al hecho central no cabe duda: K fracasará en su intento de alcanzar la gracia.

El tema de ambas novelas es el mismo, la estructura básica es aproximadamente la misma. En ambas, K busca la gracia y es conducido a la comprensión final de que le será negada. (Aunque El castillo no tiene final, su conclusión parece clara.) Kafka introduce a sus héroes en sus respectivas situaciones de maneras opuestas. En El proceso, Joseph K. permanece en actitud pasiva hasta que la inesperada llegada de los dos guardianes lo lanzan dentro de la acción del libro. En un principio, El castillo muestra a K como un

personaje activo que, por su cuenta, realiza esfuerzos para llegar al misterioso castillo. Sin embargo, no hay duda alguna de que el castillo lo llamó primero a él; dado que la acción no se originó en él mismo, comenzó siendo un personaje tan pasivo como Joseph K. La diferencia reside en que El proceso comienza en un punto anterior en la corriente temporal de la acción; de hecho, en el punto más anterior posible. El castillo observa más exactamente la antigua regla de comenzar in medias res, con K ya convocado y tratando de llegar al castillo.

El comienzo de ambos libros es rápido. Joseph K. es arrestado en el inicio mismo de El proceso, y K llega a lo que cree será la última parada antes del castillo en la primera página de la novela. De ahora en adelante ambos K luchan vanamente para lograr sus objetivos (en El castillo, simplemente llegar a la cima de la colina; en El proceso, primero comprender la naturaleza de su culpa y luego, al abandonar la esperanza de lograrlo, conseguir la absolución sin comprenderla). De hecho, con cada acción que realizan, ambos personajes se alejan más de su objetivo. El proceso alcanza su punto culminante en la maravillosa escena de la Catedral, probablemente la secuencia más aterradora en toda la obra de Kafka; en ella se permite a K que se dé cuenta de que es culpable y que jamás podrá ser absuelto. El capítulo siguiente, en el que se describe la ejecución de K, es poco más que un apéndice anticlimático. El castillo, menos completo que El proceso, carece del equivalente de la escena de la Catedral (¿quizá Kafka no pudo idearlo?) y, por lo tanto, artísticamente es menos satisfactorio que El proceso, una obra más breve, más profunda, con una estructura más compacta.

A pesar de su aparente sencillez, las dos novelas parecen haber sido construidas a partir de la estructura tripartita fundamental del ritmo trágico, denominada por el crítico Kenneth Burke "propósito, pasión, percepción". El proceso, sigue este esquema con mayor éxito que el incompleto El castillo; a través de la obra se muestra el propósito, alcanzar la absolución, como la pasión más atormentadora que un héroe ficticio haya sufrido jamás. Finalmente, cuando Joseph K ha cambiado su originaria actitud de desafío y confianza en sí mismo por un estado mental temeroso y tímido, y evidentemente está listo para rendirse a las fuerzas del Tribunal, el momento último de la percepción es inminente.

El agente utilizado para conducirlo a la escena del clímax es una clásica figura kafkiana: el misterioso "colega italiano que visitaba por primera vez la ciudad y tenía importantes e influyentes contactos que lo convertían en alguien importante para el Banco". La imposibilidad de la comunicación humana, tema constante en toda la obra de Kafka, también la encontramos aquí: aunque Joseph se ha pasado la mitad de la noche estudiando italiano, preparándose para la visita, con lo que está medio dormido, el extranjero habla un desconocido dialecto sureño que Joseph no puede comprender. Luego - un toque cómico como coronación - el extranjero comienza a hablar en francés, pero su francés resulta igualmente difícil de entender, y su tupido bigote frustra los intentos de Joseph de leerle los labios.

Una vez que llega a la Catedral, que le han pedido que muestre al Italiano (quien, como no nos sorprende descubrir, falta a la cita), la tensión aumenta. Joseph se pasea por el interior del edificio, de un edificio vacío, oscuro, frío, sólo iluminado por velas que brillan a lo lejos con vacilante llama, mientras afuera, la noche comienza a caer con inexplicable rapidez. Luego, el sacerdote le llama y le relata la alegoría del Portero. Sólo cuando concluye la historia nos damos cuenta de que no la hemos comprendido en absoluto; lejos de ser el cuento simple que pareció en un principio, se revela como algo complejo y difícil. Joseph y el sacerdote discuten minuciosamente la historia, cual dos eruditos rabinos polemizando acerca del Talmud. Poco a poco, las implicaciones van quedando claras, y tanto Joseph como nosotros vemos que la luz que fluye desde la puerta hasta la Ley no será visible para él hasta que ya sea demasiado tarde.

Estructuralmente hablando, la novela termina en ese momento. Por fin Joseph ha alcanzado la percepción final de que la absolución es imposible; su culpa queda establecida, y aún no va a recibir la gracia. Su búsqueda ha terminado. Se ha alcanzado el elemento final del ritmo trágico, la percepción que pone fin a la pasión.

Sabemos que Kafka había planeado otros capítulos en los que se mostraba el progreso del juicio de Joseph a través de varias etapas posteriores cuya culminación era su ejecución. Max Brod, el biógrafo de Kafka, dice que el libro podría haber sido infinitamente prolongado. Por supuesto, esto es cierto; es inherente a la naturaleza de la culpa de Joseph K el hecho de que jamás podría haber llegado a la Corte Suprema, del mismo modo que el otro K podría haber errado para siempre sin llegar jamás al castillo. Pero, estructuralmente, la novela concluye en la Catedral; el resto de lo que Kafka tenía planeado escribir no hubiera agregado esencialmente nada al conocimiento sobre sí mismo de Joseph. La escena de la Catedral nos confirma algo que desde la primera página hemos sabido: que no hay absolución. La acción termina con esa percepción.

El castillo, un libro mucho más largo y con una estructura más suelta, no tiene la fuerza de *El proceso*. Divaga, la pasión de K está definida con mucha menos claridad, y K es un personaje menos consecuente, no tan interesante desde el punto de vista psicológico como lo es en *El proceso*. Mientras que en el libro anterior se hace cargo activamente de su caso en cuanto se da cuenta de que está en peligro, en *El castillo* se convierte con rapidez en la víctima de la burocracia. En *El proceso*, el cambio de carácter va de una pasividad inicial a la actividad, para devenir nuevamente a una resignación pasiva tras la epifanía en la Catedral. En *El castillo*, K no sufre cambios tan claros; cuando comienza la novela es un personaje activo, pero pronto se pierde en el terrible laberinto de la aldea cercana al castillo, y se hunde más y más en la degradación. Joseph K. es un personaje casi heroico, mientras que el K de *El castillo* es tan sólo patético.

Los dos libros representan distintos intentos de contar la misma historia, la del hombre existencialmente libre que, de repente, se ve envuelto en una situación de la que no puede huir y que, tras realizar intentos por alcanzar la gracia que lo liberará de sus apuros, sucumbe. Desde una perspectiva actual, *El proceso* es, sin lugar a dudas, el mayor éxito artístico, sólidamente construido y, en todo momento, bajo el control técnico del autor. No obstante, *El castillo*, o mejor dicho el fragmento que tenemos de él, es, en potencia, la novela más grande. Todo lo que encontramos en *El proceso*, y mucho más, habría estado en *El castillo*. Pero uno tiene la sensación de que Kafka abandonó su trabajo sobre *El castillo* al darse cuenta de que le faltaban los medios para completarlo. No supo manejar el mundo de *El castillo*, con su vasto fondo de vida campestre brueghelesca, con la misma seguridad con que manejó el mundo urbano de *El proceso*. Además, hay una falta de urgencia en *El castillo*; dado que es inevitable, en ningún momento nos preocupa demasiado el destino de K; sin embargo, Joseph K. lucha contra fuerzas más tangibles y, hasta el final, tenemos la ilusión de que es posible que alcance la victoria. Además, *El castillo* es demasiado pesado. Al igual que una sinfonía de Mahler, se derrumba por su propio peso. Uno se cuestiona sobre si Kafka tenía en mente alguna estructura que le permitiera terminar *El castillo*. Es posible que nunca pensase en ponerle fin a la novela, sino que se propuso hacer que K errara en círculos cada vez más grandes, sin conseguir alcanzar jamás la trágica percepción de que nunca podría llegar al castillo. Quizá la causa de la relativa falta de forma de la obra posterior está en el descubrimiento que hace Kafka de que la verdadera tragedia de K, su personaje arquetípico del "héroe como víctima", no reside en su percepción final de la imposibilidad de alcanzar la gracia, sino en el hecho de que ni siquiera alcanzará esa percepción final. Aquí tenemos el ritmo trágico, una estructura que encontramos en toda la literatura, truncado para describir con más precisión la condición humana contemporánea, una condición tan detestable para Kafka. Joseph K., que en realidad alcanza una forma de gracia, adquiere así verdadero carácter trágico; K, que poco a poco y solo se hunde cada vez más podría simbolizar para

Kafka al individuo contemporáneo, tan abrumado por la tragedia general de su época que es incapaz de experimentar una tragedia en el plano individual. K es un personaje patético; Joseph K., trágico. Joseph K. es una figura más interesante, pero quizá era a K a quien Kafka comprendía más profundamente. Quizá para la historia de K no es posible ningún final salvo el sin sentido de la muerte.

No está mal. Seis hojas mecanografiadas a doble espacio a 3,50 por hoja, me proporcionará nada menos que 21 dólares por menos de dos horas de trabajo, y le proporcionaré al musculoso medio zaguero, el señor Paul F. Bruno, un 7 seguro del profesor Schmitz. No me cabe la menor duda ya que con el mismo trabajo, que difería sólo en algunos adornos estilísticos menores, obtuve un 6 con el muy exigente profesor Dupee en mayo de 1955. Tras dos décadas de inflación académica, hoy en día el nivel es más bajo. Hasta es posible que Bruno obtenga un 8 por el trabajo sobre Kafka. Posee la clase correcta de inteligencia seria, con la adecuada mezcla estudiantil de agudeza sutil y dogmatismo cándido, y Dupee encontró que el trabajo tenía "fuerza y claridad" en el 55, de acuerdo con su nota al margen Muy bien. Es hora de un guisado chino, y quizá también de un rollo de carne y verduras picadas. Luego me dedicaré a Odiseo como símbolo de la sociedad o quizá a Esquilo y la tragedia aristotélica. No puedo utilizar mis antiguos trabajos para éstos, pero no deben ser demasiado difíciles de realizar. Vieja máquina de escribir, vieja embustera, ampárame ahora y siempre con tu ayuda. Según pensaba Aldous Huxley la evolución había formado nuestros cerebros de tal modo que sirvieran como filtros que tamizaban una gran cantidad de material que no nos resulta de auténtica utilidad en nuestra diaria lucha por el pan. Visiones, experiencias místicas, fenómenos psíquicos tales como mensajes telepáticos de otros cerebros y todo tipo de cosas por el estilo fluirían eternamente dentro de nosotros de no ser por la acción de lo que Huxley llamó, en un libro breve titulado Cielo e infierno, la "válvula de reducción cerebral". ¡Demos gracias a Dios por la válvula de reducción cerebral! De no haberla desarrollado, constantemente nos distraerían escenas de increíble belleza, penetraciones espirituales de una grandeza abrumadora y contactos mentales abrasadores y absolutamente sinceros con los demás seres humanos. Afortunadamente, el funcionamiento de la válvula nos protege - a la mayoría de nosotros - de tales cosas, y somos libres para vivir nuestras vidas cotidianas como mejor nos convenga.

Por lo que parece, algunos de nosotros nacemos con válvulas defectuosas. Me refiero a artistas como Bosch o El Greco, cuyos ojos no veían el mundo tal y como se presenta ante nosotros. Me refiero a los filósofos visionarios, los extáticos y los que alcanzan el nirvana; me refiero a los miserables y extraños parásitos que pueden leer los pensamientos de otros. Mutantes, todos nosotros. Mutaciones genéticas.

Sin embargo, Huxley creía que utilizando diversos medios artificiales, se podía efectuar el buen funcionamiento de la válvula de reducción cerebral, con lo cual los mortales comunes podían tener acceso a los datos extrasensoriales habitualmente sólo vistos por los pocos elegidos. Pensaba que las drogas psicodélicas producen este efecto. Sugirió que la mescalina interfiere en el sistema enzimático que regula el funcionamiento del cerebro y, al hacerlo, "reduce la eficiencia del cerebro como instrumento para concentrar la mente en los problemas de la vida en la superficie de nuestro planeta. Esto... según parece, permite que entren en la conciencia ciertos tipos de sucesos mentales normalmente excluidos dado que no poseen valor de supervivencia. La enfermedad o la fatiga pueden originar intrusiones análogas de material inútil desde el punto de vista biológico, pero con valor estético y a veces espiritual. También puede llegarse a lo mismo mediante el ayuno o mediante un período de confinamiento en un lugar oscuro y de silencio absoluto".

A partir de su propia experiencia, David Selig puede decir muy poco acerca de las drogas psicodélicas. Tan sólo tuvo una experiencia con ellas, y no fue feliz. Eso ocurrió en el verano de 1968, cuando vivía con Toni.

Aunque Huxley tenía en alto concepto las drogas psicodélicas, no las consideraba el único medio de acceso a la experiencia visionaria. El ayuno y la mortificación física también conducían a esa experiencia. Escribió sobre místicos que "utilizaban con regularidad el látigo de cuero anudado o incluso de alambres de hierro. Estas flagelaciones eran el equivalente de importantes intervenciones quirúrgicas sin anestésicos, cuyos efectos en la química orgánica del penitente eran considerables. Durante la flagelación misma, se liberaban grandes cantidades de histamina y adrenalina; y cuando las heridas resultantes comenzaban a supurar (como sucedía prácticamente con todas las heridas antes de la era del jabón), diversas sustancias tóxicas, producidas por la descomposición de las proteínas, se introducían en la corriente sanguínea. Pero la histamina produce un choque que afecta tan profundamente a la mente como al cuerpo. Además, en grandes cantidades, la adrenalina puede causar alucinaciones, y se sabe que algunos productos de su descomposición producen síntomas semejantes a los de la esquizofrenia. Con respecto a las toxinas de las heridas, producen trastornos en los sistemas enzimáticos que regulan el cerebro y reducen su eficiencia como un instrumento para salir adelante en un mundo donde, desde el punto de vista biológico sobreviven los más aptos. Esto explicaría los motivos por los que el Cura de Ars solía decir que, en los días en que tenía plena libertad para flagelarse sin misericordia, Dios no le negaba nada. En otras palabras, cuando el remordimiento, el odio a uno mismo y el miedo al infierno liberan adrenalina e histamina, y cuando las heridas infectadas liberan proteínas descompuestas en la sangre, la eficiencia de la válvula de reducción cerebral disminuye y entran en la conciencia del asceta aspectos desconocidos de la "Mente Libre", incluidos fenómenos psíquicos, visiones y, si se está filosófica y éticamente preparado para ello, experiencias místicas".

Remordimiento, odio a uno mismo y miedo al infierno. Ayuno y oración. Látigos y cadenas. Heridas supurantes. Cada uno con su propio viaje, supongo, y buen provecho les haga. A medida que el poder se va debilitando en mí, a medida que muere el don sagrado, acaricio la idea de tratar de revivirlo a través de medios artificiales. ¿Ácido, mescalina, psilocibina?

Creo que no me gustaría volver a eso de nuevo. ¿Mortificación de la carne? Eso me parece obsoleto, como revivir las Cruzadas o usar polainas: algo que simplemente es inadecuado para 1976. De todos modos, dudo que pudiera llegar muy lejos con la flagelación. ¿Qué me queda entonces? ¿Ayuno y oración? Supongo que podría hacer ayuno. ¿Oración? ¿A quién? ¿A qué? Me sentiría realmente tonto. Querido Dios, devuélveme mi poder. Querido Moisés, por favor, ayúdame. Nada más que tonterías. Los judíos no rezan para pedir favores, porque saben que nadie responderá. Entonces, ¿qué me queda? ¿Remordimiento, odio hacia mí mismo y miedo al infierno? Esas tres cosas ya las tengo y no me sirven de nada. Es preciso probar otra forma de estimular el poder para que reviva. Inventemos algo nuevo. ¿Flagelación de la mente, quizá? Sí. Lo probaré. Sacaré los garrotes metafóricos y me castigaré. Flagelación de la mente dolorida, debilitada, palpitante, que se va desintegrando. La mente traicionera y detestable.

Pero, ¿por qué quiere David Selig recuperar su poder? ¿Por qué no dejar que vaya desapareciendo? Siempre ha sido una maldición para él, ¿no es cierto? Lo ha aislado de sus semejantes y lo ha condenado a vivir una vida sin amor. Déjalo en paz, David. Deja que desaparezca. Deja que desaparezca. Pero, sin el poder, ¿qué eres? Sin ese único medio de contacto vacilante, caprichoso e insatisfactorio con ellos, ¿cómo podrás tocarlos? Para bien o para mal, tu poder te une a la humanidad, es la única forma de unión que posees: no puedes tolerar la idea de renunciar a él. Admítelo: amas y desprecias este don tuyo. A pesar de todo lo que te ha hecho, temes perderlo. Aunque,

sabes que la lucha es inútil, lucharás por aferrarte a sus últimos vestigios. Sigue luchando, pues. Vuelve a leer a Huxley. Si te atreves, prueba con ácido. Prueba la flagelación. Al menos, prueba el ayuno. Muy bien, el ayuno. Decididamente no al guisado chino, ni al rollo de carne y verduras picadas. Coloquemos una hoja nueva en la máquina de escribir y pensemos en Odiseo como símbolo de la sociedad.

Escucha el suave timbre del teléfono. Es tarde, ¿quién será? ¿Tal vez Aldous Huxley desde la tumba, exhortándome a tener valor? ¿El doctor Hittner para hacerme algunas preguntas importantes sobre el pipi? ¿Toni, para decirme que está muy cerca de aquí con mil microgramos de un ácido que es dinamita y si me parece bien se acerca, y me lo trae? Seguro. Seguro. Desconcertado, me quedo mirando el teléfono. Ni siquiera en el apogeo de su fuerza, mi poder pudo penetrar en la conciencia de la Compañía Norteamericana de Teléfonos y Telégrafos. Suspirando, tras la quinta señal, levanto el auricular y oigo la dulce voz de contralto de mi hermana Judith.

- ¿Interrumpo algo? - Comienzo típico de Judith.

- Una tranquila noche en casa. Estoy haciendo un trabajo sobre La Odisea para un estudiante. ¿Tienes alguna idea brillante para mí, Jude?

- Hace dos semanas que no llamas.

- Estaba en bancarrota. Después de la escena de la última vez, no quería sacar a relucir el tema del dinero, y últimamente ha sido el único tema del que se me ocurre hablar, así que preferí no llamar.

- Tonterías - dice -, no estaba enfadada contigo.

- Parecías estar verdaderamente furiosa.

- No quise decir todo eso. ¿Por qué pensaste que hablaba en serio? ¿Sólo porque estaba gritando? ¿De verdad crees que te considero un... un... qué fue lo que te dije?

- Una sanguijuela inútil, creo.

- Una sanguijuela inútil. Tonterías. Esa noche estaba nerviosa Duv; tenía problemas personales, y además estaba a punto de venirme el periodo. Perdí el control. Me limitaba a gritar las primeras estupideces que pasaban por mi cabeza, pero ¿por qué creíste que hablaba en serio? Precisamente tú deberías haber sabido que no lo decía en serio. ¿Desde cuándo le das un valor literal a lo que dice la gente cuando habla?

- También lo estabas diciendo con la cabeza, Jude.

- ¿De veras? - De repente, su voz suena sumisa y arrepentida -. ¿Estás seguro?

- Me llegó con fuerza y claridad.

- ¡Por Dios, Duv, compréndelo! En ese momento de acaloramiento pude haber estado pensando cualquier cosa. Pero debajo de la furia, debajo, Duv, tenías que haberte dado cuenta de que no hablaba en serio. Que te quiero, que no deseo alejarte de mí. Eres todo lo que tengo, Duv, tú y el niño.

Para mí, su amor tiene un gusto desagradable, y su sentimentalismo todavía me gusta menos. Le digo:

- Ya no leo mucho de lo que hay debajo, Jude. Últimamente me cuesta demasiado. Pero de todos modos no vale la pena discutirlo. Soy una sanguijuela inútil, y he tomado prestado más de lo que puedes darme. La oveja negra de tu hermano mayor siente demasiada culpa ya tal y como están las cosas. Que me maldigan si jamás vuelvo a pedirte dinero prestado.

- ¿Culpa? Tú hablas de culpa, cuando yo...

- No - le advierto -, no se te ocurra empezar ahora con eso de la culpa, Jude. Ahora no.

- Su remordimiento por su antigua frialdad hacia mí tiene un sabor aún más desagradable que su amor reciente -. No tengo ganas de determinar la proporción de culpas esta noche.

- De acuerdo. De acuerdo. Pero, ¿andas bien de dinero ahora?

- Ya te dije, estoy haciendo trabajos para algunos estudiantes. Me voy arreglando.

- ¿Quieres venir a cenar mañana por la noche?



- Creo que va a ser mejor que trabaje. Tengo que escribir un montón de trabajos, Jude. Es la temporada de mayor actividad.

- Estaríamos sólo tú y yo. Y el chico, por supuesto, pero se acostaría temprano. Sólo tú y yo. Podríamos hablar. Tenemos tanto de qué hablar. ¿Por qué no vienes, Duv? No es preciso que trabajes día y noche. Te prepararé algo que te guste. Haré tallarines con salsa picante. Cualquier cosa. Tú eliges. - Esta hermana glacial que durante veinticinco años no me dio nada más que odio, ahora me está suplicando -. Ven y seré una madre para tí, Duv. Ven y déjame ser afectuosa, hermano.

- Quizá pasado mañana, ya te llamaré.

- ¿No hay ninguna posibilidad de que sea mañana?

- Creo que no - le digo. Se produce un silencio. No me quiere rogar. Interrumpo el repentino y estridente silencio diciendo -: ¿Qué has estado haciendo tú mientras tanto, Judith? ¿Te has estado viendo con alguien interesante?

- No he estado viendo a nadie. - El tono de su voz es cortante. Han pasado dos años y medio desde su divorcio; con bastante frecuencia se acuesta con hombres; los jugos se están agriando en su alma. Tiene treinta y un años -. Estoy en un periodo de descanso con respecto a los hombres. Quizá he terminado para siempre con ellos. No me importa si jamás vuelvo a acostarme con alguien.

Ahogo una risa triste.

- ¿Qué pasó con ese agente de viajes que veías? ¿Mickey?

- Marty. Esa fue simplemente una artimaña, me consiguió un viaje por toda Europa con un 10% de descuento en la tarifa de viaje. De otro modo no habría podido ir. Lo estaba usando.

- ¿Y?

- Me hacía sentir muy mal. Terminamos el mes pasado. No estaba enamorada, creo que ni siquiera me gustaba.

- Pero primero anduviste con él lo suficiente como para conseguir un viaje a Europa.

- A él no le costó nada, Duv. Yo tenía que irme a la cama con él; mientras que lo que él tuvo que hacer fue rellenar un formulario. Pero, ¿qué estás intentando decirme? ¿Que soy una ramera?

- Jude...

- De acuerdo, pues soy una ramera. Pero por lo menos ahora estoy intentando ir por el buen camino. Mucho zumo natural de naranja y mucha lectura seria. Ahora estoy leyendo a Proust, ¿puedes creerlo? He terminado Por el camino de Swann y mañana...

- Aún tengo trabajo que hacer esta noche, Jude.

- Lo siento. No quise molestar. ¿Vendrás a cenar esta semana?

- Ya veré, llamaré para confirmártelo.

- ¿Por qué me odias tanto, Duv?

- No te odio. Y estábamos acabando de hablar, creo.

- No te olvides de llamar - me dice. Agarrándose de un pelo.

Toni. Ahora debería hablarles de Toni

Hace ocho años, un verano, viví durante siete semanas con Toni. Ese fue el período más largo que jamás viví con alguien, a excepción de mis padres y mi hermana, de los que me alejé en cuanto me fue posible, y de mí, de quien no me puedo alejar. Toni fue uno de los dos grandes amores de mi vida, el otro fue Kitty Les hablaré de Kitty en alguna otra ocasión.

¿Puedo reconstruir a Toni? Lo intentaré con unas breves y rápidas pinceladas. Aquel verano tenía veinticuatro años. Una chica vivaracha y alta, entre un metro setenta y uno setenta y cinco, delgada, ágil y desgarrada a la vez. Piernas y brazos largos, muñecas y tobillos delgados. Su pelo color negro brillante, muy lacio, le caía en cascada hasta los hombros. Dulces ojos color castaño de mirada rápida, vivaracha y burlona. Una chica astuta y ocurrente, aunque realmente no era culta, sí extraordinariamente sabia. Desde el

punto de vista convencional, su rostro no era en absoluto bonito - boca demasiado grande, nariz prominente, los pómulos demasiado altos -, pero aun así, en conjunto producía un efecto erótico sumamente atractivo, suficiente como para que un montón de cabezas se volvieran cuando entraba en una habitación. Pechos grandes. Me gustan las mujeres de busto grande, frecuentemente necesito un lugar blando donde descansar mi fatigada cabeza, a menudo tan fatigada. Los sostenes que mi madre usaba eran de talla mediana, ninguna almohada cómoda allí. Aunque hubiera querido no habría podido amamantarme, pero tampoco quiso. (¿Llegaré a perdonarla por haberme dejado escapar del útero? ¡Oh, vamos, Selig, por el amor de Dios, muestra alguna devoción filial!)

Salvo en dos ocasiones, nunca examiné la mente de Toni. La primera vez, el día en que la conocí y la otra un par de semanas después; hubo una tercera vez el día en que nos separamos. Esta tercera vez fue un accidente absolutamente desastroso. La segunda también fue más o menos un accidente, aunque no del todo. Sólo la primera fue un escudriñamiento deliberado. Una vez que me había dado cuenta de que la amaba, me cuidé de no espiar jamás dentro de su cabeza. El que espíe por un agujero quizá vea cosas que le disgusten. Una lección que aprendí de muy joven. Además, no quería que Toni llegara a sospechar sobre mi poder, mi desgracia. Temía que eso la asustara y la hiciera alejarse de mí.

Ese verano trabajaba como investigador, ganando 85 dólares a la semana. Aquél era el último de una infinita serie de trabajos ocasionales que hacía para un conocido escritor profesional que estaba escribiendo un inmenso libro sobre las maquinaciones políticas que hubo en la fundación del Estado de Israel. Cada día, durante ocho horas, me dedicaba a examinar los archivos de periódicos viejos en las entrañas de la biblioteca de Columbia. Toni era revisora en la editorial en que aquel escritor iba a publicar su libro. Una tarde, cuando estaba a punto de terminar la primavera, conocí a Toni en el lujoso apartamento que mi jefe tenía en la avenida East End. Fui a entregar un montón de apuntes sobre los discursos de Harry Truman en la campaña de 1948 y dio la casualidad de que ella estaba allí, discutiendo algunas correcciones que había que hacer en los primeros capítulos. Su belleza me estremeció. Desde hacía meses no había estado con una mujer. Automáticamente supuse que era la amante del escritor - me han dicho que en ciertos altos niveles de la profesión literaria es una práctica común acostarse con los revisores - pero mis viejos instintos de fisgón en seguida me proporcionaron la verdadera información. Realicé un rápido sondeo de la mente de él y descubrí que era un sumidero de deseo frustrado por ella, ansiaba poseerla y era evidente que ella no lo deseaba en absoluto. Luego husmeé en la mente de ella. Me hundí bien hondo y me encontré en medio de un barro cálido y fértil. En seguida me orienté. Fragmentos aislados de autobiografía me bombardearon, incoherentes, no lineales: un divorcio, algunas relaciones sexuales buenas y otras malas, los días en la universidad, un viaje al Caribe, todo nadando alrededor en la misma forma caótica de siempre. Rápidamente dejé todo eso atrás y verifiqué lo que quería averiguar. No, no se acostaba con el escritor. Físicamente lo consideraba un cero a la izquierda. (Extraño, a mí me parecía atractivo, una figura romántica y atrayente, hasta donde puede juzgar ese tipo de cosas una insulsa alma heterosexual.) Ni siquiera le gustaba su forma de escribir, me enteré. Luego, mientras seguía escudriñando su mente, me enteré de algo más y mucho más sorprendente: yo parecía atraerle. La oración me llegó con toda claridad: Me pregunto si estará libre esta noche. Observó al maduro investigador de unos venerables treinta y tres años y con una calvicie incipiente y no le pareció repelente. Eso me sacudió de tal forma - el encanto de sus ojos oscuros, el erotismo de sus largas piernas dirigidos hacia mí - que salí disparado de su cabeza.

- Aquí están los apuntes sobre Truman - le dije a mi jefe -. Todavía falta material de la Biblioteca Truman en Missouri que aún no ha llegado.

Hablamos durante unos minutos sobre el próximo trabajo que me tenía preparado, y luego hice como que me marchaba. Una rápida mirada cautelosa hacia ella

- Espere - dijo ella -. Podemos volver juntos, estoy a punto de terminar con esto

El hombre de letras me lanzó una venenosa mirada de envidia. ¡Dios mío, despedido de nuevo! Pero cortésmente nos dijo adiós a los dos. Mientras el ascensor descendía, permanecemos alejados, Toni en un rincón, yo en el otro, con una vibrante pared de tensión y deseo entre los dos que nos separaba y unía a la vez. Tuve que luchar por no leerle la mente; sentía miedo, terror, no de recibir la respuesta incorrecta sino de recibir la correcta. En la calle también nos mantuvimos alejados, vacilando un momento. Por fin dije que buscaría un taxi para ir al Upper West Side - yo, un taxi, con 85 dólares a la semana - y le pregunté si la podía dejar en algún sitio. Dijo que vivía entre la Ciento Cinco y West End, bastante cerca. Cuando el taxi se detuvo delante de su apartamento me invitó a subir a tomar una copa. Tres habitaciones, amuebladas de un modo bastante sencillo: principalmente libros, discos, alfombras, posters. Cuando se disponía a servir un poco de vino para ambos, la aferré hacia mí y la besé. Tembló contra mi cuerpo, ¿o era yo el que temblaba?

Esa misma noche, un poco más tarde, mientras tomábamos un plato de sopa picante en el Great Shangai, dijo que se mudaría dentro de un par de días. El apartamento pertenecía a su actual compañero, con el que hacía sólo tres días que había roto. No tenía adónde ir.

- Sólo tengo una piojosa habitación - le dije -, pero tiene una cama doble.

Sonrisas tímidas, la suya y la mía. Así que se mudó a casa. Aunque no creía que estuviera enamorada de mí, tampoco se lo iba a preguntar. Si lo que sentía por mí no era amor, era algo bastante bueno, lo mejor que podía esperar; y en la intimidad de mi propia cabeza podía sentir amor por ella. Ella había necesitado un puerto en medio de la tormenta, yo se lo había ofrecido. Si eso era todo lo que yo significaba para ella en ese momento, que así fuera. Que así fuera. Había tiempo para que las cosas maduraran.

Durante nuestras dos primeras semanas dormimos muy poco. No es que las hubiéramos pasado haciendo el amor, aunque hubo mucho de eso; sino que hablábamos. Éramos nuevos el uno para el otro, y ése es el mejor momento de cualquier relación, cuando hay todo un pasado para compartir, cuando todo sale a borbotones y no hay necesidad de buscar cosas para decir. (No todo salió a borbotones. Lo único que le oculté fue el hecho central de mi vida, el hecho que ha moldeado todos y cada uno de los aspectos de mi persona.) Habló de su matrimonio - breve y vacío, cuando era joven, a los veinte - y de cómo había vivido durante los tres años siguientes a su divorcio: una sucesión de hombres, una inmersión en el ocultismo y la terapia de Reich, una nueva dedicación a su carrera en la editorial. Semanas vertiginosas.

Luego, nuestra tercera semana. Di una segunda ojeada a su mente. Una sofocante noche de junio, con una luna llena que enviaba una iluminación fría dentro de nuestra habitación a través de las persianas de listones. Estaba sentada a horcajadas sobre mí - su posición favorita - y su cuerpo, muy pálido, tenía un brillo blanquecino en la espectral oscuridad. Su figura larga y delgada se elevaba muy por encima de mí. Tenía el rostro medio escondido entre su pelo revuelto. Los ojos cerrados. Los labios laxos. Sus pechos, vistos desde abajo, parecían aún más grandes de lo que eran en realidad. Cleopatra a la luz de la luna. Se estaba meciendo y sacudiendo hacia un éxtasis propio, y su belleza y singularidad me abrumaron de tal forma que no pude resistir la tentación de observarla en el momento del clímax, observarla a todos los niveles. Así que abrí la barrera que tan escrupulosamente había erigido y, en el momento en que llegaba al orgasmo, mi mente tocó su alma con un dedo curioso y recibió toda la intensidad torrencial y volcánica de su placer. No hallé ningún pensamiento sobre mí en su mente. Sólo un verdadero frenesí animal que estallaba en cada célula de su cuerpo. He visto eso mismo en otras mujeres, antes y después de conocer a Toni, cuando alcanzan el orgasmo: son islas solitarias en el

vacío del espacio, conscientes sólo de sus cuerpos y quizá de esa rígida vara intrusa contra la que empujan. Cuando el placer las invade es un fenómeno curiosamente impersonal, no importa cuán titánico sea su impacto. Eso fue lo que ocurrió aquella vez con Toni. No hice ninguna objeción; sabía qué podía esperar y no me sentí engañado, rechazado o defraudado. De hecho, la unión de almas con ella en ese momento imponente sirvió para provocar mi propio orgasmo y triplicar su intensidad. Entonces perdí contacto con ella. El cataclismo del orgasmo quebranta el frágil vínculo telepático. Después, me sentí algo ruin por haber espiado, pero el sentimiento de culpa no fue excesivo. Qué cosa mágica fue, después de todo, haber estado con ella en ese momento. Haber tenido conciencia de su regocijo no sólo como espasmos impulsivos de su cuerpo, sino también como haces de luz brillante que fulguraban a través del oscuro terreno de su alma. Un instante de belleza y maravilla, una iluminación que jamás podré olvidar; pero que tampoco se podrá repetir. Una vez más, resolví mantener nuestra relación limpia y honesta. No tomar ventajas injustas. No volver a entrar jamás en su cabeza.

Pero a pesar de eso, algunas semanas después me encontré entrando en la conciencia de Toni por tercera vez. Por accidente. Por un maldito y abominable accidente. ¡Ay, esa tercera vez!

Ese mal viaje... ese desastre...

Esa catástrofe...

A principios de la primavera de 1945, cuando tan sólo tenía diez años, sus amantes padres le obsequiaron con una hermanita. Así fue exactamente como se lo comunicaron: su madre, con su falsa y más cálida sonrisa, lo abrazó y le dijo con su mejor tono de "así es como les hablamos a los chicos brillantes":

- Papá y yo tenemos una maravillosa sorpresa para ti, David. Vamos a obsequiarte con una hermanita.

Desde luego, no fue ninguna sorpresa. Durante meses, quizá durante años, lo habían estado discutiendo entre ellos, siempre suponiendo, equivocadamente, que su hijo, a pesar de lo inteligente que era, no comprendía de qué estaban hablando. Pensando que era incapaz de asociar un fragmento de conversación con otro, que le era imposible colocar los antecedentes correctos a sus pronombres deliberadamente vagos, los torrentes de "él" y "lo". Y, naturalmente, les había estado leyendo la mente. En aquellos días su poder era agudo y claro; en su habitación, tendido sobre la cama, rodeado de sus libros con las puntas dobladas y de sus álbumes de sellos, podía sintonizar sin ningún esfuerzo todo lo que ocurría detrás de la puerta cerrada de la habitación de sus padres, a quince metros de distancia. Era como una interminable transmisión de radio sin anuncios comerciales. Podía escuchar las estaciones WJZ, WHN, WEA, WOR y todas las del dial, pero la que escuchaba con mayor frecuencia era WPMS, Paul y Martha Selig. No tenían secretos para él. No le avergonzaba espiar. Preternaturalmente adulto, copartícipe de todos sus secretos, a diario meditaba sobre los crudos y ardientes aspectos de la vida matrimonial: las ansiedades financieras, los momentos de dulce cariño no diferenciado, los momentos de odio - contenido con remordimiento - por el cónyuge eterno y fastidioso, las alegrías y angustias de la copulación, los momentos de unión y de separación, los misterios de los orgasmos frustrados y las erecciones marchitadas, la concentración intensa y pavorosamente obstinada en el crecimiento y desarrollo correcto del niño. Una corriente continua de rica y abundante espuma fluía de sus mentes, y él la absorbía toda con avidez. Leer sus almas era su pasatiempo, su juguete, su religión, su venganza. Jamás sospecharon que lo hacía. Ésa era una cuestión de la que siempre trataba de asegurarse, husmeando con ansiedad para ver qué sabían, y siempre quedaba satisfecho: ni tan siquiera soñaban que su don existía. Tan sólo pensaban que su grado de inteligencia era anormalmente elevado, y jamás ponían en duda los medios por los que se enteraba tan a menudo de tantas cosas improbables. Quizá si se hubieran dado cuenta de la verdad, lo habrían asfixiado en la cuna. Pero ni siquiera vislumbraban la existencia

de su don. Año tras año, continuó espiando con toda comodidad, y su penetración se fue intensificando a medida que comprendía más y más el material que inconscientemente le ofrecían sus padres.

Sabía que el doctor Hittner - desconcertado, totalmente apabullado por el extraño chico Selig - pensaba que lo mejor para todos sería que los padres de David tuvieran un vástago. Esa fue la palabra que usó, vástago, y David tuvo que buscar, como en un diccionario, su significado en la cabeza de Hittner. Vástago: un hermano o una hermana para él. ¡Ah, el maldito traidor con cara de caballo! Aquello había sido lo único que el joven David le había pedido a Hittner que no sugiriera y, naturalmente, lo había sugerido. Pero, ¿qué otra cosa podía esperar? La conveniencia de un vástago había estado alojada allí, en la mente de Hittner, durante todo el tiempo como una granada. Una noche, mientras David leía la mente de su madre, había encontrado el texto de una carta de Hittner. El hijo único es un niño emocionalmente desposeído. Sin las peleas y la influencia recíproca entre los hermanos no es posible que aprenda las mejoras técnicas para relacionarse con sus semejantes, creándose una relación peligrosamente opresiva con sus padres, para quienes se convierte en un compañero en lugar de un dependiente. La panacea universal de Hittner: montones de vástagos. Como si en las familias numerosas no hubieran neuróticos.

David era perfectamente consciente de los desesperados esfuerzos de sus padres por seguir la prescripción de Hittner. No hay tiempo que perder; cada día que pasa el chico crece, sin hermanos, sin los medios para aprender las mejoras técnicas para relacionarse con sus semejantes. Así pues, noche tras noche, los pobres cuerpos envejecidos de Paul y Martha Selig tratan de resolver el problema. Sudorosos, se esfuerzan para seguir adelante con los prodigios contraproducentes de la sensualidad, y todos los meses, en un flujo de sangre, llega la mala noticia: no habrá vástago esta vez. Pero por fin la semilla echa raíces. No le dijeron nada sobre eso, quizá avergonzados de tener que admitir a un chico de ocho años que cosas como el acto sexual ocurrían en sus vidas. Pero él lo sabía. Sabía por qué el vientre de su madre estaba comenzando a abultarse y por qué aún vacilaban en explicárselo. También supo que el misterioso ataque de "apendicitis" de su madre en julio de 1944 fue en realidad un aborto. Supo por qué durante los meses siguientes la tragedia se dibujaba en sus rostros. Supo que ese otoño, el médico de Martha le dijo que en realidad no era prudente que tuviera hijos a los treinta y cinco años, que si insistían en tener un segundo hijo lo mejor sería que lo adoptaran. Supo cuál fue la traumática respuesta de su padre a esa sugerencia: ¿Qué, traer a casa a un bastardo abandonado por alguna sirvienta? Todas las noches, durante semanas, el pobre y viejo Paul permaneció despierto, dando vueltas en la cama, sin confesarle ni siquiera a su mujer por qué estaba tan perturbado; pero, sin saberlo, se lo estaba revelando a su entremetido hijo. Las inseguridades, las hostilidades irracionales. ¿Por qué tengo que criar al mocoso de un extraño, sólo porque ese psiquiatra dice que le hará algún bien a David? ¿Qué clase de basura estaré trayendo a la casa? ¿Cómo puedo querer a este niño que no es mío? ¿Cómo puedo decirle que es judío cuando - ¿quién sabe? - quizá lo haya engendrado algún inmigrante irlandés, algún limpiabotas italiano, algún carpintero? Todo esto lo percibe David, que todo lo percibe. Por fin, el viejo Selig habla con su mujer de sus temores, cuidadosamente repasados, diciendo: Quizá Hittner está equivocado, quizá esto sólo es una etapa por la que está pasando David y otro hijo no es la solución indicada. Diciéndole que tenga en cuenta los gastos, los cambios que deberán hacer en su modo de vida; no son jóvenes, tienen muy arraigadas ya sus costumbres, un hijo en este momento de sus vidas, el levantarse a las cuatro de la mañana, los llantos, los pañales. En silencio, David va alentando a su padre porque ¿quién necesita a ese intruso, a ese vástago, a ese enemigo de la paz? Pero, entre llantos, Martha se defiende hablando de la carta de Hittner, leyendo importantes pasajes de su extensa biblioteca sobre psicología infantil, citando condenables estadísticas sobre la incidencia de neurosis,

inadaptación, camas mojadas y homosexualidad entre hijos únicos. Para Navidad, el viejo cede. Está bien, está bien, adoptaremos un hijo, pero no aceptaremos cualquier cosa, ¿entiendes? Tiene que ser judío.

Semanas invernales recorriendo las agencias de adopción, diciéndole a David que estos viajes a Manhattan son simples salidas de compras. No lo engañaron. ¿Cómo podría alguien engañar al niño omnisciente? Con sólo mirar detrás de sus frentes podía saber que iban a comprar un vástago. Su único consuelo, su única esperanza era que no pudieran encontrar ninguno. Aún estaban en tiempos de guerra: si no era posible comprar un coche nuevo, quizá tampoco se pudiera conseguir un vástago. Al menos durante varias semanas ése pareció ser el caso. No había muchos bebés disponibles, y los que había parecían tener algún defecto grave: no del todo judíos, o de aspecto demasiado frágil, o demasiado irritables, o del sexo que no buscaban. Había algunos niños disponibles, pero Paul y Martha habían decidido conseguirle a David una hermanita. Eso limitaba mucho las cosas, puesto que la gente tendía a dar con más facilidad niños que niñas para adoptar.

Una nevada noche del mes de marzo David detectó una siniestra nota de satisfacción en la mente de su madre cuando acababa de regresar de otro viaje de compras. Mirando con más atención se dio cuenta de que la búsqueda había terminado. Había encontrado una hermosa niña de cuatro meses. La madre, de 19 años, no sólo era una judía auténtica, sino que además era estudiante universitaria, la agencia la había descrito como una joven "sumamente inteligente". No tan inteligente, por supuesto, como para evitar ser fertilizada por un joven y apuesto capitán de la fuerza aérea, también judío, mientras disfrutaba de un permiso en febrero de 1944. Aunque él sintió remordimiento por su descuido, no quiso casarse con la víctima de su lujuria, y estaba ahora de servicio activo en el Pacífico donde, según los padres de la chica, sólo merecía que lo mataran a tiros. La habían obligado a entregar a la criatura para la adopción David se preguntó por qué Martha no había traído al bebé a casa esa misma tarde, pero de pronto descubrió que por delante había varias semanas de formalidades legales, y sólo a mediados de abril por fin su madre le anunció:

- Papá y yo tenemos una maravillosa sorpresa para ti, David.

En honor a la madre de su padre adoptivo, recientemente fallecida, la llamaron Judith Hannah Selig. David la odió al instante. Había temido que la pusieran en su cuarto, pero no, colocaron la cuna en la habitación de sus padres; sin embargo noche tras noche, sus llantos llenaron todo el apartamento de estridentes e incesantes gemidos. Era increíble que pudiera hacer tanto ruido, Paul y Martha se pasaban la mayor parte del tiempo alimentándola o jugando con ella o cambiándole los pañales. Eso a David no le importó mucho, ya que los mantenía ocupados y no les permitía ejercer tanta presión sobre él. Pero detestaba tener a Judith en la casa. No veía nada de bonito en sus regordetes miembros, su pelo rizado y sus mejillas con hoyuelos. Al observarla mientras le cambiaban los pañales, encontró algún interés académico en su pequeña hendidura rosada, tan ajena a su experiencia; pero una vez que la vio, su curiosidad quedó satisfecha. Así que tienen una hendidura en vez de una cosa. Muy bien, pero ¿y qué? Por lo general era una distracción irritante. La lectura era su único placer, pero debido al ruido que hacía no podía leer tranquilamente. El apartamento siempre estaba lleno de parientes y amigos que hacían las rituales visitas al nuevo bebé, y sus estúpidas mentes convencionales inundaban el lugar con pensamientos tontos que, como mazos, hacían impacto en la conciencia vulnerable de David. Alguna que otra vez trató de leer la mente del bebé, pero allí no encontró nada salvo glóbulos vagos, borrosos y amorfos de sensaciones nebulosas; le había resultado más interesante leer las mentes de los perros y los gatos. Parecía no tener ningún pensamiento. Todo lo que pudo encontrar fueron sensaciones de hambre, de somnolencia y de débiles liberaciones orgásmicas cuando se mojaba los pañales.

Unos diez días después de su llegada decidió tratar de matarla telepáticamente. Mientras sus padres estaban ocupados en otras cosas, se dirigió a su habitación, fijó la mirada en el interior de la cuna de su hermana y se concentró con toda la fuerza que pudo en drenar su mente aún no formada fuera del cráneo. Si al menos hubiera algún modo de aspirar la chispa de intelecto que poseía, atraer su conciencia dentro de él, transformarla en un caparazón vacío y sin mente, seguramente moriría. Trató de clavar sus garfios en el alma de la niña. La miró fijamente a los ojos y abrió al máximo su poder recibiendo toda su débil emisión cerebral y tratando de sacar aún más. Ven... ven... tu mente se está deslizando hacia mí... la estoy recibiendo, la estoy recibiendo toda... ¡zam! ¡Tengo tu mente! Aquel conjuro no la alteró, así que siguió gorjeando y moviendo los brazos. La miró con mayor intensidad, redoblando el vigor de su concentración. La sonrisa de su hermana vaciló y desapareció. Frunció el entrecejo. ¿Era consciente de que la estaba atacando, o sólo se sentía molesta por las caras que ponía? Ven... ven... tu mente se está deslizando hacia mí...

Por un momento pensó que lo conseguiría de verdad. Pero luego la niña le lanzó una fría mirada de malevolencia, increíblemente feroz, verdaderamente aterradora por ser la de una criatura, y retrocedió, asustado, temiendo algún contraataque repentino. Al instante siguiente, ella estaba gorjeando de nuevo. Lo había vencido. Aunque siguió odiándola, nunca volvió a tratar de dañarla. Cuando creció y fue lo bastante grande como para saber lo que significaba el concepto del odio, tuvo plena conciencia de lo que su hermano sentía por ella. Y también lo odió. Demostró saber odiar con mucha más eficacia que él. ¡Ah, sí, era una experta odiando!

El tema de esta composición es "Mi primer viaje con ácido". El primero y el último, tuvo lugar ocho años atrás. En realidad, fue el viaje de Toni y no el mío. A decir verdad, la dietilamida de ácido lisérgico jamás pasó a través de mi aparato digestivo. Lo que hice fue hacerme llevar en el viaje de Toni. En cierto sentido aún sigo en ese viaje, ese viaje tan malo. Dejen que les cuente.

Esto ocurrió en el verano del 68. En sí, ese verano fue un mal viaje. ¿Recuerdan el 68? Ese fue el año en el que todos nos dimos cuenta de que todo el asunto se estaba yendo a pique. Me refiero a la sociedad norteamericana. Esa sensación omnipresente de derrumbe inminente y de deterioro que nos resulta tan familiar a todos. Creo que en verdad data del 68, cuando el mundo que nos rodeaba se convirtió en una metáfora del proceso de aumento entrópico violento que tenía lugar en nuestras almas - por lo menos en la mía - desde hacía tiempo.

Ese verano Lyndon Baines MacBird todavía estaba en la Casa Blanca, pero por poco tiempo puesto que había dimitido en el mes de marzo. Por fin Bobby Kennedy había encontrado la bala que llevaba su nombre, lo mismo que le había sucedido a Martin Luther King. Ninguno de los dos asesinatos fue una sorpresa; lo sorprendente fue que hubieran tardado tanto en cometerlos. Los negros estaban incendiando las ciudades; por aquel entonces, sólo quemaban sus barrios, ¿recuerdan? La gente normal y corriente comenzaba a vestir ropas estrafalarias para acudir al trabajo, pantalones acampanados, camisetitas y miniminifaldas, estaba de moda dejarse el pelo cada vez más largo, incluso los que pasaban de los veinticinco. Fue el año de las patillas y los bigotes a lo Buffalo Bill. Gene McCarthy, un senador - ¿de dónde? ¿Minnesota? ¿Wisconsin? - en las conferencias de prensa citaba poesías como parte de un intento de ganar la nominación presidencial demócrata, pero no cabía duda de que los demócratas, cuando se reunieran para su convención en Chicago, se la darían a Hubert Horatio Humphrey. (¿Y no fue esa convención un hermoso festival de patriotismo norteamericano?) En el otro campo, Rockefeller corría a toda velocidad para alcanzar a Dick, el Tramoso, pero todos sabían a dónde le estaba llevando eso. Seguramente no recuerden un lugar llamado Biafra, donde las criaturas morían de desnutrición, y los rusos movían sus tropas por

Checoslovaquia en otra demostración de hermandad socialista. En un lugar llamado Vietnam, que probablemente les gustaría no recordar, descargábamos napalm sobre todo lo que había a la vista con el fin de promover la paz y la democracia, y un teniente llamado William Calley acababa de coordinar la liquidación de más de 100 siniestros y peligrosos viejos, mujeres y niños en la ciudad de Mylai, sólo que aún no sabíamos nada de eso. Los libros que leía todo el mundo eran Parejas, Myra Breckinridge, Las confesiones de Nat Turner y El juego del dinero. No recuerdo las películas de ese año. Aún no habían filmado Busco mi destino y El graduado era del año anterior. Quizá fue el año de El bebé de Rosemary. Sí, creo que sí: 1968 fue, sin duda, el año del diablo. También fue el año en el que mucha gente madura de clase media comenzó a usar tímidamente palabras como "pot" y "yerba" cuando se referían a la marihuana. Algunos de ellos, además de hablar de ella, la fumaban. (Yo. Por fin comencé a fumar a los treinta y tres años.) Veamos, ¿qué más? El Presidente Jonson nombró a Abe Fortas presidente de la Corte Suprema para que reemplazara en el cargo a Earl Warren. ¿Dónde estás ahora, presidente Fortas, cuando te necesitamos? Créase o no, las conversaciones de paz de París acababan de empezar ese verano. Años más tarde nos llegó a parecer que las conversaciones se habían mantenido desde el principio de los tiempos, que eran tan eternas y perpetuas como el Gran Cañón y el Partido Republicano, pero no, las inventaron en 1968. Esa temporada Denny McLain estaba a punto de ganar 31 partidos. Supongo que McLain fue el único ser humano al que 1968 le resultó una experiencia provechosa. Sin embargo, su equipo perdió la Serie Mundial. (No. ¿Qué estoy diciendo? Los Tigers ganaron, 4 partidos a 3. Pero la estrella fue Mickey Lolich, no McLain.) Ésa es la clase de año que fue.

Dios, he olvidado una parte de historia significativa. En la primavera de 1968 tuvimos los disturbios en Columbia, cuando los estudiantes radicales ocuparon la ciudad universitaria (¡Kirk debe irse!), las clases fueron suspendidas (¡Ciérrenla!), los exámenes finales fueron aplazados y hubo altercados nocturnos con la policía, en los que varios cráneos universitarios fueron abiertos y mucha sangre de alta calidad fue a parar a los desagües. Resulta extraño que haya borrado ese acontecimiento de mi mente, cuando de todas las cosas que enumeré aquí fue la única que viví de cerca. Parado en Broadway y la calle Ciento Dieciséis, observando cómo pelotones de polis de mirada dura corrían a toda velocidad hacia la Biblioteca Butler. (Llamábamos "polis" a los policías antes de comenzar a llamarlos "cerdos", lo que ocurrió ese mismo año un poco más tarde.) Con la mano en alto haciendo el signo V de la Paz y gritando consignas estúpidas como el que más. Agazapado en el pasillo de Furnald Hall mientras la brigada con porras vestida de azul cometía desmanes. Debatiendo tácticas con un barbudo y andrajoso activista que terminó escupiéndome en la cara y llamándome un apestoso soplón liberal. Observando cómo dulces muchachas de Barnard se desgarraban las blusas y agitaban sus desnudos pechos delante de policías lujuriosos y exasperados, mientras lanzaban feroces epítetos anglosajones que las muchachas de Barnard de mi época remota ni siquiera habían oído pronunciar. Observando cómo un grupo de jóvenes y melencollos estudiantes de Columbia orinaban cual ritual sobre una pila de documentos de investigación robados del fichero de algún desafortunado profesor que preparaba su doctorado. Cuando me di cuenta de que incluso los mejores de nosotros éramos capaces de cometer excesos por la causa del amor, la paz y la igualdad humana, entonces supe que no podía haber esperanza para la humanidad. Durante aquellas oscuras noches miré dentro de las mentes de muchas personas y lo único que encontré fue histeria y locura. En una ocasión, desesperado al darme cuenta de que estaba viviendo en un mundo en el que dos bandos de locos luchaban para obtener el control del manicomio, fui a vomitar a Riverside Park tras unos disturbios especialmente sangrientos y me tomó desprevenido (¡a mí, desprevenido!) un hábil asaltante negro de catorce años que, con una gran sonrisa, me robó 22 dólares.



En 1968 estaba viviendo cerca de Columbia, en una residencia miserable de la calle Ciento Catorce, donde tenía una habitación mediana, además del derecho a usar el cuarto de baño y la cocina, con cucarachas, sin cargo alguno. Era el mismo lugar en el que había vivido durante mis dos últimos años en la Universidad, 1955-56. Por aquel entonces el edificio ya estaba venido a menos, y cuando al cabo de doce años regresé, se había convertido en un lugar repugnante - el patio estaba tapado de agujas hipodérmicas rotas de modo que el patio de otro edificio podía estar cubierto de colillas de cigarrillos -; pero tengo la extraña costumbre, un poco masoquista tal vez de no olvidar momentos de mi pasado, por muy desagradables que hayan sido, y cuando necesité un lugar para vivir elegí ése. Además, era barato - 14,50 dólares por semana - y debía estar cerca de la Universidad por el trabajo que estaba realizando, la investigación de un libro sobre Israel. ¿Me siguen todavía? Les estaba contando lo de mi primer viaje con ácido, que en realidad fue el viaje de Toni.

Durante casi siete semanas - unos días de mayo, todo junio y parte de julio - habíamos compartido nuestra ruinosa habitación, los buenos y los malos momentos, en medio de olas de calor, peleas y reconciliaciones. Había sido un tiempo feliz quizá el más feliz de mi vida. La quería y creo que ella también me quería. No he tenido demasiado amor en mi vida. No lo digo para que se compadezcan de mí, es simplemente la serena y objetiva expresión de un hecho. La naturaleza de mi condición disminuye mi capacidad de amar y ser amado. Un hombre en mis circunstancias, completamente expuesto a los pensamientos más íntimos de todos los que lo rodean, en verdad que no va a sentir una gran cantidad de amor. No sabe dar amor porque no confía demasiado en sus semejantes: conoce demasiados secretos sucios, y eso mata sus sentimientos hacia ellos. Incapaz de dar, tampoco puede recibir. Su alma, endurecida por el aislamiento y por no poder entregarse a los demás, se vuelve inaccesible y, por lo tanto, no resulta fácil que otros lo amen. El círculo se cierra y él queda atrapado adentro. Sin embargo, quise a Toni, tuve especial cuidado de no mirar demasiado hondo dentro de ella, y no dudaba de que mi amor era correspondido. De todos modos, ¿qué define el amor? Preferíamos la mutua compañía a la compañía de cualquier otro. Nos excitábamos recíprocamente de todas las formas imaginables. Jamás nos aburríamos. Nuestros cuerpos reflejaban la cercanía de nuestras almas: jamás dejé de tener una erección, a ella jamás le faltó lubricación, el acto sexual nos conducía a ambos al éxtasis. A estas cosas yo las llamaría parámetros del amor.

El viernes de nuestra séptima semana, cuando Toni regresó de la oficina, traía dos cuadraditos de papel secante blanco en el bolso. En el centro de cada cuadrado había una débil mancha azul verdosa. Durante unos instantes observé detenidamente esos cuadraditos sin entender nada.

- Ácido - dijo por fin.

- ¿Ácido?

- Ya sabes, LSD. Me los dio Teddy.

Teddy era su jefe, el jefe de redacción. LSD, sí, sabía lo que era. Había leído lo que en 1957 escribió Huxley sobre la mescalina. Estaba fascinado y tentado. Durante años había soñado con vivir una experiencia psicodélica; en una ocasión incluso intenté ofrecirme como voluntario para un programa de investigación sobre el LSD en el Centro Médico de Columbia. No tuve suerte, me presenté demasiado tarde. Luego, cuando la droga se puso de moda, comenzaron a oírse toda clase de espantosas historias sobre suicidios, psicosis y malos viajes. Conociendo mi vulnerabilidad, decidí que lo más prudente era dejar el ácido para otros. No obstante mi curiosidad al respecto persistía. Y ahora esos cuadraditos de papel secante en la palma de la mano de Toni.

- Se supone que es dinamita - me dijo -. Pura totalmente, calidad de laboratorio. Teddy ya viajó con una tira de esta banda y dice que es muy suave, muy pura, nada de

velocidad o basuras como ésa. Pensé que mañana podríamos pasar el día viajando y dormir el domingo para reponernos.

- ¿Los dos?

- ¿Por qué no?

- ¿Te parece prudente que ambos estemos fuera de juicio a la vez?

Me miró con extrañeza.

- ¿Crees que el ácido lo pone a uno fuera de juicio? - preguntó.

- No lo sé. Oí un montón de historias alarmantes.

- ¿Nunca viajaste?

- No - dije -. ¿Tú sí?

- Bueno, no. Pero observé a varios amigos míos mientras lo hacían.

Esto me recordó la vida que había llevado antes de conocernos, y sentí un dolor agudo.

- No pierden el juicio, David. Llegan a una especie de máximo frenesí que dura aproximadamente una hora, en la que las cosas a veces se mezclan un poco, pero básicamente alguien que está viajando permanece allí sentado tan lúcido y sereno como... bueno, Aldous Huxley. ¿Puedes imaginar a Huxley perdiendo el juicio? ¿Farfullando, babeando y destrozando muebles?

- ¿Pero qué me dices del tipo que mató a su suegra mientras estaba bajo los efectos del ácido? ¿Y la chica que saltó por una ventana?

Toni se alzó de hombros.

- Eran inestables - dijo con arrogancia -. Quizá lo que realmente buscaban era el asesinato o el suicidio, y el ácido sólo les dio el empujón que necesitaban para hacerlo. Pero eso no quiere decir que ni tú ni yo lo haríamos. O quizá se excedieron en la dosis o el ácido estaba mezclado con alguna otra droga. ¿Quién sabe? Esos son un caso entre un millón. Tengo amigos que han viajado cincuenta, sesenta veces, y jamás tuvieron un problema.

Parecía impaciente conmigo. Había un tono condescendiente y admonitorio en su voz. La estima que sentía por mí parecía haber disminuido considerablemente debido a mis vacilaciones de solterón; estábamos en los umbrales de una verdadera discusión.

- ¿Qué te pasa, David? ¿Te da miedo viajar? - inquirió.

- Cuando no sabemos a dónde nos va a llevar el ácido, creo que no es prudente que ambos viajemos a la vez, eso es todo.

- Viajar juntos es el acto de amor más grande que pueden realizar dos personas - me dijo.

- Pero es un acto peligroso. No sabemos qué ocurrirá. Mira, puedes conseguir más ácido si quieres, ¿verdad?

- Supongo que sí.

- Muy bien. Hagamos las cosas de manera ordenada, paso por paso. No hay prisa. Viaja tú mañana y yo te observaré. Yo viajaré el domingo y tú me observarás. Si a ambos nos gusta lo que el ácido les hace a nuestras cabezas, la próxima vez podemos viajar juntos. ¿De acuerdo, Toni? ¿De acuerdo?

No estaba de acuerdo. Estaba a punto de hablar, de formular un argumento, una objeción; pero también la vi contenerse, echarse atrás, reconsiderar su posición y decidir no hacer de aquello un tema de discusión. Aunque en ningún momento le leí la mente, por los gestos de su cara pude ver con toda claridad y evidencia cuáles eran sus pensamientos.

- De acuerdo - dijo con voz suave -. No vale la pena que discutamos por esto.

El sábado por la mañana se saltó el desayuno (le habían dicho que viajara con el estómago vacío) y, cuando yo terminé el mío, durante un rato permanecimos sentados en la cocina con uno de los cuadrados de papel secante colocado inocentemente sobre la mesa, entre nosotros. Simulamos que no estaba allí. Toni parecía algo tensa; no supe si le molestaba que hubiera insistido en que viajara sola o si, ahora que estaba a punto de

hacerlo, le preocupaba la idea de viajar. Apenas hablamos. Llenó un cenicero con un montón deprimente de cigarrillos a medio fumar. De vez en cuando sonreía nerviosamente; también de vez en cuando le tomaba la mano y le sonreía para alentarla. Mientras se desarrollaba esta conmovedora escena, entraron y salieron varios de los inquilinos con los que compartíamos la cocina de la residencia. Primero Eloise, la prostituta negra de piel lustrosa. Luego la señorita Theotokis, la enfermera de rostro ceñudo que trabajaba en el St. Luke's. El señor Wong, el misterioso chino bajo y regordete que siempre se paseaba en ropa interior. Aitken, el aplicado estudiante de Toledo, y su compañero de cuarto, Donaldson, un drogadicto de aspecto cadavérico. Algunos hicieron un gesto con la cabeza a modo de saludo, pero ninguno dijo nada, ni siquiera "Buenos días". En este lugar era de lo más correcto comportarse como si los vecinos fueran invisibles. La vieja y maravillosa tradición neoyorquina.

Alrededor de las diez y media de la mañana Toni dijo:

- Tráeme un poco de zumo de naranja, ¿quieres?

Abrió la nevera y saqué un envase que tenía mi nombre y le serví un vaso. Me guiñó un ojo y esbozó una amplia y arrogante sonrisa mostrando los dientes. Arrugó el papel secante, se lo metió en la boca y, con la ayuda del zumo de naranja, se lo tragó.

- ¿Cuánto tardará en surtir efecto? - pregunté.

- Hora y media más o menos - dijo.

En realidad, más bien fueron cincuenta minutos. Ya estábamos en nuestra habitación, la puerta cerrada con llave y una melodía débil y chirriante de Bach que salía del tocadiscos portátil. Yo trataba de leer, y lo mismo hacía Toni; no pasábamos las páginas con excesiva rapidez. De pronto, levantó la vista y dijo:

- Estoy empezando a sentirme un poco extraña.

- ¿Extraña en qué sentido?

- Mareada. Una ligera sensación de náuseas. Siento un ligero hormigueo en la nuca.

- ¿Te traigo algo? ¿Un vaso de agua? ¿Zumo?

- Nada, gracias. Estoy muy bien. De veras.

Una sonrisa, tímida pero auténtica. Aunque parecía sentir algo de aprensión no se la veía en absoluto asustada. Deseaba viajar. Dejé mi libro a un lado y la observé con atención, sintiéndome protector, incluso deseando tener la más mínima oportunidad para serle útil. No quería que tuviera un mal viaje, pero sí que me necesitara.

A través de su sistema nervioso me enviaba información sobre el progreso del ácido. Iba tomando notas hasta que me indicó que el ruido que hacía el lápiz contra el papel la distraía. Los efectos visuales estaban comenzando, veía las paredes algo cóncavas, y las grietas en el revoque estaban adquiriendo una textura y una complejidad extraordinarias. Todo parecía tener un color anormalmente brillante. Los haces de luz que entraban por la sucia ventana eran luminosos trozos del espectro, hechos añicos, derramados sobre el piso. La música (le había puesto unos cuantos de sus discos favoritos en el aparato cambiador) había adquirido una nueva y extraña intensidad; le resultaba difícil seguir la melodía y tenía la impresión de que el plato del tocadiscos se detenía y arrancaba continuamente, pero el sonido mismo, tenía una indescriptible calidad de densidad y tangibilidad que la fascinaba. Sentía también un silbido en el oído, como de aire que soplaba contra sus mejillas. Habló de que la invadía una extraña sensación.

- Estoy en otro planeta - dijo en dos ocasiones.

Se la veía sonrojada, exaltada, feliz. Al recordar los terribles cuentos que había oído sobre descensos al infierno provocados por el ácido, los relatos horripilantes de experiencias desagradables y agotadoras que los diligentes periodistas anónimos del Times y Life narraban para el deleite de millones de lectores, casi me puse a llorar de alivio ante la certeza de que mi Toni saldría de su viaje sin sufrir ningún daño. Había temido lo peor, pero todo estaba saliendo bien. Tenía los ojos cerrados, el rostro sereno y exultante, su respiración era profunda y tranquila. Mi Toni estaba perdida en reinos

trascendentales de misterio. Apenas me hablaba, de vez en cuando rompía sus silencios sólo para murmurar algo confuso y ambiguo. Había pasado ya media hora desde que por primera vez mencionó las sensaciones extrañas. Al ser arrastrada cada vez más hondo dentro de su viaje, mi amor por ella también se volvió más profundo. Su capacidad para afrontar la experiencia con el ácido era una prueba de la fortaleza básica de su personalidad, y eso me encantaba. Admiro a las mujeres fuertes y decididas. Ya estaba planeando mi viaje del día siguiente: seleccionando el acompañamiento musical, tratando de imaginar el tipo de distorsiones interesantes de la realidad que experimentaría, deseando comparar mis sensaciones con las de Toni. Estaba lamentando la cobardía que me había privado del placer de viajar con Toni ese día.

Pero, ¿qué es esto? ¿Qué le está pasando a mi cabeza? ¿Por qué esta repentina sensación de asfixia? ¿El fuerte latido en mi pecho? ¿La sequedad en mi garganta? Las paredes se están doblando; el aire parece pesado y sofocante; de repente, mi brazo derecho mide treinta centímetros más que el izquierdo. Estos son efectos que Toni había notado y me había descrito hacía sólo un momento. ¿Por qué los siento yo ahora? Tiemblo. Los músculos saltan espontáneamente en mis muslos. ¿Esto es lo que llaman un viaje de contacto? ¿Sólo por estar tan cerca de Toni mientras viaja; exhala partículas de LSD al respirar, me he drogado accidentalmente debido a alguna contaminación de la atmósfera?

- Mi querido Selig - me dice mi sillón con tono presumido -, ¿cómo puedes ser tan tonto? ¡Es evidente que estás extrayendo estos fenómenos de su mente!

¿Evidente? ¿De veras que es tan evidente? Considero la posibilidad. ¿Estoy leyendo a Toni sin saberlo? Por lo visto así es. En ocasiones pasadas siempre fue preciso hacer algún esfuerzo de concentración, aunque fuera muy leve, para poder enfocar bien lo que veía en otras cabezas. Pero, por lo visto, el ácido intensifica sus emisiones cerebrales y me llegan sin que yo las busque. ¿Qué otra explicación puede haber? Está transmitiendo su viaje y yo, de algún modo, he sintonizado su longitud de onda, a pesar de todas mis nobles resoluciones de respetar su intimidad. Y ahora, las extrañezas del ácido, esparcidas a través de la brecha que nos separa, me infectan también a mí.

¿Debo salir de su mente?

Los efectos del ácido me distraen. Miro a Toni y parece transformada. Un pequeño lunar oscuro en la parte inferior de su mejilla cerca de la comisura de los labios, lanza un torbellino de colores deslumbrantes: rojo, azul, violeta, verde. Sus labios son demasiado carnosos, su boca demasiado ancha. Y todos esos dientes. Hilera sobre hilera, como un tiburón. ¿Cómo es que no me di cuenta antes de esa boca rapaz? Me asusta. Su cuello se alarga; su cuerpo se comprime; sus pechos se mueven como gatos inquietos bajo su suéter rojo que yo tanto conocía y que ahora ha tomado un purpúreo matiz siniestro y amenazador. Miro hacia la ventana para escapar de ella. Los vidrios sucios tienen unas rajaduras que jamás había notado. No cabe la menor duda de que en cualquier momento la ventana explotará, lanzando una lluvia de fragmentos de vidrio ardientes sobre nuestros cuerpos. Parece que hoy el edificio de enfrente está anormalmente bajo amenaza en su forma alterada. El techo también está viniendo hacia mí. Oigo apagados toques de tambor que vienen de arriba - los pasos de mis vecinos, me digo - e imagino caníbales preparando su cena. ¿Esto es viajar? ¿Esto es lo que los jóvenes de nuestra nación han estado anhelando y haciendo voluntariamente para divertirse?

Antes de que las alucinaciones me vuelvan loco, debería cortar con todo esto. Quiero salir.

Bueno, es fácil. Tengo formas de suspender la recepción, de bloquear el flujo. Sólo que esta vez no funcionan. Estoy indefenso ante el poder del ácido. Trato de aislarme de estas extrañas y perturbadoras sensaciones, pero siguen marchando hacia mí. Estoy completamente abierto a todo lo que emana de Toni. Estoy atrapado. Voy cada vez más hondo. Esto es un viaje. Esto es un mal viaje. Esto es un viaje muy malo. ¡Qué extraño!

Toni estaba teniendo un buen viaje, ¿verdad? Entonces, ¿por qué yo, al hacerme llevar por un accidente en su viaje, tengo uno malo?

Todo lo que hay en la mente de Toni fluye dentro de la mía. La experiencia de recibir el alma de otra persona no es nueva para mí, pero jamás he experimentado una transferencia semejante, ya que la información, modulada, por la droga, me llega espantosamente distorsionada. Soy un espectador renuente en el alma de Toni, y lo que allí veo es una fiesta de demonios. ¿Puede existir tal oscuridad dentro de ella? En las otras ocasiones no vi nada por el estilo: ¿el ácido ha liberado algún nivel de pesadilla al que no tuve acceso antes? Su pasado desfila ante mí. Imágenes llamativas bañadas por una tenue luz. Amantes. Copulaciones. Abominaciones. Un torrente de sangre menstrual, ¿o ese río escarlata es algo aún más siniestro? Aquí hay un coágulo de dolor: ¿qué es eso, crueldad hacia otros, crueldad consigo misma? ¡Y miren cómo se entrega a ese ejército de hombres monstruosos! Avanzan mecánicamente, cual legión amenazadora. Los rígidos penes brillan con una terrible luz roja. Uno tras otro se hunden dentro de ella, y veo la luz que fluye de su entrepierna cuando lo hacen. Sus rostros son máscaras. No conozco a ninguno. ¿Por qué no estoy yo también en la fila? ¿Dónde estoy yo? ¿Dónde estoy yo? Ah, allí: en un rincón, insignificante, improcedente. ¿Esa cosa soy yo? ¿Así es como me ve en realidad? ¿Un vampiro velludo, una sanguijuela acurrucada y agazapada? ¿O solamente es la imagen que David Selig tiene de David Selig, que salta entre nosotros como los reflejos en los espejos paralelos de una peluquería? Que Dios me ayude, ¿estoy pasándole mi propio mal viaje a ella, después de leerlo de su mente y culpándola por albergar pesadillas que ella no ha concebido?

¿Cómo puedo romper ese vínculo?

Me levanto con dificultad, vacilante. Me tambaleo, tengo los pies torcidos, siento náuseas. La habitación gira velozmente alrededor de mí. ¿Dónde está la puerta? La perilla de la puerta se aleja de mí. Voy directamente hacia ella.

- ¿David? - Su voz retumba interminablemente -. David David David David David David David...

- Aire fresco - musito -. Sólo salgo afuera un minuto...

No sirve de nada. Las imágenes espeluznantes me persiguen incluso cuando abandono la habitación. Sudoroso, me apoyo contra la pared, me aferro a la oscilante pared. El chino pasa junto a mí como un fantasma. A lo lejos oigo el teléfono que suena. La puerta de la nevera se abre y se cierra, se abre y se cierra, el chino pasa junto a mí por segunda vez desde la misma dirección, y la perilla de la puerta se aleja de mí, mientras el universo se pliega sobre sí, encerrándome en un momento lleno de ondas. La entropía disminuye. La pared verde transpira sangre verde. Una voz áspera dice:

- ¿Selig? ¿Pasa algo malo?

Es Donaldson, el drogadicto. Su rostro es el rostro de una calavera. Su mano sobre mi hombro es puro hueso.

- ¿Estás enfermo? - pregunta.

Sacudo la cabeza. Se inclina hacia mí hasta que sus órbitas vacías quedan a sólo centímetros de mi cara, y me observa detenidamente. Luego añade:

- ¡Estás viajando, viejo! ¿No es cierto? Escucha, si estás en un mal viaje, ven a nuestro cuarto, tenemos algo que te podría ayudar.

- No. No hay ningún problema.

Con paso vacilante entro en mi habitación. La puerta, de repente flexible, no quiere cerrarse; la empujo con ambas manos, manteniéndola en su lugar hasta que el pestillo hace clic. Toni está sentada en el mismo sitio donde la dejé. Parece desconcertada. Su cara es algo monstruoso, puro Picasso; me alejo de ella consternado.

- ¿David?

Su voz suena cascada y ronca, y parece estar afinada en dos octavas simultáneas con un relleno de lana áspera entre el tono más agudo y el más grave. Agito las manos con

desesperación, tratando de hacerla callar, pero sigue hablando, manifestando preocupación por mí, queriendo saber qué ocurre, por qué he estado entrando y saliendo de la habitación como un loco. Cada sonido que emite es un tormento para mí. Y las imágenes no dejan de fluir de su mente a la mía. Ese murciélago peludo lleno de dientes, que tiene mi cara, sigue mirando con cólera desde un rincón de su cráneo. Toni, creía que me amabas. Toni, pensaba que te hacía feliz. Caigo de rodillas y exploro la alfombra llena de tierra, de un millón de años, una pieza desteñida, raída y gastada del periodo pleistoceno. Se acerca a mí, se agacha solícita, ella, que está viajando, preocupada por el bienestar de su compañero que no quiso viajar y que misteriosamente también está viajando.

- No comprendo - susurra -. Estás llorando, David. Tu cara está llena de manchas. ¿Dije algo malo? Por favor, no sigas, David. Estaba teniendo un viaje tan bueno, y ahora... no entiendo...

El murciélago. El murciélago abre sus alas elásticas. Muestra sus colmillos amarillos. Muerde. Chupa. Bebe.

Pronuncio con dificultad algunas palabras:

- Yo... también... estoy... viajando...

Mi cara golpea contra la alfombra. El olor a tierra penetra en mi nariz seca. Trilobites que se arrastran por mi cerebro. Un murciélago que se arrastra por el de ella. Risas chillonas en el pasillo. El teléfono. La puerta de la nevera: ¡bum, bum, bum! En el piso de arriba los caníbales bailan. El techo que hace presión sobre mi espalda. Mi mente hambrienta que saquea el alma de Toni. El que espíe por un agujero quizá vea cosas que le disgusten. Toni dice:

- ¿Tragaste el otro pedazo con ácido? ¿Cuándo?

- No lo hice.

- Entonces, ¿cómo puedes estar viajando?

No respondo. Me acurruco, me agazapo, transpiro, gimo. Esto es el descenso al infierno. Huxley me lo advirtió. No quería el viaje de Toni. No pedí ver nada de esto. Ahora mis defensas han quedado destruidas. Toni me abrume. Me hunde.

Toni dice:

- ¿Me estás leyendo la mente, David?

- Sí. - La última confesión miserable -. Te estoy leyendo la mente.

- ¿Qué has dicho?

- He dicho que te estoy leyendo la mente. Puedo ver cada uno de tus pensamientos, de tus experiencias. Me veo del modo en que tú me ves. ¡Dios mío, Toni, Toni, Toni, es espantoso!

Me agarra y trata de levantarme para que la mire. Finalmente me incorporo. Su cara está terriblemente pálida; los ojos rígidos. Pide una explicación. ¿Qué es eso de leer la mente? ¿Lo ha dicho de verdad, o es algo que su mente ofuscada por la droga ha inventado? Lo he dicho de verdad, le contesto. Me has preguntado si te estaba leyendo la mente y te he dicho que sí, que lo estaba haciendo.

- Nunca te he preguntado nada por el estilo - me dice.

- He oído cómo lo preguntabas.

- Pero no lo he dicho... - Ahora tiembla. Temblamos los dos. El tono de su voz es de desolación -. Estás tratando de arruinarme el viaje, ¿no es cierto, David? No entiendo. ¿Qué motivos tienes para querer hacerme daño? ¿Por qué me estás confundiendo? Era un buen viaje. Era un buen viaje.

- No para mí - le digo.

- Tú no estabas viajando.

- Pero lo estaba haciendo.

Sus ojos se clavan en mí llenos de una total incompreensión se aleja de mí y se deja caer sobre la cama, sollozando. Desde su mente, a través de las imágenes grotescas

producidas por el ácido, me llega una ráfaga de emociones amargas: miedo, resentimiento, dolor, furia. Piensa que he tratado deliberadamente de hacerle daño. Nada de lo que pueda decirle cambiará las cosas. Ya nada podrá cambiar las cosas jamás. Me desprecia. Para ella soy un vampiro, una sanguijuela, un parásito; sabe qué clase de don es el mío. Hemos cruzado un umbral fatal y jamás volverá a pensar en mí sin sentir angustia y vergüenza. Ni yo en ella. Corriendo, salgo de la habitación, atravieso el pasillo hacia la habitación que comparten Donaldson y Aitken.

- Un mal viaje - murmuro -. Siento molestarlos, pero...

El resto de la tarde la pasé con ellos. Me dieron un tranquilizante y me ayudaron a llegar al final del viaje con suavidad. Durante una media hora más me siguieron llegando de Toni las imágenes psicodélicas, como si un inexorable cordón umbilical nos uniera a través del pasillo; pero luego, para mi alivio, la sensación de contacto empezó a debilitarse y declinar y, de repente, con una especie de clic audible en el momento de la separación, desapareció por completo. Mi alma dejó de sentirse acosada por los extravagantes fantasmas. El color, la dimensión y la textura retomaron a sus estados normales. Y por fin quedé libre de esa despiadada imagen mía reflejada. Cuando por fin volví a estar completamente solo en mi cráneo, tuve ganas de llorar para celebrar mi liberación, pero las lágrimas no brotaban. Así que permanecí sentado pasivamente, sorbiendo un Bromo-Seltzer. El tiempo pasó muy lentamente. Donaldson, Aitken y yo hablamos de una manera normal y civilizada sobre Bach, el arte medieval, Richard M. Nixon, marihuana y otros muchos temas. Aunque apenas los conocía, estaban dispuestos a perder un poco de su tiempo para aliviar el dolor de un desconocido. Al cabo de un rato me sentí mejor. Poco antes de las seis de la tarde, les di las gracias por todo lo que habían hecho por mí y regresé a mi habitación. Toni ya no estaba allí. El lugar parecía extrañamente distinto. En las estanterías faltaban libros, en las paredes cuadros; la puerta del armario estaba abierta y faltaba la mitad de las cosas. Dado mi confuso y fatigado estado, tardé un momento en comprender lo que había ocurrido. Al principio imaginé que se trataba de un robo, un secuestro, pero luego vi la verdad. Se había marchado.

Hoy el aire comienza a invadirse de los primeros indicios del invierno: pega mordiscos vacilantes en las mejillas. Octubre está muriendo con demasiada rapidez. El cielo está jaspeado y tiene un aspecto enfermizo, cubierto de una confusa masa de nubes tristes, pesadas y bajas. Ayer llovió, y la lluvia arrancó de los árboles sus amarillas hojas, que ahora yacen pegadas al pavimento de College Walk, junto con las ramas rotas por el fuerte viento. Por todas partes hay charcos. Antes de sentarme junto a la enorme figura verde de Alma Mater, sobre los fríos y húmedos escalones de piedra, extendo cuidadosamente hojas de diario, secciones escogidas del ejemplar de hoy del Columbia Daily Spectator. Veintitantos años atrás, cuando era un estudiante tontamente ambicioso que soñaba con hacer carrera en el periodismo - ¡qué sagaz, un reportero que lee mentes! - el Spec me parecía algo fundamental en mi vida; ahora sólo me sirve para no mojarme el trasero.

Tomo asiento. Horario de oficina. Sobre mis rodillas hay una gruesa carpeta cerrada con una cinta de goma ancha. En su interior están los cinco trabajos, los productos de mi atareada semana; cada una escrita esmeradamente a máquina y sujeta con un clip. Las novelas de Kafka. Shaw como dramaturgo. El concepto de los apriorismos sintéticos. Odiseo con símbolo de la sociedad. Esquilo y la tragedia aristotélica. La vieja mierda académica, corroborada con su irremediable fecalidad por el deseo de estos brillantes jóvenes de que un viejo graduado realice el trabajo por ellos. Éste es el día acordado para entregar los trabajos y, posiblemente, para conseguir más.

Las once menos cinco, mis clientes no tardarán en llegar. Mientras espero, examino a la gente que pasa. Estudiantes cargados de libros que caminan de prisa. Pelos que se agitan al viento, pechos que se mueven. Todos parecen alarmantemente jóvenes, incluso los barbudos. Especialmente los barbudos. ¿Se dan cuenta de que cada año hay más

gente joven en el mundo? Su tribu no deja de aumentar en tanto que los viejos fastidiosos mueren al final del camino y yo me dirijo hacia la tumba. Hoy en día, incluso los profesores, me parecen jóvenes. Hay personas con título de doctor que tienen quince años menos que yo. ¿No es increíble? Imaginen a un chico nacido en 1950 que ya tiene un doctorado. En 1950 yo me afeitaba tres veces por semana y me masturbaba los miércoles y los sábados; era un robusto bulyak púber de un metro setenta y tres, con ambiciones, penas y conocimientos, con una identidad. En 1950 los doctores en Filosofía novatos de hoy eran criaturas sin dientes que acababan de salir del útero, con la cara arrugada y la piel pegajosa con jugos amnióticos. ¿Cómo esas criaturas pueden haber obtenido doctorados tan pronto? Esas criaturas me han tomado la delantera en mi andar trabajoso a lo largo del sendero.

Cuando caigo en la autocompasión mi propia compañía me resulta tediosa. Me distraigo tratando de tocar la mente de la gente que pasa y averiguar lo que puedo. Mi viejo y único juego. Selig el figón, el vampiro de almas que roba la intimidades de gentes extrañas e inocentes sólo para alegrar su frío corazón. Pero no, hoy mi cabeza está llena de algodón. Sólo me llegan murmullos apagados, confusos, sin contenido. Ninguna palabra clara, ningún destello de identidad, ninguna visión de la esencia de las almas. Éste es uno de esos días malos. Todas las emisiones cerebrales convergen en la ininteligibilidad; cada fragmento de información es idéntico a todos los demás. Es el triunfo de la entropía. Esto me recuerda a la señora Moore de Forster que escuchaba tensa para recibir la revelación en las cavernas retumbantes de Marabar, y solamente oía el mismo ruido monótono, el mismo sonido sin sentido, disolvente: Bum. La suma y esencia de la lucha fervorosa de la humanidad: Bum. Las mentes que ahora pasan como un relámpago junto a mí en el College Walk me dan sólo eso: Bum. Quizá es cuanto merezco. Amor, miedo, fe, hosquedad, hambre, presunción, cada especie de monólogo interior me llega con idéntico contenido. Bum. Debo esforzarme por corregir esto, todavía no es demasiado tarde para librar una guerra contra la entropía. Gradualmente, con sudor, con esfuerzo, escarbando para conseguir algo sólido, agrandando la abertura, instando a mis percepciones a que funcionen. Sí. Sí. Vuelve a la vida. ¡Despierta, espía miserable! ¡Dame mi droga! En mi interior el poder se mueve. Poco a poco se aclara la oscuridad interior; fragmentos perdidos de pensamientos aislados pero coherentes hallan el camino hacia mi mente. Neurótico pero todavía no psicópata del todo. Iré a ver al jefe de departamento y le diré que le dé un empujón. Entradas para la ópera, pero tengo que hacerlo. Hacer el amor es divertido, hacer el amor es muy importante, pero hay algo más. Como estar parado sobre un trampolín a punto de zambullirse. Este caótico y estridente parloteo no me dice nada salvo que el poder aún no está muerto, lo cual no deja de ser un consuelo. Imagino al poder como una especie de gusano que me rodea el cerebro, un pobre gusano cansado, arrugado y encogido, con la piel que una vez fue brillante y que ahora es ulcerosa, con parches raídos y escamados. Esta imagen es relativamente nueva, pero incluso en épocas más felices siempre consideré el don como algo aparte de mí, como un intruso. Un habitante. Él y yo, yo y él. Este tipo de cosas acostumbraba a discutir las con Nyquist. (¿Ya he entrado en estas exhalaciones? Quizá no. Una persona que conocí alguna vez, un tal Tom Nyquist, un antiguo amigo mío. Alguien que tenía un intruso o algo similar dentro del cráneo.) A Nyquist no le gustaba mi punto de vista.

- Establecer una dualidad como ésa - decía -, es esquizoide, viejo. Tu poder eres tú. Tú eres tu poder. ¿Por qué tratas de apartarte de tu propio cerebro?

Probablemente Nyquist tenía razón, pero ya es demasiado tarde. El y yo estaremos siempre juntos, hasta que la muerte nos separe.

Aquí está mi cliente, el medio zaguero corpulento, Paul F. Bruno. Tiene la cara hinchada y amoratada, y no sonrío, como si el partido del sábado le hubiera costado más de un diente. Quito la cinta elástica, saco Las novelas de Kafka y le entrego el trabajo.



- Seis páginas - le digo. Me ha dado un adelanto de diez dólares -. Me debes otros once dólares. ¿Quieres leerlo primero?

- ¿Es bueno?

- No te vas a arrepentir.

- Confiaré en tu palabra.

Con la boca cerrada y con gran esfuerzo, logra esbozar una sonrisa. Saca su abultada billetera y coloca sobre la palma de mi mano varios billetes. Rápidamente me deslizo dentro de su mente, sólo para comprobar que de nuevo mi poder está funcionando, un robo psíquico rápido. Llego a los niveles superficiales: dientes flojos tras el partido de rugby, un acto sexual dulce y compensatorio ese mismo sábado por la noche, planes imprecisos para acostarse con alguien después del partido del próximo sábado, etcétera, etcétera. Con respecto a la presente transacción detecto un sentimiento de culpa, vergüenza, hasta algo de irritación hacia mí por haberlo ayudado. Ah, bueno: la gratitud del cristiano. Me guardo el dinero en el bolsillo. Me dedica una breve inclinación de cabeza y coloca Las novelas de Kafka bajo su enorme antebrazo. Avergonzado, baja de prisa los escalones y se dirige hacia Hamilton Hall. Mientras se aleja, observo su amplia espalda. Una repentina ráfaga de viento malévolo, que se levanta desde el Hudson, sopla con violencia hacia el este y me llega hasta los huesos.

Al llegar junto al reloj de sol, un delgado estudiante negro de unos dos metros de altura ha interceptado a Bruno que se ha detenido. Un jugador de baloncesto, sin duda. El negro lleva una chaqueta azul con el distintivo de la universidad, zapatillas verdes y ajustados pantalones amarillos. Sólo sus piernas parecen medir metro y medio. Él y Bruno hablan unos instantes. Bruno me señala. El negro asiente. Me doy cuenta de que estoy a punto de conseguir un nuevo cliente. Bruno desaparece y el negro trota con agilidad por el paseo y sube los escalones. Su piel es muy oscura, casi violácea, pero sus facciones son angulosas, de aspecto caucásico: pómulos feroces, orgullosa nariz aguileña, labios delgados y finos. Es verdaderamente apuesto, una especie de estatua ambulante, una especie de ídolo. Quizá sus genes no son en absoluto negroides: ¿un etíope, tal vez, el miembro de alguna tribu del Nilo? Sin embargo, lleva su ensortijado pelo negro en un halo de afro amplio y agresivo de treinta o más centímetros de diámetro, cuidadosamente recortado. No me habría sorprendido verle tatuajes en las mejillas o un hueso atravesando sus fosas nasales. A medida que se acerca, mi mente, apenas entreabierta, recibe emanaciones periféricas y generalizadas de su personalidad. Todo es fácil de predecir, incluso estereotiparlo: supongo que es quisquilloso, arrogante, desconfiado, hostil, y lo que me llega es una bullabesa de feroz orgullo racial, vanidosa y arrolladora satisfacción de su cuerpo, desconfianza explosiva de otros..., especialmente blancos. Muy bien. Patrones familiares. De repente, mientras las nubes atraviesan momentáneamente el sol, su alargada sombra cae sobre mí. Se balancea con elasticidad sobre las plantas de sus pies.

- ¿Te llamas Selig? - pregunta -. Asiento -. Yahya Lumumba - dice,

- ¿Perdón?

- Yahya Lumumba.

Sus ojos, blanco brillante contra violáceo brillante, me lanzan una mirada furiosa. Por la impaciencia de su tono me doy cuenta de que me está diciendo su nombre, o por lo menos el nombre que prefiere usar. Por su tono también me da a entender que es un nombre que en esta universidad todos conocen Bueno, ¿qué puedo saber yo de astros de baloncesto de la universidad? Podría meter la pelota en el cesto cincuenta veces en un partido y, aun así, yo no habría oído hablar de él. Me dice:

- Oí que haces trabajos, viejo.

- Así es.

- Mi compañero Bruno me ha hablado muy bien de ti. ¿Cuánto cobras?

- Tres dólares cincuenta la hoja mecanografiada a doble espacio.

Se lo piensa y, mostrándome los dientes, dice

- ¿Qué clase de robo asqueroso es éste?

- Así es como me gano la vida, señor Lumumba - replico odiándome a mí mismo por ese señor cobarde y servil - El promedio es de unos veinte dólares por trabajo. Un trabajo bien hecho lleva bastante tiempo. ¿Verdad?

- Sí, sí - responde con un estudiado encogimiento de hombros -. Está bien, no voy a regatear, viejo. Necesito tu trabajo ¿Sabes algo sobre Eurípides?

- ¿Eurípides?

- Eso es lo que dije. - me está provocando, exteriorizando sus exageradas modalidades negras, hablándome como un negro africano con eso de Eurípides -. El griego ese que escribía teatro.

- Sé a quién se refiere. ¿Qué tipo de trabajo necesita?

Del bolsillo superior de su chaqueta saca una libreta arranca una hoja y finge consultarla con atención.

- El profe quiere que comparemos el tema de "Electra" en Eurípides, Sófocles y Esk... Esk...

- ¿Esquilo?

- Ése, sí. De cinco a diez páginas. Tengo que entregarlo el diez de noviembre. ¿Puedes hacerlo?

- Creo que sí - le digo, buscando mi pluma -. No debería ser ningún problema.

Mientras le digo esto pienso en un trabajo mío que tengo archivado, cosecha 1952, que trata sobre el mismo viejo tema de humanidades.

- Necesitaré alguna información sobre usted para el encabezamiento. Cómo se escribe exactamente su apellido, el apellido de su profesor, el número del curso...

Comienza a darme datos. Mientras voy tomando nota, simultáneamente amplió la abertura de mi mente para el escrutinio acostumbrado del interior del cliente, para tener alguna idea del tono que deberé usar en el trabajo. ¿Seré capaz de falsificar de un

modo convincente el tipo de composición que probablemente Yahya Lumumba entregaría? Será un gran desafío técnico si tengo que escribir en la jerga negra de la música beat, con un tono impasible, aparatoso e insolente, riéndome con cada línea de la gorda y estúpida cara del profe. Supongo que podría hacerlo pero, ¿querrá Lumumba que lo haga? Si adopto su exagerado estilo y parezco estar tomándole el pelo al profesor como él se lo podría tomar, ¿pensará que me estoy burlando de él? Tengo que saber estas cosas. Por lo tanto, deslizo mis zarcillos solapados a través de su pelo lanudo y dentro de la gris y oculta gelatina. ¿Qué tal, gran hombre negro? Al entrar, recibo una versión algo más inmediata y clara del personaje generalizado que constantemente proyecta el orgullo negro exaltado, la desconfianza del extraño carapálida, el jubiloso placer que le proporciona su delgado y musculoso cuerpo de largas piernas. Pero éstas no son más que simples actitudes residuales, la habitual apariencia de su cerebro. Aún no he llegado al nivel de los pensamientos de este preciso instante. No he penetrado hasta la esencia de Yahya Lumumba, el individuo único cuyo estilo debo adoptar. Me adentro aún más en el fondo. Al hundirme, siento un notable aumento de la temperatura psíquica, una emanación de calor, posiblemente comparable a lo que podría experimentar un minero a ocho mil metros bajo tierra, abriéndose camino hacia las ígneas profundidades en el corazón de la Tierra. Me doy cuenta de que este hombre, Lumumba, constantemente está hirviendo por dentro El resplandor de su alma tumultuosa me advierte que tenga cuidado, pero aún no he obtenido la información que busco, de modo que sigo adelante, hasta que de repente la furia derretida del flujo de su conciencia me golpea con terrible fuerza. Asqueroso judío sabihondo con la cabeza llena de mierda Dios cómo odio al marica pelado que me está afanando tres cincuenta la hoja debería reventarlo debería romperle los dientes el explotador el opresor apuesto a que no le cobraría tanto a un judío precio especial para negros seguro sí debería reventarlo eso es reventarlo debería romperle los

dientes levantarlo y tirarlo a la basura y si escribo el maldito trabajo yo mismo y le demuestro lo que puedo hacer pero no puedo mierda no puedo ese es el maldito problema viejo no puedo Európides Sófocles Esquilo quién sabe una mierda sobre ellos tengo otras cosas en la cabeza el partido de los Rutgers uno encima del otro por la cancha dame la pelota pedazo de imbécil eso es y ¡la lanza y la mete Lumumba! y aguarden amigos cometió una falta al lanzarla ahora va hacia la línea enorme confiado tranquilo dos metros cinco de estatura poseedor de todas las marcas de tantos de Columbia hace rebotar la pelota una vez dos veces arriba, ¡zas! Lumumba en camino de convertir ésta en otra gran noche amigos Európides Sófocles Esquilo por qué mierda tengo que saber algo sobre ellos escribir algo sobre ellos de qué le sirven a un negro esos viejos griegos idiotas muertos hace siglos acaso son relevantes para la experiencia negra relevantes relevantes relevantes no para mí sólo para los judíos mierda qué saben ellos de cuatrocientos años de esclavitud tenemos otras cosas en la cabeza qué saben ellos en especial este marica imbécil al que le tengo que pagar veinte dólares para que haga algo que yo no soy capaz de hacer quién dice que tengo que hacerlo de qué me sirve por qué por qué por qué por qué.

Un horno ardiente. El calor es abrumador. En otras ocasiones he estado en contacto con mentes impetuosas, pero esto ocurrió cuando era más joven, más fuerte, más flexible. No puedo manejar esta explosión volcánica. La fuerza del desprecio que siente por sí mismo por necesitar mis servicios aumenta factorialmente la fuerza del desprecio que siente por mí. Es un pilar de odio. Y mi pobre y ya debilitado poder no lo puede soportar. Automáticamente, una especie de dispositivo de seguridad se cierra para protegerme de una sobrecarga: los receptores mentales dejan de funcionar. Esta experiencia es nueva para mí, algo extraño, este fenómeno de protección contra una sobrecarga. Es como si los miembros cayeran, las orejas, los testículos, todo lo desechable, dejando solamente un torso liso. Las emisiones cerebrales se interrumpen, la mente de Yahya Lumumba retrocede y se vuelve inaccesible para mí, y me encuentro con que involuntariamente estoy invirtiendo el proceso de penetración hasta que simplemente siento sus emanaciones más superficiales, luego ni siquiera eso, sólo una exudación gris y lanuda que denota tan sólo su presencia junto a mí. Todo es confuso. Todo es apagado. Bum. he vuelto nuevamente a eso. Hay un silbido en mis oídos: es el resultado del silencio repentino, un silencio tan fuerte como el trueno. Es una nueva etapa en mi descendente camino. Jamás había perdido mi asidero y me había deslizado así fuera de una mente. Levanto la vista, aturdido, destrozado. Los delgados labios de Yahya Lumumba están muy apretados; me mira con desagrado, sin siquiera sospechar lo que ha pasado. Le digo con voz débil:

- Me gustaría que me adelantase diez dólares. El resto me lo paga cuando le entregue el trabajo.

Con frialdad me dice que hoy no tiene dinero para darme. No va a recibir su próximo cheque de los fondos de la beca hasta los primeros días del próximo mes. Tendré que confiar en él, me dice. Tómallo o déjalo, viejo.

- ¿Ni siquiera me puede dar cinco? - le pregunto -. Como adelanto. La confianza no es suficiente. Tengo gastos.

Me mira con furia. Se endereza bien; parece medir dos metros ochenta o tres metros. Sin decir nada, saca un billete de diez dólares de su billetera, lo arruga y me lo arroja desdeñosamente.

- Lo veré aquí el nueve de noviembre por la mañana - le grito mientras se aleja con paso majestuoso.

Európides, Sófocles, Esquilo. Aturdido, temblando, escuchando el silencio que brama, permanezco allí sentado. Bum. Bum. Bum.

En sus momentos más ostentadamente dostoievskianos, a David Selig le gustaba pensar en su poder como en una maldición, un castigo brutal por algún pecado

inimaginable. El estigma de Caín, quizá. No cabe duda de que su especial habilidad le ha causado muchos problemas, pero en sus momentos de mayor cordura sabía que considerarla una maldición era una idiotez melodramática que le servía para ser indulgente consigo mismo. El poder era un don divino, el poder le proporcionaba éxtasis. No era nada sin el poder, era un imbécil; con él era un dios. ¿Es eso una maldición? ¿Es eso verdaderamente tan terrible? Algo extraño ocurre cuando un gameto se encuentra con otro gameto y el destino grita: "Oye, bebé Selig, ¡sé un dios!". ¿Renunciarías a eso? A los ochenta y ocho años Sófocles expresó su gran alivio por haber sobrevivido a las presiones de las pasiones físicas. Por fin estoy libre de un amo tiránico, dijo el sabio y feliz Sófocles. Entonces, ¿podemos suponer que, si Zeus le hubiera dado una oportunidad retroactiva de alterar todo el curso de sus días, Sófocles habría optado por una vida de impotencia? No te engañes, David: no importa todo lo que te jodió tu poder telepático, que conste que fue bastante, ni por un minuto hubieras podido prescindir de él. Porque el poder te proporcionaba éxtasis.

El poder proporcionaba éxtasis, eso es la mejor explicación que se puede dar en una sola y precisa frase. Los mortales nacen en un valle de lágrimas y, de donde pueden, obtienen sensaciones agradables. Algunos, al buscar el placer, se ven obligados a recurrir al sexo, las drogas, el alcohol, la televisión, el cine, los naipes, la bolsa de valores, el hipódromo, la ruleta, los látigos y cadenas, la colección de primeras ediciones, los cruceros por el Caribe, las botellas de rapé chinas, la poesía anglosajona, las prendas de vestir, los partidos de fútbol profesional o cualquier otra cosa. Pero no él, no el maldito David Selig. Lo que él tenía que hacer era sentarse tranquilamente con su aparato bien abierto y recibir las ondas de pensamiento arrastradas por la brisa telepática. Indirectamente, y con la mayor facilidad vivió cientos de vidas. Acumuló en su cueva el botín de mil almas. Éxtasis. Sin embargo, su experiencia de éxtasis era más intensa en otro tiempo.

Entre los catorce y los veinticinco fueron los mejores años. Más joven, y aún demasiado cándido, demasiado inmaduro para apreciar verdaderamente los datos que recibía. Ahora más viejo y su creciente amargura, su agria sensación de aislamiento disminuían su capacidad de dicha. Sin embargo, desde los catorce a los veinticinco años, los años dorados. ¡Ah!

Entonces todo era bastante más claro. Vivir era como soñar despierto. En su mundo no existían paredes; podía ir a cualquier lado y ver cualquier cosa. El sabor intenso de la existencia, empapada en los ricos jugos de la percepción. Sólo después de los cuarenta años, Selig se dio cuenta de cuánto había perdido, con el paso de los años, con respecto a foco y profundidad de campo. Hasta después de los treinta el poder no comenzó a desvanecerse perceptiblemente, pero sin duda debió de haber ido desapareciendo poco a poco durante toda su edad adulta, consumiéndose tan gradualmente que no fue consciente de la pérdida acumulativa. El cambio había sido absoluto, cualitativo más que cuantitativo. Ahora, ni siquiera en un buen día, las emisiones cerebrales alcanzaban la intensidad de las que recordaba de su adolescencia. En aquellos remotos años, el poder le había proporcionado fragmentos subcraneanos de conversación y fragmentos dispersos de alma, igual que ahora; así como un llamativo universo de colores, texturas, aromas y densidades. El mundo visto y vivido a través de una infinidad de absorciones sensoriales de otros, el mundo capturado y representado para su deleite en la pantalla de vidrio radiante y esférica dentro de su mente.

Por ejemplo: poco después del mediodía, está tendido sobre un montón de paja en un caluroso paisaje brueghelesco. Es el año 1950 y está serenamente suspendido entre los quince y los dieciséis años. Algunos efectos sonoros, Maestro: la Sexta de Beethoven se eleva con suavidad, dulces flautas y flautines festivos. El sol pende de un cielo sin nubes. Una suave brisa mueve los sauces que rodean el maizal. El maíz joven tiembla. El arroyo burbujea. Un estornino vuela dibujando círculos. Oye el canto de los grillos. Oye el

zumbido de un mosquito, y observa tranquilamente cómo centra la puntería sobre su lampiño y desnudo pecho que brilla por el sudor. Sus pies también están desnudos; sólo lleva unos desteñidos y ajustados vaqueros. Un chico de la ciudad disfrutando del campo.

La granja está ubicada en las Catskills, a veinte kilómetros de Ellenville. Es propiedad de los Schiele, una tribu de bronceados teutones que producen huevos y un surtido de vegetales; todos los veranos complementan sus ingresos alquilándole la casa de huéspedes a alguna familia de judíos urbanos que busca el solaz rural.

Los arrendatarios de este año son Sam y Annette Stein, de Brooklyn, Nueva York, y su hija Bárbara. Los Stein han invitado a sus amigos íntimos, Paul y Martha Selig, a pasar una semana en la granja con sus hijos David y Judith. (Sam Stein y Paul Selig están ideando un proyecto destinado, en última instancia, a vaciar sus cuentas bancarias y destruir la amistad entre las dos familias, para entrar en una sociedad y actuar como intermediarios en la venta de recambios de aparatos de televisión. La vida de Paul Selig consiste en meterse en imprudentes negocios.

Éste es el tercer día en la granja y esta tarde, misteriosamente, David se encuentra totalmente solo. Su padre se ha ido todo el día de excursión con Sam Stein: en la serenidad de las colinas cercanas maquinarán los detalles de su hazaña comercial. La mujeres, junto con la pequeña Judith de cinco años, han cogido el coche para acercarse a Ellenville y visitar las tiendas de antigüedades. En la granja sólo queda la familia Schiele, dedicada a sus interminables quehaceres, y Bárbara Stein, de dieciséis años, compañera de clase de David desde tercer grado y durante toda la escuela secundaria. Tanto si quieren como si no, David y Bárbara pasarán todo el día juntos. Es evidente que los Stein y los Selig tienen alguna esperanza no expresada de que florezca un romance entre sus hijos. Por parte de ellos es una ingenuidad. Bárbara, una muchacha de pelo oscuro, de aspecto sensual y bastante bonita, de piel tersa y piernas largas, refinada y de modales suaves. Cronológicamente es seis meses mayor que David; en cuanto a desarrollo social le lleva tres o cuatro años de adelanto. No le tiene verdadera aversión, pero lo considera extraño, inquietante, distinto y repelente. No sabe nada en absoluto de su don especial - nadie lo sabe; él se ha encargado de que así sea -, pero ha tenido siete años para observarlo de cerca y sabe que hay algo sospechoso en él. Es una chica convencional, sin duda destinada a casarse joven (con un médico, un abogado, un inspector de seguros) y tener muchos hijos. Las probabilidades de que entre ella y alguien tan extraño y misterioso como David florezca un romance son mínimas. David es consciente de ello y no se sorprende ni se desanima de que, a media mañana, Bárbara se escabulla.

- Si alguien pregunta - dice -, les dices que me fui a caminar por el bosque.

Aunque lleva un libro de poesías, eso no engaña a David. Sabe que se va a hacer el amor con Hans Schiele, de diecinueve años, cuando se le presenta la más mínima oportunidad.

Así que lo único que puede hacer es divertirse usando su propia inventiva. No importa. Tiene formas de entretenerse. Se pasea un rato por la granja, mira con curiosidad el gallinero y la segadora-trilladora, y luego se instala en un tranquilo rincón de los campos. Hora de películas mentales. Perezosamente lanza su red. El poder se eleva y avanza en busca de emanaciones. ¿Qué leeré, qué leeré? ¡Ah! Una sensación de contacto. Su mente rastreadora ha enlazado otra mente, pequeña, zumbadora, débil, intensa. De hecho, es la mente de una abeja: David no está limitado solamente al contacto con seres humanos. Claro que no recibe emisiones verbales ni conceptuales de la abeja. En caso de que la abeja piense, David es incapaz de detectar esos pensamientos. Pero sí entra en la cabeza de la abeja. Experimenta con intensidad la sensación de ser diminuto, compacto, alado y veloso. Qué seco es el mundo de la abeja, sin sangre, desecado, árido. David planea, baja en picado. Esquiva a un pájaro que pasa, tan monstruoso como un elefante con alas. Escarba bien hondo dentro de una flor vaporosa y llena de polen. Se eleva de nuevo. Mira el mundo desde los ojos facetados de la abeja. Todo se rompe en

mil fragmentos, como si fuera visto a través de un espejo cuarteado; esencialmente todo es de color gris, pero en los rincones de las cosas se ocultan extraños matices: azules y escarlatas periféricos que no corresponden de ningún modo a los colores que conoce. Veinte años más tarde habría dicho que aquello era producto del efecto de un viaje. Pero la mente de una abeja es limitada y David no tarda en aburrirse. De repente, abandona al insecto y enfoca la granja con sus percepciones, entra en el alma de la gallina. ¡Está poniendo un huevo! Contracciones internas rítmicas, agradables y dolorosas, como la evacuación de un excremento. Graznidos frenéticos. El olor aceitoso del gallinero, acre y penetrante. Una sensación de demasiada paja alrededor. El mundo es oscuro y opaco para esta ave. Empuja. Empuja. ¡Aaah! ¡Excitación orgásmica! El huevo se desliza afuera y llega abajo ileso. La gallina se calma, satisfecha, exhausta.

David la abandona en ese momento de éxtasis. Se interna en lo más profundo de los cercanos bosques, encuentra una mente humana, entra en ella. ¡Cuánto más rica e intensa es la comunión con su propia especie! Su identidad se confunde con la de su comulgante, Bárbara Stein, que está haciendo el amor con Hans Schiele. Está desnuda y tendida sobre una alfombra de hojas caídas el año pasado. Tiene las piernas abiertas y los ojos cerrados. Su piel está húmeda de sudor. Los dedos de Hans se hunden en la carne blanda de los hombros de Bárbara y su mejilla, áspera con barba rubia, raspa la de ella. El peso de él hace presión contra su pecho, aplastándole los senos y vaciándole los pulmones. Con empujes continuos e invariable ritmo penetra en ella, y su largo y rígido miembro se introduce con lentitud y paciencia dentro de ella una y otra vez; una sensación palpitante se extiende en ondas desde su vulva hacia afuera, disminuyendo su intensidad dada la distancia. A través de su mente, David observa el impacto del pene duro contra las delicadas y resbalosas membranas interiores. Recibe los clamorosos latidos del corazón de la joven. Advierte que golpea con sus talones las pantorrillas de Hans. Se percata de los fluidos resbalosos en sus nalgas y muslos. Y ahora siente los primeros espasmos vertiginosos del orgasmo. Aunque lucha por permanecer en ella, David sabe que no lo conseguirá; aferrarse a la conciencia de alguien que está a punto de llegar al clímax es como intentar montar un potro salvaje. Su pelvis se arquea y se levanta, sus uñas se clavan con desesperación en la espalda de su amante, tuerce la cabeza hacia un lado, toma aire y, cuando el placer hace erupción, expulsa a David fuera de su mente desensillada. Sólo un breve viaje y entra en el alma impasible de Hans Schiele que, sin saberlo, le concede al espía virgen unos instantes de conocimiento de lo que se siente al alimentar la caldera de Bárbara Stein, un empujón tras otro, los músculos internos de la chica que comprimen con violencia el miembro hinchado y luego, casi inmediatamente, llega el hormigueo del clímax arremetedor de Hans. Hambriento de información, David se aferra con todas sus fuerzas, con la esperanza de mantener el contacto a través del tumulto de la satisfacción, pero no, se ve desplazado del lugar, da tumbos sin control, el mundo da vueltas a su alrededor en rayas vertiginosas de color, hasta que - ¡clic! - encuentra un nuevo santuario.

Aquí todo es tranquilo. Se desliza por un medio oscuro y frío. No tiene peso; su cuerpo es largo, delgado y ágil; su mente es casi un vacío, pero a través de ella corren débiles, frías y vacilantes percepciones de un orden inferior. Ha entrado en la conciencia de un pez, quizá una trucha de río. La corriente del arroyo la desplaza con rapidez, deleitándose con la suavidad de sus movimientos y la deliciosa textura del agua pura y helada que fluye junto a sus aletas. Ve muy poco y huele todavía menos; la información le llega en forma de diminutos impactos en sus escamas, pequeñas desviaciones e interferencias. Responde con facilidad a cada estímulo que recibe serpenteando para evitar un saliente de rocas o aleteando para entrar en alguna corriente inferior rápida. El proceso es fascinante, pero la trucha en sí es una compañera aburrida y David, después de haber experimentado durante dos o tres minutos ser trucha, salta con alegría a una mente más compleja cuando se acerca a ella.

Es la mente del viejo y áspero Georg Schiele, el padre de Hans, que está trabajando en un lejano rincón del maizal. Nunca antes David ha entrado en la mente del viejo Schiele. El hombre es un personaje ceñudo y de aspecto amenazador, de más de sesenta años, que habla poco y camina hosca y majestuosamente realizando sus tareas cotidianas con una eterna expresión de mal humor en el rostro. En ocasiones, David se pregunta si no habrá sido alguna vez guardián en algún campo de concentración, aunque sabe que los Schiele llegaron a los Estados Unidos en 1935. Las emanaciones psíquicas del granjero son tan desagradables que David siempre lo ha evitado, pero ahora está tan aburrido de la trucha que se desliza dentro de Schiele, se hunde a través de densas capas de meditaciones ininteligibles en alemán y llega al fondo del alma del granjero, el lugar donde habita su esencia. Asombroso: ¡el viejo Schiele es un místico, un contemplativo! Ahí no hay hosquedad, nada del oscuro carácter vengativo luterano. Esto es budismo puro: Schiele permanece de pie, pisando sus fértiles campos, apoyado en su azada, con los pies firmemente apoyados en la tierra, en comunión con el universo. Dios inunda su alma. Toca la unidad de todas las cosas. El cielo, los árboles, la tierra, el sol, las plantas, el arroyo, los insectos, los pájaros: todo es una unidad, una parte de un todo inconsútil, y Schiele resuena en perfecta armonía con ese todo. ¿Cómo es posible? ¿Cómo puede un hombre tan frío e inaccesible abrigar semejante arrobamiento en su interior? ¡Sientan su dicha! ¡Las sensaciones lo empapan! El canto de los pájaros, la luz del sol, el aroma de las flores y los pedazos de tierra removida, el susurro del maíz de hojas verdes y afiladas, las gotas de sudor que corren por el cuello enrojecido de surcos profundos, la curva del planeta, el blanco contorno prematuro de la luna llena: mil deleites envuelven a este hombre. David comparte su placer. Mentalmente, se arrodilla, con reverencia y admiración. El mundo es un himno maravilloso. Schiele abandona su éxtasis, levanta su azada, la baja; los fuertes músculos se tensan y el metal se hunde en la tierra. Todo es como debe ser, todo se ajusta al plan divino. ¿Así es como Schiele pasa sus días? ¿Es posible tal felicidad? David se sorprende al ver que aparecen lágrimas en sus ojos. Este hombre simple, limitado, todos los días vive en gracia.

Repentinamente malhumorado, sintiendo una inmensa envidia, con violencia, David libera su mente, la hace girar, la proyecta hacia los bosques y vuelve a descender sobre Bárbara Stein. Está acostada, con el cuerpo pegajoso de sudor, exhausta. A través de su nariz, David percibe el hedor a semen que ya se está poniendo rancio. Ella se frota la piel con las manos, sacudiéndose restos de hojas que han quedado en su cuerpo. Se toca con indolencia los pezones otra vez blandos. En este momento, su mente funciona con lentitud, está casi tan vacía como la de la trucha: el sexo parece haberle absorbido la personalidad. David se traslada a Hans y allí no encuentra nada mejor. Tendido junto a Bárbara, respirando aún con dificultad tras los esfuerzos, está aletargado y deprimido. Ya ha eyaculado y todo deseo lo ha abandonado; al mirar con somnolencia a la chica que acaba de poseer, tan sólo tiene conciencia de los olores del cuerpo y el desorden de su pelo. Por los niveles superiores de su mente vaga un pensamiento nostálgico, en un inglés torpe con acento alemán, sobre una chica de una granja vecina que le hará algo con la boca que Bárbara se niega a hacerle. Hans la verá el sábado por la noche. Pobre Bárbara, piensa David, y se pregunta qué diría si supiera lo que está pensando Hans. Con pereza trata de establecer un puente entre sus dos mentes, penetrando en los dos con la malévolamente esperanzada de que los pensamientos fluyan del uno al otro, pero calcula mal la distancia y se encuentra de nuevo dentro del viejo Schiele, absorto en su éxtasis, a la vez que mantiene el contacto con Hans. Padre e hijo, viejo y joven, sacerdote y profanador. Por un momento, David mantiene el doble contacto. Se estremece. Nota cómo una sensación fragorosa de la totalidad de la vida le invade.

En aquellos días siempre era así: un viaje interminable, una travesía ostentosa. Pero los poderes decaen. El tiempo disuelve los colores de la mejor de las visiones. El mundo se vuelve más gris. La entropía nos vence. Todo se desvanece. Todo se va. Todo muere.

El oscuro y mal construido apartamento de Judith se llena de olores penetrantes. La oigo en la cocina, moviéndose de aquí para allá, echando especias dentro de la olla: pimienta, orégano, estragón, clavo de olor, ajo, mostaza en polvo, ajonjolí, curry, Dios sabe qué más. El fuego arde y el caldero bulle. Está preparando su famosa salsa picante para tallarines, un producto compuesto de misteriosas influencias de inspiración en parte mexicana, en parte Szechwan, en parte de Madrás, en parte Judith pura. Aunque mi desdichada hermana tiene muy poco de eso que se llama ser ama de casa, los pocos platos que sabe cocinar los prepara extraordinariamente bien, y sus tallarines son famosos, por lo menos, en tres continentes. Incluso estoy convencido de que hay hombres que se acuestan con ella sólo para tener la oportunidad de comerlos.

Inesperadamente he llegado temprano, media hora antes de lo acordado, y Judith no está lista, ni siquiera vestida; así que estoy solo mientras termina con los preparativos de la cena.

- Prepárate algo de beber - me grita.

Me dirijo al mueble bar, me sirvo un vaso de ron y directamente voy a la cocina a coger uno cubitos de hielo. Judith, nerviosa, con una bata de estar por casa y una cinta en el pelo, corre enloquecida y sin aliento de un lado para otro, seleccionando especias. Se mueve a una velocidad increíble.

- En tres minutos estoy contigo - dice jadeando, mientras coge el pote de pimienta -. ¿Te está molestando mucho el chico?

Se refiere a mi sobrino. Se llama Paul, en honor a nuestro padre que en paz descansa, pero Judith nunca lo llama así, le dice "el bebé", "el chico". Tiene cuatro años, hijo de un divorcio, destinado a ser tan nervioso como su madre.

- No me está molestando en absoluto - le aseguro, y regreso a la sala.

El apartamento es uno de esos viejos y enormes edificios del West Side, espacioso y de techos altos, con una atmósfera de distinción intelectual por el simple hecho de que muchos críticos, poetas, dramaturgos y coreógrafos han vivido en apartamentos parecidos en este mismo barrio. Una gigantesca sala con grandes ventanales que dan a la avenida West End; un comedor normal; una cocina espaciosa; un dormitorio principal; el cuarto del chico; el cuarto de servicios; dos cuartos de baño. Todo para Judith y su cachorro. El alquiler es muy caro, pero Judith se las arregla para pagarlo. Al mes recibe más de mil dólares de su ex marido, y gana un sueldo que no está mal trabajando de revisora y traductora. Además, obtiene los intereses de unas acciones que le eligió astutamente hace unos años un amante de Wall Street; las compró con su parte heredada de los ahorros sorprendentemente cuantiosos de nuestros padres. (Lo que yo heredé sirvió para pagar deudas acumuladas; todo se derritió como la nieve en junio.)

Una mitad del apartamento está amueblada al estilo del Greenwich Village de 1960 y la otra al de la Elegancia Urbana de 1970: negras lámparas de pie, sillas grises de cuerda, estanterías para libros de ladrillo rojo, grabados baratos y botellas de Chianti cubiertas de cera, por un lado; sillones de cuero, cerámicas Hopi, serigrafías psicodélicas, mesitas de café con tablero de vidrio y cactus dentro de macetas enormes, por el otro. Sonatas de clavicordio de Bach tintinean desde el sistema de altavoces de mil dólares. El piso, oscuro como el ébano y brillante como un espejo, reluce entre las espesas y tupidas alfombras. Un montón de libros de tapas rotas están desordenadamente colocados en una pared. Frente a ella hay dos cajones cerrados de madera que contienen botellas de vino. Ésta sí que es una buena vida. Buena y desgraciada.

Sentado a unos seis metros de mí, junto a la ventana, Paul está jugando con un complicado juguete de plástico, no deja de mirarme con aire de desconfianza. Un chico moreno, delgado y tenso como su madre, reservado, frío. No nos queremos: he estado dentro de su cabeza y sé lo que piensa sobre mí. Para él sólo soy uno de los muchos hombres que hay en la vida de su madre; en mí no ve a un verdadero tío que sea totalmente diferente de los innumerables tíos sustitutos que siempre se quedan a dormir.



Supongo que piensa que soy simplemente otro de sus amantes, pero que se deja ver con más asiduidad que el resto. Un error totalmente comprensible. Pero mientras siente resentimiento hacia los otros sólo porque compiten con él por el afecto de su madre, a mí me mira con frialdad porque cree que le he causado dolor; me tiene antipatía en consideración a ella. ¡Con qué sagacidad ha percibido la red de hostilidades y tensiones que durante décadas ha delineado y definido mi relación con Judith! Así que soy un enemigo, si pudiera me destriparía.

Bebo un sorbo, escucho a Bach, le sonrío falsamente al chico e inhalo el aroma de la salsa de tallarines. Mi poder está prácticamente inmóvil; trato de no usarlo mucho aquí, pero de cualquier forma hoy su recepción es débil. Al cabo de un rato, Judith sale de la cocina y, cruzando la sala como un relámpago, dice:

- Ven, mientras me visto, hablamos, Duv.

La sigo hasta su dormitorio y me siento sobre la cama; coge su ropa y la lleva al cuarto de baño contiguo, dejando la puerta abierta sólo un par de centímetros. La última vez que la vi desnuda tenía siete años.

- Me alegra que al fin te hayas decidido a venir - me dice.

- A mí también.

- Aunque no tienes muy buen aspecto.

- Sólo estoy un poco hambriento, Jude.

- Eso se arregla en cinco minutos.

Sonido de agua que corre. Dice algo más; el ruido del desagüe ahoga sus palabras. Le echo una mirada perezosa a la habitación. Una camisa blanca de hombre, demasiado grande para Judith, cuelga descuidadamente de la perilla del armario. Sobre la mesita de noche hay dos gruesos volúmenes con aspecto de libros de texto, Neuroendocrinología analítica y Estudios de la psicología de la termorregulación. Lectura impropia de Judith. Quizá le han encargado que los traduzca al francés. Aunque son ejemplares nuevos, uno fue publicado en 1964 y el otro en 1969. Ambos del mismo autor: K. F. Silvestri, doctor en Medicina, doctor en Filosofía.

- No te habrás matriculado en la facultad de medicina, ¿verdad? - le pregunto.

- ¿Lo dices por los libros? Son de Karl.

¿Karl? El nombre nuevo. El doctor Karl F. Silvestri. Ligeramente toco su mente y extraigo su imagen: un hombre alto, robusto, de expresión seria, hombros anchos, mentón fuerte con un hoyuelo, de cabellera ondeada y canosa. Diría que de unos cincuenta años. A Judith le gustan los hombres maduros. Mientras le invado la conciencia me cuenta sobre él. Su actual "amigo", el último "tío" del chico. Es alguien muy importante en el Centro Médico de Columbia, una verdadera autoridad en anatomía humana. Incluyendo la de ella, supongo. Recientemente divorciado tras veinticinco años de matrimonio. Ajá: le gustan los de segunda mano. Se conocieron hace tres semanas a través de un amigo común, un psicoanalista. Tan sólo se han visto cuatro o cinco veces; él siempre está ocupado en reuniones de comité en este o aquel hospital, seminarios, consultas. No hace mucho Judith me dijo que estaba tomándose un descanso respecto a los hombres, que quizá había terminado con ellos para siempre. Evidentemente, no es así. Si está tratando de leer sus libros, debe de ser una relación seria. A mí me dan la impresión de ser absolutamente ininteligibles, llenos de cuadros y tablas estadísticas y difícil terminología en latín.

Sale del cuarto de baño vestida con un elegante traje pantalón color púrpura y con los pendientes de cristal de roca que le regalé cuando cumplió veintinueve años. Siempre que la visito trata de dar algún pequeño toque sentimental que nos una; esta noche son los pendientes. En estos días nuestra amistad se encuentra en un estado de recuperación, mientras caminamos por el jardín en el que está enterrado nuestro viejo odio. Nos abrazamos, es el abrazo entre un hermano y una hermana. Un perfume agradable.

- ¡Hola! - dice -. Lamento no haber podido estar por ti cuando llegaste.

- Es culpa mía, me presenté en casa demasiado pronto. De cualquier forma todo fue bien.

Nos dirigimos a la sala. Tiene buen aspecto. Judith es una mujer hermosa, alta y sumamente delgada, de aspecto exótico pelo y tez oscuros, pómulos salientes. El tipo de mujer delgada y sensual. Supongo que se la podría considerar muy erótica, salvo por el hecho de que hay algo cruel en sus finos labios y en sus brillantes ojos castaños, y esa crueldad, que se hace cada vez más intensa en estos años de divorcio y disgustos, desalienta a la gente. Aunque ha tenido amantes por docenas, al por mayor, no ha tenido mucho amor. Tú y yo, hermanita, tú y yo. De tal palo tal astilla.

Mientras le preparo algo de beber, lo de siempre, ella pone la mesa. Pernod con hielo es su bebida. Gracias a Dios, el chico ya ha comido; odio tenerlo en la mesa. Juega con su cosita de plástico y, ocasionalmente, me lanza miradas de rencor. Judith y yo entrechocamos nuestros vasos para brindar, un gesto teatral. Esboza una sonrisa helada.

- Salud - decimos al unísono.

- ¿Por qué no te mudas al centro? - me pregunta -. Podríamos vernos más a menudo.

- Aquí todo es más caro. ¿Verdaderamente crees que queremos vernos con más frecuencia?

- ¿A quién más tenemos?

- Tienes a Karl.

- No lo tengo, ni a él ni a nadie. Sólo a mi hijo y a mi hermano.

Pienso en la vez que traté de asesinarla en la cuna, ella no lo sabe.

- ¿Somos realmente amigos, Jude?

- Por fin, ahora sí.

- No se puede decir que durante todos estos años nos hayamos profesado demasiado cariño.

- La gente cambia, Duv. Crece. Yo era tonta, una verdadera estúpida, tan enfrascada en mí misma que lo único que podía dar a los que me rodeaban era odio. Pero eso ya se ha terminado. Si no me crees, mira dentro de mi cabeza y verás.

- Tú no quieres que ande husmeando por ahí.

- Hazlo - insiste -. Observa bien y fíjate si no he cambiado con respecto a ti.

- No. Prefiero no hacerlo. - Me sirvo otro vaso de ron. La mano me tiembla un poco -.

¿No deberías echarle una mirada a la salsa de tallarines? Quizá se está quemando.

- Deja que se queme. No he terminado mi bebida. Duv, ¿sigues teniendo problemas? Con tu poder, quiero decir.

- Sí. Los sigo teniendo, ahora más que nunca.

- ¿Qué crees que está pasando?

Me alzo de hombros, típico gesto de ignorancia.

- Lo estoy perdiendo, eso es todo. Es como el pelo, supongo. Se tiene mucho cuando uno es joven, luego cada vez menos y, finalmente, nada. ¡Al diablo! Nunca me hizo ningún bien.

- No lo dices en serio.

- Dime uno, aunque sólo sea un bien que me haya hecho, Jude.

- Te convirtió en alguien especial, en alguien único. Cuando todo te iba mal, siempre podías recurrir a él y penetrar en las mentes, podías ver lo invisible, te podías acercar al alma de la gente. Un don de Dios.

- Un inútil don, a menos que hubiera entrado en algún circo.

- Te ha convertido en una persona más rica. Más compleja, más interesante. Sin él no hubieras dejado de ser alguien vulgar y corriente.

- Con él resulté ser alguien bastante común. Un don nadie, un cero a la izquierda. Sin él podría haber sido un don nadie feliz, en lugar de un desdichado.

- Sientes demasiada compasión por ti mismo, Duv.

- Tengo mucho de qué compadecerme. ¿Más Pernod, Jude?

- No, gracias. Voy a ver cómo va la cena. ¿Quieres servir el vino?

Mientras va a la cocina, yo sirvo el vino y llevo la fuente de ensalada a la mesa. Detrás de mí el chico comienza a cantar disparatadas sílabas burlonas con su extraña voz de barítono adulto. Siento la presión del odio frío del chico contra la parte posterior de mi cráneo. Judith regresa, trayendo una colmada bandeja: tallarines, pan de ajo, queso. Cuando nos sentamos, me sonrío cálidamente, evidentemente es un gesto sincero. Entrechocamos los vasos de vino. Durante unos minutos comemos en silencio. Elogio los tallarines. Por fin, dice:

- ¿Puedo leerle a ti la mente, Duv?

- Cómo no.

- Dices que te alegra que el poder esté desapareciendo. ¿Esa mentira quieres que me la crea yo, o creértela tú mismo? Porque estás tratando de engañar a alguien. Odias la idea de perderlo, ¿no es cierto?

- Un poco.

- Muchísimo, Duv.

- De acuerdo, muchísimo. No sé qué prefiero. Me gustaría que desapareciera por completo. Dios, me gustaría no haberlo tenido nunca. Pero, por otro lado, si lo pierdo, ¿quién soy? ¿Dónde está mi identidad? Soy Selig, el adivinador del pensamiento, ¿verdad? El Increíble Hombre Mental. Así que si dejo de serlo... ¿comprendes, Jude?

- Comprendo. El dolor que sientes se refleja en tu cara. Lo lamento, Duv.

- ¿Qué lamentas?

- Que lo estés perdiendo.

- Me odiaste por atreverme a usarlo contigo, ¿no es así?

- Eso es diferente, fue algo que sucedió hace mucho tiempo. Imagino por lo que debes de estar pasando ahora. ¿Tienes alguna idea de por qué lo estás perdiendo?

- No. Supongo que debe de ser una consecuencia de la edad.

- ¿Se podría hacer algo para evitar que desaparezca?

- Lo dudo, Jude. En primer lugar, ni siquiera sé por qué tengo el don, y mucho menos cómo alimentarlo ahora. No sé cómo funciona. Simplemente es algo que tengo en la cabeza, un accidente genético, algo con lo que nací, como quien tiene pecas. Si tus pecas comienzan a desaparecer y quieres evitarlo ¿puedes imaginar algún modo de hacerlo?

- Nunca dejaste que te estudiaran, ¿verdad?

- ¿Por qué no?

- No me gusta más que a ti que la gente husmee dentro de mi cabeza - digo con suavidad -. No quiero convertirme en una rata de laboratorio. Siempre traté de pasar inadvertido. Si el mundo descubre lo que soy, me convertiré en un paria. Lo más probable es que me linchen. ¿Sabes a cuánta gente le dije abiertamente la verdad sobre mí mismo? ¿A cuánta en toda mi vida?

- ¿Una docena?

- Tres - es mi respuesta -. Y voluntariamente no se lo habría dicho a ninguna de ellas.

- ¿Tres?

- Una eres tú. Supongo que siempre lo sospechaste, pero no tuviste la certeza hasta los dieciséis años, ¿recuerdas? Después está Tom Nyquist, a quien no he vuelto a ver más. Y una chica llamada Kitty, a quien tampoco veo más.

- ¿Y la morena alta?

- ¿Toni? Explícitamente nunca se lo dije. Traté de ocultárselo, pero lo averiguó indirectamente. Mucha gente también pudo haberlo averiguado indirectamente. Pero sólo se lo he dicho a tres. No quiero que me consideren un bicho raro. Así que es mejor que desaparezca, dejar que muera. Entonces me sentiré feliz por haberme librado de él.

- Pero quieres conservarlo.

- Conservarlo y perderlo a la vez.

- Eso es una contradicción.

- ¿Me estoy contradiciendo? Muy bien, entonces me contradigo. Soy amplio, contengo multitudes. ¿Qué puedo decir, Jude? ¿Qué puedo decirte que sea verdad?

- ¿Sientes dolor?

- ¿Quién no siente dolor?

- Perderlo es casi como volverse impotente, ¿no es cierto, Duv? - me dice -. Llegar a una mente y descubrir que no te puedes conectar. Una vez dijiste que te producía éxtasis. Ese flujo de información, esa experiencia indirecta. Y ahora recibes menos, o nada. Tu mente no se puede levantar. ¿Lo ves así, como una metáfora sexual?

- A veces.

Le sirvo más vino. Mientras comemos tallarines e intercambiamos sonrisas vacilantes, permanecemos en silencio. Casi siento simpatía por ella. Deseos de perdonarla por todos los años durante los que me trató como una atracción de circo. ¡Maldito cerdo solapado, Duv, no te metas en mi cabeza o te mataré! Fisgón. Mirón. Aléjate, viejo, aléjate. No quiso que conociera a su prometido. Supongo que por temor a que le hablara de sus otros hombres. Algún día, me gustaría encontrarte muerto en una zanja, Duv, con todos mis secretos pudriéndose dentro de ti. Hace tanto tiempo. Quizá ahora nos queremos un poco, Jude. Sólo un poco, pero tú me quieres más de lo que yo te quiero.

- Ya no tengo orgasmos - me dice de repente -. Sabes, antes solía tenerlos casi siempre. La auténtica Chica Ardiente. Hace unos cinco años, cuando comenzó la crisis en mi matrimonio, ocurrió algo. Un cortocircuito abajo. Comencé a tener orgasmos cada cinco, cada diez veces. Comencé a sentir que mi capacidad de respuesta iba disminuyendo. Tendida ahí, esperando que ocurriera y, por supuesto, eso me inhibía siempre. Finalmente, no he tenido más orgasmos. Ahora tampoco los tengo. No desde hace tres años. Desde que me divorcié es posible que me haya acostado con unos cien hombres, poco más o menos, pero con ninguno lo conseguí, y eso que algunos eran auténticos sementales. Es una de las cosas de las que Karl se va a ocupar. Así que sé lo que se siente, Duv. Sé por lo que debes estar pasando. Perder la mejor manera que tienes de relacionarte con otros. Perder gradualmente el contacto contigo mismo. Convertirte en un extraño dentro de tu propia cabeza. - Sonríe -. ¿Sabías eso acerca de mí? ¿Lo de mis problemas en la cama?

Vacilo por un instante. La mirada helada de sus ojos la delata. La agresividad. El resentimiento que siente. Hasta cuando trata de ser afectuosa no puede evitar odiarme. ¡Qué frágil es nuestra relación! Estamos encerrados en una especie de matrimonio, Judith y yo y nuestro viejo y desgastado matrimonio pende de un hilo. Pero, qué diablos:

- Sí - le digo -. Lo sabía.

- Me lo imaginaba. Nunca has dejado de husmear dentro de mí.

Ahora su sonrisa se ha convertido en un regocijo malévolos. Se alegra de que lo esté perdiendo. Le produce alivio.

- Siempre estoy completamente abierta a ti, Duv.

- No te preocupes, no lo estarás por mucho tiempo. - Ah perra sádica. ¡Ah, hermosa ramera! Y eres todo lo que tengo -. ¿Me das más tallarines, Jude? - Hermana. Hermana. Hermana.

Yahya Lumumba

Humanidades 2A, Dr. Katz

10 de noviembre de 1976

El tema de "Electra" en Esquilo, Sófocles y Eurípides

Tal y como utilizan Esquilo, Sófocles y Eurípides el motivo de "Electra" se puede observar diferentes métodos dramáticos y modos de aproximación. Básicamente, el argumento es el mismo en Las Coéforas de Esquilo y las Electras de Sófocles y Eurípides: Orestes, hijo del asesinado Agamenón que vive en el exilio, regresa a su

Micenas nativa, donde descubre a su hermana Electra. Ella lo induce a vengar la muerte de Agamenón matando a Clitemnestra y a Egisto, puesto que ellos han asesinado a Agamenón a su regreso de Troya. El trato que cada dramaturgo le da al argumento es bien diferente en cada caso.

A diferencia de sus rivales posteriores, Esquilo considera principalmente los aspectos éticos y religiosos del crimen de Orestes. La caracterización y la motivación en *Las Coéforas* son simples hasta tal punto que e invitan al ridículo; como se puede ver en efecto cuando el más mundano Eurípides ridiculiza a Esquilo en la escena del reconocimiento de su Electra. En la pieza de Esquilo, Orestes aparece acompañado por su amigo Piades y deposita una ofrenda sobre la tumba de Agamenón: un mechón de su cabello. Se retiran, y la llorosa Electra llega a la tumba. Al ver el mechón de cabello lo reconoce como "los de los hijos de mi padre" y decide que Orestes lo ha dejado allí como señal de duelo. Entonces Orestes reaparece y le revela a Electra su identidad. Eurípides hizo una parodia de esta forma de identificación poco plausible.

Orestes revela que el oráculo de Apolo le ha ordenado vengar la muerte de Agamenón. En un largo y poético pasaje Electra le infunde valor a Orestes y éste se dispone a matar a Clitemnestra y a Egisto. Valiéndose de engaños, consigue entrar en el palacio, y le hace creer a su madre, Clitemnestra, que es un mensajero que viene de la lejana Fócida con noticias sobre la muerte de Orestes. Una vez que entra, asesina a Egisto, y luego, enfrentándose con su madre, la acusa del asesinato y la mata.

La obra termina cuando Orestes, enloquecido por su crimen, ve que las Furias vienen a perseguirlo. Se refugia en el templo de Apolo. En la continuación mística y alegórica, *Las Euménides*, Orestes se ve absuelto de culpa.

En suma, a Esquilo no le preocupaba demasiado la credibilidad de la acción de su obra. En la trilogía de la *Orestíada* su propósito era teológico: estudiar los actos de los dioses cuando lanzan una maldición sobre una casa, una maldición que se origina en un asesinato y conduce a más asesinatos. La idea básica de su filosofía se encierra en la frase "Sólo Zeus muestra la forma perfecta del saber: Él gobierna, los hombres aprenderán sabiduría, la aflicción les enseñará". Esquilo sacrifica la técnica dramática, o por lo menos la reduce a un segundo plano, para centrar la atención en los aspectos religiosos y psicológicos del matricidio.

La Electra de Eurípides está virtualmente en el polo opuesto del concepto de Esquilo; aunque utiliza el mismo argumento, elabora e innova para proporcionar una textura mucho más rica. Electra y Orestes se destacan en la obra de Eurípides: Electra es una mujer rayana en la locura, expulsada de la corte, casada con un campesino, sedienta de venganza; Orestes, un cobarde que se introduce a hurtadillas dentro de Micenas por la puerta trasera, apuñala vilmente a Egisto por detrás y atrae a Clitemnestra hacia su muerte utilizando un ardid. Mientras que a Eurípides le preocupa la credibilidad dramática, a Esquilo no. Tras la famosa parodia de la escena del reconocimiento, de Esquilo, Orestes no le revela su identidad a Electra por medio de su pelo o el tamaño de su pie sino por medio de...

¡Dios mío! ¡Qué mierda! Mierda, mierda, mierda. Esto es terriblemente asqueroso. No sirve absolutamente para nada. ¿Podría haber escrito Yahya Lumumba semejante basura? Desde la primera hasta la última palabra se nota la falta de autenticidad. ¿Qué mierda le importa la tragedia griega a Yahya Lumumba? ¿Qué mierda me importa a mí? ¿Qué significa Hécuba para él o él para Hécuba para que tenga que llorar por ella? Romperé esto y empezaré de nuevo. Lo escribiré al estilo negro, le daré ese viejo ritmo africano. Que Dios me ayude a pensar en negro. Pero no puedo. No puedo. No puedo. Santo Dios, siento ganas de vomitar. Creo que me está subiendo la fiebre. Espera, a lo mejor un poco de marihuana me sirva de algo. Sí. Volemos un poco y probemos de nuevo. Un poquito de yerba. Ponle algo de sentimiento negro, viejo. Blanco estúpido, judío de mierda, ponle sentimiento, ¿me oyes? Está bien, vamos. Está el tipo ese,

Agamenón, un tipo importante que jodía a todo el mundo, ¿no? Era El Hombre, pero terminaron jodiéndolo a él. Su mujer, Clitemnestra, estaba liada con ese asqueroso hijo de puta de Egisto, y un día le dice, amorcito, ¿qué te parece si liquidamos al viejo Aggie?, tú y yo, y entonces tú serás rey - ¿no te alucina ser rey? -. Eso haremos y lo pasaremos fenomenalmente. Aggie estaba en el Vietnam dirigiendo todo el circo, pero tiene un permiso y vuelve a casa y, antes de darse cuenta de lo que pasa, le clavan un puñal, le hacen un buen agujero, y ahí se acaba todo para él. También está esa puta loca de Electra, ¿entienden?, la hija del viejo Aggie. Le da un ataque cuando matan a su padre, así que le dice a su hermano, que se llama Orestes, le dice, escucha Orestes, quiero que acabes con esos dos hijos de puta, quiero que no quede ni rastro de ellos. Dado que Orestes había estado ausente de la ciudad durante un tiempo, no estaba muy al tanto de la cosa, pero...

¡Sí, eso es, viejo! ¡Estás captando cómo se hace! Ahora ponte a explicar el uso que hace Eurípides del deus ex machina y las virtudes catárticas de la técnica dramática realista de Sófocles. Seguro. Qué judío estúpido eres, Selig. Qué judío estúpido.

Aunque traté de mostrarme amable, afectuoso y bueno con Judith, el odio siempre se interpuso entre nosotros. Me decía a mí mismo: es mi hermanita, mi única hermana, debo quererla más. Pero el amor no es algo que se pueda forzar. No se le puede inventar sólo a partir de buenas intenciones. Pero lo cierto es que mis intenciones nunca fueron tan buenas. Desde el principio la consideré como una rival. Yo era el primogénito, el difícil, el inadaptado. Se suponía que yo era el centro de todo. Al menos esos fueron los términos de mi pacto con Dios: soy diferente y por ello debo sufrir, pero como compensación el universo entero girará a mi alrededor. Suponían que el bebé que trajeron a casa iba a ser una ayuda terapéutica que contribuiría a mejorar mi relación con la raza humana. Ese fue el trato: se suponía que ella no iba a tener realidad independiente como persona, que no iba a tener sus propias necesidades, que no iba a exigir nada que no iba a acaparar el amor de ellos. Iba a ser siempre un objeto, un mueble más. Pero no fui tan tonto como para creérmelo. Cuando la adoptaron yo tenía diez años, ¿recuerdan? Y a los diez años no era ya ningún tonto. Sabía que mis padres, al no sentirse ya obligados a dirigir exclusivamente toda su preocupación por su misteriosamente serio perturbado hijo, con gran alivio no tardarían en trasladar su atención y su amor - sí, especialmente su amor - a esa otra criatura mimosa y sin complicaciones. Ella sería el centro, ocuparía mi lugar; yo me convertiría en un peculiar artefacto caído en desuso. No pude evitar sentirme dolido por eso. ¿Me culpan por haber tratado de matarla en la cuna? Creo que no les resultará difícil comprender el origen de la frialdad con que me trató durante toda su vida. A estas alturas no voy a presentar ninguna defensa. El ciclo de odio comenzó en mí. En mí, Jude, en mí, en mí, en mí. Aunque si hubieras querido, con amor, lo habrías podido romper. Pero no lo quisiste.

En mayo de 1961, un sábado por la tarde fui a la casa de mis padres. En aquel entonces no los visitaba con excesiva asiduidad, a pesar de que vivía a veinte minutos de allí. Era independiente y distante, y estaba fuera del círculo familiar. Sentía un enorme rechazo hacia cualquier cosa que supusiera una atadura. En primer lugar sentía una manifiesta hostilidad hacia mis padres: después de todo, fueron sus caprichosos genes los que me hicieron llegar al mundo de este modo. Y además, estaba Judith, de cuyo desprecio ya me estaba cansando: ¿acaso necesitaba más? Así pues, durante semanas y meses enteros permanecí alejado de ellos, hasta que no pude soportar por más tiempo las melancólicas llamadas telefónicas de mi madre, hasta que el peso de mi culpa pudo más que mi resistencia.

Cuando llegué me alegró saber que Judith aún estaba en su habitación, durmiendo. ¿A las tres de la tarde? Según dijo mi madre, la noche anterior había salido y regresado muy tarde. Judith tenía dieciséis años y supuse que habría ido a un partido de baloncesto en la escuela, acompañada por algún chico flaco, con la cara llena de granos, y luego habrían

ido a beber alguna cosa. Duerme bien, hermana, no te despiertes. Pero, por supuesto, el hecho de que ella no estuviera allí me puso en confrontación directa y desprotegida con mis tristes y agotados padres. Mi madre, dulce y frágil; mi padre, cansado y amargo. Recuerdo que durante toda mi vida no dejaron de empequeñecer; ahora parecían más pequeños aún; parecían estar a punto de desaparecer.

Nunca había vivido en este apartamento. Durante años, Paul y Martha lucharon por mantener una vivienda de tres habitaciones demasiado cara para ellos, sólo por el hecho de que Judith y yo no podíamos compartir el mismo cuarto cuando ella dejó de ser una niña. Cuando me matriculé en la universidad y alquilé un cuarto cerca de allí, ellos se mudaron a un apartamento más pequeño y mucho más barato. El cuarto de ellos quedaba a la derecha del vestíbulo, el de Judith a la izquierda, al final de un largo pasillo, después de la cocina. Nada más entrar en el apartamento había una sala en la que, sentado, mi padre estaba hojeando el Times sin prestar demasiada atención. En estos días se limitaba a leer el diario, aunque alguna vez su mente había sido más activa. Él mismo emanaba una débil y opaca sensación de fatiga. Por primera vez en su vida, estaba ganando bastante dinero; de hecho, terminaría siendo bastante rico. Sin embargo, se había amoldado a la psicología del hombre pobre: pobre Paul, eres un fracasado, merecías mucho más de la vida. Mientras pasaba las hojas, miré al diario a través de su mente. Ayer Alan Shepard había realizado su memorable vuelo suborbital, la primera aventura espacial tripulada de los Estados Unidos. EE.UU. LANZA AL HOMBRE A 185 KILÓMETROS DE LA TIERRA, se leía en un titular a toda página. SHEPARD ACCIONA LOS CONTROLES DESDE LA CÁPSULA, INFORMES POR RADIO EN UN VUELO DE 15 MINUTOS. Busqué algún modo de conectarme con mi padre.

- ¿Qué te pareció el viaje espacial? - le pregunté -. ¿Oíste las transmisiones de radio?  
Se alzó de hombros.

- ¿A quién diablos le importa? Es una locura. Un disparate. Una pérdida de tiempo y dinero para todos.

ISABEL VISITA AL PAPA EN EL VATICANO. El gordo Papa Juan, con el aspecto de un rabino bien alimentado. JOHNSON SE REÚNE CON GOBERNANTES EN ASIA PARA DISCUTIR EL USO DE TROPAS NORTEAMERICANAS. Siguió hojeando el diario, salteándose las páginas. SE PIDE LA AYUDA DE GOLDBERG CON LOS COHETES. KENNEDY FIRMA LA LEY DE SALARIOS MÍNIMOS. No hay nada que le produzca alguna impresión especial, ni siquiera KENNEDY PROCURA REDUCIR LOS IMPUESTOS SOBRE LOS RÉDITOS. Se demora un poco más en la sección deportiva. Una débil señal de interés. EL BARRO CONVIERTE A CARRY BACK EN EL FAVORITO DE LA 57ª CARRERA DE KENTUCKY QUE SE CELEBRARA HOY. LOS YANKS SE ENFRENTAN A LOS ANGELS EN EL PRIMER PARTIDO DE LA SERIE DE 3 ANTE 21.000 ESPECTADORES EN LA COSTA.

- ¿Quién crees que ganará la carrera? - le pregunté.

Meneó la cabeza:

- ¿Qué sé yo de caballos? - dijo.

Aunque su corazón seguiría latiendo durante diez años más, me di cuenta de que ya estaba muerto. Había dejado de responder, el mundo lo había vencido.

Lo dejé hablando consigo mismo y fui a intentar hablar cortésmente con mi madre: su grupo de lectura Hadassah debatiría Matar un Ruiseñor el próximo jueves y quería saber si yo lo había leído. No lo había hecho. ¿Qué era mi vida? ¿Había visto últimamente alguna película buena? La aventura, le dije. ¿Es una película francesa?, preguntó. Italiana, le dije. Quiso que le relatara el argumento. Aunque escuchó con paciencia, con cara de preocupación, no entendió nada.

- ¿Con quién fuiste? - preguntó -. ¿Estás saliendo con alguna chica agradable?

Mi hijo, el soltero, ya tiene veintiséis años y ni siquiera está comprometido. Conseguí desviar la tediosa pregunta con una gran habilidad adquirida tras una larga experiencia.

Lo siento, Martha No te daré los nietos que estás esperando, será Judith quien te los dé; no tendrás que esperar tanto.

- Ahora tengo que vigilar el asado - dijo, y desapareció.

De nuevo volví junto a mi padre y me senté allí hasta que no lo pude soportar más y me fui al cuarto de baño, justo al lado del dormitorio de Judith, al otro extremo del pasillo. La puerta de su habitación estaba entreabierta. Eché un vistazo. La luz estaba apagada, persianas bajas, pero toqué su mente y descubrí que estaba desierta, pensando en levantarse. Muy bien, me dije, haz un acto de cortesía, sé amigable. No te costará nada. Golpeé la puerta con suavidad.

- ¡Hola!, soy yo - dije -. ¿Puedo pasar?

Estaba sentada en la cama, con una bata blanca encima de su pijama azul oscuro. Bostezando, desperezándose. Su cara por lo general tan tirante, estaba hinchada de haber dormido tanto. Para no perder la costumbre, entré en su mente y encontré algo nuevo e inesperado allí. La inauguración erótica de mi hermana la noche anterior. Todo el asunto: los retozos en el coche aparcado; la excitación creciente; la rápida comprensión de que esto iba a ser algo más que un interludio de caricias; las bragas que caían; la torpeza en el cambio de posiciones; la falta de habilidad en la manipulación del preservativo; el último momento de vacilación antes del total consentimiento; los inexpertos y precipitados dedos que trataban de conseguir la lubricación de la hendidura virgen; la cautelosa y torpe introducción; la presión, la sorpresa al descubrir que la penetración se lograba sin dolor; el pistoneo de un cuerpo contra el otro, la rápida explosión del chico; el resultado pegajoso; la culpa, la confusión y la decepción cuando terminó sin que Judith se sintiera satisfecha. El silencioso regreso a casa, avergonzados. La entrada en la casa, de puntillas, el saludo ronco a los padres vigilantes, despiertos. La ducha a pesar de la avanzada hora de la noche. La inspección y limpieza de la vulva desvirgada y algo inflamada. El intranquilo sueño varias veces interrumpido. Un largo período de insomnio en el que se considera el incidente de esa noche: sensación de alivio y satisfacción por haberse convertido en mujer, mezclada con un cierto miedo. La renuencia a enfrentarse con el mundo al día siguiente, en especial con Paul y Martha. Tu secreto, Judith, no es un secreto para mí.

- ¿Cómo estás? - le pregunté.

Contestó con una naturalidad bien estudiada, arrastrando las palabras:

- Dormida. Anoche llegué muy tarde. ¿Qué haces por aquí?

- De vez en cuando vengo a ver a la familia.

- Ha sido un placer haberte visto.

- No es muy amable de tu parte, Jude. ¿Tanto me detestas?

- ¿Por qué me molestas, Duv?

- Ya te lo dije, simplemente intento ser amable. Eres mi única hermana, la única que tendré en mi vida. Pensé que podría entrar y hablar un poco contigo.

- Ya lo has hecho. ¿Y?

- Me podrías contar lo que has estado haciendo desde la última vez que nos vimos.

- ¿Acaso te importa?

- Si no fuera así, ¿crees que te lo preguntaría?

- Seguro - dijo -. Te importa un bledo lo que haya estado haciendo. Te importa un bledo todo el mundo salvo David Selig y no sé por qué finges lo contrario. No es preciso que te muestres cortés conmigo, es algo impropio de ti.

- ¡Oye, espera! - No nos batamos a duelo tan rápido, hermana -. ¿Qué te hace pensar que...?

- ¿Acaso piensas en mí todas las semanas? Para ti sólo soy un mueble, la hermanita pesada, la mocosa, la molestia. ¿Alguna vez has hablado conmigo? ¿De algo? ¿Sabes el nombre de la escuela a la que voy? Soy una completa desconocida para ti.

- No, no lo eres.



- ¿Qué diablos sabes sobre mí?

- Mucho.

- Por ejemplo.

- Basta, Jude.

- Un ejemplo. Sólo uno. Una sola cosa sobre mí. Por ejemplo...

- Por ejemplo. Está bien, por ejemplo, sé que anoche te acostaste con alguien.

Ambos quedamos boquiabiertos. Me quedé paralizado y en silencio, sin poder creer que aquellas palabras las hubiera dicho yo; y Judith se sacudió como si hubiera recibido una descarga eléctrica, su cuerpo se levantó y se puso rígido, el asombro resplandeció en sus ojos. No sé cuánto tiempo permanecemos petrificados, sin poder hablar.

- ¿Qué? - dijo por fin -. ¿Qué has dicho, Duv?

- Lo que has oído.

- Aunque lo he oído, creo que debo de haberlo soñado. Repítelo.

- No.

- ¿Por qué no?

- Déjame en paz, Jude.

- ¿Quién te lo ha dicho?

- Por favor, Jude...

- ¿Quién te lo ha dicho?

- Nadie - murmuré.

Me lanzó una sonrisa aterradoramente triunfal.

- ¿Sabes algo? Te creo. De verdad que te creo. Nadie te lo ha dicho, lo has sacado de mi mente, ¿no es cierto, Duv?

- Ojalá nunca hubiera entrado aquí.

- Admítelo. ¿Por qué te niegas a admitirlo? Puedes ver dentro de la mente de las personas, ¿verdad, David? Eres una especie de rareza de circo. Hacía tiempo que lo sospechaba. Todos esos presentimientos que tienes, y que siempre acostumbran a cumplirse, y la falsa turbación con que ocultas la verdad cuando estás en lo cierto, hablando de tu "suerte" para adivinar las cosas. ¡Seguro! ¡Seguro, tu suerte! Pero yo sabía la verdad. A mí misma me decía: este hijo de puta me está leyendo la mente. Pero al momento decía que era una locura, que no existe gente así, que era imposible. Sólo que es cierto, ¿no? Tú no adivinas, ves. Todos estamos abiertos a ti y, como si fuéramos libros, nos lees, nos espías. ¿No es así?

Al oír un ruido a mis espaldas, di un salto, asustado. Era Martha que asomaba la cabeza en el cuarto de Judith, con una vaga y distraída sonrisa dibujada en su rostro.

- Buenos días, Judith. O, mejor dicho, buenas tardes. ¿Una charla agradable, chicos? De verdad que me alegro. No te olvides de tomar el desayuno, Judith - dijo, y nos dejó otra

vez solos.

Judith preguntó con aspereza:

- ¿Por qué no le has dicho lo que hice anoche? ¿Por qué no le has dado una descripción detallada? Con quién estuve anoche, qué hice con él, qué sentí...

- Basta, Jude.

- Todavía no me has contestado a mi otra pregunta. Posees este extraño poder, ¿no es cierto? ¿No es cierto?

- Y durante toda tu vida te has dedicado a espiar a la gente.

- Sí. Sí.

- Lo sabía. No lo sabía, pero en realidad sí lo sabía, siempre lo supe. Y eso explica tantas cosas. Por qué siempre me sentía sucia cuando era pequeña y tú estabas cerca. Por qué me sentía como si cualquier cosa que hiciera pudiera salir publicada en los diarios al día siguiente. No he tenido nunca intimidad, ni siquiera cuando estaba encerrada en el cuarto de baño. No sentía que tenía intimidad. - Se estremeció -. Ahora

que sé lo que eras, Duv, espero no volver a verte jamás. Desearía no haberte visto jamás. Si vuelvo a sorprenderte husmeando dentro de mi cabeza, te cortaré las pelotas. ¿Lo entiendes? Te cortaré las pelotas. Ahora lárgate, me quiero vestir.

Salí de allí tambaleándome y entré directamente en el cuarto de baño. Me agarré con firmeza al borde frío del lavabo y me acerqué al espejo para estudiar mi encendido y turbado rostro. Me veía ofuscado y aturdido, tenía las facciones rígidas como si hubiera sufrido un ataque de apoplejía. Sé que anoche te acostaste con alguien. ¿Por qué le había dicho eso? ¿Un accidente? ¿Las palabras fluyeron de mi boca porque me había agujoneado más allá del límite de la prudencia? Lo sorprendente es que jamás antes nadie me había empujado a revelar algo como eso. No hay accidentes, dijo Freud. A uno jamás se le escapa algo sin querer. En uno y otro nivel todo es deliberado. Debo de haberle dicho lo que le dije a Judith porque quería que por fin supiera la verdad sobre mí. Pero ¿por qué ella? ¿Por qué ella? Es cierto que a Nyquist se lo había dicho, no podía haber ningún riesgo; pero nunca se lo había admitido a nadie más. Siempre me esforcé tanto por ocultarlo, ¿eh, señorita Mueller? Y ahora Judith lo sabía. Le había proporcionado un arma con la que me podía destruir.

Le había proporcionado un arma. ¡Qué extraño que ella nunca decidiera usarla!

Nyquist dijo:

- El verdadero problema que tienes, Selig, es que eres un hombre profundamente religioso que no cree en Dios.

Nyquist siempre decía cosas como ésa y, a ciencia cierta, Selig nunca sabía si las decía en serio o si sólo estaba haciendo juegos de palabras. No importa cuán hondo penetrara Selig en el alma del otro hombre, nunca pudo estar seguro de nada. Nyquist era demasiado astuto, demasiado evasivo.

Selig decidió ser prudente y no decir nada. Estaba de pie, de espaldas a Nyquist, mirando por la ventana. Nevaba. Abajo, las estrechas calles estaban atascadas por la nieve; ni siquiera podían pasar las máquinas municipales de quitar la nieve. Reinaba una extraña tranquilidad. La nieve se despegaba del suelo debido a los fuertes vientos. Un manto blanco iba cubriendo los coches aparcados. Algunos de los conserjes de los edificios de apartamentos de la manzana habían salido a la calle a cavar. Desde hacía tres días había estado nevando a intervalos. Nevaba en todo el Nordeste del país. Caía nieve en cada ciudad mugrienta, en los suburbios áridos, caía con suavidad sobre los Montes Apalaches y, más hacia el este, caía suavemente sobre las oscuras olas turbulentas del Atlántico. En la ciudad de Nueva York no se movía nada. Todo permanecía cerrado: los edificios de oficinas, las escuelas, las salas de conciertos, los teatros. Los ferrocarriles estaban fuera de servicio y las carreteras bloqueadas. No había ningún movimiento en los aeropuertos. Los partidos de baloncesto a disputar en el Madison Square Garden se habían suspendido. Dado que le era del todo imposible llegar hasta el trabajo, Selig se había quedado en el apartamento de Nyquist esperando el fin de la tormenta. Tras pasar tanto tiempo con él, su compañía le estaba empezando a resultar sofocante y opresiva. Lo que antes le había parecido divertido y agradable en Nyquist, ahora le resultaba corrosivo y engañoso. La plácida confianza en sí mismo de Nyquist, ahora parecía más bien presunción; sus ocasionales incursiones dentro de la mente de Selig ya no eran afectuosos gestos de intimidad, sino conscientes actos de agresión. Su costumbre de repetir en voz alta lo que Selig estaba pensando, resultaba cada vez más irritante, y parecía no haber forma de disuadirlo al respecto. Ya estaba haciéndolo de nuevo, extrayendo una cita de la cabeza de Selig y recitándola en tono burlón:

- ¡Ah, qué hermoso! "Mientras oía caer la nieve con suavidad sobre el universo, su alma desfallecía lentamente. Caía suavemente, como si se tratara del advenimiento de la hora final sobre todos los vivos y los muertos." Me gusta eso. ¿Qué es David?

- James Joyce - dijo Selig con acritud -. "Los muertos", de Dublinese. Ayer te pedí que no hicieras eso.

- Envidio la extensión y la profundidad de tu cultura. Me gusta tomar prestadas tus rebuscadas citas.

- ¡Magnífico! ¿Es necesario que me las repitas?

Cuando salió se apartó de la ventana. Nyquist hizo un exagerado ademán levantando la palma de las manos con humildad.

- Lo siento. Olvidé que no te gustaba.

- Tú nunca olvidas nada, Tom. Nunca haces nada por accidente. - Sintiéndose culpable por su irritabilidad, agregó -: ¡Dios, me estoy cansando de ver tanta nieve!

- Está nevando por todas partes - dijo Nyquist -. No va a parar nunca. ¿Qué vamos a hacer hoy?

- Supongo que lo mismo que ayer y que anteayer: sentarnos mirar cómo caen los copos de nieve, escuchar música y emborracharnos.

- ¿Qué te parece hacer el amor?

- No creo que seas mi tipo - dijo Selig.

Nyquist le lanzó una sonrisa sin sentido.

- Muy gracioso. Quiero decir que busquemos por el edificio a un par de damas desamparadas y las invitemos a una fiestecita. ¿Acaso dudas de que haya dos damas disponibles en este edificio?

- Imagino que podríamos intentarlo - dijo Selig, encogiéndose de hombros -. ¿Queda algo de whisky?

- Voy a buscarlo - dijo Nyquist.

Trajo la botella. Nyquist se movía con una extraña lentitud, como un hombre que avanzaba a través de una densa atmósfera renuente de mercurio o algún otro fluido viscoso. Selig nunca había visto que fuese con prisas. Sin llegar a ser gordo, era pesado, de cuello y espaldas anchas, cabeza cuadrada, pelo rubio muy corto, nariz chata con aletas anchas y sonrisa fácil e inocente. Muy, muy ario: era escandinavo, tal vez sueco, criado en Finlandia y trasladado a los diez años a los Estados Unidos. Aunque apenas perceptible, tenía cierto deje de acento extranjero. A pesar de afirmar que tenía veintiocho años, a Selig, que acababa de cumplir veintitrés, le parecía algo mayor.

Era febrero de 1958, una época en la que Selig aún tenía la ilusión de que algún día llegaría a triunfar en el mundo de los adultos. Eisenhower era presidente, la bolsa de valores se había ido al diablo. Aunque se acababan de poner en órbita los primeros satélites espaciales norteamericanos, la depresión emocional post-Sputnik estaba afectando a todos. Las camisas de yute eran el último grito en moda femenina. Selig estaba viviendo en Brooklyn Heights, en la calle Pierrepont, y varias veces por semana iba a una oficina de la Quinta Avenida que era propiedad de una editorial para la que realizaba correcciones a 3 dólares la hora. Nyquist vivía en el mismo edificio, cuatro pisos más arriba.

Nyquist era la única persona que Selig conocía que tuviera el poder. Y no solamente eso, el hecho de tenerlo no le había trastornado en absoluto. Nyquist usaba su poder de un modo tan simple y natural como lo hacía con sus ojos o sus piernas, para su propio provecho, sin excusas y sin culpas. Posiblemente se trataba de la persona menos neurótica que jamás había conocido Selig. Su trabajo consistía en explotar a la gente, obtenía sus ingresos invadiendo la mente de otros; pero, al igual que un tigre, se abalanzaba sobre sus víctimas sólo cuando estaba hambriento, nunca atacaba por atacar. Sólo cogía lo que necesitaba, y jamás cuestionaba a la providencia que lo había hecho tan espléndidamente apto para tomar. Sin embargo, jamás tomaba más de lo que necesitaba, y sus necesidades eran moderadas. No tenía ningún trabajo y, aparentemente, jamás lo había tenido. Cuando necesitaba dinero, cogía el metro y, en sólo diez minutos, estaba en Wall Street. Allí deambulaba por los lóbregos desfiladeros

del distrito financiero, y revolvía con toda libertad dentro de la mente de los accionistas recluidos dentro de las salas de la Bolsa. Siempre había algún importante y oculto suceso que conmovería el mercado de valores - una incorporación, una división de acciones, un descubrimiento mineral, un informe de ingresos favorable -. Nyquist se enteraba fácilmente de los detalles esenciales. Rápidamente vendía esta información a un precio que, aunque elevado, era razonable, a unos doce o quince inversionistas privados que se habían enterado del modo más feliz posible de que Nyquist era una fuente de información digna de confianza. Intervino en muchas de las innumerables filtraciones con las que se hicieron rápidas fortunas jugando al alza en el mercado de valores de los años cincuenta. De este modo ganaba bastante dinero, el suficiente para disfrutar de una buena vida.

Su apartamento, aunque pequeño, era agradable: tapizados negros de Naugahyde, lámpara de Tiffany, papel Picasso para paredes, un bar bien provisto, un equipo de música estupendo que constantemente emitía obras de Monteverdi y Palestrina, Bartok y Stravinsky. Llevaba una agradable vida de soltero, salía con frecuencia, acudía con cierta asiduidad a sus restaurantes favoritos, todos ellos oscuros y étnicos: japoneses, paquistaníes, sirios, griegos. Su círculo de amigos era limitado pero distinguido; principalmente se trataba de escritores, pintores, poetas y músicos. Aunque se acostaba con muchas mujeres, rara vez Selig lo vio dos veces con la misma.

A Nyquist le ocurría lo mismo que a Selig: podía recibir pero era incapaz de enviar; no obstante, era capaz de decir cuándo estaban escudriñando su propia mente. Así fue cómo, por casualidad, se conocieron. Selig acababa de mudarse al edificio, se había dedicado a su pasatiempo favorito, dejando que su conciencia vagara libremente de piso en piso para así conocer a sus vecinos. Saltando de un lado a otro, examinando esta y aquella cabeza, sin encontrar nada que tuviera un especial interés, y de repente:

"Dime dónde estás."

Una cristalina hilera de palabras que centelleaba en la periferia de una mente resuelta y satisfecha de sí misma. La oración le llegó con la inmediatez de un mensaje explícito. Sin embargo, Selig fue consciente de que no había tenido lugar ningún acto de transmisión activa; simplemente había encontrado las palabras esperando, en actitud pasiva. Respondió con rapidez:

"Calle Pierrepont 35."

"No, eso ya lo sé. Quiero decir en qué piso del edificio estás."

"Cuarto piso."

"Yo estoy en el octavo. ¿Cómo te llamas?"

"Selig."

"Nyquist."

El contacto mental era asombrosamente íntimo. Casi resultaba sexual, como si estuviera penetrando en un cuerpo, no en una mente, y se avergonzó ante la masculinidad resonante del alma en la que había entrado; sintió que había algo que no era del todo permisible en semejante cercanía con otro hombre. Pero no se retiró. Aquella era una experiencia deliciosa, demasiado gratificadora para rechazarla: la interacción rápida de la comunicación verbal a través de la brecha de la oscuridad. Selig tuvo la ilusión momentánea de haber extendido sus poderes, de haber aprendido a enviar tanto como a extraer los contenidos de otras mentes. Pero sabía que sólo era una ilusión. No estaba enviando nada, y tampoco Nyquist lo estaba haciendo. Simplemente estaban extrayendo información de la mente del otro. Cada uno formaba frases para que el otro las encontrara, lo cual, desde el punto de vista de la dinámica de la ubicación, no era exactamente lo mismo que enviarse mensajes el uno al otro. Sin embargo, era una distinción sutil y posiblemente sin sentido; el efecto de red de la yuxtaposición de dos receptores abiertos era un circuito de emisión y recepción tan efectivo como el teléfono. La unión íntima de mentes verdaderas, en las que no se interponía ningún obstáculo. Vacilante, tímido, Selig penetró en los niveles inferiores de la conciencia de Nyquist

buscando, más allá de los mensajes, al hombre. Cuando lo hizo, se percató vagamente de una agitación en las profundidades de su propia mente, lo que probablemente indicaba que Nyquist estaba haciendo exactamente lo mismo con él. Durante largos minutos, como amantes entrelazados en las primeras y reveladoras caricias, se exploraron el uno al otro. Pero en el contacto de Nyquist no había nada de amoroso, era frío e impersonal. No obstante, Selig se estremeció; sintió como si estuviera parado en el borde de un abismo. Por fin, lentamente, se apartó, y lo mismo hizo Nyquist. Luego:

"Ven arriba. Nos encontraremos junto al ascensor."

Era más grande de lo que Selig suponía, su cuerpo era como el de un jugador de rugby, sus ojos azules eran hostiles, su sonrisa simplemente formal. Sin llegar a ser frío, era distante. Entraron en su apartamento: luces suaves, música desconocida, una sencilla atmósfera de elegancia. Nyquist le ofreció un trago y hablaron, manteniéndose, en la medida de lo posible, el uno fuera de la mente del otro. No hubo euforia ni sentimentalismo en la visita, ni una lágrima de alegría por el encuentro. Aunque Nyquist se mostró afable, accesible, complacido de que Selig hubiese aparecido, no manifestó ningún tipo de emoción por haber descubierto un fenómeno igual a él. Posiblemente porque ya había descubierto otros fenómenos iguales a él.

- Hay otros - dijo -. Tú eres el tercero, el cuarto, no, el quinto que he conocido desde que llegué a los Estados Unidos. Veamos: uno en Chicago, uno en San Francisco, uno en Miami, uno en Minneapolis. Tú eres el quinto. Dos mujeres y tres hombres.

- ¿Sigues manteniendo algún contacto con ellos?

- No.

- ¿Qué ocurrió?

- Nos alejamos - dijo Nyquist -. ¿Qué esperabas? ¿Qué formáramos un clan? Mira, hablamos, jugamos con nuestras mentes, nos conocimos unos a otros y, al cabo de un tiempo, nos aburrimos. Creo que dos de ellos ya han muerto. No me importa estar aislado del resto de los de mi especie. No me considero miembro de una tribu.

- Hasta hoy, nunca he encontrado a otro - dijo Selig.

- No tiene ninguna importancia, lo verdaderamente importante es vivir tu propia vida.

¿Cuántos años tenías cuando descubriste que podías hacerlo?

- No lo sé. Quizá cinco o seis años. ¿Y tú?

- Hasta que no tuve once años no me di cuenta de que tenía algo especial; pensaba que todos podían hacerlo. Pero cuando llegué a los Estados Unidos y oí a la gente pensar en otro idioma, me di cuenta de que en mi mente había algo fuera de lo común.

- ¿Qué tipo de trabajo haces? - preguntó Selig.

- Trabajo lo menos posible - dijo Nyquist.

Sonrió e introdujo con brusquedad sus receptores dentro de la mente de Selig. Era como una invitación entre criaturas de la misma especie; Selig la aceptó y extendió sus propias antenas. Vagando por la conciencia del otro hombre, en seguida se formó una idea de las incursiones de Nyquist en Wall Street. Vio toda la equilibrada, rítmica y libre de obsesiones vida de aquel hombre. Se asombró ante la serenidad de Nyquist, ante su entereza y su claridad de espíritu. ¡Qué límpida era el alma de Nyquist! ¡Qué poco dañada estaba por la vida! ¿Dónde guardaba su angustia? ¿Dónde ocultaba su soledad, su miedo, su inseguridad? Apartándose, Nyquist dijo:

- ¿Por qué sientes tanta pena por ti mismo?

- ¿La siento?

- Es algo que está en todos los rincones de tu cabeza. ¿Cuál es el problema, Selig? He mirado dentro de ti y no veo el problema, sólo veo el dolor.

- El problema consiste en que me siento aislado del resto de los seres humanos.

- ¿Aislado? ¿Tú? Eres capaz de meterte dentro de la cabeza de la gente, puedes hacer algo que el 99,999% de la raza humana no puede. Ellos tienen que valérselas con

palabras, aproximaciones, señales, mientras que tú vas directamente al corazón del significado. Ante todo esto, ¿cómo es posible que digas que te sientes aislado?

- La información que obtengo no me sirve - dijo Selig -. No puedo obrar de acuerdo con ella. Tal vez sería mejor no leerla.

- ¿Por qué?

- Porque estoy husmeando dentro de sus cabezas, los estoy espiando.

- ¿Acaso te sientes culpable por ello?

- ¿Tú no?

- No fui yo quien pedí tener el don - dijo Nyquist -. Simplemente lo tengo, y dado que lo tengo, lo uso. Me gusta. Me gusta la vida que llevo. Me gusta mi persona. ¿Por qué no te gusta tu persona, Selig?

- Dímelo tú.

Pero Nyquist no tenía nada que decirle, así que cuando acabó con su bebida regresó a su apartamento. Cuando entró en su propio apartamento le pareció tan extraño que pasó algunos minutos tocando las cosas que allí había: la fotografía de sus padres, su pequeña colección de cartas de amor de la adolescencia, el juguete de plástico que años atrás le había dado el psiquiatra. La presencia de Nyquist le continuaba zumbando en la mente; era un residuo de la visita, sólo eso, ya que Selig estaba seguro de que ahora Nyquist no le estaría escudriñando. El encuentro le impactó tanto, se sintió tan invadido, que resolvió no volverlo a ver jamás. Incluso pensaba en mudarse a otro sitio cuanto antes, a Manhattan, a Filadelfia, a Los Angeles, a cualquier lugar que estuviera fuera del alcance de Nyquist. Aunque durante toda su vida había deseado conocer a alguien que también tuviera su don, y lo había encontrado, ahora se sentía amenazado. Nyquist tenía tanto control sobre su vida que le producía espanto. Me humillará, pensó Selig. Me devorará. Pero el pánico de los primeros momentos fue desapareciendo. Al cabo de dos días Nyquist le llamó para invitarlo a comer afuera. Cenaron muy cerca de casa, en un restaurante mexicano donde además de cenar se emborracharon. Selig todavía tenía la impresión de que Nyquist jugaba con él, le tomaba el pelo, le hacía cosquillas; pero como lo hacía todo con tanta afabilidad, Selig no sintió ningún tipo de resentimiento. El encanto de Nyquist era irresistible, y su fortaleza, digna de ser tomada como modelo de conducta. Nyquist era como un hermano mayor que le había precedido a través de este mismo valle de traumas y hacía tiempo que había salido ileso; ahora estaba estimulando a Selig para que aceptara los términos de su existencia. La condición sobrehumana, la llamaba Nyquist.

Se hicieron muy amigos. Dos o tres veces por semana salían, comían y bebían juntos. Selig siempre había imaginado que una amistad con alguien de su especie sería extraordinariamente profunda, pero ésta no lo era. Al cabo de una semana dieron por sentada su singularidad y rara vez discutían sobre el don que compartían; y jamás se felicitaron por haber formado una alianza contra el mundo no dotado que los rodeaba. A

veces se comunicaban con palabras, otras con el contacto directo de sus mentes. Aquella relación se convirtió en algo frágil y placentero, las tensiones sólo se producían cuando Selig se abandonaba a sus habituales cavilaciones y Nyquist se burlaba de él por sentir tanta pena de sí mismo. Pero ni eso supuso ninguna dificultad hasta los días de la tormenta de nieve. Entonces se acentuaron todas las tensiones dado que estaban pasando demasiado tiempo juntos.

- Pásame tu vaso - dijo Nyquist.

Se sirvió medio vaso de whisky. Acomodado en el sofá, Selig comenzó a beber mientras Nyquist buscaba un par de chicas. Tan sólo tardó cinco minutos. Examinó el edificio de arriba abajo y encontró dos compañeras de cuarto en el quinto piso.

- Echa un vistazo - le dijo a Selig.

Selig entró en la mente de Nyquist. Nyquist había sintonizado la conciencia de una de las chicas (sensual, soñolienta, juguetona) y, a través de los ojos de ésta estaba mirando

a la otra, una rubia alta y flaca. La imagen mental doblemente refractada era, no obstante, muy clara: la rubia de piernas largas tenía una voluptuosidad y un porte de modelo.

- Esa es la mía - dijo Nyquist -. Ahora dime si te gusta la tuya.

Saltó, junto con Selig, a la mente de la rubia. Sí, una modelo más inteligente que la otra chica, fría, egoísta, apasionada. Desde su mente, vía Nyquist, le llegó a Selig la imagen de su compañera de cuarto, recostada sobre un sofá con una bata rosada: una pelirroja baja y regordeta, de pechos grandes y cara redonda.

- Claro - dijo Selig -. ¿Por qué no?

Nyquist, revolviendo dentro de sus mentes, encontró el número de teléfono de las chicas, las llamó y utilizó todo su encanto para que aceptaran su invitación. Subieron a tomar unas copas.

- ¡Qué tormenta más espantosa! - dijo la rubia, temblando -. ¡Puede conseguir que te vuelvas loca!

Los cuatro se dedicaron a tomar grandes cantidades de alcohol con un acompañamiento de jazz tintineante: Mingus, MJQ, Chico Hamilton. La pelirroja era más atractiva de lo que Selig esperaba, no tan regordeta ni vulgar (la imagen debió de haberse distorsionado con la doble refracción), pero se reía demasiado y en cierta medida eso empezó a disgustarle. Pero ya era demasiado tarde para echarse atrás. Más tarde, bien entrada la noche, hicieron el amor, Nyquist y la rubia lo hicieron en el dormitorio, mientras que Selig y la pelirroja lo hicieron en la sala.

Cuando por fin estuvieron solos, Selig le sonrió. Nunca había aprendido a reprimir esa sonrisa infantil, que sabía que debía revelar una mezcla de expectación torpe y terror paralizante.

- Hola - le dijo.

Se besaron y puso sus manos sobre los pechos de la chica; al momento, ésta se apretó contra él desenfrenada y deseosamente. Parecía ser algunos años mayor que él, pero tenía la misma impresión con la mayoría de las mujeres. Sus ropas rodaron por el suelo.

- Me gustan los hombres delgados - dijo ella, riendo y pellizcándole su enjuta carne.

Cual pájaros rosados, sus pechos se levantaron hacia él. La acarició con la intensidad tímida de un hombre virgen. De vez en cuando, durante los meses de su amistad, Nyquist le había proporcionado las mujeres que él deseaba, pero hacía ya semanas que no se acostaba con ninguna, y temía que su abstinencia lo precipitara a una calamidad vergonzosa. Afortunadamente no fue así, el alcohol enfrió suficientemente su ardor y logró contenerse, mientras penetraba en ella con solemnidad y energía sin temor a acabar con excesiva rapidez.

Cuando más o menos se percató de que la pelirroja estaba demasiado borracha como para tener un orgasmo, Selig sintió un cosquilleo en el cráneo; ¡Nyquist lo estaba escudriñando! Esta demostración de curiosidad, este husmeo, parecía una extraña diversión en Nyquist que, por lo general, tenía tanto dominio de sí mismo. Espiar es mi truco, pensó Selig. Por un momento, sintió tal perturbación por el hecho de que lo observaran mientras hacía el amor que comenzó a perder la erección. Gracias a un esfuerzo consciente consiguió evitarlo. Esto carece de la menor importancia, se dijo a sí mismo. Nyquist es completamente amoral y hace lo que le place, husmea aquí y allá sin importarle qué es lo correcto, así que ¿por qué dejar que sus exploraciones me molesten? Recobrándose, llegó hasta la mente de Nyquist y le devolvió el escudriñamiento. Nyquist le dio la bienvenida.

"¿Cómo te va, Davey?"

"Bien. Muy bien."

"Aquí tengo a una apasionada. Échale un vistazo."

Selig envidió la fría despreocupación de Nyquist. Nada de vergüenza, nada de culpa, ningún tipo de obsesión. Ningún rastro de orgullo exhibicionista ni de ansias de espiar: le

parecía absolutamente natural intercambiar tales contactos en ese momento. Sin embargo, Selig no pudo dejar de sentirse un poco incómodo mientras observaba, con los ojos cerrados, lo que Nyquist hacía con la rubia, y cómo Nyquist también lo observaba a él y reflejaba imágenes sucesivas de sus copulaciones paralelas que reverberaban vertiginosamente de una mente a otra. Durante unos instantes, Nyquist se detuvo para detectar y aislar la sensación de incomodidad de Selig y no pudo reprimir burlarse de ella. Te preocupa que en esto haya algún tipo de homosexualidad latente, le dijo Nyquist. Pero creo que lo que realmente te asusta es el contacto, sea del tipo que sea. ¿Cierto? No, dijo Selig, pero sabía que Nyquist había dado en el blanco. Durante cinco minutos más inspeccionaron la mente del otro, hasta que Nyquist decidió que había llegado el momento de acabar, y los tempestuosos temblores de su sistema nervioso arrojaron a Selig, como siempre, fuera de su conciencia. Poco después, aburrido de la pelirroja transpirada que se movía de un lado a otro, Selig dejó que le invadiera su propio clímax y se desplomó a un costado, tembloroso, cansado.

Media hora más tarde, desnudos, Nyquist y la rubia entraron en la sala. Ni siquiera se molestaron en pedir permiso para entrar, ante lo que la pelirroja no pudo disimular su sorpresa; Selig no supo cómo decirle que Nyquist ya sabía que habían terminado. Nyquist puso algo de música y todos se sentaron en silencio, Selig y la pelirroja con una botella de bourbon, Nyquist y la rubia con una de whisky escocés. Hacia la madrugada, cuando la nieve caía con menor intensidad, Selig sugirió con timidez que hicieran el amor por segunda vez, pero ahora cambiando de pareja.

- No - dijo la pelirroja -. No me apetece lo más mínimo, quiero irme a dormir. En otra ocasión, ¿de acuerdo?

Buscó torpemente su ropa. Cuando llegó a la puerta, tambaleándose y haciendo eses, hizo un saludo con la mano y dejó escapar algo.

- No puedo dejar de pensar que hay algo extraño en ustedes dos - dijo. In vino veritas -. Por casualidad, ¿no serán un par de maricas?

Sereno, anclado, estático. Permanezco en punto muerto. No, eso es una mentira o si no lo es, por lo menos es una equivocación benigna, una agrupación de metáforas erradas. Estoy declinando, declinando sin cesar. Mi marea está descendiendo. Me revelo como una costa rocosa, desnuda y escabrosa, en la que sobre las olas que se retiran flotan oscuras y sucias algas marinas arrastradas por la corriente. Por entre las rocas, los cangrejos verdes se escabullen. Sí, declino, lo que significa que me reduzco, me atenúo. ¿Saben una cosa?, ahora me siento bastante tranquilo con respecto a eso. Por supuesto que mis

estados de ánimo varían, pero  
Ahora me siento  
bastante tranquilo  
con respecto a eso.

Éste es el tercer año desde que comencé a retirarme de mí mismo. Creo que comenzó en la primavera de 1974. Hasta ese momento, el poder funcionó perfectamente, cuando tenía la ocasión de llamarlo, siempre estaba allí, siempre podía confiar en él, realizando sus acostumbrados trucos, sirviéndome en todas mis sucias necesidades. Luego, sin previo aviso, sin motivo alguno, comenzó a morir. Pequeños fallos en la recepción. Breves episodios de impotencia psíquica.

Estos acontecimientos los asocio con el comienzo de la primavera, cuando los vestigios ennegrecidos de la última nevada siguen adheridos a las calles. No pudo haber sido ni en el 75 ni en el 73, lo que me lleva a localizar el inicio de la declinación en el año intermedio. Me sentía cómodo y satisfecho dentro de la cabeza de alguien, escudriñando escándalos que se consideraban auténticos secretos y, de repente, todo comenzó a hacerse borroso e incierto. Era como estar leyendo el Times y que el texto, sin más ni más, se convirtiera



en un parloteo joyceano de sueños de una línea a la otra, de modo que un informe aburrido y directo sobre la última investigación de hechos insignificantes de la comisión investigadora presidencial se convirtiera en un relato confuso e impenetrable acerca de los borborigmos del viejo Earwicker. En esos momentos vacilaba y me invadía un horrible temor. ¿Qué harían si creyeran que están en la cama con la persona que más desean y al despertar se encontraran haciendo el amor con una estrella de mar? Pero lo peor no eran estas nebulosidades y distorsiones: creo que lo peor eran las inversiones, la reversión completa de la señal. Como por ejemplo recibir un destello de amor cuando lo que en realidad se está emitiendo es un odio gélido. O viceversa. Cuando me ocurre, tengo deseos de golpear las paredes para saber qué es lo que es real.

En una ocasión recibí fuertes ondas de deseo sexual, un incestuoso e irresistible anhelo de Judith, lo que provocó levantarme corriendo de la silla y salir asqueado, haciendo arcadas hacia el inodoro. Pero todo fue un error, un engaño; lo que me estaba lanzando eran dardos venenosos, y yo, como un verdadero tonto, los confundí con flechas de Cupido. Bueno, después de eso hubo momentos en blanco, pequeñas muertes de percepción en pleno contacto; luego hicieron su aparición las recepciones mezcladas, los cables cruzados, dos mentes que entraban a la vez sin que yo pudiera discernir la una de la otra. La percepción de colores desapareció durante algún tiempo, aunque ha regresado, siendo una de las muchas restituciones falsas. Aunque apenas discernibles, pero de efecto acumulativo, hubo otras pérdidas.

Ahora me dedico a hacer listas de las cosas que una vez podía hacer y ya no puedo, inventarios de la pérdida. Como un moribundo confinado en su cama, paralizado pero atento, que observa cómo sus parientes le roban sus bienes. Hoy ha desaparecido el televisor, y hoy las primeras ediciones de Thackeray, y hoy las cucharas, y ahora se han llevado mi Piranesis, y mañana serán las ollas y sartenes, las persianas venecianas, mis corbatas, y mis pantalones, y la próxima semana se estarán llevando dedos, intestinos, córneas, testículos, pulmones y ventanas de la nariz. ¿Para qué utilizarán las ventanas de mi nariz?

Solía luchar para retenerlo dando largas caminatas, con duchas frías, partidos de tenis, dosis masivas de vitamina A, y otros remedios improbables que me infundían esperanzas. Más recientemente experimenté con ayuno y meditación, pero ahora esta lucha me parece impropia e incluso blasfema; últimamente me esfuerzo por aceptar la pérdida con alegría, con el éxito que ya habrán podido percibir. Esquilo me advierte que no debo protestar contra las punzadas, también Eurípides, creo que Píndaro también, y si buscara en el Nuevo Testamento creo que allí también encontraría el precepto. Así que obedezco, no protesto, ni siquiera cuando las punzadas son más agudas. Acepto, acepto. ¿No ven cómo crece en mí esa capacidad de aceptación? No se equivoquen, soy sincero.

Al menos esta mañana mientras el dorado sol de otoño inunda mi habitación y agranda mi destrozada alma, estoy llegando a la aceptación. Estoy aquí tendido, practicando las técnicas que me harán invulnerable al conocimiento de que todo se está escapando de mí. Busco el regocijo que sé que yace enterrado en el conocimiento de la declinación. ¡Envejeced conmigo! Aún falta lo mejor, el final de la vida, el motivo del principio. ¿Creen eso? Yo sí. Cada vez me resulta más fácil creer todo tipo de cosas. A veces, antes del desayuno, he creído seis cosas improbables. ¡El viejo y querido Browning! Qué gran consuelo es.

Entonces, bienvenidas sean las contrariedades  
que hacen más áspera la suavidad de la tierra;  
el aguijón que no obliga a sentarse o a levantarse  
sino a seguir adelante.

Que nuestras alegrías tengan tres partes de dolor.

¡Apresuraos, y despreciad el esfuerzo!

Sí, por supuesto, podría haber agregado que nuestro dolor tenga tres partes de alegría. Tanta alegría esta mañana. Y todo se está escapando de mí, todo va declinando. Saliendo de mí por cada poro.

El silencio está cayendo sobre mí. Una vez se haya ido, no le hablaré a nadie. Y nadie me hablará a mí.

Aquí estoy, de pie, junto al inodoro, orinando pacientemente mi poder fuera de mí. No puedo negar que siento algún pesar por lo que está pasando, siento pena, siento - ¿para qué engañarnos? - siento ira, frustración y desesperación, pero también, por extrañamiento que pueda parecer, siento vergüenza. Mis mejillas arden, mis ojos no quieren encontrarse con otros ojos, me resulta muy difícil mirar cara a cara a mis semejantes, por la vergüenza, como si me hubieran confiado algo precioso y yo hubiera traicionado esa confianza. Es preciso que le diga al mundo que he malgastado mis bienes, he despilfarrado mi patrimonio, he dejado que se escurriera, que se fuera, que se fuera. Ahora estoy quebrado, quebrado. Esta vergüenza cuando sobreviene al desastre quizá sea una herencia familiar. A los Selig nos gusta decirle al mundo que somos gente ordenada, capitanes de nuestras almas, y cuando algún factor externo nos derriba sentimos vergüenza. Recuerdo cuando mis padres tuvieron durante un tiempo muy breve un coche, un Chevrolet 1948 verde oscuro comprado a un precio ridículamente bajo en 1950. En una ocasión, cuando íbamos por Queens, quizá en la peregrinación anual a la tumba de mi abuelo, un coche salió a toda velocidad de un callejón sin salida y chocamos. El coche lo conducía un negro, borracho y aturdido. No hubo heridos, pero nuestro guardabarros quedó muy abollado, nuestra rejilla se rompió y la característica barra T que identificaba al modelo 1948 quedó colgando. Aunque mi padre no tuvo ninguna culpa del accidente, su rostro iba enrojeciendo cada vez más, transmitiendo una vergüenza febril, como si estuviera disculpándose ante el universo entero por haber hecho algo tan imprudente como permitir que un coche chocara con el suyo. ¡Cómo se disculpó también ante el otro conductor, mi ceñudo y amargado padre! ¡Está bien, está bien, son cosas que suceden, no tiene que alterarse, ve, afortunadamente todos estamos bien! Mire mi coche, hombre, mire mi coche, decía el otro conductor una y otra vez, consciente sin duda de que el tipo que tenía era blando; llegué a temer que mi padre fuera a darle dinero para la reparación, pero mi madre, temiendo lo mismo, lo contuvo. Había pasado ya una semana y aún seguía avergonzado; entré en su mente mientras hablaba con un amigo y le oí tratando de decirle que era mi madre la que conducía, lo cual era totalmente absurdo puesto que nunca tuvo permiso de conducir, y entonces sentí vergüenza de él. También Judith cuando se divorció, cuando puso fin a una insoportable situación, sintió un gran pesar por el vergonzoso hecho de que alguien tan resuelta y eficiente en la vida como Judith Hannah Selig hubiese tenido un matrimonio tan desastroso y devastador, con el que tuvo que terminar vulgarmente en un juicio de divorcio. Yo, yo, yo. Yo, el milagroso adivinador de pensamientos, entrando en una declinación misteriosa, disculpándome por mi negligencia. He extraviado mi don en algún lugar. ¿Podrán perdonarme?

Bueno es perdonar;

¡mejor es olvidar!

En vida nos consumimos;

al morir vivimos.

Considere una carta imaginaria, señor Selig. Ejem. Señorita Kitty Hostein, calle no sé qué, número no sé cuánto, Ciudad de Nueva York. Busque la dirección exacta más tarde. No se preocupe por el código postal.

Querida Kitty;

Sé que hace siglos que no sabes nada de mí, pero creo que ha llegado el momento de ponerme otra vez en contacto contigo. Han pasado trece años y creo que ambos

debemos de haber adquirido cierta madurez, que se habrán curado viejas heridas y hecho posible la comunicación. A pesar de todos los resentimientos que pudieron haber existido alguna vez entre nosotros, nunca dejé de sentir cariño por ti y tu recuerdo sigue vivo en mi mente.

Con respecto a mi mente, hay algo que me gustaría decirte. Ya no hago las cosas tan bien con ella. Al decir "cosas" me refiero a la cuestión mental, a la lectura de pensamientos cosa que, por supuesto, no pude hacer contigo, pero que definió y dio forma a mi relación con el resto del mundo. Ahora, este poder parece estar escapándose de mí. ¿Recuerdas?, nos causó tanto dolor. En última instancia fue lo que nos separó, lo cual traté de explicarte en mi última carta de la que no recibí respuesta. Poco más o menos dentro de un año (¿quién sabe, seis meses, un mes, una semana?) habrá desaparecido por completo y seré un ser humano normal y corriente, como tú. Dejaré de ser un engendro. Posiblemente entonces haya una oportunidad de reemprender la relación que se interrumpió en 1963 y que en esta ocasión la restablezcamos sobre una base más realista.

Sé que entonces hice cosas estúpidas. Te presioné sin piedad. Me negué a aceptarte tal y como eras y traté de convertirme en otra cosa, en un engendro, de hecho, en algo como yo. Teóricamente tenía buenas razones para intentarlo, o al menos así lo creía, pero por supuesto estaba equivocado, tenía que estar equivocado, y no me di cuenta hasta que ya fue demasiado tarde. Contigo era opresor, déspota, dominante; ¡yo, que soy manso y retraído! Y todo ello porque trataba de transformarte. Y con el tiempo acabé aburriéndome de ti. Claro que entonces eras muy joven, eras (no sé si decirlo) superficial, inmadura, y te resististe a mí. Pero ahora que ambos somos adultos, quizá podamos hacer las cosas bien, o al menos mejor que entonces.

Me resulta muy difícil de imaginar cómo será mi vida de ser humano común y corriente. Incapaz de penetrar en las mentes. Ahora todo el mundo me resulta muy incierto, estoy tratando de definirme a mí mismo, estoy buscando estructuras. Estoy pensando seriamente en convertirme a la Iglesia Católica Romana. (Santo Dios, ¿es cierto? ¡Es la primera noticia que tengo! El olor a incienso, el murmullo de los sacerdotes, ¿eso es lo que quiero?) O quizá a la Episcopal, no lo sé. La cuestión es unirme a la raza humana. Y también quiero volver a enamorarme. Quiero ser parte de otra persona. Con vacilación y timidez ya he comenzado por verme de nuevo con mi hermana Judith, después de toda una vida de guerra. Por primera vez estamos comenzando a relacionarnos, y eso me anima. Pero necesito algo más: una mujer a quien amar, no sólo sexualmente, sino en todos los sentidos. En realidad, en mi vida sólo experimenté algo así en dos ocasiones, una contigo, la otra al cabo de cinco años con una chica llamada Toni, que no se parecía mucho a ti. En ambas ocasiones este poder mío arruinó las cosas, una vez porque gracias a él me acerqué demasiado, y la otra porque no pude acercarme lo suficiente. Dado que el poder está desapareciendo de mí, dado que está muriendo, cabe la posibilidad de que

comencemos por fin una relación humana común, como la que mantienen normalmente los seres humanos. Porque seré común. Porque seré muy común.

Me pregunto qué será de ti. Según creo ahora tienes treinta y cinco años. Tengo la impresión de que son muchos años, a pesar de que yo tengo cuarenta y uno. (¡Por algún motivo cuarenta y uno no me parecen muchos!) Sigo pensando en ti como si tuvieras veintidós. Incluso entonces aparentabas menos; tan alegre, abierta y cándida. Desde luego, ésa era la imagen que en mi fantasía me había creado de ti; sólo podía guiarme por los aspectos externos, no podía utilizar mi poder sobre tu psique; así que inventé una Kitty que probablemente no era la verdadera Kitty. De cualquier forma, tienes treinta y cinco años. Imagino que debes de parecer más joven. ¿Te casaste? Seguro que sí. ¿Un matrimonio feliz? ¿Muchos chicos? ¿Sigues casada? ¿Cuál es tu apellido de casada, dónde vives y cómo puedo localizarte? Si estás casada, ¿te será posible verme? No sé

por qué razón, pero no creo que seas una esposa absolutamente fiel (¿te insulta eso?), así que en tu vida debería haber un lugar para mí, como un amigo, como un amante. ¿Ves a Tom Nyquist? ¿Lo seguiste viendo durante mucho tiempo después de que tú y yo terminamos? ¿Te disgustaste conmigo por las cosas que te dije de él en mi anterior carta? Si te has separado de tu marido, o si nunca te casaste, ¿vivirás conmigo ahora? No como esposa, aún no, sólo como una compañera, para ayudarme a soportar estas últimas etapas de lo que me está ocurriendo. Necesito tanto que me ayuden. Necesito amor. Sé que es una forma espantosa de hacer una proposición, y ni qué hablar de una proposición de matrimonio, el decirte: Ayúdame, consuélame, quédate conmigo. Preferiría llegar a ti sintiéndome fuerte y no débil, pero en este momento me siento débil. Tengo este globo de silencio que va creciendo en mi cabeza, expandiéndose, llenando todo mi cráneo, creando este gran espacio vacío. Estoy sufriendo una lenta pérdida de realidad. Sólo puedo ver los bordes de las cosas, no su esencia, y también los bordes se están tornando borrosos. ¡Dios mío, Kitty, te necesito! Kitty, ¿qué puedo hacer para encontrarte? Kitty, casi no te conocí. Kitty Kitty Kitty.

Twang. La cuerda que vibra. Twing. La cuerda que se rompe. Twong. La lira desafinada. Twang. Twing. Twong.

Queridos hijos de Dios, mi sermón de esta mañana será muy breve. Mi deseo es que reflexionéis y meditéis sobre el profundo significado que tienen algunas de las palabras que me voy a permitir robarle al virtuoso Tom Eliot, un guía previsor para tiempos turbulentos. Amados míos, os remito a sus Cuatro cuartetos, a su línea paradójica "En mi principio está mi fin", que amplía un poco más adelante con el comentario "Lo que llamamos principio es con frecuencia el fin y llegar a un fin es llegar a un principio". Hijos míos, en este momento algunos de nosotros estamos llegando a un fin; es decir, que aspectos de nuestras vidas que alguna vez fueron centrales para nosotros están llegando a su fin. ¿Es esto un fin o es un principio? ¿No puede el fin de una cosa ser el principio de otra? Sinceramente creo que sí. Creo que el que se cierre una puerta no es impedimento para que se abra otra. Desde luego, es preciso tener valor para atravesar esa nueva puerta cuando no sabemos qué puede haber al otro lado, pero el que tiene fe en Nuestro Señor, que murió por nosotros, el que tiene confianza absoluta en Él, que vino a salvar al mundo, no debe temer. Nuestras vidas son peregrinaciones hacia Él. Todos los días podemos morir pequeñas muertes, pero tanto de una como de otra renacemos, hasta que por fin llegamos a la oscuridad, a los espacios interestelares vacíos donde Él nos espera, ¿y por qué temerle a eso si Él está allí?

Hasta que ese momento llegue, vivamos nuestras vidas sin sucumbir a la tentación de compadecernos de nosotros mismos. Debéis recordar siempre que el mundo aún está lleno de maravillas, que siempre hay nuevas búsquedas, que los fines aparentes no son fines en realidad, sino simples transiciones, estaciones en nuestro caminar. ¿Por qué lamentarnos? ¿Por qué dejarnos invadir por el dolor, aunque nuestras vidas sean substracciones diarias? Si perdemos esto, ¿también perderemos aquello? Si se pierde la vista, ¿también se pierde el amor? Si se debilita un sentimiento, ¿no podemos recurrir a viejos sentimientos y extraer consuelo de ellos? Gran parte de nuestro dolor es mera confusión.

Así pues, regocijaos en este día del Señor, amados míos, y no tendáis redes en las que podáis quedar atrapados, ni os permitáis cometer el pecado de sentirnos desgraciados, y no hagáis falsas distinciones entre fines y principios. Seguid adelante, buscando siempre nuevos éxtasis, nuevas comuniones, nuevos mundos, y no dejéis lugar en vuestras almas para el temor; entregaos a la Paz de Cristo y aguardad aquello que debe llegar. En el Nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

Ahora, en su momento adecuado, llega un oscuro equinoccio. La pálida luna brilla con luz tenue cual vieja y funesta calavera. Al marchitarse las hojas caen. Los fuegos se apagan. La paloma, cansada, revolotea hasta la tierra. La oscuridad se extiende. El viento

se lo lleva todo. La sangre purpúrea mengua en las venas que se estrechan; el frío azota el corazón fatigado; el alma se consume; incluso los pies se vuelven inseguros. Faltan la palabras. Nuestros guías admiten que están perdidos. Lo que era sólido se hace transparente. Las cosas llegan a su fin. Los colores palidecen. Éste es un tiempo gris y temo que, uno de estos días, será aún más gris. Moradores de la casa, pensamientos de un cerebro seco en una estación seca.

Cuando Toni decidió mudarse de mi apartamento en la calle Ciento Catorce esperé dos días antes de hacer algo. Supuse que, cuando se hubiera calmado, regresaría; imaginé que llamaría, contrita, desde la casa de alguna amiga, lamentándose por haberse dejado dominar por el pánico y me pediría que fuera a buscarla en taxi. Además, durante esos dos días no estaba en condiciones de tomar ninguna decisión, continuaba sufriendo los efectos secundarios de mi indirecto viaje; me sentía como si alguien me hubiera cogido por la cabeza y tirado fuertemente de ella, estirándome el cuello como un elástico, dejando que por fin volviera a su lugar con un fuerte ¡zap! que me dejó el cerebro confuso. Pasé esos dos días en la cama, la mayor parte del tiempo dormitando, de vez en cuando leyendo y corriendo como un loco cada vez que sonaba el teléfono.

Pero Toni ni regresó ni llamó, así que comencé la búsqueda el martes siguiente al viaje con ácido. Primero llamé a su oficina. Teddy, su jefe, un hombre culto, dulce, agradable, muy amable, muy marica, no sabía nada, no había ido a trabajar esa semana. No, no se había puesto en contacto con él para nada. ¿Era urgente? ¿Quería anotar el número de su casa?

- Estoy llamando desde el número de su casa - le dije -. No está aquí y no sé dónde se ha ido. Habla David Selig, Teddy.

- Oh - dijo. Muy débilmente, con gran compasión -. Oh.

Y yo le dije:

- Si llama, ¿querrás decirle que se ponga en contacto conmigo?

Después comencé a llamar a sus amigas de las que pude conseguir los números de teléfono: Alice, Doris, Helen, Pam, Grace. Sabía que a la mayoría de ellas yo no les gustaba. No necesitaba valerme de la telepatía para darme cuenta de eso. Todas creían que Toni estaba malgastando su tiempo conmigo, que desperdiciaba su vida con un hombre sin carrera, perspectivas, dinero, ambición, talento ni buena presencia. Las cinco me dijeron que no sabían nada de ella. Doris, Helen y Pam parecieron sinceras, las otras dos me dio la impresión de que me estaban mintiendo. Tomé un taxi hasta el apartamento de Alice en el Village y proyecté mi mente hacia arriba, ¡zam! nueve pisos hasta su cabeza, y me enteré de muchas cosas acerca de Alice que en realidad no quería saber, pero no pude averiguar dónde estaba Toni. Me sentí sucio por haberla espiado y no hice lo mismo con Grace. Opté por llamar a mi jefe, el escritor a quien Toni le estaba corrigiendo un libro, y le pregunté si la había visto. Con un tono de voz muy frío me dijo que no desde hacía semanas. Estaba en un callejón sin salida, no tenía ninguna pista.

Durante todo el miércoles me sentí muy agitado, preguntándome qué hacer, y por fin, melodramáticamente, llamé a la policía. Le di su descripción a un sargento aburrido: alta, delgada, pelo largo y oscuro, ojos castaños. ¿no habían encontrado ningún cuerpo en Central Park últimamente? ¿En los basureros del subterráneo? ¿En los sótanos de los apartamentos de la avenida Amsterdam? No. No. No. Mire, amigo, si nos enteramos de algo se lo comunicaremos, pero a mí no me parece algo serio, fue todo cuanto me dijo la policía. Inquieto, increíblemente nervioso, caminé hasta el Great Shanghai para cenar, pero no pude ni hacerlo, una buena comida desperdiciada. (Los chicos se están muriendo en Europa, Duv. Come. Come.) Después, sentado frente a los restos desparramados de mis langostinos con arroz caliente, terriblemente acongojado, hice una conquista fácil de un modo que siempre he despreciado: escruté a las diversas chicas que se encontraban solas en aquel gran restaurante (y había muchas), buscando una que se sintiera sola, frustrada, vulnerable, que estuviera dispuesta a acostarse con alguien y que tuviera una

necesidad imperiosa de que le alimentaran el ego. No resulta excesivamente difícil hacer el amor si se tiene un modo seguro de averiguar quién está dispuesto a ello, pero la cacería no es muy divertida. En este caso, la presa era una mujer casada, medianamente atractiva, de unos veintitantos años, sin hijos, cuyo marido, un profesor de Columbia, evidentemente estaba más interesado en su tesis doctoral que en ella. Pasaba todas las noches sepultado entre las estanterías de la Biblioteca Butler haciendo trabajos de investigación, y se arrastraba hasta su casa tarde, exhausto, irritable y, por lo general, impotente. La llevé a mi habitación, no pude tener una erección (eso le molestó; supuso que era un signo de rechazo) y durante dos tensas horas escuché la historia de su vida. Por fin, pude hacerle el amor, y acabé casi inmediatamente. No fue mi mejor momento. La acompañé hasta su casa (calle Ciento Diez y Riverside Drive); cuando entré en el apartamento el teléfono estaba sonando. Pam.

- He tenido noticias de Toni - dijo, y de repente me sentí lleno de culpa por mi vil infidelidad consoladora -. Está viviendo en casa de Bob Larkin, en la calle Ochenta y Tres Este.

Celos, desesperación, humillación, agonía.

- ¿Bob qué?

- Larkin. Ese famoso decorador de interiores del que siempre habla.

- No conmigo.

- Es uno de los más antiguos amigos de Toni, verdaderamente son muy amigos. Cuando ella estaba en la escuela secundaria, él solía invitarla a salir. - Una larga pausa. Luego Pam soltó una risita cordial ante mi silencio aturdido -. ¡Ah, tranquilízate, tranquilízate, David! ¡Es marica! Es sólo una especie de padre-confesor para ella. Lo busca cuando hay problemas.

- Ya veo.

- Vosotros dos habéis terminado, ¿verdad?

- No estoy seguro. Supongo que sí. No lo sé.

- ¿Puedo ayudar en algo?

Esta pregunta de Pam me había sorprendido, siempre había pensado que me consideraba una influencia destructiva de la que era aconsejable que Toni se alejara.

- Sólo dame su número de teléfono - dije.

Llamé. Sonó y sonó y sonó. Por fin Bob Larkin descolgó el aparato. Marica, sin duda, con una dulce voz de tenor coronada con un ceceo, no muy distinta a la voz de Teddy, el del trabajo. ¿Quién les enseña a hablar con el acento de homosexual?

- ¿Está Toni? - pregunté.

Una respuesta cautelosa:

- ¿Quién la llama, por favor?

Se lo dije. Me pidió que esperara, y pasó más o menos un minuto mientras consultaba con ella, con la mano sobre el micrófono. Por fin contestó y dijo que sí, que Toni estaba allí, pero que estaba muy cansada, que estaba descansando y no quería hablar conmigo en ese momento.

- Es urgente - le dije -. Por favor, dile que es urgente.

Otra consulta con el micro tapado. La misma respuesta. Sugirió vagamente que volviera a llamar dentro de dos o tres días. Comencé a tratar de persuadirle, a gimotear, a rogar. En medio de esa representación poco heroica el teléfono cambió repentinamente de mano y Toni me dijo:

- ¿Por qué has llamado?

- Eso tendría que ser evidente. Quiero que vuelvas.

- No puedo.

No dijo "no quiero". Dijo "no puedo".

- ¿Puedes decirme por qué? - le dije.

- En realidad no.

- Ni siquiera me dejaste una nota. Ni una palabra de explicación. Saliste corriendo a toda prisa...

- Lo siento, David.

- Fue algo que viste en mí cuando estabas viajando, ¿verdad?

- No hablemos de eso - dijo -. Ya se acabó.

- No quiero que se acabe.

- Yo sí.

Yo sí. Fue como el ruido de una gran puerta que se cerraba con estrépito en mi cara. Pero no iba a dejar que echara el cerrojo todavía. Le dije que se había dejado olvidadas algunas cosas en mi apartamento. Era mentira; había barrido con todo. Pero cuando algo me interesa puedo ser persuasivo, y comenzó a pensar que podía ser cierto. Me ofrecí a llevarle las cosas en ese mismo momento. No quería que fuera. Me dijo que prefería no volver a verme jamás. Así resultaría menos doloroso. Pero no había convicción en su voz; era más aguda y mucho más nasal que cuando hablaba con sinceridad. Sabía que aún me amaba, más o menos; incluso después del incendio de un bosque, algunos de los troncos quemados siguen viviendo, y nuevos retoños verdes vuelven a brotar de ellos. Eso fue lo que me dije a mí mismo. ¡Qué tonto fui! De cualquier modo, no pudo rechazarme del todo. Del mismo modo que había sido incapaz de no ponerse al teléfono, ahora le resultaba imposible negarse a recibirme. Hablando muy rápidamente, la forcé a que aceptara.

- De acuerdo - dijo -. Ven. Ven. Pero estás perdiendo el tiempo.

Era casi medianoche. El aire veraniego era húmedo y pegajoso, presagiaba lluvia. No había estrellas. Atravesé la ciudad de prisa, sofocado por los vapores de la población húmeda y la amargura de mi amor destrozado. El apartamento de Larkin estaba en el piso diecinueve de una inmensa torre nueva de ladrillos blancos con terraza, en la avenida York. Cuando me invitó a entrar, me sonrió con ternura y compasión, como diciendo: Pobre infeliz, te han lastimado y estás sangrando, y ahora la herida se te volverá a abrir. Tenía unos treinta años, un hombre regordete, con rostro juvenil, largo pelo castaño rizado e indócil y grandes dientes desperejados. Irradiaba simpatía, compasión y bondad. Comprendí por qué Toni recurría a él en momentos como éste.

- Está en la sala - dijo -. A la izquierda.

Era un apartamento grande, impecable. Estaba decorado de forma algo extravagante, con las paredes pintadas de varios colores, piezas precolombinas en vitrinas iluminadas, grotescas máscaras africanas, muebles de cromo: el tipo de apartamento estrafalario que uno ve fotografiado en la revista del Sunday Times. La sala era el centro de espectáculo, una amplia habitación de paredes blancas con una gran ventana curva que revelaba todos los esplendores de Queens al otro lado del East River. Toni estaba sentada en el otro extremo de la sala, junto a la ventana, en un sofá angular color azul oscuro, vetado en oro. Iba vestida con ropa vieja y pasada de moda que contrastaba enormemente con el esplendor que la rodeaba: un apolillado suéter rojo que yo detestaba, una falda negra corta y pasada de moda, medias oscuras. Estaba hundida en el sofá con expresión sombría, apoyada en un codo, y las piernas le sobresalían hacia adelante en forma desgarrada. Era una postura que la hacía parecer huesuda y falta de gracia. Tenía un cigarrillo en la mano y en el cenicero que había junto a ella se amontonaban las colillas. La expresión de sus ojos era triste. Su largo pelo estaba enredado. No se movió cuando caminé hacia ella. Emanaba tal hostilidad que me detuve a unos pasos de ella.

- ¿Dónde están las cosas que me ibas a traer? - preguntó.

- No habías dejado nada. Sólo lo he dicho para tener una excusa para verte.

- Lo imaginaba.

- ¿Qué es lo que ha ido mal, Toni?

- No preguntes. No preguntes. - Su voz se había vuelto muy grave, un contralto áspero y ronco -. No has debido venir.

- Si al menos me dijeras lo que hice...

- Trataste de lastimarme - dijo -. Trataste de arruinarme el viaje. - Apagó el cigarrillo e inmediatamente encendió otro. Sus sombríos ojos se negaban a encontrarse con los míos -. Por fin me di cuenta de que eras mi enemigo, que debía huir de ti. Así que hice las maletas y me fui.

- ¿Tu enemigo? Sabes que eso no es cierto.

- Fue extraño - dijo -. No comprendía lo que estaba pasando. Incluso he hablado con algunas personas que se han drogado muchas veces con ácido y tampoco lo pueden comprender. Fue como si nuestras mentes estuvieran conectadas, David. Como si un canal telepático se hubiera abierto entre nosotros. Y todo tipo de cosas fluían de ti hacia mí. Cosas abominables. Cosas venenosas. Estaba pensando tus pensamientos. Viéndome como tú me veías. ¿Recuerdas cuando me dijiste que también estabas viajando, a pesar de que no habías tomado ácido? Y luego me dijiste que estabas leyendo mi mente. Eso fue lo que realmente me asustó; el modo en que nuestras mentes parecían confundirse, superponerse, convertirse en una. Nunca pensé que el ácido podía provocar eso.

Ésa era mi ocasión para decirle que no había sido sólo el ácido, que no había sido una alucinación provocada por la droga que lo que había sentido era el impacto de un poder especial que se me había otorgado al nacer, un don, una maldición, una anomalía. Pero las palabras se congelaron en mi boca. Me parecieron una locura. ¿Cómo podía confesar algo semejante? Dejé pasar de largo la ocasión. En cambio, con voz débil dije:

- De acuerdo, fue un momento extraño para ambos. Estábamos algo delirantes. Pero el viaje ya ha terminado. Ahora no tienes que esconderte de mí. Regresa, Toni.

- No.

- Ahora no pero, ¿quizá dentro de unos días?

- No.

- No lo comprendo.

- Todo ha cambiado - dijo -. Ahora no podría vivir contigo, me asustas demasiado. El viaje ha terminado, pero te miro y veo demonios; veo unas cosas que son mitad murciélago, mitad hombre, con grandes alas elásticas y largos colmillos amarillos y... ¡Dios mío, David, no lo puedo evitar! Aún tengo la impresión de que nuestras mentes están unidas. Cosas que se deslizan de tu cabeza hacia la mía. Jamás debí haber probado el ácido. - Sin acabarlo, apagó el cigarrillo e inmediatamente encendió otro -. Ahora haces que me sienta incómoda. Preferiría que te marchases. El mero hecho de estar tan cerca de ti me produce dolor de cabeza. Por favor. Por favor. Lo siento, David.

No me atreví a mirar dentro de su mente, temía que lo que pudiera encontrar me consumiera y destrozara. Pero el poder era aún tan fuerte en aquellos días que no podía evitar recibir, quisiera o no, una radiación mental generalizada y de bajo nivel de aquellos a los que me acercaba. Lo que entonces recibí de Toni confirmó lo que estaba diciendo. No había dejado de amarme, pero el ácido, a pesar de ser lisérgico y no sulfúrico, había lastimado y corroído nuestra relación al abrir esa puerta terrible entre los dos. Para ella era una auténtica tortura estar conmigo en la misma habitación. Yo no podía hacer nada que solucionase eso. Consideré estrategias, busqué ángulos de acercamiento, formas de razonar con ella, quise curarla con palabras dulces y fervorosas. No había forma. No había ninguna forma. Ensayé una docena de diálogos con la cabeza y todos terminaron con Toni rogándome que me alejara de su vida. Ése era el fin. Permanecía allí sentada, casi inmóvil, abatida, con el rostro sombrío, su ancha boca apretada de dolor, su otrora brillante sonrisa ahora extinguida. Parecía haber envejecido veinte años. Su extraña belleza exótica de princesa del desierto había desaparecido por completo. De repente, envuelta en su dolor, me pareció más real de lo que me había parecido jamás. Invasión de sufrimiento, viva en su angustia. No había modo de que yo llegara hasta ella.

- Está bien - dije con serenidad -. Yo también lo siento.



Listo, todo terminado, con rapidez, de repente, sin aviso, la bala que atraviesa el aire con un silbido, la granada que rueda con alevosía dentro de la tienda, el yunque que cae del cielo apacible. Terminado. De nuevo solo. Ni siquiera lágrimas. ¿Llorar? ¿Qué es lo que habría que llorar?

Durante nuestra breve conversación en voz baja, Bob Larkin había permanecido discretamente afuera, en un largo vestíbulo empapelado con deslumbrantes ilusiones ópticas negras y blancas. Cuando salí de nuevo la dulce sonrisa de compasión.

- Gracias por dejar que te molestara tan tarde - le dije.

- No ha sido ninguna molestia. Es una lástima lo que ha ocurrido entre Toni y tú.

Asentí.

- Sí, es una lástima.

Nos miramos en forma vacilante, y él se acercó a mí y hundió su dedos momentáneamente en el músculo de mi brazo diciéndome, sin palabras, que me sobrepusiera, que saliera de la tormenta, que me dominara. Se mostró tan abierto que mi mente se hundió inesperadamente dentro de la de él, y lo vi con toda claridad, su bondad, su gentileza, su pesar. De su cabeza surgió una imagen, un recuerdo nítido encerrado en una cápsula: él y una Toni llorosa y destruida, dos noches atrás, tendidos juntos desnudos en su redonda cama tan de moda, la cabeza de ella apoyada sobre el pecho musculoso y velludo de él, las manos de él acariciando los grandes y pálidos pechos de ella. El cuerpo de Toni temblando de necesidad. El miembro renuente y lánguido de él que luchaba para ofrecerle el consuelo del sexo. Su espíritu bondadoso, en guerra consigo mismo, inundado de compasión y amor por ella pero desalentado por su femineidad inquietante, esos pechos, esa hendidura, su suavidad. No tienes que hacerlo, Bob, le dice ella, no tienes que hacerlo, de veras, no tienes que hacerlo, pero él le dice que quiere hacerlo, que ya es hora de que lo hagamos después de conocernos desde hace tantos años, te alegrará un poco, Toni, y además un hombre necesita un poco de variedad, ¿no te parece? Su corazón va hacia ella pero su cuerpo se resiste, y su acto sexual, cuando ocurre, es algo apresurado, patético y torpe, el choque de dos cuerpos reacios y angustiados que termina en lágrimas, estremecimientos, aflicción compartida y, por fin risas, un triunfo sobre el dolor. Él le seca las lágrimas con besos. Ella le agradece profundamente sus esfuerzos. Uno junto al otro, se duermen como niños. ¡Qué civilizados, qué tiernos! Mi pobre Toni. Adiós. Adiós.

- Me alegra que te haya buscado a ti - le dije.

Me acompañó hasta el ascensor. ¿Qué es lo que habría que llorar?

- Si se sobrepone, me aseguraré de que te llame - me dijo.

Le puse la mano sobre el brazo como momentos antes había hecho él y le dediqué mi mejor sonrisa. Adiós.

Edificio Marble Hill, piso doce, ésta es mi cueva. Broadway y calle Doscientos Veintiocho, antes un edificio municipal para gente de clase media, ahora un tugurio para despojos urbanos desarraigados y de ninguna clase. Dos habitaciones con cuarto de baño, cocina y vestíbulo. En otro tiempo, a menos que estuvieras casado y tuvieras hijos, no se podía vivir aquí. Ahora se han introducido algunos solteros aduciendo que son indigentes. A medida que la ciudad se deteriora las cosas cambian; las reglas se rompen. El edificio está habitado en su mayoría por portorriqueños, también hay algunos irlandeses e italianos. En esta guarida de papistas un David Selig es una gran anomalía. A veces piensa que les debe a sus vecinos una entusiasta interpretación diaria del Shma Yisroel, pero no sabe las palabras. El Kol Nidre, quizá. O el Kaddish. Este es el pan de la aflicción que comían nuestros antepasados en la tierra de Egipto. Tiene suerte de haber sido conducido fuera de Egipto y dentro de la Tierra Prometida.

¿Les gustaría realizar un visita, con guía incorporado, a la cueva de David Selig? Muy bien. Por favor, vengan por aquí. Por favor, no toquen nada, ni dejen sus chicles en los muebles. El sensible, inteligente, afable y neurótico hombre que será su guía no es otro

que el mismísimo David Selig. No se aceptan propinas. Bienvenidos, amigos, bienvenidos a mi humilde morada. Comenzaremos nuestro recorrido en el cuarto de baño. Como pueden ver, ésta es la bañera (esa mancha amarilla en la porcelana ya estaba allí cuando se mudó), éste el inodoro, éste el botiquín. Gran parte de su tiempo Selig lo pasa aquí; es un cuarto significativo para la comprensión profunda de su existencia. Por ejemplo, a veces se ducha dos o tres veces al día. ¿Qué creen ustedes que está tratando de lavar? Deja en paz ese cepillo de dientes, hijito. Muy bien, vengan conmigo. ¿Ven esos pósters en el pasillo? Son de la década de los sesenta. Este muestra al poeta Allen Ginsberg disfrazado de Tío Sam. Éste una cruda vulgarización de una sutil paradoja topológica del grabador holandés M. G. Escher. Éste muestra a una joven pareja desnuda haciendo el amor entre las olas del Pacífico. Hace ocho o diez años, cientos de miles de jóvenes decoraban sus habitaciones con pósters como éstos. Aunque entonces Selig no era exactamente lo que se dice joven, también lo hizo. A menudo ha seguido modas y estilos actuales en un intento de unirse con mayor firmeza a las estructuras de la existencia contemporánea. Supongo que hoy en día estos pósters tiene bastante valor; los lleva con él de un apartamento barato al siguiente.

Esta habitación es el dormitorio. Oscuro y reducido, con el techo bajo típico de la construcción municipal de hace una generación. La ventana siempre está cerrada para que el tren elevado, que con estruendo atraviesa el cielo adyacente a altas horas de la noche, no me despierte. Aun cuando todo está tranquilo alrededor, resulta bastante difícil conciliar el sueño. Ésta es su cama, en la que tiene sueños intranquilos y, en ocasiones, incluso ahora, involuntariamente lee las mentes de sus vecinos e incorpora los pensamientos de éstos a sus fantasías. Durante los dos años y medio que hace que vive aquí, en esta cama ha fornicado tal vez con quince mujeres, una, dos e incluso tres veces con cada una de ellas. ¡No debe turbarse tanto, jovencita! ¡El sexo es un esfuerzo humano saludable y sigue siendo un aspecto esencial de la vida de Selig, incluso ahora, en la edad madura! En los primeros años puede llegar a ser algo aún más importante para él, ya que el sexo es, después de todo, una forma de establecer comunicación con otros seres humanos, y hay otros canales de comunicación que parecen estar cerrándose para él. ¿Quiénes son estas chicas? Algunas no son chicas; algunas son mujeres maduras. Las atrae con su modo tímido y las persuade a compartir con él una hora de felicidad. Rara vez las vuelve a invitar, y aquéllas a las que sí invita a menudo rechazan la invitación, pero no importa. Sus necesidades quedan satisfechas. ¿Cómo dice? ¿Quince chicas en dos años y medio no son muchas para un soltero? ¿Quién es usted para juzgar eso? A él le parecen suficientes. Se lo aseguro, le parecen suficientes. Por favor, no se sienten en la cama. Es una cama vieja, de segunda mano, comprada en el sótano de una tienda que posee el Ejército de Salvación en Harlem. La compré bastante barata cuando me mudé de mi último apartamento, un lugar amueblado en la avenida St. Nicholas, y necesitaba tener algunos muebles míos. Años ha, por el 71 ó 72, tuve una cama de agua, otro ejemplo de cómo sigo las modas pasajeras. Jamás pude acostumbrarme al gorgoteo y finalmente la regalé a una muchacha que disfrutó de ella de verdad. ¿Qué más hay en el dormitorio? Me temo que muy poco que sea de interés. Una cómoda que contiene ropa común. Un par de pantuflas gastadas. Un espejo roto: ¿son supersticiosos? Una estantería ladeada llena de revistas viejas que jamás volverá a mirar: Partisan Review, Evergreen, Paris Review, New York Review of Books, Encounter; un montón de literatura de moda, algunas revistas de psicoanálisis y psiquiatría que Selig lee de vez en cuando con la esperanza de aumentar el conocimiento de sí mismo; pero siempre termina por arrinconarlas, aburrido y desilusionado. Salgamos de aquí. Esta habitación debe de resultarles deprimente. Pasamos por la cocina (horno, con cuatro fuegos, heladera de tamaño mediano, mesa de fórmica) donde se prepara desayunos y comidas muy sencillos (generalmente no cena en casa) y entramos en la habitación principal del apartamento, la sala/estudio en forma de L de paredes azules, repleta de cosas.

Aquí se puede observar toda la extensión del desarrollo intelectual de David Selig. Ésta es su colección de discos, unos cien discos gastados, algunos de ellos comprados en tiempos tan remotos como 1951. (¡Arcaicos discos monofónicos!) La mayoría son discos de música clásica, aunque notarán dos depósitos añadidos: cinco o seis discos de jazz que datan de 1959 y cinco o seis discos de rock que datan de 1969; tanto los de jazz como los de rock los compró tras grandes esfuerzos abortivos por extender el horizonte de sus gustos. De otro modo, lo que principalmente encontrarán aquí será música bastante austera, intrincada, inaccesible: Schoenberg, Beethoven de la última época, Mahler, Berg, los cuartetos de Bartok, pasacalles de Bach. Nada que tras oírlo una vez se podría silbar. Aunque no entiende mucho de música, sabe lo que le gusta; no les interesaría demasiado.

Y éstos son sus libros, acumulados desde que tenía diez años, que ha trasladado con amor de un lugar a otro. Los estratos arqueológicos de su lectura pueden ser aislados y examinados sin dificultad. Julio Verne, H. G. Wells, Mark Twain, Dashiell Hammett en el fondo. Sabatini. Kipling. Sir Walter Scott. Van Loon, La historia de la humanidad. Verrill, Grandes conquistadores de América del Sur y América Central. Los libros de un niño sobrio, serio y enajenado. De repente, con la adolescencia aumenta la cantidad: Orwell, Fitzgerald, Hemingway, Hardy, lo más simple de Faulkner. ¡Miren estos libros en rústica tan poco comunes de los años cuarenta y principios de los cincuenta, de tamaños y formas extraños, con tapas de plástico laminado! ¡Vean lo que entonces se podía comprar por sólo 25 centavos! ¡Miren las ilustraciones eróticas, las letras llamativas! Estos libros de ciencia ficción datan también de la misma época. Uno tras otro los devoré todos, con la esperanza de encontrar alguna pista sobre mi propia naturaleza trastornada en las fantasías de Bradbury, Heinlein, Asimov, Sturgeon, Clarke. Miren, aquí está Juan Raro, de Stapledon, y aquí, La maravilla de Hampdenshire de Beresford, y aquí hay un libro que se llama Seres extraños: los niños prodigio, lleno de historias sobre supermocosos con poderes extraordinarios. En este último libro he subrayado un montón de párrafos, generalmente aquellos en los que no estaba de acuerdo con el autor. ¿Seres extraños? A pesar del talento que tenían, esos escritores eran los extraños, tratando de imaginar poderes que jamás habían poseído; y yo, que era uno de esos seres, yo, el joven merodeador de mentes (el libro está fechado en 1954), estaba en desacuerdo con ellos. Ponían énfasis en la angustia de ser sobrehumano, olvidándose del éxtasis. Aunque, pensando ahora en la angustia en contraposición con el éxtasis, debo admitir que sabían de qué hablaban. Amigos, ahora ya no estoy tan en desacuerdo con ellos. Éste es el callejón de las ratas, donde los muertos no pueden discutir.

Observen cómo a medida que nos acercamos a los años universitarios la lectura de Selig se vuelve más elevada. Joyce, Proust, Mann, Eliot, Pound, la vieja jerarquía de vanguardia. El período francés: Zola, Balzac, Montaigne, Celine, Rimbaud, Baudelaire. Todas estas obras de Dostoievsky que ocupan medio estante. Lawrence. Woolf. La época mística: Agustín, Aquino, el Tao Te Ching, los Upanishads, el Bhagavad Gita. La época psicológica: Freud, Jung, Adler, Reich, Reik. La época filosófica. La época marxista. Todos esos libros de Koestler. Vuelta a la literatura: Conrad, Forster, Beckett. Avanzando hacia la desordenada década de los sesenta: Bellow, Pynchon, Malamud, Mailer, Burroughs, Barth. Trampa 22 y La política de la experiencia. ¡Ah, sí, damas y caballeros, están en presencia de un hombre culto!

He aquí sus archivos. Un tesoro de efectos personales que aguardan a un biógrafo aún desconocido. Libretas de calificaciones, siempre con malas notas en conducta. ("David muestra poco interés en su trabajo y, a menudo, interrumpe la clase.") Tarjetas de cumpleaños dibujadas toscamente a lápiz para su madre y su padre. Viejas fotografías: ¿es posible que este chico gordo y pecoso sea el individuo enjuto que ahora está frente a ustedes? Este hombre de frente alta, rígida y forzada sonrisa es el difunto Paul Selig,

padre de nuestro sujeto, fallecido (¡olavha sholom!) el 11 de agosto de 1971 debido a complicaciones surgidas tras una operación de úlcera perforada. Esta mujer de pelo gris con los ojos saltones debido al hipertiroidismo es la difunta Martha Selig, esposa de Paul, madre de David, fallecida (¡oy, veh, mama!) el 15 de marzo de 1973 debido a una misteriosa putrefacción de órganos internos, probablemente cancerosa. Esta joven ceñuda de rostro frío y afilado es Judith Hannah Selig, hija adoptiva de P. y M., odiosa hermana de D. La fecha anotada en el reverso de la foto es julio de 1963. Por aquel entonces Judith tiene dieciocho años y está en la plenitud de su odio hacia mí. ¡Cómo se parece a Toni en esta foto! Jamás me había dado cuenta del parecido, pero tienen el mismo aspecto yemenita moreno, el mismo negro y largo pelo. Pero los ojos de Toni fueron siempre cálidos y afectuosos, salvo al final, y los ojos de Jude jamás me mostraron otra cosa que no fuera hielo, hielo, hielo plutoniano.

Continuemos con la inspección de los efectos privados de David Selig. Ésta es la colección de sus trabajos académicos y de sus exámenes de su época universitaria. ("El refinado y elegante poeta Carew refleja en su obra influencias tanto del clasicismo preciso de Jonson como de la fantasía extravagante de Donne; una interesante síntesis. Estructura coherente y dicción clara es una constante en sus poesías; en una poesía como "Ya no me preguntes dónde otorga el Señor su gracia" refleja perfectamente la austeridad armoniosa de Jonson, mientras que en otras, tales como "La mediocridad en el amor rechazado" o "La belleza ingrata amenazada", su ingenio es semejante al de Donne.") ¡Qué afortunado fue David Selig al guardar este cotorreo literario! En estos últimos años estos trabajos se han convertido en su principal fuente de ingresos, porque ya saben, por supuesto, cómo se gana la vida en la actualidad la figura central de nuestras investigaciones.

¿Qué más encontramos en estos archivos? Las copias hechas con papel carbónico de innumerables cartas. Algunas de ellas son misivas bastante impersonales. Estimado presidente Eisenhower. Estimado Papa Juan. Estimado secretario general Hammarskjold. Hace tiempo enviaba con cierta frecuencia estas cartas a rincones remotos de la Tierra, pero en estos últimos años rara vez lo hace. Sus esfuerzos unilaterales intermitentes por ponerse en contacto con un mundo sordo; sus angustiados e inútiles intentos de restaurar el orden en un universo que se tambalea visiblemente hacia la destrucción termodinámica final. ¿Les parece que veamos algunos de estos documentos? Usted dice, gobernador Rockefeller, que "con la multiplicación de las armas nucleares nuestra seguridad depende de la credibilidad de nuestro deseo de valernos de un freno. Como funcionarios públicos y como ciudadanos tenemos la enorme responsabilidad de salvar y proteger las vidas y la salud de nuestro pueblo. No se puede excusar un esfuerzo lento por la defensa civil con nuestra convicción de que una guerra nuclear es una tragedia y que debemos luchar con todos los medios honorables para asegurar la paz". Permítame manifestarle mi desacuerdo. Su programa de refugios contra bombardeos, gobernador, es el proyecto de una mente moralmente empobrecida. Desviar la energía y los recursos de la búsqueda de una paz duradera para utilizarlos en este plan al estilo del avestruz que esconde la cabeza es, a mi juicio, una política tonta y peligrosa que... El gobernador, a modo de respuesta, le dio las gracias y le envió una copia del mismo discurso contra el que Selig protestaba. ¿Se puede esperar más? Señor Nixon, toda su campaña se basa en la teoría de que los Estados Unidos nunca estuvieron mejor que durante la presidencia de Eisenhower y que, por lo tanto, sería bueno que durante cuatro años más siguiéramos igual. Usted me recuerda a Fausto gritándole al momento que pasa, ¡Bleibe doch, du bist so schoen! (¿Soy demasiado culto para usted, señor vicepresidente?) Por favor, tenga presente que cuando Fausto pronuncia esas palabras aparece Mefistófeles para llevarse su alma. ¿Realmente cree que este momento histórico que estamos viviendo es tan grato que habría que detener los relojes para siempre? Escuche la angustia que hay en el país. Escuche las voces de los negros del Mississippi, escuche los lamentos de los hijos

hambrientos de los trabajadores de las fábricas que se han quedado sin trabajo debido a la recesión republicana, escuche... Estimada señora Hemingway: Permítame que agregue mis palabras a las de miles de personas que le expresan su pesar por la muerte de su esposo. El valor que demostró frente a una situación de vida que se había vuelto insoportable e intolerable es en verdad un ejemplo para aquellos de nosotros que... Estimado doctor Buber... Estimado profesor Toynbee... Estimado presidente Nehru... Estimado señor Pound: Todo el mundo civilizado se regocija con usted por su liberación del confinamiento cruel e inhumano que... Estimado lord Russell... Estimado presidente Khrushchev... Estimado señor Malraux... estimado... estimado... estimado... Deben admitir que es toda una extraordinaria colección de correspondencia; con respuestas igualmente extraordinarias. Miren lo que dice esta respuesta: Es posible que tenga razón; y ésta dice: Le agradezco su interés; y ésta dice: No cabe duda de que el tiempo no permite respuestas individuales a todas las cartas recibidas pero, por favor, tenga la seguridad de que sus opiniones serán tenidas en consideración, y ésta dice: Envíenle una respuesta a este desgraciado.

Lamentablemente no disponemos de las cartas imaginarias que constantemente se dicta a sí mismo, pero que nunca envía. Estimado señor Kierkegaard: Estoy completamente de acuerdo con su célebre sentencia en la que comparar el "absurdo" con "el hecho de que con Dios todo es posible", y que declara, "El absurdo no es uno de los factores que pueden ser diferenciados dentro del ámbito correcto de la comprensión: no es idéntico a lo improbable, a lo inesperado, a lo imprevisto". En mi propia experiencia con el absurdo... Estimado señor Shakespeare: Qué acertadamente se expresa cuando dice, "No es amor el amor que al percibir un cambio cambia, o que propende con el distanciado a distanciarse". Sin embargo, su soneto da por sentado algo que queda por probar: Si el amor no es amor, ¿qué es entonces ese sentimiento de proximidad que puede ser tan absurda e inesperadamente destruido por algo insignificante? Si pudiera sugerir otro modo existencial de relacionarse con otros, que... Como son momentáneas, el producto de impulsos vagos, y a veces incomprensibles, no podemos acceder de un modo satisfactorio a estas comunicaciones que Selig a veces produce a una velocidad de cien por hora. Estimado señor juez Homes: En la causa de Southern Pacific Co. contra Jensen, 244 E. U. 205, 221 (1917), usted falló: "Reconozco sin vacilación que los jueces legislan y deben hacerlo, pero sólo pueden hacerlo en forma intersticial; quedan limitados a movimientos molares y moleculares". Debo confesar que esta espléndida metáfora no me resulta del todo clara, y...

Estimado señor Selig:

El mundo actual y la totalidad de la vida están enfermos. Si yo fuera médico y se me pidiera consejo, respondería: "Hagan silencio".

Le saluda atentamente,

Soren Kierkegaard

(1813-1855)

Además de todo esto, hay tres carpetas de grueso cartón beige que no están disponibles para la inspección pública, puesto que contienen cartas bastante más personales. Bajo los términos en que se firmó nuestro acuerdo con la Fundación David Selig, me está prohibido leer textualmente, aunque puedo parafrasear. Éstas son sus cartas a, y a veces de, las chicas que ha amado o ha querido amar. La primera data de 1950 y lleva en la parte superior en grandes letras rojas, la anotación NO FUE ENVIADA. Querida Beverly, empieza, y está llena de imágenes sexuales embarazosamente gráficas. ¿Qué puede decirnos de esta Beverly, Selig? Bueno, era baja, atractiva y pecosa, con pechos grandes y un carácter risueño; en clase de biología se sentaba delante de mí. Beverly tenía una desagradable hermana melliza, Estelle, que siempre andaba con el ceño fruncido y, por uno de esos caprichos de la genética, era tan chata como Beverly exuberante. Posiblemente por eso era por lo que fruncía el ceño tan a menudo. A su

modo, amargo y sombrío, yo le gustaba a Estelle, y pienso que, a la larga, se habría acostado conmigo, lo que le habría hecho mucho bien a mi ego de 15 años, pero yo la detestaba. Parecía una imitación mal hecha y llena de manchas de Beverly, a quien yo amaba. Mientras la señorita Mueller hablaba monótonamente sobre mitosis y cromosomas, yo solía pasearme descalzo por la mente de Beverly. Acababa de perder la virginidad con Víctor Schlitz, el grandote y huesudo pelirrojo, de ojos verdes, que se sentaba junto a ella, y fui aprendiendo mucho sobre el sexo, con intervalos de 12 horas, al radiarme Beverly todas las mañanas su aventura de la noche anterior con Víctor. No sentía celos. Era apuesto, seguro de sí mismo y la merecía, mientras que entonces yo era demasiado tímido e inseguro como para acostarme con alguien. Por lo tanto, adueñándome de su secreto, viví su romance y empecé a imaginar que yo hacía con Beverly las cosas espectaculares que Víctor hacía con ella. Llegó un momento en que desesperadamente quise acostarme con ella, pero mis exploraciones de su mente me dijeron que para ella yo sólo era una especie de gnomo gracioso, una rareza, un bufón. Entonces, ¿cómo conseguirlo? Le escribí esta carta describiéndole con vívidos y sudorosos detalles todo lo que ella y Víctor habían estado haciendo, y le dije: ¿No te preguntas cómo sé todo eso, eh eh eh? Con lo que implicaba que era una especie de superhombre con el poder de penetrar en las intimidades de la mente femenina. Supuse que eso la haría caer directamente en mis brazos, desmayada de miedo, pero al pensármelo dos veces comprendí que creería que era un loco o un mirón, y que cualquiera de las dos cosas la haría apartarse de mí, así que no mandé la carta, me limité a archivarla. Una noche mi madre la encontró, pero no se atrevió a decirme nada, irremediamente bloqueada como estaba en cuanto al tema de la sexualidad; lo único que hizo fue guardarla en mi cuaderno. Esa noche leí los pensamientos de mi madre y descubrí que le había echado una mirada furtiva. ¿Estaba escandalizada y turbada? Sí, lo estaba, pero también se sentía muy orgullosa de que su niño fuera por fin un hombre que les escribía cosas obscenas a las chicas guapas. Mi hijo, el pornógrafo.

La mayoría de las cartas archivadas en estas carpetas fueron escritas entre 1954 y 1968. La más reciente fue escrita en el otoño de 1974, después de lo cual Selig comenzó a sentirse cada vez más y más alejado del resto de la raza humana y dejó de escribir cartas, salvo en su cabeza. No sé cuántas chicas están representadas aquí, pero el número debe de ser considerable. Por lo general, estas relaciones eran superficiales, ya que, como saben, Selig nunca se casó ni tuvo muchos enredos serios con mujeres. Como en el caso de Beverly, con aquéllas a las que amó más profundamente no tuvo, por lo general, una verdadera relación, aunque era capaz de fingir amor por alguien que en realidad era una conquista tomada a la ligera. A sabiendas, a veces utilizaba su don especial para explotar sexualmente a las mujeres, en especial las que rondaban los veinticinco años. No se siente orgulloso de ese período. ¿No les gustaría leer estas cartas, fisgones repugnantes? Pero no lo harán, no pondrán sus garras sobre ellas. Además, ¿por qué les he invitado aquí? ¿Por qué les dejo curiosear entre mis libros, mis fotografías, mis platos sucios y mi bañera manchada? Seguramente estoy perdiendo mi sentido de la propiedad. El aislamiento me está asfixiando; aunque mis ventanas están cerradas, he abierto la puerta. Les necesito porque cuando miran dentro de mi vida, cuando incorporan partes de ella a su propia experiencia, cuando descubren que soy real, que existo, que sufro, que tengo al menos un pasado si no un futuro, entonces puedo aferrarme con más firmeza a la realidad. De modo que puedan irse de aquí diciendo: Sí, conozco a David Selig, de hecho, lo conozco bastante bien. Pero eso no implica que deba mostrarles todo.

¡Miren, aquí hay una carta para Amy! Amy que, en la primavera de 1953, me liberó de mi amarga virginidad. ¿No les gustaría saber cómo ocurrió eso? La primera vez siempre posee una fascinación irresistible. Bueno, joróbense: no tengo ganas de explicarlo. Además, tampoco es una historia demasiado interesante. Penetré en ella y acabé, y ella

no; así es cómo ocurrió, y si quieren saber el resto, quién era ella, cómo la conquisté, inventen ustedes mismos los detalles. ¿Dónde está Amy ahora? Amy está muerta. ¿Qué les parece eso? La primera con la que se acostó, y ya la ha sobrevivido. Murió en un accidente de coche cuando tenía veintitrés años, y su marido, que me conocía vagamente, me telefoneó para avisarme, ya que en un tiempo fui amigo de ella. Aún estaba traumatizado porque la policía le había hecho ir a identificar el cuerpo, y Amy había quedado realmente destrozada, despedazada, mutilada. Como algo de otro planeta, así es como se veía, me dijo. Catapultada a través del parabrisas y hacia un árbol. Y yo le dije:

- Amy fue la primera mujer con la que me acosté.

Y él empezó a consolarme; Él, consolándome a mí, y yo sólo había tratado de ser sádico.

El tiempo pasa. Amy está muerta y apuesto a que Beverly ya es toda una ama de casa madura y regordeta. Aquí hay una carta de Jackie Newhouse en la que le digo que no puedo dormir pensando en ella. ¿Jackie Newhouse? ¿Quién es ésa? Ah, sí. Un metro cincuenta y cinco y unos pechos que habrían hecho sentir envidia a Marilyn Monroe. Dulce. Tonta. Labios fruncidos, ojos celestes. Lo único bueno que tenía Jackie eran sus pechos, pero para mí, con diecisiete años y obsesionado con los senos, eso era suficiente, Dios sabe por qué. La amaba por sus glándulas mamarias, tan globulares y notorias bajo esas camisetas blancas y ajustadas que tanto le gustaba usar. Verano de 1952. Estaba enamorada de Frank Sinatra y Perry Como, y tenía escrito FRANKIE con lápiz de labios en la pierna derecha de su vaquero y PERRY en la izquierda. También estaba enamorada de su profesor de historia que, según creo, se llamaba León Sissinger o Zippinger o algo parecido, y también tenía escrito LEON en sus vaqueros, en las posaderas. Todo cuanto hice con ella fue besarla dos veces, ni siquiera introduje mi lengua en su boca; era incluso más tímida que yo, y tenía terror de que una repugnante mano masculina violara la pureza de esos extraordinarios pechos. Allí o donde fuese yo la seguía, tratando de no meterme en su cabeza porque me deprimía ver lo vacía que era. ¿Cómo terminó? Ah, sí: su hermano menor me contó cómo la veía en casa, todo el tiempo desnuda, y yo, desesperado por echar un vistazo indirecto a esos pechos desnudos, me zambullí dentro de su cabeza y le robé una mirada furtiva de segunda mano. Hasta ese momento no me había dado cuenta de lo importante que puede llegar a ser un sostén. Dos montículos de carne cruzados por venas azules e hinchadas colgaban sueltos hasta su pequeño y rollizo estómago. Eso me curó de mi obsesión. De eso hace tanto tiempo, Jackie, que ahora me pareces irreal.

Tomen. Miren. Espíenme. Mis fervorosas y frenéticas efusiones de amor. Léanlas todas, ¿qué me importa? Donna Elsie, Magda, Mona, Sue, Lois, Karen. ¿Acaso creían que no tenía vida sexual? ¿Creían que tras mi insatisfecha adolescencia llegué tambaleándome a la edad adulta, sin ser capaz de encontrar mujeres? Fui buscando el sentido de mi vida entre sus muslos. Querida Connie: ¡qué noche desenfundada aquélla! Querida Chiquita: tu perfume sigue flotando en el aire. Querida Elaine: cuando me desperté esta mañana tenía sabor a ti en mis labios. Querida Kitty: yo...

¡Dios mío, Kitty! Querida Kitty: tengo tanto que explicarte que no sé por dónde empezar. Nunca me comprendiste, y yo nunca te comprendí. Así que el amor que sentía por ti estaba destinado, tarde o temprano, a llevarnos a una situación crítica, cosa que ha ocurrido ahora. Las fallas de comunicación se extendían por toda nuestra relación, pero porque eras distinta de cualquier otra persona que había conocido, verdadera y cualitativamente distinta, te convertí en el centro de mis fantasías y no pude aceptarte como eras, sino que tuve que presionarte y presionarte y presionarte, hasta que... Dios mío. Esta es demasiado dolorosa. ¿Qué diablos están haciendo leyendo la correspondencia de otro? ¿No tienen decencia? No puedo mostrarles esto. La visita ha terminado. ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Todos afuera!

¡Por el amor de Dios, váyanse!

Sabía que tenía que estar prevenido, siempre corría el peligro de ser descubierto. Ésta era una época de cazadores de brujos en la que cualquiera que se alejara de las normas de la comunidad era investigado y quemado en la hoguera. Por todas partes había espías tratando de averiguar el secreto del joven Selig, de sonsacarle la espantosa verdad de su persona. Incluso su profesora de biología, la señorita Mueller. Era una mujer de unos cuarenta años, bajita y regordeta, con una cara melancólica y arcos oscuros bajo los ojos: como una especie de criptolesbiana, llevaba el pelo brutalmente corto, la parte posterior de su cuello siempre mostraba los rastros de una reciente afeitada y todos los días llegaba a clase con un guardapolvo gris de laboratorio. La señorita Mueller estaba muy metida en el campo de los fenómenos ocultos y extrasensoriales. Desde luego, cuando en 1949 Selig asistía a sus clases, no se usaban expresiones como "muy metida", pero mantengamos el anacronismo: se había adelantado a su época, una hippie nacida antes de tiempo. Realmente le fascinaba lo irracional, lo desconocido. Se sabía el programa de biología de la escuela secundaria hasta dormida, que era más o menos el modo como lo enseñaba. Cosas como la telepatía, la clarividencia, la telequinesis, la astrología y todos los temas parapsicológicos era lo que realmente la volvían loca. La más leve provocación era suficiente para alejarla del tema del día, el estudio del metabolismo o el sistema circulatorio o lo que fuera, y llevarla a uno de sus temas favoritos. Fue la primera del grupo de profesores en poseer el I Ching. Había purgado su condena dentro de cajas de orgono. Creía que la Gran Pirámide de Gizeh encerraba revelaciones divinas para la humanidad. Había buscado verdades más profundas por vía del zen, la semántica general, los ejercicios para la vista de Bates y las lecturas de Edgar Cayce. (¡Con qué facilidad puedo hablar de su búsqueda al haber dejado atrás el año en el que estuve expuesto a ella! Debe de haber seguido con la dianética, Velikovsky, Bridey Murphy y Timothy Leary, y terminado, en su vejez, como gurú en alguna pocilga de Los Angeles, dándole duro a la psilocibina y al peyote. Pobre vieja tonta, crédula y lastimosa.)

Naturalmente estaba muy al corriente de la investigación sobre la percepción extrasensorial que estaba realizando J. B. Rhine en la universidad de Duke. Cada vez que hablaba de eso, David se sentía invadido de terror. Constantemente sentía el temor de que la señorita Mueller fuera a ceder a la tentación de llevar a cabo algunos de los experimentos de Rhine en la clase, y que de ese modo lo descubriera. Él también había leído a Rhine, por supuesto, El alcance de la mente y El nuevo mundo de la mente, y hasta le había echado un vistazo a la oscura Parapsicología, con la esperanza de encontrar algo que le ayudara a explicarse a sí mismo, pero lo único que había allí eran estadísticas y confusas conjeturas. Muy bien, mientras siguiera perdiendo el tiempo en Carolina del Norte, Rhine no era ninguna amenaza. Pero la aturdida señorita Mueller podría descubrirlo y enviarlo a la hoguera.

Inevitable, la progresión hacia el desastre. De pronto, el tema de aquella semana fue el cerebro humano, sus funciones y capacidades. Ven, éste es el cerebro, éste es el cerebelo, ésta es la médula oblongada. Un jardín de sinapsis para niños. El regordete Norman Heimlich, en busca de una buena calificación, sabiendo exactamente qué botón apretar, levantó la mano:

- Señorita Mueller, ¿cree que alguna vez será posible que la gente lea verdaderamente las mentes, es decir, no por medio de trucos o cosas parecidas, sino por medio de la telepatía mental?

¡Ah, qué felicidad la de la señorita Mueller! Su cara redonda resplandecía. Ésta era su ocasión de iniciar una animada discusión sobre la ESP, la parapsicología, los fenómenos sobrehumanos, las investigaciones de Rhine, etcétera, etcétera. Un torrente de improcedencias metafísicas. David quiso esconderse bajo su pupitre y desaparecer. Al oír la palabra "telepatía" se sobresaltó. Ya sospechaba que la mitad de la clase se daba cuenta de lo que significaba. Ahora un instante de frenética paranoia. ¿Me están mirando



a mí, están clavando sus ojos en mí, señalándome, moviendo la cabeza y asintiendo? No cabía duda, estos temores eran irracionales. Una y otra vez, durante sus momentos de aburrimiento, había inspeccionado cada mente de la clase como método de diversión; estaba seguro, sabía que su secreto estaba a salvo. Sus compañeros de clase, todos afanosos estudiantes de Brooklyn, jamás aceptarían la presencia encubierta de un superhombre entre ellos. Pensaban que era extraño, sí, pero no tenían noción de cuán extraño. Sin embargo, ¿lo pondría ahora al descubierto la señorita Mueller? Estaba hablando de llevar a cabo experimentos parapsicológicos en la clase para demostrar el alcance potencial del cerebro humano. Ah, ¿dónde puedo esconderme?

No hubo forma de huir. Ella llevó sus cartas al día siguiente.

- Éstas se conocen como cartas Zener - explicó solemnemente, levantándolas, abriéndolas en un abanico como si fuera Wild Bill Hickok a punto de darse a sí mismo una escalera del mismo palo.

Aunque David nunca había visto esas cartas, le eran tan familiares como las que usaban sus padres en sus interminables juegos de canasta.

- Fueron ideadas hace unos veinticinco años en la Universidad de Duke por los doctores Karl E. Zener y J. B. Rhine. También se las llama "cartas ESP". ¿Quién puede decirme qué significaba "ESP"? - preguntó la señorita Mueller.

La mano rechoncha de Norman Heimlich agitándose en el aire.

- ¡Percepción extrasensorial, señorita Mueller!

- Muy bien, Norman.

Fue mezclando las cartas con cierto desorden. Sus ojos, por lo general inexpresivos, brillaban con la intensidad de los de un jugador de Las Vegas.

Luego dijo:

- El mazo está compuesto de veinticinco cartas divididas en cinco "palos" o símbolos. Hay cinco cartas marcadas con una estrella, cinco con un círculo, cinco con un cuadrado, cinco con un dibujo de líneas ondeadas y cinco con una cruz o signo más. De no ser por esto parecerían naipes normales y corrientes.

Le dio el mazo a Bárbara Stein, otra de sus favoritas, y le pidió que copiara los cinco símbolos en la pizarra.

- La idea consiste en que el sujeto al que se examina mire cada una de las cartas, que estarán boca abajo, y trate de decir cuál es el símbolo que hay del otro lado. La prueba se puede realizar de distintas maneras. A veces, el examinador le echa un vistazo a cada carta primero; eso le da al sujeto la oportunidad de sacar la respuesta correcta de la mente del examinador, si puede. A veces, ni el sujeto ni el examinador ven las cartas previamente. A veces, se permite que el sujeto toque las cartas antes de adivinar el símbolo. A veces, se le vendan los ojos, y otras se le permite mirar el reverso de cada carta. Pero lo importante no es cómo se haga, el objetivo básico es siempre el mismo: que el sujeto determine qué dibujo hay en una carta que no puede ver, usando poderes extrasensoriales. Estelle, supón que el sujeto no tiene ningún poder extrasensorial y simplemente está adivinando. ¿Cuántos aciertos podríamos esperar que tuviera entre las veinticinco cartas?

Estelle, totalmente desprevenida, enrojeció y sin pensarlo dijo:

- Eh... ¿doce y medio?

Una cínica sonrisa por parte de la señorita Mueller, que se volvió a la melliza más inteligente, más afortunada:

- ¿Beverly?

- ¿Cinco, señorita Mueller?

- Correcto. Siempre se tiene una posibilidad entre cinco de adivinar el palo correcto, así que cinco respuestas correctas de veinticinco es simplemente cuestión de suerte. Desde luego, los resultados nunca son tan precisos. Una vez se pueden adivinar cuatro cartas de todo el mazo, y a la vez siguiente seis, y luego cinco, y luego quizá siete, y luego es

posible que sólo tres; pero el promedio, tras llevar a cabo varias pruebas, debería ser de alrededor de cinco, siempre y cuando sea la suerte el único factor que actúa. De hecho, en los experimentos Rhine algunos grupos de sujetos han logrado un promedio de seis y medio o siete aciertos de veinticinco cartas después de muchas pruebas. Rhine piensa que sólo la percepción extrasensorial puede explicar este acierto superior al promedio. Y algunos sujetos han alcanzado resultados incluso mejores. Una vez hubo un hombre que acertó nueve cartas dos días seguidos. Unos días después acertó quince, después veintiuna de veinticinco. Es prácticamente imposible que eso haya sido sólo por casualidad. ¿Cuántos de ustedes piensan que sólo pudo haber tenido suerte?

Más o menos un tercio de las manos de la clase se levantaron. Algunas pertenecían a los estúpidos que no se daban cuenta de que era astuto mostrar interés por el tema que apasionaba a la profesora. Otras pertenecían a los incorregibles escépticos que despreciaban las maquinaciones tan cínicas. Una de las manos pertenecía a David Selig. Se limitaba a adoptar una postura que lo protegiera y le hiciera no sentirse en peligro.

La señorita Mueller dijo:

- Hoy haremos algunas pruebas. Víctor, ¿quieres ser nuestro primer conejillo de Indias? Ven aquí, junto a mi mesa.

Con una nerviosa sonrisa, Víctor Schlitz se encaminó hacia adelante arrastrando los pies. Se paró muy tieso junto a la mesa de la señorita Mueller mientras ésta mezclaba los naipes una y otra vez. Luego, echándole un vistazo a la carta de arriba, se la entregó a él.

- ¿Qué símbolo? - preguntó.

- ¿Círculo?

- Ya veremos. Que la clase no diga nada.

Le dio la carta a Bárbara Stein y le dijo que colocara una marca junto al símbolo correcto en la pizarra. Bárbara marcó el cuadrado. Rápidamente la señorita Mueller miró la siguiente carta. "Estrella", pensó David.

- Ondas - dijo Víctor.

Bárbara marcó la estrella.

- Cruz.

¡Cuadrado estúpido! Cuadrado.

- Círculo.

Círculo. Círculo. En la clase se oyó un repentino murmullo de excitación ante el acierto de Víctor. La señorita Mueller pidió silencio con una mirada feroz.

- Estrella.

Ondas. Ondas, marcó Bárbara.

- Cuadrado.

Cuadrado, coincidió David. Otro murmullo, esta vez más suave.

Víctor terminó con todo el mazo. La señorita Mueller se había encargado de llevar la cuenta: cuatro aciertos. Ni siquiera tan bueno como el azar. Volvió a hacerle la prueba. Cinco. Muy bien, Víctor: puede que seas atractivo, pero poderes telepáticos no tienes. Los ojos de la señorita Mueller se pasearon por la clase. ¿Otro sujeto? Que no sea yo, rogó David. Dios, que no sea yo. No fue él. Llamó a Sheldon Feinberg. Acertó cinco la primera vez, seis la segunda. Bastante bien, pero nada espectacular. Luego Alice Cohen. Cuatro y cuatro. Terreno pedregoso, señorita Mueller. David, que había seguido cada vuelta de naipes, había acertado 25 de 25 todas las veces, pero él era el único que lo sabía.

- ¿Quién es el siguiente? - dijo la señorita Mueller.

David se hundió en su asiento. ¿Cuánto faltaba para la campana de salida?

- Norman Heimlich - dijo la profesora.

Norman caminó con presunción hasta la mesa de la profesora. Ella le echó un vistazo a una carta. David, buscando en su mente, obtuvo la imagen de una estrella. Luego saltó a la mente de Norman y quedó estupefacto al detectar allí el brillo oscilante de una imagen, una estrella cuyas puntas se redondeaban perversamente para formar un círculo, y luego

se volvía a convertir en estrella. ¿Qué era esto? ¿Acaso el odioso de Heimlich tenía una pizca del poder?

- Círculo - murmuró Norman.

Aunque no hubo suerte, acertó la siguiente (las ondas) y la que le siguió a ésta, el cuadrado. Ciertamente parecía estar recibiendo emanaciones, borrosas e indistintas, pero emanaciones al fin y al cabo, de la mente de la señorita Mueller. El gordo Heimlich tenía los vestigios del don, pero sólo los vestigios. David examinó su mente y la de la profesora y observó cómo las imágenes se volvían cada vez más nebulosas y desaparecían por completo en el décimo naípe, cuando la fatiga disipaba el débil poder de Norman. No obstante, acertó siete cartas. El mejor hasta el momento. La campana, rogó David. ¡La campana, la campana, la campana! Aún faltaban veinte minutos.

Un pequeño acto de compasión. Rápidamente, la señorita Mueller distribuyó hojas de examen. Haría una prueba a toda la clase a la vez.

- Diré números del uno al veinticinco - declaró -. Cada vez que digo un número, vosotros escribiréis el símbolo que creáis ver. ¿Listos? Uno.

David vio un círculo. Ondas, escribió.

Estrella. Cuadrado.

Ondas. Círculo.

Estrella. Ondas.

Cuando estaba a punto de finalizar la prueba, se le ocurrió que podría estar cometiendo un error táctico al no acertar ninguna respuesta. Se dijo a sí mismo que debía escribir dos o tres correctas, para disimular. Pero ya era demasiado tarde, tan sólo quedaban cuatro números; resultaría excesivamente llamativo acertar varios naipes seguidos después de haberse equivocado con todos los anteriores. Siguió cometiendo errores.

La señorita Mueller dijo:

- Ahora, entre los compañeros de mesa, os debéis intercambiar las hojas y marcar las respuestas. ¿Listos? Número uno: círculo. Número dos: estrella. Número tres: ondas. Número cuatro...

Con la tensión reflejada en su rostro pidió los resultados. ¿Alguien había acertado diez o más? No, señorita. ¿Nueve? ¿Ocho? ¿Siete? Norman Heimlich tenía siete de nuevo. Se mostró muy satisfecho: Heimlich, el adivinador del pensamiento. David sintió aversión al darse cuenta de que Heimlich poseía aunque sólo fueran migajas del poder. ¿Seis? Cuatro alumnos tenían seis. ¿Cinco? ¿Cuatro? La señorita Mueller anotó con diligencia los resultados. ¿Algún otro número? Sidney Goldblatt comenzó a reír:

- Señorita Mueller, ¿qué le parece cero?

Se mostró sorprendida:

- ¿Cero? ¿Hubo alguien que tuvo las veinticinco respuestas mal?

- ¡David Selig!

En aquellos momentos David deseó que se lo tragara la tierra. Todas las miradas puestas en él. Risas crueles le atacaron. David Selig tuvo todas las respuestas mal. Era como decir, David Selig se mojó los pantalones, David Selig copió en el examen, David Selig se metió en el lavabo de chicas. Al tratar de ocultarse, se había puesto en evidencia. La señorita Mueller, mostrándose severa y profética, dijo:

- Un cero también puede ser muy significativo, chicos. Podría significar facultades extrasensoriales extremadamente fuertes, en lugar de la ausencia total de tales poderes, como podrían pensar.

¡Dios mío, facultades extrasensoriales extremadamente fuertes! La mujer siguió diciendo:

- Rhine habla de fenómenos tales como "desplazamiento hacia adelante" y "desplazamiento hacia atrás", en los que una fuerza extrasensorial extraordinariamente poderosa podría concentrarse accidentalmente en una carta delante de la correcta, o una carta detrás, o incluso dos o tres cartas de distancia. Por lo tanto, aparentemente el sujeto

obtendría un resultado por debajo del promedio, cuando en realidad está acertando perfectamente, ¡sólo que fuera del blanco! David, déjame ver tus respuestas.

- No estaba recibiendo nada, señorita Mueller. Tan sólo estaba tratando de adivinar y, al parecer, me equivoqué en todos los casos.

- Déjame ver.

Como si fuera camino del cadalso, le entregó su hoja. La señorita Mueller la colocó junto a la suya y trató de realinearla, buscando alguna correlación, alguna sucesión de desplazamientos. Pero lo impensado de sus respuestas intencionalmente incorrectas le protegió. Un desplazamiento hacia adelante de una carta le proporcionó dos aciertos; un desplazamiento hacia atrás de una carta le dio tres. Aunque no había nada significativo en todo aquello, la señorita Mueller no se daba por vencida.

- Me gustaría hacerte otra prueba - le dijo -. Haremos distintos tipos de experimentos. Un cero es fascinante.

De nuevo mezcló las cartas. Dios, Dios, Dios, ¿dónde estás? Ah. ¡La campana! ¡Salvado por la campana!

- ¿Puedes quedarte después de clase? - preguntó.

Desesperado, sacudió la cabeza:

- Tengo una clase de geometría, señorita Mueller.

Cedió. Mañana, entonces. Haremos las pruebas mañana. ¡Dios! El pánico que le invadía le impidió dormir aquella noche, sudaba, temblaba; alrededor de las cuatro de la mañana vomitó. Tenía la esperanza de que su madre no lo enviara a la escuela, pero no tuvo esa suerte: a las siete y media estaba en camino. ¿Se olvidaría de la prueba la señorita Mueller? Pues no, la señorita Mueller no se había olvidado. Los fatídicos naipes estaban sobre su mesa. No habría modo de escaparse. Sin pretenderlo, se había convertido en el centro de atención. Muy bien, Duv, trata de ser más inteligente esta vez.

- ¿Estas listo para comenzar? - preguntó ella levantando la primera carta. Vio un signo más en su mente.

- Cuadrado - dijo él.

Vio un círculo.

- Ondas - dijo.

Vio otro círculo.

- Cruz - dijo.

Vio una estrella.

- Círculo - dijo.

Vio un cuadrado.

- Cuadrado - dijo. Va una.

Llevó la cuenta con cuidado. Cuatro respuestas incorrectas, luego una correcta. Tres respuestas incorrectas, otra correcta. Espaciándolas falsamente al azar, se permitió cinco aciertos en la primera prueba. En la segunda tuvo cuatro. En la tercera seis. En la cuarta, cuatro. ¿Estoy haciendo un promedio demasiado exacto, se preguntó? ¿Debería acertar una sola esta vez? Pero la profesora estaba perdiendo interés.

- Sigo sin entender por qué ayer no acertaste ninguna, David - le dijo -. Pero me parece que no tienes ninguna facultad extrasensorial.

Trató de mostrarse desilusionado, incluso parecía disculparse. Lo siento, profe, no tengo ningún poder extrasensorial. Humildemente, el deficiente mental regresó a su asiento.

En un ardiente instante de revelación y comunión, señorita Mueller, pude haber justificado lo que durante toda su vida estuvo buscando: lo improbable, lo inexplicable, lo desconocido, lo irracional. Tenía que cuidar mi propio pellejo, señorita Mueller. Tenía que pasar inadvertido. ¿Podrá perdonarme? En lugar de decirle la verdad, la engañé, señorita Mueller, y le hice seguir dando vueltas a ciegas con el tarot, los signos del zodíaco, la gente de los platillos volantes, miles de vibraciones surreales, un millón de antimundos

astrales apocalípticos, cuando el contacto de nuestras mentes quizá habría bastado para curar su locura. Un solo contacto conmigo, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos.

Estos días son los de la pasión de David, en los que se retuerce de dolor en su cama de clavos. Vayamos poco a poco, de ese modo duele menos.

Martes. Día de elecciones. El clamor de la campaña ha ensuciado el aire durante meses. El mundo libre está eligiendo a su nuevo y supremo líder. Los coches y camionetas con altavoces avanzan con gran estruendo por Broadway, vomitando consignas. ¡Nuestro nuevo presidente! ¡El hombre para todos los Estados Unidos! ¡Voten! ¡Voten! ¡Voten! ¡Voten por X! ¡Voten por Y! Palabras vacías que se fusionan y confunden, que fluyen. Republócrata. Demicano. Bum.

¿Por qué tengo que votar? No votaré. Yo no voto. Con toda esa propaganda a mí no me convencen, no formo parte del montaje. Votar es asunto de ellos. Creo que fue en 1968, a finales de aquel otoño, cuando parado frente al Carnegie Hall, pensando en cruzar la calle y entrar en una librería que había allí, de repente, se detuvo todo el tránsito en la Cincuenta y Siete. Un enjambre de policías surgió de la acera como los guerreros de dientes de dragón plantados por Cadmo y, desde el este, una caravana de automóviles se acercó rugiendo y, ¡oh! en una limusina negra venía Richard M. Nixon, presidente electo de los Estados Unidos de América, saludando jovialmente a las masas congregadas. Por fin mi gran oportunidad, pensé. Miraré dentro de su mente y me enteraré de grandes secretos de Estado; descubriré qué es lo que hace que nuestros líderes sean distintos de los mortales comunes. Aunque miré dentro de su mente no les diré lo que encontré allí, sólo les diré que fue más o menos lo que debí haber supuesto que encontraría. A partir de ese día no he tenido nada que ver con la política o los políticos. Hoy me quedo en casa, no voy a votar. Que elijan al próximo presidente sin mi ayuda.

Miércoles. Anoto algunas ideas en el trabajo de Yahya Lumumba que aún no he terminado y en otros proyectos similares, unas cuantas líneas sin el menor significado en cada uno. A este paso no voy a ir a ninguna parte. Judith llama.

- Una fiesta - dice -. Estás invitado. Irá todo el mundo.

- ¿Una fiesta? ¿Quién la organiza? ¿Dónde? ¿Por qué? ¿Cuándo?

- El sábado por la noche, cerca de Columbia. El dueño de la casa es Claude Guermantes. ¿Lo conoces? Profesor de literatura francesa. - El verdadero apellido no es Guermantes, lo he cambiado para proteger al culpable -. Es uno de esos nuevos profesores carismáticos. Joven, dinámico, apuesto, amigo de Simone de Beauvoir, de Genet. Karl y yo vamos a ir. Y muchos otros. Siempre invita a la gente más interesante.

- ¿Estarán allí Genet y Simone de Beauvoir?

- No, tonto, ellos no. Pero vale la pena ir. Las fiestas que organiza Claude son las mejores a las que he asistido. Hace brillantes combinaciones de gente.

- A mí me suena a vampiro.

- No sólo toma, Duv. También da. Me pidió expresamente que te invitara.

- ¿Cómo es que me conoce?

- Por mí - dice -. Le he hablado de ti. Se muere de ganas por conocerte.

- No me gustan las fiestas.

- Duv...

Conozco perfectamente ese tono de voz de amonestación. No tengo la menor intención de iniciar una discusión en este momento.

- De acuerdo - digo suspirando -. El sábado por la noche. Dame la dirección.

¿Por qué soy tan dócil? ¿Por qué dejo que Judith me maneje? ¿Así es como construyo mi amor por ella, a través de estas rendiciones?

Jueves. Por la mañana, escribo dos párrafos para el trabajo de Lumumba. Temo pensando en cuál será su reacción ante lo que estoy escribiendo para él. Si consigo terminarlo, es posible que le parezca un desastre. Debo terminarlo. Jamás entregué un trabajo fuera de plazo. No me atrevo a hacerlo. Continuaré esta tarde. Voy hacia la librería

de la calle Doscientos Treinta; necesito aire fresco y, como de costumbre, quiero ver si desde mi última visita, hace tres días, ha llegado algo interesante. Por obligación compro algunos libros: una antología de poetas metafísicos menores, Rabbit Redux de Updike, y un aburrido estudio antropológico levi-straussiano, las costumbres de alguna tribu del Amazonas, que sé que jamás llegaré a leer. Una nueva empleada de la caja: una chica de diecinueve o veinte años, pálida, rubia, blusa blanca de seda, falda escocesa corta, sonrisa impersonal. Atractiva aunque de aspecto inexpresivo. Ni sexualmente ni desde ningún otro punto de vista me parece nada interesante. Mientras me estoy riñendo a mí mismo por no prestarle atención (que nada humano me sea ajeno), se me antoja invadir su mente mientras le pago los libros, para no juzgarla solamente por su aspecto externo. Entro en su mente con facilidad, bien hondo, a través de capas y capas de trivialidades, socavándola sin encontrar obstáculos, acercándome al material verdadero. ¡Ah! ¡Qué comunión repentina y deslumbrante, alma con alma! La chica resplandece. Derrama fuego. Llega a mí con una intensidad y una integridad que me aturden; este tipo de experiencias se ha convertido en algo tan poco frecuente para mí... Deja de ser un pálido y mudo maniquí. La veo en su totalidad, sus sueños, sus fantasías, sus ambiciones, sus amores, sus desmesurados éxtasis (la copulación jadeante de la noche anterior y la vergüenza y la culpa posteriores), toda un alma humana agitada, humeante, hirviente. Durante los últimos seis meses sólo una vez he experimentado este contacto total, sólo una vez. Y fue aquel espantoso día con Yahya Lumumba en los escalones de la biblioteca baja. Y al recordar esa experiencia quemante y entumecedora, algo se desata dentro de mí y ocurre lo mismo. Cae una oscura cortina. Quedo desconectado. Mi asimiento a su conciencia se rompe. El silencio mental, me envuelve en seguida. Me quedo ahí parado, boquiabierto, atónito, otra vez solo y asustado, comienzo a temblar y le pago, sin darme cuenta de lo que hago, y ella me dice, preocupada:

- ¿Señor? ¿Señor? - con esa voz dulce y aflautada de niña.

Viernes. Cuando me despierto me encuentro mal, tengo dolores y la fiebre es alta. Sin duda un ataque de fiebre psicósomática intermitente. La mente furiosa y amargada que flagela sin piedad al cuerpo indefenso. Escalofríos seguidos de calor y transpiración, de nuevo escalofríos. Vómitos con el estómago vacío. Me siento hueco. Un casco lleno de paja. ¡Qué pena! No puedo trabajar. Garabateo algunas líneas pseudolumumbescas y dejo la hoja a un lado. Enfermo como un perro. Bueno, es una buena excusa para no ir a esa estúpida fiesta. Leo a mis metafísicos menores. Algunos de ellos no tan menores. Traherne, Crashaw, William Cartwright. Como por ejemplo Traherne:

Poderes nativos puros que la Corrupción odiaron,  
como el Espejo más brillante,  
o el Bronce pulido y reluciente,  
Con la Imagen de su Objeto pronto se vistieron:  
Impresiones Divinas, cuando llegaron,  
penetraron con rapidez y mi Alma inflamaron.  
No es el Objeto, sino la Luz,  
lo que hace al Cielo: Es una visión más clara.

La Felicidad sólo se presenta a quienes ven con ojos puros.

Después de leer eso volví a vomitar. No debe interpretarse como una expresión de crítica. Me sentí mejor por un rato. Debería llamar a Judith y pedirle que me prepare algo caliente. Oy, veh. Veh is mir.

Sábado. Sin la ayuda de Judith me recupero y decido ir a la fiesta. Veh is mir, realmente. Recuerden, recuerden el seis de noviembre. ¿Por qué David ha permitido que Judith le arrastre fuera de su cueva? Un interminable viaje en metro hasta el centro; la alegría del fin de semana le da un toque especial a la insulsa aventura del viajecito hacia Manhattan. Por fin, la tan familiar estación de Columbia. Temblando, sin ir adecuadamente vestido para el tiempo invernal que hace, debo andar algunas manzanas

hasta llegar al antiguo apartamento en Riverside Drive y la calle Ciento Doce donde se supone que vive Claude Guermantes. Al llegar ante el edificio me detengo, indeciso. Una brisa fría y áspera que viene del Hudson me golpea con malevolencia; trae consigo los detritos de Nueva Jersey. Las hojas muertas se arremolinan en el parque. En el interior del edificio, un portero de color caoba me mira con recelo.

- ¿El profesor Guermantes? - digo. Mueve un pulgar -. Séptimo piso, 7-G. - añade, indicándome el ascensor.

Llego con retraso; son casi las diez. Subo en el cansado Otis, crac crac crac crac, las puertas del ascensor se abren, una serigrafía en el pasillo señala el camino hacia la guarida de Guermantes. No es preciso que haya indicaciones para llegar, un estruendo que proviene de la izquierda me dice dónde está la acción. Toco el timbre. Espero. Nada. Insisto. Ahí dentro hay demasiado ruido como para que me puedan oír. ¡Ah, poder transmitir pensamientos en lugar de recibirlos únicamente! Me anunciaría como un trueno. Insisto de nuevo, esta vez con más agresividad. ¡Ah! ¡Sí! Me abre la puerta, una chica de pelo oscuro y corto, con aspecto de estudiante, con una especie de sari anaranjado que le deja su pequeño seno derecho al descubierto. El desnudo de moda. Muestra los dientes al sonreír alegremente.

- ¡Pasa, pasa, pasa!

La escena de una turba. Ochenta, noventa, cien personas, todas ellas extravagantemente vestidas, reunidas en grupos de ocho o diez, gritándose cosas las unas a las otras. Los que no tienen un vaso de whisky en la mano se están pasando y apurando al máximo cigarrillos de marihuana, inhalación sibilante ritualista, mucha tos, exhalación apasionada. Antes de que pueda sacarme la chaqueta, alguien me mete en la boca una pipa con cazoleta de marfil muy trabajada.

- Super hachís - me explica -. Acaba de llegar de Damasco. ¡Vamos, viejo, aspira!

De mala gana, aspiro el humo e inmediatamente siento el efecto. Parpadeo.

- Sí - grita mi benefactor -. Tiene el poder de nublar la mente de los hombres, ¿no crees?

Sin necesidad de hachís, en medio de esta multitud, mi mente ya está bastante nublada sólo con la sobrecarga de recepción. Parece que esta noche mi poder está funcionando con una intensidad bastante alta, aunque sin diferenciar mucho a las personas. Involuntariamente estoy recibiendo una niebla espesa de transmisiones superpuestas, un caos de pensamientos que se confunden. Un material oscuro. La pipa y su dueño desaparecen. Estantes repletos de libros cubren las paredes desde el suelo hasta el techo. La habitación está atestada de gente y yo me tambaleo como un borracho. Veo a Judith en el mismo momento en que ella me mira; y me llega el flujo de sus pensamientos en una línea directa de contacto, brutalmente claro al principio y que se va apagando por momentos debido a la interferencia: hermano, dolor, amor, miedo, recuerdos compartidos, perdón, olvido, odio, hostilidad, murmp, frumz, zzzhhh, mmm. Hermano. Amor. Odio. Zzzhhh.

- ¡Duv! - exclama -. ¡Estoy aquí, Duv!

Esta noche Judith tiene un aspecto sensual. Su largo y ágil cuerpo está enfundado en un vestido de satén púrpura, pegado al cuerpo, de cuello alto, que revela con toda claridad sus senos, los pequeños bultos de los pezones y la hendidura entre las nalgas. Sobre su pecho cuelga un trozo reluciente de jade engarzado en oro, muy tallado; su pelo, suelto, cae con todo su esplendor. Me siento orgulloso de su belleza. Junto a ella hay dos hombres de aspecto importante. A un lado está el doctor Karl F. Silvestri, autor de Estudios de la psicología de la termorregulación. Su imagen corresponde bastante a la que había extraído de la mente de Judith en su apartamento una o dos semanas atrás. Es más viejo de lo que suponía, cincuenta y cinco años por lo menos, tal vez más cercano a los sesenta. También es más alto de lo que suponía, posiblemente metro noventa. Trato de imaginar su enorme y fornido cuerpo sobre el delgado y fuerte cuerpo de Jude,

aplastándolo. No puedo. Tiene mejillas rojas, una expresión facial impasible y satisfecha, ojos de mirada inteligente y afectuosa. Irradia un cariño de tío, hasta de padre, hacia ella. Ahora veo por qué Jude se siente atraída por él: es la poderosa figura paternal que el pobre y derrotado Paul Selig nunca habría podido ser para ella. Al otro lado de Judith hay un hombre que sospecho que es el profesor Claude Guermantes; entro rápidamente en su mente y confirmo mi sospecha. Su mente es como de mercurio, un estanque brillante y reluciente. Piensa en tres o cuatro idiomas a la vez. Con un solo contacto, su tumultuosa energía me deja exhausto. Tiene unos cuarenta años, algo menos de un metro ochenta de alto es musculoso, atlético; lleva su elegante cabello color arena peinado en ondas barrocas y revueltas, y su perilla está implacablemente recortada. Su ropa es de un estilo tan avanzado que no tengo palabras para describirla, lo cierto es que le presto muy poca atención a las modas: una especie de capa de una tela basta verde y dorada (¿lino? ¿muselina?), una faja escarlata, pantalones de satén rutilantes, botas medievales con las puntas hacia arriba. Su aspecto de petimetre y su postura amanerada sugieren que podría ser homosexual, pero un poderoso efluvio de heterosexualidad le rodea, y por la actitud de Judith y el modo afectuoso con que le mira comienzo a darme cuenta de que debieron de haber sido amantes alguna vez. Incluso es posible que todavía lo sean. Temo indagar eso. Mis incursiones dentro de la intimidad de Judith son un punto demasiado doloroso para ambos.

- Quiero presentarte a mi hermano David - dice Judith.

Silvestri esboza una sonrisa radiante:

- He oído hablar tanto de usted, señor Selig.

- ¿De veras? - (Tengo un hermano que es una especie de monstruo, Karl. ¿Puedes creerlo?, es capaz de leer las mentes. Para él, tus pensamientos son tan claros como una transmisión de radio.) En realidad, ¿qué le habrá dicho Judith de mí? Trataré de sondear su mente y averiguarlo -. Y, por favor, llámeme David. Usted es el doctor Silvestri, ¿verdad?

- Así es. Karl, prefiero que me llame Karl.

- Jude me ha hablado mucho de usted - le digo.

No consigo averiguar nada. Mis malditos poderes se han debilitado; sólo recibo un chisporroteo de pensamientos ininteligibles, confusos y con interferencias. Su mente es oscura para mí. Mi cabeza comienza a palpar.

- Me enseñó dos de sus libros, me gustaría comprender cosas como ésas - añado.

El distinguido Silvestri me dedica una risita complacida. Mientras, Judith ha comenzado a presentarme a Guermantes. Murmura algo como que está encantado de haberme conocido. Casi espero que me bese ambas mejillas, o quizá la mano. Su voz es suave, un ronroneo; tiene acento extranjero, pero no francés. Algo extraño, una mezcla, franco-italiano quizá, o franco-hispánico. Al menos a él lo puedo sondear, incluso ahora; por algún motivo, su mente, más volátil que la de Silvestri, está en los límites de mi alcance. Mientras intercambiamos comentarios triviales sobre el tiempo y las recientes elecciones, me deslizo adentro y echo un vistazo. ¡Santo Dios! ¡Casanova redivivo! Se ha acostado con todo lo que camina o reptá, masculino, femenino o neutro, incluyendo, por supuesto, a mi accesible hermana Judith, a quien (de acuerdo con un recuerdo superficial cuidadosamente archivado) le ha hecho el amor hace tan sólo cinco horas en esta misma habitación. Su semen se espesa ahora dentro de ella. Se siente vagamente inquieto por el hecho de que ella nunca ha decidido quedarse junto a él; lo cual considera que es un fracaso en su impecable técnica. El profesor está considerando la posibilidad de acostarse conmigo antes de que termine la noche. No se haga ilusiones, profesor. No me agregará a su colección de Seligs. Me pregunta con afabilidad acerca de mis títulos.

- Sólo uno - digo -. Una licenciatura en Artes en 1956. Pensé en hacer una tesis sobre literatura inglesa, pero nunca conseguí empezarla.



Enseña Rimbaud, Verlaine, Mallarmé, Baudelaire, Lautréamont, toda esa banda de angustiados, con los que espiritualmente se identifica. Sus clases están llenas de chicas de Barnard cuyas piernas se abren gustosamente para él, aunque en su faceta de Rimbaud no se opone a mantener de vez en cuando relaciones con robustos jóvenes de Columbia. Mientras me habla, acaricia cariñosamente la espalda de Judith, como si fuera algo de su propiedad. El doctor Silvestri parece no darse cuenta, o al menos da la impresión de no importarle.

- Su hermana - murmura Guermantes - es una maravilla, es original, espléndida... Un arquetipo, monsieur Selig, un arquetipo.

Un cumplido, en el sentido francés. De nuevo entro en su mente y me entero de que está escribiendo una novela de la que espera ganar millones. En ella se habla de una joven divorciada, sensual y amargada, y un intelectual francés que es la encarnación de la fuerza vital. Me fascina: tan llamativo, tan falso, tan artificioso y, sin embargo, tan atractivo a pesar de todos sus evidentes defectos. Me ofrece un cóctel, un whisky, un licor, un coñac, marihuana, hachís, cocaína, lo que desee. Me siento abrumado y huyo de él, algo aliviado, para servirme un vaso de ron.

En el bar me aborda una chica. Una de las alumnas de Guermantes, no tendrá más de veinte años. Grueso pelo negro que cae en bucles; nariz respingada; ojos vivos y perspicaces; labios llenos y carnosos. Sin ser hermosa, de algún modo es interesante. Es evidente que yo también le intereso, porque me sonrío y dice:

- ¿Quieres venir a casa conmigo?

- Acabo de llegar aquí.

- Más tarde. Más tarde. No hay prisa. Tengo la impresión de que debes de ser divertido haciendo el amor.

- ¿Les dices eso a todos los que acabas de conocer?

- Ni siquiera nos conocemos - me corrige -. Y no, no se lo digo a todos; aunque sí a muchos. ¿Tiene algo de malo? Hoy en día las chicas pueden tomar la iniciativa. Además, es año bisiestro. ¿Eres poeta?

- En realidad no.

- Pues lo pareces. Apuesto a que eres sensible y sufres mucho.

Mi estúpida fantasía familiar cobra vida ante mis ojos. Sus ojos están enrojecidos. Está drogada. Un olor acre a transpiración proviene de su negro suéter. Sus piernas son demasiado cortas para su torso, las caderas demasiado anchas, los pechos demasiado grandes. Probablemente tiene gonorrea. ¿Me está tomando el pelo? Apuesto a que eres sensible y sufres mucho. ¿Eres poeta? Trato de explorar su mente, pero no hay manera; la fatiga ofusca mi mente, y ahora el chillido colectivo de la multitud de invitados está ahogando toda emisión individual.

- ¿Cómo te llamas? - me pregunta.

- David Selig.

- Lisa Holstein. Estoy cursando el último año en Barn...

- ¿Holstein? - El apellido me hace reaccionar inmediatamente. ¡Kitty, Kitty, Kitty! - ¿Has dicho Holstein?

- Sí, Holstein, y no me vengas con el chiste de las vacas.

- ¿No tendrás una hermana llamada Kitty? Catherine, supongo. Kitty Holstein. De unos treinta y cinco años. Tu hermana, quizá tu prima...

- No. Jamás oí hablar de ella. ¿Es alguien que conoces?

- Que conocía - le digo -. Kitty Holstein.

Levanto mi vaso y me alejo.

- Oye - me grita -. ¿Acaso crees que estaba bromeando?

Un coloso negro se sitúa delante de mí. Inmensa aureola afro, terrible cara de la jungla. Su ropa es un destello de chocantes colores. ¿Él aquí? Dios mío. Justamente él. Me siento culpable pensando en el trabajo sin terminar, paralizado, jorobado, una

monstruosidad sentada sobre mi escritorio. ¿Qué está haciendo él aquí? ¿Cómo se las ha arreglado Claude Guermentes para hacer entrar a Yahya Lumumba en su órbita? El símbolo negro de la noche, quizá. O el delegado del mundo de los deportes de gran potencia que ha sido invitado para demostrar la versatilidad intelectual de nuestro anfitrión, su eclecticismo. Lumumba me clava una mirada ceñuda, me examina con frialdad desde su increíble altura como un Zeus de ébano. Una negra espectacular le tiene asido de un brazo, una diosa, un titán, más de metro ochenta, una piel que parece ónix lustrado, ojos que parecen faros. Una pareja magnífica. Todos nos sentimos avergonzados ante su belleza. Por fin, Lumumba dice:

- Te conozco, viejo. Te conozco de algún lado.

- Selig. David Selig.

- Me suena familiar. ¿De dónde te conozco?

- Eurípides, Sófocles y Esquilo.

- ¿Qué mierda estás diciendo? - Desconcertado. Luego se detiene. Sonríe -. Ah, sí. Sí, hombre. Ese asqueroso trabajo. ¿Cómo te va con eso, viejo?

- Me va.

- ¿Lo vas a tener para el miércoles? El miércoles tengo que entregarlo.

- Lo tendré, señor Lumumba.

Estoy haciendo todo lo posible, amo.

- Más te vale, amigo. Cuento contigo. -... Tom Nyquist...

Del ruidoso zumbido de fondo del parloteo de la fiesta salta, de repente, sorpresivamente, el nombre. Por un instante se mantiene suspendido en la atmósfera llena de humo como una hoja muerta levantada por una perezosa brisa de octubre.

¿Quién acaba de decir "Tom Nyquist"? ¿Quién pronunció su nombre? Una agradable voz de barítono, a unos pocos metros de donde estoy. Busco a los probables dueños de esa voz. Hombres por todos lados. ¿Usted? ¿Usted? ¿Usted? No hay forma de averiguarlo. Sí, hay una. Cuando las palabras se pronuncian en voz alta, por un instante, retumban en la mente de quien las dijo. (También retumban en la mente de los que escuchan, pero con una tonalidad diferente.) Llamo a mi don escurridizo y, haciendo un gran esfuerzo, clavo agujas de indagación dentro de las conciencias más cercanas, buscando ecos. El esfuerzo es tremendo. Los cráneos en los que entro son sólidas bóvedas óseas a través de cuyas escasas grietas lucho por introducir mi débil y agotado poder. Pero lo consigo. Busco los ecos correctos. "¿Tom Nyquist? ¿Tom Nyquist?" ¿Quién dijo su nombre? ¿Usted? ¿Usted? ¡Ah, allí! El eco casi ha desaparecido ya, apenas queda una resonancia débil y apagada en el fondo de una caverna. Un hombre alto y rollizo con una cómica barba rubia.

- Perdona - le digo -. No fue mi intención escuchar, pero le oí mencionar el nombre de un antiguo amigo mío...

- ¿Sí?

-... y no pude evitar acercarme para preguntarle por él. Tom Nyquist. Una vez fuimos muy amigos. Me gustaría saber dónde vive, qué está haciendo...

- ¿Tom Nyquist?

- Sí. Estoy seguro de haberle oído decir ese nombre.

Una sonrisa inexpresiva.

- Me temo que se equivoca, amigo. No conozco a nadie que se llame así. ¿Jim? ¿Fred? ¿Por qué no me ayudan?

- Pero estoy seguro de que oí...

El eco. Bum en la cueva. ¿Fue un error? Trato de entrar en su cabeza a quemarropa, de buscar en su archivo algún conocimiento de Tom Nyquist. Pero ahora no funciona para nada. Ellos se consultan con seriedad. ¿Nyquist? ¿Nyquist? ¿Alguien oyó que se mencionaba a un tal Nyquist? ¿Alguien conoce a un tal Nyquist?

De repente, uno de ellos exclama:

- ¡John Leibnitz!

- Sí - dice alegremente el hombre rollizo -. Quizá me oyó hablar de él. Hace un momento estaba hablando de John Leibnitz, es un amigo común. Con el ruido que hay aquí es muy posible que le haya parecido que dije Nyquist en vez de Leibnitz.

Leibnitz. Nyquist. Leibnitz. Bum. Bum.

- Es posible - coincido -. Sin duda eso debió de ocurrir. ¡Qué tonto fui! - John Leibnitz -. Lamento haberle molestado.

Tomando una postura muy estudiada, alardeando y contoneándose junto a mí Guermantes dice:

- Creo que realmente debería presenciar mis clases uno de estos días. Este miércoles por la tarde comienzo con Rimbaud y Verlaine, la primera de seis disertaciones que daré sobre ellos. Acérquese por allí. Supongo que el miércoles estará en la universidad, ¿no?

El miércoles debo entregarle el trabajo sobre los dramaturgos griegos a Yahya Lumumba. Sí, estaré en la universidad. Por la cuenta que me trae, más me vale estar allí. Pero ¿cómo lo sabe Guermantes? ¿De algún modo se ha metido en mi cabeza? ¿Qué pasa si él también tiene el poder? Y estoy abierto a él, lo sabe todo, mi pobre secreto patético, mi pérdida diaria, y allí está, con ese aire condescendiente porque yo estoy declinando y él es tan penetrante como lo fui yo en mis mejores tiempos.

Luego, un breve destello de paranoia: no sólo tiene el poder sino que también es posible que sea una especie de sanguijuela telepática que me está drenando, que está extrayendo el poder de mi mente hacia la suya. Quizá desde el 7410 ha estado haciendo a escondidas.

Alejo semejantes estupideces sin sentido de mi cabeza.

- Sí, el miércoles estaré allí. Quizá me dé una vuelta.

Ni por casualidad iré a la disertación de Claude Guermantes sobre Rimbaud o Verlaine. ¡Si tiene el poder, que escuche bien eso y se lo trague!

- Me encantaría que viniera - me dice.

Se inclina más hacia mí. Su andrógina suavidad mediterránea le permite quebrantar, como por descuido, el establecido código norteamericano de las costumbres de distancia entre los hombres. Siento el olor del tónico para el cabello, la loción para después del afeitado, el desodorante, y otros perfumes. Un consuelo: no todos mis sentidos están declinando a la vez.

- Su hermana - murmura -. ¡Una mujer maravillosa! ¡Cómo la quiero! Con frecuencia habla de usted.

- ¿De veras?

- Cuando habla de usted lo hace con mucho amor; también con mucha culpa. Por lo visto, durante muchos años fueron más enemigos que amigos.

- Eso ya ha pasado. Por fin nos estamos haciendo amigos

- ¡Qué maravilloso para ambos! - Señala a alguien con una mirada rápida -. Ese doctor no es bueno para ella. Demasiado viejo, demasiado inactivo. La mayoría de los hombres pierden la capacidad de crecer después de los cincuenta. En seis meses la matará de aburrimiento.

- Quizá lo que necesita es aburrirse - le contesto -. Tuvo una vida excitante con la que no consiguió ser feliz.

- Nadie necesita aburrirse jamás - dice Guermantes, y me guiña un ojo.

- A Karl y a mí nos encantaría que la próxima semana vinieras a cenar a casa, Duv. Tenemos que hablar de tantas cosas los tres.

- Ya veremos, Jude. Todavía no sé lo que haré la semana que viene. Te llamaré.

Lisa Holstein. John Leibnitz. Creo que necesito otro trago.

Domingo. Un terrible dolor de cabeza. Hachís, ron, vino, marihuana, ¡Dios sabe qué más! Y a las dos de la madrugada alguien que me mete nitrito de amilo bajo la nariz. Esa

asquerosa fiesta de mierda. Jamás debí haber ido. Mi cabeza, mi cabeza, mi cabeza. ¿Dónde está la máquina de escribir? Tengo que trabajar un poco. Adelante:

vemos pues, la diferencia en el método de enfoque de estos tres dramaturgos con respecto a la misma historia. Para Esquilo lo principal es la significación teológica del crimen y los actos inexorables de los dioses: Orestes está atormentado porque, por un lado, debe cumplir la orden de Apolo de matar a su madre y, por otro, le teme al matricidio, y como consecuencia de esto se vuelve loco. Eurípides se extiende en la caracterización y es menos alegórico que

Una auténtica basura; mejor lo dejo para más tarde.

Silencio entre mis orejas. El negro y retumbante vacío. Hoy no funciona para nada, para nada en absoluto. Creo que es posible que haya desaparecido por completo. Ni siquiera puedo recibir el clamor de los hispánicos de al lado. El mes más cruel de todos los meses es noviembre, genera cebollas en la mente muerta. Estoy viviendo una poesía de Eliot. Me estoy convirtiendo en palabras sobre una página. ¿Permaneceré aquí sentado sintiendo lástima de mí mismo? No. No. No. No. Lucharé. Haré ejercicios espirituales destinados a devolverme mi poder. De rodillas, Selig. Inclina la cabeza. Concéntrate. Transfórmate en una fina aguja de pensamiento, en un delgado rayo láser telepático que se extiende desde esta habitación hasta las cercanías de la hermosa estrella Betelgeuse. ¿Entiendes? Bien. Ese puro y afilado rayo mental atraviesa el universo. Mantenlo. Mantenlo firme. No se permiten las dilataciones en las puntas, viejo. Bien. Ahora asciende. Estamos subiendo la escalera de Jacob. Ésta será una experiencia fuera del cuerpo, Duvid. ¡Sube, sube y aléjate! Elévate a través del cielo raso, a través del techo, a través de la atmósfera, a través de la ionosfera, a través de la estratosfera, a través de la nosequésfera. Hacia fuera. Hacia los vacíos espacios interestelares. Ah, oscuro, oscuro, oscuro. Frío el sentido y perdido el motivo de la acción. ¡No, acaba con eso! Sólo se permiten los pensamientos positivos en este viaje. ¡Elévate! ¡Elévate! Hacia los hombrecitos verdes de Betelgeuse IX. Llega a sus mentes, Selig. Establece contacto. Establece... contacto. ¡Elévate, judío haragán! ¿Por qué no te estás elevando? ¡Elévate!

¿Y bien?

Nada. Nothing. Niente. Ninguna parte. Nulla. Nicht.

Cae pesadamente sobre la Tierra. Dentro del silencioso funeral. De acuerdo, si eso es lo que quieres, date por vencido. Muy bien. Descansa un rato. Descansa y luego reza, Selig. Reza.

Lunes. El dolor de cabeza ha desaparecido. El cerebro recibe de nuevo. En un glorioso arranque de frenesí creativo vuelvo a escribir El tema de "Electra" en Esquilo, Sófocles y Eurípides de cabo a rabo, dándole una nueva forma, una nueva expresión, aclarando y reforzando las ideas e imprimiéndole simultáneamente lo que creo que es el tono perfecto del modo de la expresión informal de los negros. Mientras martilleo las últimas palabras suena el teléfono. Es un momento muy oportuno; ahora me siento sociable. ¿Quién llama? ¿Judith? No. La que llama es Lisa Holstein.

- Habías prometido llevarme a casa después de la fiesta - dice en tono afligido y acusador -. ¿Qué diablos hiciste, te esfumaste?

- ¿Cómo has conseguido mi número de teléfono?

- Por Claude. El profesor Guermantes. - Ese demonio amanerado lo sabe todo -. Oye, ¿qué estás haciendo en este momento?

- Tengo la intención de tomar una ducha. Toda la mañana he estado trabajando y apesto.

- ¿Qué clase de trabajo haces?

- Hago los trabajos que los estudiantes de Columbia tienen que presentar para aprobar. Por un momento piensa en ello.

- Sin duda eres extraño, viejo. Hablo en serio, ¿qué haces?

- Te lo acabo de decir.

Un largo silencio para digerirlo. Luego:

- Está bien, lo entiendo. Haces unos trabajos en nombre de otros. Mira, Dave, lo mejor que puedes hacer es ducharte. ¿Cuánto se tarda en metro desde la calle Ciento Diez y Broadway hasta tu casa?

- Si tienes suerte y el metro pasa en seguida, unos cuarenta minutos.

- Magnífico. Dentro de una hora estaré ahí. - Clic.

Me encojo de hombros. Una chica loca. Me llama Dave. Nadie me llama de ese modo. Me desnudo y directamente a la ducha, un enjabonado largo y pausado. Luego, recreándose en uno de sus escasos intervalos de relajación, David Selig relee su trabajo de esta mañana; se siente satisfecho de lo que ha escrito. Esperemos que a Lumumba también le parezca bien. Luego cojo el libro de Updike. Cuando estoy en la página cuatro, el teléfono suena de nuevo. Es Lisa otra vez. Está en la esquina de la Doscientos Veinticinco y quiere saber cómo llegar a mi apartamento. Ahora la cosa parece más seria. ¿Por qué me persigue con tanta tenacidad? Pero no importa, puedo seguirle el juego. Le doy las instrucciones. Al cabo de diez minutos, un golpe en la puerta. Lisa con el mismo suéter negro que llevaba el sábado por la noche en la fiesta y unos vaqueros ajustados. Una sonrisa tímida, inusitada en ella.

- ¡Hola! - saluda. Se pone cómoda -. Cuando te vi por primera vez tuve una repentina intuición con respecto a ti: Este tipo tiene algo especial. Tienes que acostarte con él. Si hay algo que he aprendido es que hay que confiar en la intuición. Yo sigo la corriente, Dave, sigo la corriente.

Ya se ha quitado el suéter. Sus pechos son grandes y redondos, con diminutos pezones, casi imperceptibles. En el profundo valle que hay entre sus pechos reposa una estrella judía. Se pasea por la habitación, examinando mis libros, mis discos, mis fotografías.

- Así que ahora que estoy aquí dime, ¿estaba en lo cierto? ¿Hay algo especial en ti? - me pregunta.

- Lo hubo una vez.

- ¿Qué?

- Eso es asunto mío, averígualo tú misma - contesto.

Aunando todas mis fuerzas, me meto con violencia en su mente. Es un brutal asalto de frente, una violación, un verdadero estupro mental. Desde luego, ella no siente nada.

- Una vez tuve un don realmente extraordinario. Ya casi ha desaparecido, pero aún lo tengo por momentos. De hecho, en este preciso momento lo estoy utilizando contigo - le digo.

- Muy ingenioso - dice, y se quita los vaqueros.

No lleva nada debajo. Antes de los treinta estará gorda. Sus caderas son anchas, su vientre sobresale. El vello de su pubis es extrañamente tupido y está muy extendido, más que un triángulo parece una especie de rombo, un rombo negro que va casi desde la entrepierna hasta las caderas. Sus nalgas tienen profundos hoyuelos. Al mismo tiempo que inspecciono su cuerpo, registro brutalmente su cabeza, sin dejar ni una sola zona sin registrar, disfrutando del acceso mientras dura. No necesito ser cortés. No le debo nada: me ha obligado a aceptarla. Primero me cercioro de si dijo la verdad respecto a que nunca había oído hablar de Kitty. Era cierto: no tiene ningún tipo de parentesco con Kitty. Una absurda coincidencia de apellidos, eso es todo.

- Estoy segura de que eres poeta, Dave - dice cuando nos entrelazamos y caemos sobre la cama deshecha -. Eso también es intuición. Aunque en estos momentos te dediques a hacer esos trabajos, tu verdadera vocación es la poesía, ¿verdad?

Mi mano recorre sus pechos y su vientre. Su piel emana un fuerte olor. Apuesto a que no se ha bañado en tres o cuatro días. No importa. Sus pezones emergen misteriosamente diminutos bultos rígidos y rosados. Se retuerce. Continúo saqueándole la

mente como un bárbaro que comete un pillaje en el Foro. Está completamente abierta a mí; me deleito en esta inesperada restitución de vigor.

Su autobiografía va adquiriendo forma para mí. Nació en Cambridge, tiene veinte años. Su padre y su madre son profesores. Tiene un hermano menor que ella. De niña era aficionada a los juegos de niños. Sarampión, varicela, escarlatina. Pubertad a los once, perdió la virginidad a los doce. Un aborto a los dieciséis. Varias aventuras lesbianas. Un apasionado interés por los poetas franceses decadentes. Ácido, mescalina, psilocibina, cocaína, incluso una aspiración de heroína que le proporcionó Guermantes. Cinco o seis veces Guermantes se la llevó a la cama. Recuerdos intensos de eso. Su mente me muestra más de lo que quiero ver sobre Guermantes. La impresión que él ha dejado en ella es fuerte. Lisa tiene una imagen de sí misma dura y agresiva, dueña y reina de su alma, de su destino. Por debajo, por supuesto, es exactamente lo opuesto; está muerta de miedo. No es una mala chica. Me siento un poco culpable por la forma tan indiferente y cruel en que he irrumpido en su cabeza, sin importarme para nada su intimidad. Pero tengo mis necesidades.

Mientras ella desciende sobre mí, sigo merodeando por su mente. Casi no recuerdo la última vez que alguien hizo lo que ella está haciendo ahora. Casi no recuerdo la última vez que me acosté con alguien, últimamente todo ha ido muy mal. Es una experta en sexo oral. Aunque me gustaría corresponderle, no puedo hacerlo; a veces soy melindroso y ella no es el tipo de mujer limpia. Pero bueno, dejemos esas cosas para los Guermantes de este mundo. Permanezco allí tendido, escarbando en su cerebro y aceptando el obsequio de su boca. Me siento viril, vigoroso, seguro de mi reacción, y por qué no, obtengo placer de dos receptores a la vez, cabeza y entrepierna. Sin retirarme de su mente, al fin me retiro de sus labios, cambio de posición, abro sus piernas y me deslizo bien hondo dentro de su bahía estrecha. Selig el semental.

- Aaah - dice, doblando las rodillas -. Aaah.

Y comenzamos a jugar a la bestia con dos lomos. Con disimulo obtengo satisfacción de la retroacción, interceptando sus reacciones al placer y duplicando de ese modo el mío; cada empuje me proporciona un placer factorial y deliciosamente exponencial. Pero luego ocurre algo extraño. Aunque a ella todavía le falta bastante para llegar al orgasmo (algo que sé interrumpiré nuestro contacto mental cuando ocurra) la transmisión de su mente comienza a volverse irregular e indiferenciada, más ruido que señal. Las imágenes se interrumpen y me llega una descarga de interferencias. Lo que recibo es confuso y distante; lucho por mantener el contacto con su conciencia, pero no hay manera de conseguirlo, se va deslizando fuera de mí, poco a poco, a cada momento que pasa se retira, hasta que no hay ninguna comunión. De repente, en ese instante de separación, mi pene se ablanda y se desliza fuera de ella. Aquello coge a Lisa por sorpresa y se sobresalta.

- ¿Qué te ha pasado? - pregunta.

Me es del todo imposible decírselo. Recuerdo a Judith preguntándome, hace apenas unas semanas, si alguna vez había considerado la pérdida de mis poderes mentales como una especie de metáfora de impotencia. A veces sí, le dije. Y ahora, por primera vez, la metáfora se mezcla con la realidad; las dos deficiencias se integran. Es impotente aquí y es impotente allí. ¡Pobre David!

- Supongo que me he distraído - le digo.

Suerte que ella es hábil; durante media hora trata de excitarme, dedos, labios, lengua, pelo, pechos, sin lograr que reaccione ante nada; de hecho, con su inflexible determinación lo único que consigue es que las cosas empeoren.

- No lo entiendo - dice -. Lo estabas haciendo tan bien. ¿He hecho algo mal?

- Has estado muy bien, Lisa. A veces ocurren cosas como ésta y nadie sabe por qué. Descansemos un poco y quizá vuelva a la vida - le digo tranquilizándola.

Descansamos. Permanecemos uno junto al otro, y hago algunos intentos de penetrar en su mente mientras le acaricio la piel distraídamente. Ni una vibración en el nivel telepático. Ni una vibración. El silencio de la tumba. ¿Ya ha llegado, éste es el fin, aquí y ahora? ¿Es aquí donde se apaga por fin? Ahora soy como todo el mundo, estoy condenado a arreglármelas con meras palabras.

- Tengo una idea - dice -. ¿Por qué no nos duchamos juntos? A veces eso consigue estimular a los hombres.

No me opongo; es posible que dé resultado y, en todo caso, después ella olerá mejor. Vamos hacia el cuarto de baño. Torrentes de fresca y vigorizante agua.

Éxito. Con la ayuda de su mano enjabonada logro revivir.

Volvemos corriendo hacia la cama. Aún rígido, me subo sobre ella y le hago el amor. Jadeo jadeo jadeo, gemido gemido gemido. Mentalmente no recibo nada. De repente, tiene un pequeño y curioso espasmo, intenso pero rápido, y en seguida acabo yo también. En cuanto al sexo eso es todo. Nos acurrucamos juntos, cómodos tras la agradable experiencia. Nuevamente trato de entrar en su mente. Cero. Ce-ro. ¿Ha desaparecido? Creo que realmente ha desaparecido. Has presenciado un acontecimiento histórico, jovencita. El fin de un notable poder extrasensorial. De mí sólo queda esta cáscara mortal.

¡Ay de mí!

- Me encantaría leer algunas de tus poesías, Dave - me dice.

Por la noche, a eso de las siete y media, Lisa ya se ha marchado. Salgo a cenar a una pizzería cercana. Estoy bastante tranquilo. En realidad, aún no acuso el impacto de lo que me ha sobrevenido. ¡Qué extraño que pueda aceptarlo tan bien! Pero sé que en cualquier momento se precipitará sobre mí, me aplastará, me hará pedazos; lloraré, gritaré, me golpearé la cabeza contra las paredes. Pero por ahora estoy asombrosamente sereno. Tengo una extraña sensación póstuma, como de haberme sobrevivido a mí mismo. Y una sensación de alivio: el suspenso ha terminado, el proceso se ha completado, ha llegado la muerte, y he sobrevivido. Desde luego, no creo que este estado de ánimo dure mucho. He perdido algo que era central en mi existencia, y ahora espero la angustia, el pesar y la desesperación que, sin duda, no tardarán en aparecer.

Al parecer el duelo debe posponerse, lo que creí que ya había terminado, no es así, al menos no todavía. Entro en la pizzería y el dependiente me dedica su fría y áspera sonrisa neoyorquina de bienvenida y, sin pedirlo, recibo esto de detrás de su grasosa cara: "Ah, aquí está el marica que siempre pide más anchoas". Estoy leyendo su mente con claridad. ¡Eso significa que el poder aún no está muerto! ¡No del todo! Sólo se había tomado un pequeño descanso. Sólo se escondía.

Martes. Hace un frío intenso; es uno de esos terribles días de finales de otoño en los que no queda una sola gota de humedad en el aire y los rayos del sol parecen cuchillos. Termino dos trabajos más que debo entregar mañana. Leo a Updike. Después de comer Judith me llama. La acostumbrada invitación a cenar. Mi acostumbrada respuesta evasiva.

- ¿Qué te pareció Karl? - pregunta.

- Un hombre muy interesante.

- Quiere que me case con él.

- ¿Y?

- Creo que es demasiado pronto. Todavía no le conozco lo suficiente, Duv. Me gusta, siento una profunda admiración por él, pero no sé si le amo.

- Entonces, no te precipites - le digo.

Sus melodramáticas vacilaciones me aburren. Además no entiendo por qué se casa alguien que es lo suficientemente grande como para saber lo que le espera con el matrimonio. ¿Por qué requiere el amor un contrato? ¿Por qué ponerse en las garras del Estado y darle poder sobre uno? ¿Por qué darles a los abogados la oportunidad de que le jodan a uno con los bienes? El matrimonio es para los inmaduros, los inseguros y los

ignorantes. Nosotros, los que conocemos bien cómo funcionan esas instituciones, deberíamos estar contentos de vivir juntos sin coerción legal, ¿eh, Toni? ¿Eh?

Agrego:

- Además, si te casas con él, lo más seguro es que quiera que dejes a Guermantes.

Dudo que pueda comprender lo vuestro.

- ¿Sabes lo mío con Claude?

- Por supuesto.

- Siempre lo sabes todo.

- Esto era bastante evidente, Jude.

- Creí que tu poder se estaba debilitando.

- Así es, así es, cada vez se está debilitando más. Pero aun así esto era bastante evidente a simple vista.

- De acuerdo. ¿Qué te pareció él?

- Es la muerte. Es un asesino.

- Le has juzgado mal, Duv.

- Me metí en su cabeza. Le vi, Jude. No es humano. Para él las personas son juguetes.

- Si ahora mismo pudieras oír el sonido de tu propia voz, Duv. Está cargada de hostilidad, celos manifiestos.

- ¿Celos? ¿De verdad crees que soy incestuoso?

- Siempre lo fuiste - me dice -. Pero eso es mejor dejarlo. Realmente pensé que te gustaría conocer a Claude.

- Me gustó. Es fascinante. Las cobras también me parecen fascinantes.

- ¡Oh, Duv, vete al diablo!

- ¿Quieres que finja que me gustó?

- No quiero que me hagas ningún favor - contesta la vieja Judith de hielo.

- ¿Qué opinión tiene Karl sobre Guermantes?

Hace una pausa. Por fin dice:

- Bastante negativa. Karl es una persona muy convencional, ¿sabes? Como tú.

- ¿Yo?

- ¡Ah, eres tan asquerosamente honesto, Duv! ¡Eres tan puritano! Durante toda mi maldita vida me has estado dando sermones sobre moral. La primera vez que me acosté con alguien, tú estabas allí para recriminármelo...

- ¿Por qué no le gusta a Karl?

- No lo sé. Piensa que Claude es siniestro. Un explotador. - De pronto su voz se torna apagada y monótona -. Quizá sólo está celoso. Sabe que sigo acostándome con Claude. Por Dios, Duv, ¿por qué nos estamos peleando otra vez? ¿Por qué no podemos hablar tan sólo?

- Yo no me estoy peleando con nadie. Yo no he levantado la voz.

- Me estás desafiando, es lo que siempre haces. Primero me espías para después desafiarme y tratar de humillarme.

- Es difícil perder los viejos hábitos, Jude. Pero de verdad que no estoy enfadado contigo.

- ¡Pareces tan complacido de ti mismo!

- No estoy enfadado, tú sí que lo estás. Te ha molestado que Karl y yo coincidamos con respecto a tu amigo Claude. La gente siempre se enfada cuando oye algo que no quiere oír. Escucha, Jude, haz lo que te dé la gana. Si el que te alucina es Guermantes, sigue adelante con él.

- No lo sé. No lo sé. - Una concesión inesperada -: Quizá hay algo enfermizo en mi relación con él.

De repente, su inflexible seguridad se desvanece. Eso es lo maravilloso en ella: cada dos minutos uno está ante una Judith diferente. Ahora, al ablandarse, al volverse más



cordial, parece insegura de sí misma. No tardará mucho en exteriorizar su preocupación, pero no en sus propios problemas, sino en los míos.

- ¿La semana próxima vendrás a cenar? Tenemos muchas ganas de pasar una noche los tres juntos.

- Haré lo posible.

- Estoy muy preocupada por ti, Duv. - Sí, la exteriorización empieza -. El sábado por la noche te vi muy nervioso.

- No estoy en uno de mis mejores momentos, pero me las arreglaré. - No tengo ganas de hablar de mí. No quiero su compasión, porque sé que después comenzaré a compadecerme de mí mismo -. Oye, te llamaré pronto, ¿de acuerdo?

- ¿Aún sigues sufriendo tanto, Duv?

- Me voy adaptando. Empiezo a aceptar todo este asunto. Quiero decir que todo irá bien. No hagas tonterías, Jude. Saluda de mi parte a Karl.

"Y a Claude", añadido al colgar el receptor.

Miércoles por la mañana. Voy al centro a entregar mi último fajo de obras maestras. Todavía hace más frío que ayer, el aire parece más limpio, el sol más brillante, más lejano. ¡Qué seco parece el mundo! Creo que el tanto por ciento de humedad es bajísimo. El tipo de clima en que solía funcionar con una extraordinaria claridad de percepción. Pero durante el viaje en metro hasta Columbia no estaba recibiendo casi nada, sólo palabras y chillidos confusos, nada coherente. Por lo visto, ya no puedo estar seguro de tener el poder en un día determinado, y parece que hoy es uno de esos días en que está fuera de servicio. Impredecible. Eso es lo que eres, tú que vives en mi cabeza: impredecible. Mientras agonizas te agitas al azar. Voy al lugar de costumbre y espero a mis clientes. Vienen, reciben de mí aquello a por lo que han venido y me ponen los billetes en la palma de la mano. David Selig, benefactor de la humanidad estudiantil. Veo a Yahya Lumumba que parece un gigantesco abeto negro abriéndose camino desde la Biblioteca Butler. ¿Por qué estoy temblando? Es el aire frío, ¿verdad? La insinuación del invierno, la muerte del año. Mientras se va acercando, el astro del baloncesto saluda con la mano, inclina la cabeza, sonrío, todos le conocen, todos le llaman por su nombre. Tengo una sensación de participación en su gloria. Cuando termine la temporada quizá vaya a verlo jugar.

- ¿Tienes el trabajo, viejo?

- Aquí está. - Se lo entrego -. Esquilo, Sófocles, Eurípides. Seis páginas. Son veintiún dólares, menos el adelanto de cinco, me tienes que dar dieciséis dólares.

- Espera un momento, viejo. - Se sienta en los escalones a mi lado -. Primero tengo que leer esta basura, ¿de acuerdo? ¿Cómo sé que hiciste un buen trabajo si no lo leo?

Le observo mientras lee. Por algún motivo espero ver cómo se mueven sus labios al tropezar con palabras que le son desconocidas, pero no, sus ojos se mueven con rapidez sobre las líneas. Se mordisquea el labio. Lee cada vez más rápido, pasando impacientemente las hojas. Por fin levanta los ojos y me clava una mirada asesina.

- Esto es una mierda, viejo - dice -. Realmente es una mierda. ¿A quién estás tratando de joder?

- Te garantizo que obtendrás un siete. Si quieres no me pagues hasta que te den la nota. Cualquier nota inferior al siete y te...

- No, escúchame. ¿Quién está hablando de notas? No puedo entregar esta basura. Mira, la mitad es jerga negra, y la otra mitad es una copiada directa de algún libro. Una mierda, eso es lo que es. El profe la va a leer, me va a mirar y me va a decir: "Lumumba, ¿quién te crees que soy? ¿Crees que soy un imbécil, Lumumba? Tú no has escrito esta basura", me va a decir. No crees una sola palabra de lo que dice aquí. - Se pone de pie lleno de ira -. Mira, te voy a leer algo de esto, viejo. Te voy a enseñar lo que me has dado. - Pasando furiosamente las páginas, frunce el ceño, escupe, sacude la cabeza -. No. ¿Por qué diablos debo hacerlo? ¿Sabes lo que pretendes con esto? Te estás burlando de mí, eso es. Estás jugando con el negro estúpido, viejo.

- Traté de que pareciera que lo habías escrito tú...

- Mentira. Trataste de joderme, viejo. Has escrito un montón de apestosa basura judía sobre Eurípides con la esperanza de que me metiera en líos al tratar de pasarla como si fuera mía.

- No es cierto. Hice el trabajo lo mejor posible, y sudé lo mío haciéndolo. Cuando contratas a alguien para que te escriba un trabajo, creo que debes estar preparado para esperar cierto...

- ¿Cuánto tardaste? ¿Quince minutos?

- Ocho horas, quizá diez - le digo -. Sabes lo que creo que estás tratando de hacer, Lumumba? Estás tratando de hacer racismo conmigo. Judío por aquí, judío por allá; si odias tanto a los Judíos, ¿por qué no buscaste a un negro para que te escribiera el trabajo? ¿Por qué no lo escribiste tú mismo? Hice un trabajo honesto, y no me gusta oír que dices que se trata de una apestosa basura judía. Te repito que si lo entregas no hay duda de que sacarás buena nota, probablemente obtengas más de un siete.

- Me van a suspender, eso es lo que harán.

- No. No. Quizá no te das cuenta de lo que pretendo decirte. Deja que te lo explique. Si me lo das un minuto para que te lea un par de cosas..., quizá lo verás más claro si...

Me pongo de pie e intento cogerle el trabajo de las manos, pero él sonríe y lo sostiene bien alto sobre su cabeza. Necesita- ría una escalera para alcanzarlo. Saltar no serviría de nada.

- ¡Vamos, maldito sea, no juegues conmigo! ¡Dame eso!

Doy un manotazo, y él mueve la muñeca y las seis hojas de papel remontan vuelo con el viento y son arrastradas hacia el este por College Walk. Desesperado, las miro alejarse. Aprieto los puños; un asombroso arranque de furia estalla en mí. Quiero hacerle pedazos su burlona cara.

- No has debido hacer eso - le digo -. No has debido tirarlo.

- Tienes que devolverme cinco dólares, viejo.

- Espera un momento. He hecho el trabajo que me pediste, y ahora...

- Dijiste que no cobras si el trabajo no es bueno. Muy bien, el trabajo es una mierda. No cobras. Dame los cinco dólares.

- No estás jugando limpio, Lumumba. Estás tratando de robarme.

- ¿Quién está robando a quién? ¿Quién estableció lo de la devolución del dinero? ¿Yo? Tú. ¿Qué voy a entregar ahora? Voy a tener que entregar algo incompleto por tu culpa. Imagínate que por eso no me eligen para el equipo. ¿Eh? ¿Eh? ¿Qué hago entonces? Mira, viejo, me das ganas de vomitar. Dame los cinco dólares.

¿Dice en serio lo del reembolso? No sé qué pensar. La idea de devolverle el dinero me repugna, y no sólo porque perderé cinco dólares. Desearía poder leer su mente, pero no puedo obtener nada de él en ese nivel; ahora estoy completamente bloqueado. Intentaré hacerme el gallito.

Le digo:

- ¿Qué es esto, esclavitud al revés? He hecho el trabajo, ¿no? Me importa un bledo las ridículas e irracionales razones que tienes para rechazarlo. No pienso devolverte los cinco dólares, al menos me quedará con eso.

- Dame el dinero, viejo.

- ¡Vete al diablo!

Comienzo a alejarme. Me agarra (su brazo, completamente extendido hacia mí, debe de ser tan largo como una de mis piernas) y me arrastra hacia él. Comienza a sacudirme. Me castañetean los dientes. Su sonrisa es más amplia que nunca, pero sus ojos son demoníacos. Aunque intento darle algún puñetazo, sostenido a distancia, ni siquiera puedo tocarlo. Empiezo a gritar. Nos está rodeando una muchedumbre. De repente, a la reunión se acercan tres o cuatro hombres con distintivos de la universidad en sus

chaquetas, todos negros, todos gigantes, aunque no tan grandes como Lumumba. Son sus compañeros de equipo. Se ríen, gritan, se divierten. Soy un juguete para ellos.

- Oye, hermano, ¿te está molestando? - pregunta uno de ellos.

- ¿Necesitas ayuda, Yahya? - grita otro.

- ¿Qué te está haciendo ese blanco hijo de puta, hermano?

- pregunta un tercero.

Forman un círculo y Lumumba me empuja hacia el hombre que está a su izquierda, que me agarra y me arroja hacia el que le sigue. Doy vueltas; me tambaleo; tropiezo; no me dejan caer. Giro y giro y giro. Un codo se estrella contra mi labio. El sabor a sangre está en mi boca. Alguien me da una bofetada, y mi cabeza vuela hacia atrás. Dedos que se hunden en mis costillas. Me doy cuenta de que voy a quedar hecho polvo, de que estos gigantes lo que van a hacer es darme una paliza. Una voz que apenas reconozco como la mía le ofrece a Lumumba su dinero, pero nadie lo nota. Siguen haciéndome girar del uno al otro. Ya no me abofetean, ni me clavan los dedos, sino que me dan puñetazos. ¿Dónde están los policías de la universidad? ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Cerdos al rescate! Pero nadie viene. No puedo recobrar el aliento. Quisiera caer de rodillas y acurrucarme en el suelo. Me están gritando cosas, epítetos raciales, palabras que apenas comprendo, jerga negra que deben de haber inventado la semana pasada; no sé qué me están diciendo, pero percibo el odio en cada sílaba. ¿Socorro? ¿Socorro? El mundo da vueltas a mi alrededor con violencia. Ahora sé cómo se sentiría una pelota de baloncesto, si una pelota pudiera sentir. Los golpes continuos, la confusión del incesante movimiento. Por favor, alguien, cualquiera, ayúdenme, deténgalos. Dolor en mi pecho: un bulto de metal al rojo vivo detrás de mi esternón. No puedo ver. Sólo puedo sentir. ¿Dónde están mis pies? Por fin estoy cayendo. Miren qué rápido se precipitan hacia mí los escalones. El beso frío de la piedra me magulla las mejillas. Es posible que ya haya perdido el conocimiento; ¿cómo saberlo? Hay un consuelo, al fin. Ya no puedo caer más abajo.

Cuando David conoció a Kitty estaba preparado para enamorarse, muy maduro y ansioso de tener un lío sentimental. Quizá todo el problema fuese ése: lo que sintió por ella no fue tanto amor como la simple satisfacción ante la idea de estar enamorado. O quizá no. Nunca llegó a comprender del todo cuáles eran sus sentimientos hacia Kitty. Fue en el verano de 1963 cuando tuvo lugar su romance. Recuerda aquel verano como el último verano de esperanza y optimismo antes de que el largo otoño de caos entrópico y desesperanza filosófica se apoderara de la sociedad occidental. Por aquel entonces era Kennedy el que manejaba las cosas; aunque desde el punto de vista político no le iba demasiado bien, se las arreglaba para dar la impresión de que iba a mejorar las cosas, si no de un modo inmediato, sí al menos en su inevitable segundo período de mandato. Acababan de prohibirse las pruebas nucleares atmosféricas. Se estaba instalando la línea de emergencia entre Washington y Moscú. Bush, el ministro de asuntos exteriores, había anunciado en agosto que el gobierno survietnamita rápidamente iba tomando control de zonas adicionales del campo. Todavía no había llegado a cien el número de norteamericanos muertos en la guerra de Vietnam.

Selig tenía veintiocho años y se acababa de mudar de su apartamento en Brooklyn Heights a uno más pequeño en la calle Setenta Oeste. Entonces estaba trabajando como corredor de bolsa, la más improbable de todas las cosas a las que se podía haber dedicado. Aquello había sido idea de Tom Nyquist. Después de seis años, Nyquist seguía siendo no sólo su amigo más íntimo, sino posiblemente también el único, pese a que en los últimos dos años su amistad se había debilitado considerablemente. La seguridad casi arrogante en sí mismo de Nyquist molestaba cada vez más a Selig, a quien le parecía conveniente poner distancia, tanto psicológica como geográfica, entre su amigo y él. Melancólicamente, un día Selig le había comentado que si sólo pudiera arreglárselas para juntar un montón de dinero (unos 25.000 dólares, digamos), se iría a una isla lejana y pasaría un par de años escribiendo una novela, un relato especializado sobre el

aislamiento en la vida contemporánea, o algo por el estilo. Nunca había escrito nada serio y no estaba seguro de ser sincero diciendo que quería hacerlo. Tenía la secreta esperanza de que Nyquist le diera el dinero, si le daba la gana podía reunir 25.000 dólares con el trabajo de una sola tarde, y le dijera: "Toma, amigo, vete y haz algo creativo". Pero Nyquist no hacía las cosas de ese modo. En lugar de eso, le dijo que para alguien que no tenía dinero la forma más fácil de ganarlo y mucho en poco tiempo era conseguir un empleo en una firma de corredores de bolsa. Las comisiones serían razonables, lo suficiente para vivir y un poco más, pero el verdadero dinero vendría de seguir las maniobras a los corredores experimentados: las ventas al descubierto, las compras de nuevas emisiones, las tácticas de arbitraje. Si te esmeras lo suficiente, le dijo Nyquist, puedes ganar tanto dinero como quieras. Selig le dijo que no sabía nada sobre Wall Street.

- En sólo tres días podría enseñártelo todo - dijo Nyquist.

De hecho, no tardó tanto. Selig se deslizó dentro de la mente de Nyquist con la intención de hacer un curso acelerado sobre terminología financiera. Nyquist tenía todas las definiciones perfectamente ordenadas: acciones ordinarias y preferidas, ventas al descubierto y especulaciones, opción de venta y compra, pagarés, convertibles, ganancia de capital, colocaciones especiales, fondos de capital limitado contra fondos abiertos, ofertas secundarias, especialistas y lo que hacen, el mercado no inscrito, los promedios Dow-Jones, tablas de unidades y precios, y todo lo demás. Selig memorizó todo eso. Las transferencias mentales con Nyquist tenían una cualidad vívida que hacía que resultara fácil memorizar las cosas. El siguiente paso fue inscribirse como aprendiz. Todas las grandes firmas de corredores estaban buscando principiantes: Merrill Lynch Goodbody, Hayden Stone, Clark Dodge y otras muchas. Al azar, Selig eligió una y solicitó un empleo. Como examen preliminar, le hicieron una serie de preguntas sobre el mercado de valores. La mayoría de las respuestas se las sabía, y las que no las sacó de la mente de los otros aspirantes, la mayoría de los cuales desde su más tierna infancia había estado observando el mercado. Su nota fue excelente y le concedieron el empleo. Tras un breve período de aprendizaje, pasó la prueba para obtener la licencia y, al cabo de poco tiempo, era ya un representante matriculado que operaba en una oficina de corredores bastante nueva en Broadway, cerca de la calle Setenta y Dos.

En la oficina trabajaban cinco corredores, todos bastante jóvenes. La clientela era mayoritariamente judía y, por lo general, geriátrica: viudas de setenta y cinco años que vivían en los inmensos edificios de apartamentos de la calle Setenta y Dos, y fabricantes de ropa retirados que mordisqueaban cigarrillos y residían en la avenida West End y Riverside Drive. Algunos tenían bastante dinero, que invertían del modo más cauteloso posible. Otros no tenían prácticamente nada, pero insistían en comprar cuatro acciones de Con Edison o tres de Teléfonos para tener la ilusión de prosperidad. Dado que la mayoría de los clientes era de edad avanzada y no trabajaba, la casi totalidad de las transacciones de la oficina se realizaba en persona, y no a través del teléfono. Siempre había diez o doce ciudadanos de edad charlando frente a las pizarras de las acciones y, de vez en cuando, uno de ellos se dirigía hacia la mesa de su corredor favorito y le entregaba un pedido. Cuando se cumplía el cuarto día de trabajo de Selig, un venerable cliente sufrió un fatal accidente cardíaco durante un recobro de nueve puntos. Nadie pareció sorprenderse ni consternarse, ni los corredores ni los amigos de la víctima. Al cabo de un tiempo Selig supo que solían morir clientes en la oficina aproximadamente una vez por mes. El destino. Cuando se llega a cierta edad, se empieza a esperar que, en cualquier momento, los amigos caigan muertos.

Selig se convirtió pronto en un favorito, especialmente entre las ancianas; les agradaba porque era un muchacho judío muy gentil, y varias le ofrecieron presentarle a sus nietas. Aunque muy cortésmente, siempre rechazaba estos ofrecimientos; se esmeraba por ser atento y paciente con ellas, por hacer el papel del nieto. La gran mayoría la formaba

mujeres ignorantes, prácticamente analfabetas, cuyos dominantes, codiciosos y propensos a las enfermedades coronarias maridos las habían mantenido durante toda la vida en un estado de inocencia. Ahora, al haber heredado más dinero del que podían gastar, no tenían una idea demasiado clara de cómo manejarlo, dependiendo por completo del gentil y joven corredor de bolsa. Al examinar sus mentes, Selig casi siempre las encontraba opacas y tristemente vacías (¿cómo se podía vivir hasta los setenta y cinco años sin haber tenido jamás una idea?), pero algunas de las señoras más vivarachas mostraban una enérgica y apasionada rapacidad campesina, encantadora a su modo. Los hombres eran más difíciles de tratar: podridos de dinero, siempre iban a la caza de más. La vulgaridad y ferocidad de sus ambiciones le repugnaban, y no se introducía en sus mentes más de lo necesario, sólo para tener una mejor idea del objetivo de sus inversiones para poder servirles como ellos querían. Llegó a la conclusión de que un mes entre gente como ésa le bastaría para convertir a un Rockefeller en socialista.

Aunque estable, el negocio no era nada espectacular; cuando consiguió tener su propio núcleo de clientes, la comisión de Selig ascendió a unos 160 dólares semanales, que era más dinero del que nunca había ganado, pero ni mucho menos el tipo de ingresos que había imaginado que tenían los corredores.

- Has tenido suerte viniendo aquí en primavera - le dijo uno de los otros corredores -. Durante los meses de invierno todos los clientes se van a Florida y aquí nos podemos morir antes de que alguien nos proporcione algún negocio.

Tal como había predicho Nyquist, operando por su cuenta le fue posible obtener algunas buenas ganancias; siempre había interesantes negocios que circulaban por la oficina, pronósticos seguros que proporcionaban buenas ganancias. Sus ahorros comenzaron con 350 dólares y pronto aumentó su capital a una elevada suma de cuatro cifras, ganando dinero con Chrysler Control Data, RCA y Sunray DX Oil, operando con rapidez gracias a rumores de fusiones, división de acciones o aumentos dinámicos de las ganancias. Pero también descubrió que Wall Street se mueve en dos direcciones, y gran parte de sus ahorros se esfumaron debido a operaciones hechas a destiempo en Brunswick, Beckman Instruments y Martin Marietta. Se empezaba a dar cuenta de que jamás iba a ganar lo suficiente como para irse lejos y escribir esa novela. Posiblemente era mejor así. ¿Acaso el mundo estaba necesitado de otro novelista aficionado? Se cuestionó sobre lo que haría después. Cuando llevaba

tres meses trabajando como corredor, y con algún dinero en el banco, aunque no demasiado, se encontraba terriblemente aburrido.

La suerte le deparó a Kitty. A las nueve y media de una sofocante mañana del mes de julio entró en la oficina. El mercado aún no había abierto, el verano había hecho que la mayoría de los clientes huyeran a los Catskills, y las únicas personas que había en la oficina eran Martinson, el gerente, Nadel, uno de los corredores, y Selig. Martinson estaba verificando unas cuentas, Nadel hablaba por teléfono con alguien del centro tratando de realizar una maniobra complicada en American Photocopy, y Selig, ocioso, estaba soñando despierto con enamorarse de la hermosa nieta de alguien. Entonces abrió la puerta y entró la hermosa nieta de alguien. Aunque no era exactamente hermosa, sí era atractiva: una chica de veintitantos años, delgada y bien proporcionada, un metro cincuenta y ocho o uno sesenta, de pelo castaño claro sedoso, ojos azules verdosos, facciones delicadas y una figura graciosa y esbelta. Parecía tímida, inteligente, de algún modo inocente, una curiosa mezcla de sabiduría y candidez. Llevaba una blusa de seda blanca (había una cadena de oro sobre los pechos algo pequeños) y una falda color castaño que le llegaba hasta los tobillos y ofrecía un indicio de excelentes piernas debajo. No, no era una chica hermosa, pero sin duda atractiva. Agradable de mirar. ¿Qué diablos viene a hacer este templo de Mammon a su edad?, se preguntó Selig. Ha llegado con cincuenta años de antelación. La curiosidad lo llevó a enviar una sonda para que

atravesara su frente mientras caminaba hacia él. Para buscar sólo datos superficiales: nombre, edad, estado civil, domicilio, número de teléfono, motivo de la visita... ¿qué más?

No obtuvo nada.

Eso le conmovió. Era una experiencia increíble. Única. Jamás le había ocurrido tratar de llegar a una mente y hallarla completamente opaca, inaccesible, como escondida detrás de una pared impenetrable. No recibía ningún tipo de emanación de ella. Era como si en lugar de ser una persona fuese el maniquí de yeso de una tienda, o un robot sin cerebro de otro planeta. Permaneció allí sentado, parpadeando, tratando de encontrar una explicación que justificara aquella imposibilidad de establecer contacto. Esa mente completamente en blanco le dejó tan asombrado que se olvidó de escuchar lo que le estaba diciendo y tuvo que pedirle que lo repitiera.

- Le estaba diciendo que me gustaría abrir una cuenta. Usted es corredor, ¿no?

Con timidez, con torpeza, poseído de una repentina desmaña adolescente, le mostró los formularios para abrir cuentas. Entonces los otros corredores ya habían llegado, pero demasiado tarde: según las reglas de la casa era su clienta. Sentada junto a su desordenada mesa, le habló de sus necesidades de inversión mientras él estudiaba la elegante forma ahusada de su nariz de tabique elevado, luchando sin éxito, contra su desconcertante y enigmática inaccesibilidad mental, y, a pesar o quizá debido a esa inaccesibilidad, comenzaba a enamorarse irremediabilmente de ella.

Tenía veintidós años, hacía un año que había salido de Radcliffe, era de Long Island, y compartía un apartamento en la avenida West End con otras dos chicas. Aunque no estaba casada, descubrió que había habido un largo e infructuoso romance que terminó en un compromiso roto poco antes de que se conocieran. (Qué extraño era para él no descubrirlo todo en seguida, extrayendo la información cuando lo deseaba.) Había estudiado matemáticas y trabajaba como programadora de computadoras, un término que, en 1963, significaba muy poco para él; no sabía exactamente si lo que hacía era diseñar computadoras, trabajaba con ellas o las montaba. Acababa de heredar 6.500 dólares de una tía de Arizona, y sus padres, que por lo visto eran severos y decididos partidarios de que se educara con mano dura, le dijeron que se encargara ella de invertir el dinero para que fuera asumiendo responsabilidades propias de una adulta. Por lo tanto se había dirigido a la oficina de corredores de bolsa del barrio, un oveja a punto de ser trasquilada, para invertir su dinero.

- ¿Qué quiere hacer? - le preguntó Selig -. ¿Invertirlo en algo seguro como acciones selectas, o arriesgarse un poco para obtener algunas ganancias?

- No sé. No sé nada acerca del mercado. Lo único que sé es que no quiero hacer ninguna estupidez.

Otro corredor, como por ejemplo Nadel, le habría dicho que el que no arriesga no gana y, aconsejándole que se olvidara de conceptos tan aburridos y anticuados como dividendos, la habría conducido a una cartera en movimiento: Texas Instruments, Collins Radio, Polaroid y ese tipo de cosas. Luego, de vez en cuando, removería su cuenta; cambiaría Polaroid por Xerox, Texas Instruments por Fairchild Camera, Collins por American Motors, American Motors por Polaroid de nuevo obteniendo sus buenas comisiones y, quizá, aumentando el capital de ella, o perdiendo un poco. Selig no tenía estómago para tales maniobras.

- Esto le va parecer muy aburrido - le dijo -, pero vayamos a lo seguro. Le recomendaré algunas cosas aceptables que jamás la harán rica pero que tampoco la harán perder dinero. Y luego podrá guardar las acciones y esperar a ver como crecen, sin tener que estar constantemente pendiente de las cotizaciones del mercado para ver si debería vender. Doy por descontado que no quiere estar continuamente preocupándose por las fluctuaciones a corto plazo, ¿verdad?

Eso no era ni mucho menos lo que Martinson le había dicho que les aconsejara a los nuevos clientes, pero al diablo con eso. Le consiguió algunas acciones de Jersey

Standard, algunas de Teléfonos, algunas de IBM, acciones de dos buenas empresas de servicios públicos, y 30 acciones de un fondo de capital limitado llamado Lehman Corporation, del que poseían acciones muchos de sus ancianos clientes. No hizo preguntas, ni siquiera quiso saber qué era un fondo de capital limitado.

- Listo - dijo Selig -. Ahora tiene una cartera, ya es una capitalista.

Ella sonrió. Pese a ser una sonrisa tímida, algo forzada, él creyó detectar un flirteo en sus ojos. Era una agonía no poder leerle la mente, verse obligado a guiarse sólo por los signos externos para saber qué pensaba de él. Aun así, se arriesgó.

- ¿Tiene algún plan para esta noche? - le preguntó -. Salgo de aquí a las cuatro de la tarde.

Dijo que estaba libre, pero que su horario era de once a seis. Quedó en pasar a buscarla por su apartamento alrededor de las siete. Cuando abandonó la oficina no había duda del calor de su sonrisa.

- Sinvergüenza con suerte - le dijo Nadel -. ¿Qué has hecho, la has invitado a salir? Acostarse con los clientes viola las reglas de la Comisión Controladora de Acciones y Valores.

Selig se limitó a reír. Veinte minutos después de que abriera el mercado realizó una operación al descubierto con 200 Molybdenum en el Amex, y cubrió su venta un punto y medio más bajo durante la hora de la comida. Pensó que con eso tendría suficiente para pagar la cena, y, posiblemente, aun le sobraría. El día anterior Nyquist le había dado el dato: Moly es algo seguro, sin duda se caerá de la cama. Durante la calma de media tarde, sintiéndose satisfecho consigo mismo, llamó por teléfono a Nyquist para comunicarle lo de su maniobra.

- Lo cubriste demasiado rápido - dijo Nyquist inmediatamente -. Esta semana bajará cinco o seis puntos más. Los inversionistas que están al tanto así lo esperan.

- No soy tan codicioso. Tengo suficiente con los tres billetes que conseguí tan rápidamente.

- De ese modo no te vas a hacer rico.

- Supongo que no tengo el instinto de los que apuestan - dijo Selig e hizo una pausa.

En realidad no había llamado a Nyquist para hablarle del descenso de Molybdenum. Quería decirle que había conocido a una chica y el extraño problema que había con ella. He conocido a una chica, he conocido a una chica. Unos repentinos temores le detuvieron. La pasiva y silenciosa presencia de Nyquist al otro lado de la línea telefónica parecía, de algún modo, amenazadora. Se reirá de mí, pensó Selig. Siempre se ríe de mí, en silencio, creyendo que no me doy cuenta. Pero esto es una idiotez. Le dijo:

- Tom, hoy me ha sucedido algo extraño. Vino una chica a la oficina, una chica muy atractiva. La veré esta noche.

- Te felicito.

- No vayas tan rápido, la cuestión es que no pude leer su mente en absoluto. Quiero decir que ni tan siquiera pude recibir una emanación. Un blanco, un blanco absoluto. Jamás me había pasado eso con nadie. ¿Y a ti?

- Creo que tampoco.

- Un blanco total. No lo entiendo. ¿Cómo puede explicarse que tenga una pantalla tan resistente?

- Es posible que hoy estés cansado - sugirió Nyquist.

- No. No. Puedo leer a todos los demás como siempre, pero a ella no.

- ¿Y eso te molesta?

- Por supuesto que sí.

- ¿Por qué dices por supuesto?

A Selig le parecía obvio. Sabía que lo que Nyquist estaba haciendo era provocarle: la voz tranquila, sin inflexiones, neutral. Un juego. Una forma de pasar el tiempo. Deseó no haber llamado. Parecía que estaban anotando algo importante en la pizarra de acciones,

y el otro teléfono estaba sonando. Nadel atendió y le lanzó una mirada furiosa: ¡Vamos, viejo, hay mucho trabajo!

Selig dijo con brusquedad:

- Bueno, pues me interesa mucho. Y me molesta no encontrar la forma de llegar a su verdadero yo.

Nyquist dijo:

- Lo que quieres decir es que te molesta no poder espiarla.

- No me gusta esa frase.

- ¿De quién es? Mía no. Así es cómo consideras lo que hacemos, ¿verdad? Piensas que espiamos. Te sientes culpable por espiar a la gente, ¿no? Pero por lo visto también te irrita no poder hacerlo.

- Supongo que sí - admitió Selig malhumorado.

- Con esta chica te ves forzado a emplear viejas y torpes técnicas de las conjeturas que el resto del mundo está condenado a usar todo el tiempo para tratar con la gente, y eso no te gusta. ¿No es así?

- Haces que parezca algo tan malo, Tom.

- ¿Qué quieres que te diga?

- No quiero que me digas nada. Simplemente te estoy comentando que a esta chica no puedo leerle la mente, que nunca me había ocurrido nada parecido, y me pregunto si tienes alguna teoría que explique por qué me sucede esto con ella.

- No la tengo - dijo Nyquist -. Al menos en este momento no se me ocurre.

- Muy bien. Entonces...

Pero Nyquist no había terminado.

- Como comprenderás, no puedo saber si es impenetrable para el proceso telepático o sólo impenetrable para ti, David.

Esa posibilidad ya se le había ocurrido a Selig un momento antes. Le parecía muy inquietante. Nyquist siguió hablando con suavidad.

- ¿Por qué no la invitas a venir a casa uno de estos días y me dejas echarle un vistazo? Es posible que de ese modo pueda enterarme de algo interesante con respecto a ella.

- Eso haré - dijo Selig sin demasiado entusiasmo.

Sabía que una reunión como ésa era inevitable y necesaria, pero la idea de exponer a Kitty ante Nyquist le resultaba inquietante. No tenía nada claro por qué le ocurría eso.

- Uno de estos días - dijo -. Oye, están sonando todos los teléfonos. Te llamaré, Tom.

- Dale un beso de mi parte - dijo Nyquist.

David Selig

Estudios Selig 101, Prof. Selig

10 de noviembre de 1976

La entropía como factor en la vida diaria

La física define la entropía como una expresión matemática del grado en que se distribuye un sistema termodinámico de modo que no pueda convertirse en trabajo. En términos metafóricos más generales, se puede considerar la entropía como la irreversible tendencia de un sistema, incluyendo el universo, hacia la inercia y el desorden crecientes. Ello significa que las cosas tienden a empeorar cada vez más, hasta que al final todo irá tan mal que incluso nos faltarán los medios para saber cuán mal están.

El gran físico norteamericano Josiah Willard Gibbs (1839-1903) fue el primero en aplicar la segunda ley de la termodinámica (la ley que define el desorden creciente de energía que se mueve al azar dentro de un sistema cerrado) a la química. Gibbs fue quien, con mayor firmeza, anunció el principio de que el desorden aumenta espontáneamente a medida que el universo envejece. Entre los que extendieron las ideas de Gibbs al campo de la filosofía se encuentra el brillante matemático Norbert Wiener (1894-1964) que, en su libro titulado Cibernética y sociedad declaró: "Al aumentar la



entropía. el universo, junto con todos los sistemas cerrados que contiene, tiende de un modo natural a empeorar y a perder sus caracteres distintivos, a pasar del estado menos probable al más probable, de un estado de organización y diferenciación, en el que existen las distinciones y las formas, a otro de caos y monotonía. En el universo de Gibbs el orden es lo menos probable, el caos lo más probable. Pero mientras que el universo en su totalidad, si es que existe un universo total, tiende a ese estado definitivo, existen enclaves concretos cuya dirección parece ser opuesta a la del universo como un todo y en los que hay una tendencia limitada y temporal a aumentar la complejidad de su organización. La vida encuentra asilo en algunos de estos enclaves".

Por lo tanto, Wiener aclama a los seres vivos en general y a los seres humanos en particular como héroes en la guerra contra la entropía, la que considera idéntica a la guerra contra el mal en otro pasaje: " Este elemento aleatorio, esta carencia de totalidad orgánica [es decir, el elemento fundamental del azar en la organización del universo], es algo que, sin llevar el simbolismo verbal demasiado lejos, puede considerarse como el mal". Los seres humanos, según Wiener, realizan procesos regentrópicos. Tenemos órganos sensoriales. Nos comunicamos los unos con los otros. Utilizamos lo que aprendemos de los demás. Por lo tanto, somos más que simples víctimas pasivas de la propagación espontánea del caos universal. "Nosotros, los seres humanos, no somos sistemas aislados. Ingerimos alimento tomado del exterior que produce energía y, como resultado, somos parte de ese mundo más amplio que contiene las fuentes de nuestra vitalidad. Pero lo más importante es que recibimos información mediante nuestros sentidos, y que actuamos de acuerdo con esa información." En otras palabras, hay una retroalimentación. A través de la comunicación aprendemos a controlar nuestro ambiente, y Wiener dice: "Con el control y la comunicación luchamos siempre contra la tendencia de la naturaleza a degradar lo organizado y destruir lo que tiene sentido; la tendencia... de la entropía a aumentar". Muy a la larga, inevitablemente, la entropía nos golpeará a todos; por ahora podemos defendernos. "Todavía no somos los espectadores de las últimas escenas de la muerte del mundo."

¿Pero qué ocurre si un ser humano comienza a transformarse, involuntariamente o por elección, en un sistema aislado?

Un ermitaño, pongamos por caso. Vive en una cueva oscura. No penetra ninguna información. Se alimenta con hongos. Eso le da la suficiente energía como para seguir viviendo, pero no recibe ningún otro tipo de energía. Se ve forzado a depender de sus propios recursos mentales y espirituales, que con el tiempo llega a agotarlos. Gradualmente el caos se va extendiendo en él, gradualmente las fuerzas de la entropía toman posesión de este ganglio, de aquella sinapsis. Cada vez recibe una menor cantidad de datos sensoriales hasta que su rendición a la entropía es total. Deja de moverse, de crecer, de respirar, se detiene todo tipo de funcionamiento en él. Se conoce a esta condición como la muerte.

No es necesario esconderse en una cueva. Uno puede hacer una migración interior, aislándose de las fuentes de energía vital. Esto se hace a menudo porque las fuentes de energía parecen representar amenazas para la estabilidad de la persona. En efecto, la energía recibida amenaza a la persona: un empujón por lo general, rompe el equilibrio. Aunque a menudo se olvida este hecho, el equilibrio mismo es una amenaza para la persona. Hay matrimonios que luchan con todas sus fuerzas para alcanzar el equilibrio; se encierran herméticamente, se aferran el uno al otro dejando afuera al resto del universo, convirtiéndose en un sistema cerrado de dos personas del cual toda vitalidad es expulsada firme e inexorablemente por el equilibrio mortífero que ellos mismos han creado. También dos pueden morir del mismo modo que uno, si están lo suficientemente aislados de todo lo demás. A esto le doy el nombre de falacia monogámica. Mi hermana Judith dijo que dejó a su marido porque se sentía morir, día a día, mientras vivía con él. Desde luego, Judith es una ramera.

Naturalmente, el bloqueo sensorial no es siempre un hecho en el que interviene la voluntad. Nos guste o no, nos ocurre. Si no entramos en la caja por nuestra cuenta, de todos modos nos empujarán adentro. Cuando digo que a la larga la entropía nos golpeará a todos inevitablemente, me refiero a eso. No importa lo vitales, lo vigorosos, lo devoradores del mundo que seamos, con el tiempo la energía disminuye. La vista, el oído, el tacto, el olfato: todo se va, como dijo el viejo y querido Will S., y terminamos sin dientes, sin ojos, sin gusto, sin nada. Sin nada. O, como lo expresó el mismo caballero ingenioso, de hora en hora maduramos y maduramos, y luego, de hora en hora nos pudrimos y pudrimos, y aquí se acaba el cuento.

Me ofrezco como un caso en cuestión. ¿Qué nos revela la triste historia de este hombre? Una inexplicable disminución de unos poderes que una vez fueron extraordinarios. Una reducción de la energía recibida. Una muerte menor que tiene lugar mientras aún está con vida. ¿No soy una víctima de las guerras entrópicas? ¿Acaso no me consumo hasta llegar a la estasis y el silencio ante vuestros propios ojos? ¿No es evidente y aguda mi angustia? ¿Quién seré cuando haya dejado de ser yo mismo? Estoy muriendo la muerte por calor. Una declinación espontánea. Una sacudida repentina de probabilidad me va deshaciendo. Y me voy convirtiendo en nada. Me estoy volviendo cenizas. Esperaré aquí a que la escoba recoja mis restos.

Muy elocuente, Selig. Tiene un 8. Su trabajo tiene fuerza y claridad, y muestra una excelente comprensión de los problemas filosóficos en los que se fundamenta. Puede estar al frente de la clase. ¿Se siente mejor ahora?

Fue una idea absurda, Kitty, una estúpida fantasía. Nunca hubiera podido dar resultado. Te estaba pidiendo lo imposible. Realmente, sólo había una consecuencia concebible: que te irritara, te aburriera y te alejara de mí. Bueno, culpa a Tom Nyquist. Fue idea de él. No, culpame a mí. No tenía por qué escuchar sus absurdas ideas, ¿no? Culpame a mí. Culpame a mí.

Axioma: Tratar de rehacer el alma de un ser amado es un pecado contra el amor, aunque uno crea que amará más a esa persona después de haberla transformado en otra cosa.

Nyquist dijo:

- Quizá ella también lee los pensamientos, y el bloqueo se debe a una simple cuestión de interferencia, un choque entre tu transmisión y la de ella, que anula las ondas en un sentido o en ambos. De modo que no hay transmisión de ella hacia ti y probablemente tampoco de ti hacia ella.

- Lo dudo mucho - le dije.

Era el mes de agosto de 1963, dos o tres semanas después de habernos conocido. Aunque todavía no estábamos viviendo juntos, ya nos habíamos acostado un par de veces.

- No tiene la más mínima habilidad telepática - insistí -. Es absolutamente normal. Eso es lo esencial en ella, Tom, es una chica absolutamente normal.

- No estés tan seguro - dijo Nyquist.

El aún no te había conocido. Quería conocerte, pero yo no había arreglado nada. Jamás había oído tu nombre.

Le dije:

- Si hay algo que sé de ella es que es una chica cuerda, sana, equilibrada y absolutamente normal. Por lo tanto, no lee los pensamientos.

- Porque los que leen los pensamientos son locos, enfermos y desequilibrados. Como tú y yo, ¿no es eso lo que quieres decir? No generalices, viejo.

- El don tuerce el espíritu - dije -. Oscurece el alma.

- Tal vez la tuya, pero no la mía.

En eso tenía razón. La telepatía no le había dañado. Los problemas que yo tenía posiblemente eran los mismos aunque hubiese nacido sin el don. No puedo atribuir todas

mis inadaptaciones a la presencia de una habilidad inusual, ¿no? Y Dios sabe la cantidad de neuróticos que hay por ahí que no han leído una mente en su vida.

Silogismo:

Algunos telépatas no son neuróticos.

Algunos neuróticos no son telépatas.

Por lo tanto, la telepatía y la neurosis no están necesariamente relacionadas.

Corolario:

Se puede parecer absolutamente normal y, aun así, tener el poder.

Ante esto, mi postura fue muy escéptica. Nyquist admitió, bastante presionado, que si tenías el poder lo más probable es que ya me lo hubieras revelado a través de ciertos hábitos inconscientes que cualquier telépata reconocería en seguida; y esos hábitos no los había detectado. Sin embargo, me sugirió que podías ser una telépata latente: que el don estaba en ti, no desarrollado, sin funcionar, oculto en el centro de tu mente e impidiendo de algún modo que yo te la pudiera leer. Sólo era una hipótesis, dijo. Pero me tentó.

- Supón que tiene este poder latente - le dije -. ¿Crees que se lo podría despertar?

- ¿Por qué no?

Yo deseaba crearlo. Tenía esa visión de ti despertando a una capacidad receptiva total, pudiendo recibir transmisiones con tanta facilidad y claridad como nos sucedía a Nyquist y a mí. ¡Qué intenso sería nuestro amor, entonces! Estaríamos completamente abiertos el uno al otro, despojados de todas las pequeñas simulaciones y defensas que impiden, incluso a los amantes más íntimos, alcanzar realmente la unión de sus almas. Yo ya había puesto a prueba una forma limitada de ese tipo de intimidad con Tom Nyquist, pero está claro que no sentía amor por él, en realidad ni siquiera me gustaba. Por lo tanto, fue un desperdicio, una ironía brutal que nuestras mentes pudieran tener un contacto tan íntimo. ¿Pero tú? ¡Si sólo pudiera despertarte, Kitty! ¿Y por qué no? Le pregunté a Nyquist si le parecía posible. Averígualo por ti mismo, me dijo. Haz experimentos. Cogeos de las manos, sentaos juntos en la oscuridad, utiliza tu energía para tratar de llegar hasta ella. Vale la pena probarlo, ¿no? Sí, le dije, por supuesto que vale la pena.

Parecías estar latente en tantos otros aspectos, Kitty: un ser humano en potencia más que uno verdadero. Te rodeaba un aire de adolescencia. Parecías mucho más joven de lo que en realidad eras; si no hubiera sabido que ya te habías graduado en la universidad, habría dicho que tenías dieciocho o diecinueve años. No habías leído mucho más de lo que estuviera fuera de tus campos de interés (matemáticas, computadoras, tecnología) y, como en esos intereses no coincidíamos, consideraba que no habías leído absolutamente nada. No habías viajado; tu mundo lo limitaban el Atlántico y el Mississippi; un verano en Illinois había sido el gran viaje de tu vida. Ni siquiera habías tenido una gran experiencia sexual: en veintidós años sólo tres hombres, y sólo uno de ellos fue una relación seria, ¿no es así? Así que te veía como un diamante en bruto esperando las manos del tallador. Yo sería tu Pígalión.

En septiembre de 1963 viniste a vivir a mi apartamento. Pasabas tanto tiempo allí que estuviste de acuerdo en que no tenía ningún sentido tantas idas y venidas. Me sentía un hombre casado: medias mojadas que colgaban de la barra de la cortina de la ducha, dos cepillos de dientes sobre la repisa, largos pelos castaños en el lavabo. Todas las noches, tu calor junto a mí en la cama. Mi vientre contra tus suaves y frías nalgas, hombre y mujer. Te daba libros para leer: poesía, novelas, ensayos. ¡Con qué diligencia los devorabas! Leías a Trilling en el autobús camino del trabajo y a Conrad durante las tranquilas horas después de la cena y a Yeats un domingo por la mañana mientras yo salía a buscar el Times. Aun así, no parecías asimilar nada; no tenías una inclinación natural hacia la literatura; creo que te resultaba difícil distinguir a Lord Jim de Jim, el afortunado, a Malcolm Lowry de Malcolm Cowley, a James Joyce de Joyce Kilmer. Tu mente brillante, tan capaz de comprender el COBOL y el FORTRAN, no podía descifrar el lenguaje de la

poesía, y solías levantar la vista de La tierra baldía, desconcertada, para hacerme alguna tonta pregunta de chica de escuela secundaria que me dejaba irritado durante horas. A veces pensaba que eras un caso perdido. Aunque un día en que el mercado de valores estaba cerrado me llevaste a tu trabajo y escuché tus explicaciones sobre el equipo y tus funciones como si me estuvieras hablando en sánscrito. Distintos mundos, distintos tipos de mentes. Sin embargo, siempre tenía la esperanza de crear un puente.

En momentos estratégicamente elegidos, te hablaba en forma elíptica de mi interés por los fenómenos extrasensoriales.

Te hice creer que ese interés mío era un pasatiempo, un estudio frío y desapasionado. Te dije que me fascinaba la posibilidad de conseguir una verdadera comunicación mental entre seres humanos. Tuve mucho cuidado de no dar la impresión de ser un fanático, de no mostrarme excesivamente entusiasmado con respecto a mi caso; mantuve oculta mi desesperación. Como la verdad era que no podía leerte, me fue más fácil simular una objetividad de estudioso contigo que lo que me hubiera resultado con cualquier otra persona. Y tenía que simular. Mi estrategia no me permitía hacer ninguna confesión verdadera. No quería asustarte, Kitty, no quería darte motivos para que te alejaras de mí, pensando que era un fenómeno, o lo que habría sido más probable, un loco. Sólo un pasatiempo, entonces. Un pasatiempo.

Tú no te resignabas a creer en la percepción extrasensorial.

Si no es posible medirla con un voltímetro o registrarla en un electroencefalógrafo, dijiste, no es real. Te supliqué que fueras tolerante. Existen cosas como los poderes telepáticos. Sé que es así. (¡Cuidado, Duv!) No te podía citar lecturas de electroencefalógrafos: jamás en mi vida estuve cerca de uno, no tengo ni idea de si mi poder quedaría registrado. Y me había prohibido conquistar tu escepticismo llamando a un extraño para hacer el juegucito de la lectura de pensamientos. Pero te podía dar otros argumentos. Mira los resultados de Rhine, mira toda esta serie de lecturas correctas de las cartas de Zener. ¿De qué otro modo puede explicarse eso si no es con la percepción extrasensorial? Y las pruebas acerca de la telequinesis, la teleportación, la clarividencia...

Tu escepticismo seguía ahí, desdeñando fríamente la mayoría de los datos que te cité. Tu razonamiento era agudo y preciso; no había nada confuso con respecto a tu mente cuando se hallaba en su propio terreno, el método científico. Según dijiste, Rhine falsifica sus resultados realizando pruebas con grupos heterogéneos, luego, para realizar más pruebas, sólo selecciona a los sujetos que muestran una racha de suerte inusual, excluyendo a los otros de su estudio. Y se limita a publicar aquellos resultados que sostengan su tesis. Insiste en que es una anomalía estadística, y no extrasensorial, la que da como resultado esas elecciones correctas de las cartas Zener. Además, el experimentador está predispuesto a creer en la percepción extrasensorial, y no cabe duda de que eso conduce a todo tipo de errores de procedimiento inconscientes, ligeros prejuicios involuntarios que, inevitablemente, falsean el resultado. Con cautela te invité a que juntos hiciéramos algunos experimentos, dejando que fueras tú quien estableciera los procedimientos. Creo que principalmente estuviste de acuerdo porque era algo que podíamos hacer juntos y (era principio de octubre) ya estábamos buscando, de un modo bastante reprimido, otros puntos en común puesto que tu educación literaria se había convertido en una carga para los dos.

De común acuerdo, decidimos (¡con qué habilidad hice que pareciera idea tuya!) concentrarnos para transmitirnos imágenes o ideas. Al principio conseguimos un éxito cruelmente engañoso. Creamos gran cantidad de imágenes y tratamos de transmitirnoslas mentalmente. Aún tengo aquí, en los archivos, nuestras anotaciones sobre esos experimentos:

Las imágenes que yo vi

1. Un bote de remos
2. Flores en un prado

3. Un canguro
4. Niñas mellizas
5. El edificio Empire State
6. Una montaña cubierta de nieve
7. El perfil del rostro de un anciano
8. Un jugador de béisbol bateando
9. Un elefante
10. Una locomotora

#### Lo que tú dijiste

1. Robles
2. Un ramo de rosas
3. El presidente Kennedy
4. Una estatua
5. El Pentágono
6. Imagen borrosa
7. Unas tijeras.
8. Un cuchillo de trinchar
9. Un tractor
10. Un avión

Aunque no tuviste ningún acierto directo, cuatro de las diez podían considerarse asociaciones estrechas: flores y rosas, el Empire State y el Pentágono, elefante y tractor, locomotora y avión. (Flores, edificios, equipos para trabajos pesados medios de transporte.) Suficiente para darnos falsas esperanzas de verdadera transmisión. Y luego esto:

#### Las imágenes que tú viste

1. Una mariposa
2. Un pulpo
3. Vista de una playa tropical
4. Muchacho negro
5. Mapa de Sudamérica
6. El puente George Washington
7. Fuente con manzanas y bananas
8. El Toledo del Greco
9. Una autopista en las horas punta
10. Un proyectil intercontinental

#### Lo que yo dije

1. Un tren
2. Montañas
3. Paisaje, sol brillante
4. Un automóvil
5. Una viña
6. El monumento a Washington
7. Cotizaciones de la Bolsa
8. Un estante con libros
9. Una colmena
10. Cary Grant

Tampoco ningún acierto directo para mí, pero tres asociaciones estrechas, o algo así, de diez: playa tropical y paisaje soleado, el puente George Washington y el monumento a Washington, autopista durante las horas punta y colmena. Denominadores comunes: luz de sol, George Washington y actividad intensa en un lugar atestado de seres. Al menos nos engañamos viéndolas como asociaciones estrechas en lugar de coincidencias. Confieso que estaba apuntando a oscuras, adivinaba en lugar de recibir y no tenía mucha fe en la calidad de nuestras respuestas. Sin embargo, esas colisiones de imágenes probablemente accidentales despertaron tu curiosidad, comenzaste a decir que era posible que hubiera algo de cierto en esto. De modo que seguimos adelante.

Variamos las condiciones en las que realizábamos la transmisión de pensamientos. Lo intentamos en la oscuridad absoluta, estando en diferentes habitaciones; lo intentamos con las luces encendidas, cogidos de las manos; lo intentamos borrachos; lo intentamos ayunando; lo intentamos tras muchas horas sin dormir, esforzándonos por permanecer despiertos durante toda la noche con la vaga esperanza de que las mentes embotadas por la fatiga permitieran que los impulsos mentales atravesaran las barreras que nos separaban. De no haber sido porque en 1963 nadie tenía un buen concepto de la marihuana y el ácido, también lo hubiéramos intentado bajo sus efectos. A través de una docena de medios más tratamos de abrir el conducto telepático. Es posible que todavía recuerdes los detalles, la vergüenza los aleja de mi mente. Noche tras noche, durante más de un mes, luchamos por nuestro vano proyecto; mientras tanto tu interés aumentaba, llegaba a su punto más alto y volvía a decrecer. Todo este proceso se exteriorizaba en una serie de fases que iban desde el escepticismo a un interés frío y neutral hasta una fascinación y entusiasmo inconfundibles, después, a la comprensión del inevitable fracaso, una sensación de impotencia ante nuestro objetivo, que conducía luego al cansancio, el aburrimiento y la irritación. No me di cuenta de nada de todo esto: pensaba que te consagrabas al trabajo tanto como yo. Pero para ti había dejado de ser un experimento o un simple juego; te dabas perfecta cuenta de que se trataba de una búsqueda obsesiva. En el mes de noviembre me pediste en varias ocasiones que desistiéramos. Dijiste que todo aquel asunto de la lectura de pensamientos te producía terribles dolores de cabeza. Pero yo no podía desistir, Kitty. Hice caso omiso de tus objeciones y seguí insistiendo. Estaba atrapado, no tenía alternativa, te presioné sin piedad para que cooperaras. Te tiranicé en nombre del amor, viendo siempre a esa Kitty telepática que finalmente produciría. Tal vez cada diez días alguna chispa engañosa de contacto aparente animaba mi estúpido optimismo. Lo lograríamos; nuestras mentes se tocarían. Ahora, cuando estábamos tan cerca, ¿cómo podíamos desistir? Pero jamás estuvimos cerca.

A principios de noviembre Nyquist organizó una de sus imprevisibles comidas servida por un restaurante chino que le gustaba. Sus fiestas siempre eran acontecimientos brillantes; habría sido del todo absurdo rechazar la invitación. Así que por fin tendría que exponerte a él. Más o menos deliberadamente, durante más de tres meses te había estado escondiendo de él evitando el momento de la confrontación debido a una cobardía que no entendía del todo. Llegamos tarde; tardaste en arreglarte. Ya hacía rato que la fiesta había comenzado. Había quince o dieciocho personas, la mayoría celebridades, aunque no para ti, porque ¿qué sabías acerca de poetas, compositores, novelistas? Te presenté a Nyquist. Él sonrió y murmuró una galantería, besándote suave e impersonalmente. Pareciste cohibida, casi temerosa de él, de su desconfianza y afabilidad. Después de estar un rato hablando con nosotros, se alejó bailando para ir a abrir la puerta. Al cabo de un momento, mientras nos ofrecían los primeros tragos, planté un pensamiento para él:

"¿Y bien? ¿Qué te parece?"

Pero estaba demasiado ocupado atendiendo a los demás invitados como para entrar en mi mente, y no recibió mi pregunta. Tuve que buscar mis propias respuestas en su

cabeza. Me introduje (me echó un vistazo desde el otro extremo de la habitación, dándose cuenta de lo que estaba haciendo) y le escudriñé para obtener información. Típicas capas triviales de anfitrión cubrían sus niveles superficiales; ofrecía tragos, encauzaba una conversación y simultáneamente hacía señas para que trajeran las bandejas con comida de la cocina e interiormente revisaba la lista de invitados para saber quién faltaba por llegar. Con cierta rapidez atravesé todo ese material y en un instante hallé el lugar de sus pensamientos sobre Kitty. En seguida averigüé lo que quería y temía. Él podía leerte. Sí. Para él eras tan transparente como todos los demás. Por motivos que ninguno de los dos sabíamos, sólo eras opaca para mí. Nyquist había penetrado al instante en tu mente, te había evaluado, se había formado una opinión de ti, y allí estaba para que yo la examinara: te veía desmañada, inmadura, ingenua, pero también atractiva y encantadora. (Así es como realmente te veía. No estoy tratando, por motivos ocultos, de hacerlo parecer más crítico de lo que realmente fue. Eras muy joven, eras muy simple, y él lo veía.) El descubrimiento me dejó aturdido. Me invadieron los celos. ¡Pensar que durante tantas semanas yo había trabajado con tanto ahínco para llegar a ti, sin llegar a ninguna parte, y él podía hundirse con tanta facilidad en lo más profundo de tu mente, Kitty! En seguida tuve una sospecha. Nyquist y sus maliciosos juegos: ¿era éste uno más? ¿Podía leerte? ¿Cómo podía estar seguro de que no había plantado algo ficticio en su mente para mí? Leyó eso en mi mente:

"¿No confías en mí? Claro que la estoy leyendo."

"Quizá sí, quizá no. "

"¿Quieres que te lo demuestre?"

"¿Cómo?"

"Observa."

Sin dejar ni por un momento de interpretar su papel de anfitrión, entró en tu mente mientras yo seguía conectado a la de él. Y así, a través de él, eché mi primer y último vistazo a tu interior, Kitty, reflejado por vía de Tom Nyquist. ¡Ah! Ojalá no hubiera querido echar ese vistazo. Me vi a mí mismo a través de tus ojos y a través de su mente. Al menos físicamente me veía mejor de lo que había imaginado, mis espaldas más anchas de lo que en realidad son, la cara más delgada, las facciones más regulares. No cabía duda de que respondías a mi cuerpo. ¡Pero las asociaciones emocionales! Me veías como un padre severo, un profesor inflexible, un tirano gruñón. ¡Lee esto, lee aquello, mejora tu mente, muchacha! ¡Estudia mucho para ser digna de mí! ¡Ah! ¡Ah! Y ese foco ardiente de resentimiento a causa de nuestros experimentos extrasensoriales: más que inútiles para ti, un terrible fastidio, una excursión hacia la locura un molesto y agobiante peso. Ser fastidiada todas las noches por un monomaniaco como yo. Incluso nuestras relaciones sexuales se veían invadidas por la tonta búsqueda de un contacto mental. ¡Qué harta que estabas de mí, Kitty! ¡Cuán monstruosamente aburrido me creías!

Con aquel instante de semejante revelación tuve más que suficiente. Lleno de dolor, retrocedí, alejándome en seguida de la mente de Nyquist. Recuerdo que me miraste alarmada, como si en algún nivel subliminal supieras que había unas energías mentales que estaban cruzando la habitación como un rayo, revelando las intimidades de tu alma. Parpadeaste, tus mejillas enrojecieron, y rápidamente tomaste un trago de tu vaso. Nyquist me lanzó una sarcástica sonrisa. No me atreví a mirarle directamente a los ojos. Incluso entonces me resistía a creer en lo que me había mostrado. ¿Acaso no había visto en otras ocasiones extraños efectos de refracción en tales transmisiones? ¿No debería desconfiar de la exactitud de su transmisión de tu imagen de mí? ¿No la estaría sombreando y coloreando? ¿Introduciendo distorsiones y magnificaciones disimuladas? ¿De verdad te fastidiaba tanto, Kitty, o era él quien exageraba las cosas para gastarme una broma y convertía una ligera irritación en un intenso desagrado? Decidí no creer que te aburría tanto. Tendemos a interpretar los hechos de acuerdo con el modo en que preferimos verlos. Pero me juré que en el futuro no te presionaría tanto.

Más tarde, después de la comida, tú y Nyquist estabais hablando animadamente en el otro extremo de la habitación. Te mostrabas coqueta y frívola, era el mismo comportamiento que adoptaste conmigo ese primer día en mi oficina. Imaginé que estabais hablando de mí de un modo poco halagador. A través de Nyquist traté de captar la conversación, pero al primer intento me lanzó una mirada furiosa.

"Sal de mi cabeza, ¿quieres?"

Obedecí. Oí tu risa, demasiado fuerte, que se elevaba sobre el murmullo de la conversación. Me alejé para hablar con una escultora japonesa, elástica y pequeña, cuyo pequeño y moreno pecho asomaba poco tentador por el pronunciado escote de su vestido negro ajustado. Le leí la mente, descubrí que estaba pensando en francés que le gustaría que le pidiera que viniera a casa conmigo. Pero regresé a casa contigo, Kitty, sentado en forma desgarbada y de mal humor junto a ti en el metro casi vacío, y cuando te pregunté de qué habíais estado hablando tú y Nyquist dijiste:

- Ah, sólo estábamos bromeando. Nos estábamos divirtiendo un poco.

Al cabo de dos semanas, en una clara y fresca tarde de otoño, el presidente Kennedy fue asesinado en Dallas. El mercado de valores cerró temprano tras una estrepitosa caída; Martinson cerró la oficina, y me echó a la calle aturdido. Me costaba cierta dificultad aceptar la realidad de la sucesión de acontecimientos. Alguien le ha disparado un tiro al presidente... Alguien le ha disparado al presidente... Alguien le ha disparado un tiro al presidente en la cabeza... El presidente está gravemente herido... Han llevado rápidamente al presidente al Hospital Parkland... El presidente ha recibido la extremaunción... El presidente ha muerto. Nunca fui una persona particularmente interesada por la política, pero esta ruptura del orden público me aniquiló. De los que yo había votado, Kennedy fue el único candidato presidencial que había ganado, y lo habían matado: la historia de mi vida es una condensada y sangrienta parábola. Y ahora habría un presidente Johnson. ¿Podría adaptarme? Me aferro a zonas de estabilidad. Cuando tenía diez años y murió Roosevelt, Roosevelt, que había sido presidente durante toda mi vida, probé las poco familiares sílabas de presidente Truman en mi lengua y las rechacé de inmediato diciéndome a mí mismo que también lo llamaría presidente Roosevelt, porque así era como estaba acostumbrado a llamar al presidente.

Mientras caminaba con temor hacia casa, esa tarde de noviembre recibí emanaciones de miedo de todas partes. La paranoia había invadido a todos. La gente se movía furtiva y cautelosamente, uno tras otro, preparados para huir. Pálidos rostros femeninos miraban con curiosidad a través de las cortinas entreabiertas de las ventanas de los inmensos edificios de apartamentos que se elevaban muy por encima de las silenciosas calles. En sus automóviles, los conductores miraban en todas direcciones cuando llegaban a algún cruce, como a la espera de que los tanques de las milicias nazis avanzaran con estruendo por Broadway. (A esta hora del día muchos creían que el asesinato era el primer indicio de un levantamiento de índole derechista.) Nadie se paseaba por las calles; todos corrían a refugiarse. Ahora podía suceder cualquier cosa. Manadas de lobos podrían aparecer por Riverside Drive. Enloquecidos patriotas podrían iniciar un asesinato en masa. Desde mi apartamento (puerta cerrada con llave, ventanas cerradas) traté de llamarte por teléfono al trabajo, pensando que quizá no te habías enterado de la noticia, o quizá porque lo que quería en ese momento traumático era oír tu voz. Las líneas telefónicas estaban sobrecargadas. Al cabo de veinte minutos desistí. Luego caminé sin ningún sentido del dormitorio a la sala y de la sala al dormitorio, cogí con fuerza mi radio a pilas, hice girar el dial tratando de encontrar la única emisora en la que el comentarista me dijera que, después de todo, estaba con vida; me dirigí a la cocina y encontré tu nota sobre la mesa. Me decías que te marchabas, que no podías vivir más conmigo. Según constaba, la nota la habías escrito a las diez y media de la mañana, antes del asesinato, en otra era. Corrí el armario del dormitorio y vi lo que no había visto antes: tus cosas ya



no estaban allí. Cuando las mujeres me dejan, Kitty, se van de un modo furtivo y repentino, sin avisarme.

Al anochecer, cuando por fin las líneas estaban libres, llamé a Nyquist.

- ¿Está Kitty ahí? - pregunté.

- Sí - dijo -. Un momento. - Y te llamó para que te pusieras al aparato.

Me explicaste que tenías intención de vivir con él durante un tiempo, hasta que pusieras un poco de orden en tus ideas. Él te había ayudado mucho. No, no sentías resentimiento hacia mí, ni ningún rencor. Era sólo que yo parecía bueno, insensible, mientras que él..., él tenía esta capacidad instintiva, intuitiva, para comprender tus necesidades emocionales... Él podía entrar en tu onda, Kitty, mientras yo no podía hacerlo. Así que habías ido a él en busca de amor y consuelo. Me dijiste adiós y me diste las gracias por todo, yo murmuré un adiós y colgué el teléfono.

Durante la noche el tiempo cambió, y un fin de semana de cielos oscuros y fría lluvia acompañó a John Fitzgerald Kennedy hasta su tumba. Me perdí todo: el ataúd en la rotonda, la viuda y los hijos valientes, el asesinato de Oswald, el cortejo fúnebre, todos esos hechos históricos. El sábado y el domingo me levanté bastante tarde, me emborraché, leí seis libros sin asimilar ni una sola palabra. El lunes, día de duelo nacional, te escribí esa carta incoherente, Kitty, en la que te explicaba todo, lo que había querido hacer contigo y por qué, te confesaba mi poder y te describía los efectos que éste había tenido en mi vida, también te hablaba de Nyquist, te advertía de lo que era, que también tenía el poder, que podía leerte y no tendrías secretos para él. Te decía que no debías confundirle con un ser humano real, te decía que era una máquina autoprogramada para obtener los máximos beneficios, te decía que con el poder se había convertido en un ser frío y cruelmente fuerte, mientras que a mí me había hecho débil y nervioso. Insistía en que básicamente era tan enfermo como yo, un hombre que manejaba a la gente, incapaz de dar amor, sólo capaz de utilizar a los demás. Te dije que te haría daño si te volvías vulnerable a él. No obtuve ninguna contestación por tu parte. Nunca volví a tener noticias de ti, nunca te volví a ver, tampoco volví a tener noticias de él ni volví a verle. Trece años. No sé lo que os ocurrió a ninguno de los dos, probablemente nunca lo sabré. Pero escucha, escucha: aunque a mi desatinado modo, jovencita, te amaba. Aún te sigo amando. Y te he perdido para siempre.

Cuando se despierta, en el triste y sombrío pabellón de un hospital, se siente viejo, dolorido y entumecido. No hay duda de que es el St. Luke's, tal vez la sala de emergencias. Su nariz hace un extraño silbido cada vez que inhala aire, su labio inferior está hinchado y apenas puede abrir el ojo izquierdo. ¿Lo trajeron hasta aquí en camilla después de que los jugadores de baloncesto acabaran con él? Está recobrando el conocimiento, imagina que puede sentir la reseca sangre en los bordes rotos, cuando consigue mirar hacia abajo (su cuello, extrañamente rígido, no quiere obedecerle) sólo ve la asquerosa bata blanca del hospital. Cada vez que respira imagina que puede sentir cómo se raspan los bordes rotos de las quebradas costillas; desliza una mano por debajo de la bata y se toca el pecho desnudo, se da cuenta de que no se lo han vendado. No sabe si eso le produce alivio o temor.

Teniendo mucho cuidado, consigue sentarse. Un tumulto de impresiones le golpea. La habitación es ruidosa y está llena de gente; las camas están prácticamente pegadas las unas a las otras. Aunque entre una cama y otra hay cortina, ninguna está corrida. La mayoría de los demás pacientes son negros, y muchos de ellos están heridos de gravedad, rodeados de festones de equipos. ¿Mutilados por cuchillos? ¿Lacerados por parabrisas? Amigos y parientes, amontonados alrededor de cada cama, gesticulan, discuten y riñen; un grito agudo es el tono de voz normal. Frías y distantes enfermeras se pasean por la habitación, mostrando por sus pacientes el mismo interés frío que sienten los guardias de los museos por las momias expuestas en las vitrinas. Nadie, salvo el propio Selig, le presta atención a Selig, vuelve a examinarse a sí mismo. Con las yemas

de los dedos se explora las mejillas. Sin un espejo no puede decir cuán golpeada está su cara, pero por el tacto son muchas las zonas lastimadas. Le duele la clavícula izquierda como si le hubieran dado un ligero golpe indirecto de karate. La rodilla derecha le late y siente fuertes punzadas como si se la hubiera torcido al caer. A pesar de todo, siente menos dolor del que se podría haber previsto; quizá le dieron algún tipo de inyección.

Tiene la mente nebulosa. Está recibiendo emisiones mentales de los que se encuentran en la sala, pero todo es confuso, nada es claro; recibe emanaciones pero ninguna expresión inteligible. Trata de orientarse preguntando la hora tres veces a las enfermeras que pasan, ya que su reloj ha desaparecido; pasan de largo sin prestarle atención. Por fin, una corpulenta y sonriente negra con un vestido rosado le mira y le dice:

- Son las cuatro menos cuarto, cariño.

¿De la mañana? ¿De la tarde? Piensa que lo más probable es que sea de la tarde. Cerca de él, dos enfermeras han comenzado a levantar lo que parece un sistema de alimentación intravenosa con un conducto de plástico que introducen por la nariz de un negro inmenso, vendado e inconsciente. El estómago de Selig no le envía ninguna señal de hambre. En el aire del hospital se respira el olor a productos químicos, lo que le produce náuseas; incluso le cuesta tragar saliva. ¿Esta noche le darán algo de comer? ¿Cuánto tiempo tendrá que permanecer aquí? ¿Quién paga? ¿Debería pedir que avisaran a Judith? ¿Son muy graves sus heridas?

Un interno entra en el pabellón: un hombre bajo y de tez oscura, con cuerpo y huesos pequeños; se mueve con una precisión elástica, por su aspecto parece un paquistaní. Un pañuelo sucio y arrugado que asoma del bolsillo superior de su chaqueta arruina, sin embargo, el efecto acicalado y elegante que produce su blanco y ajustado uniforme. Sorprendentemente, se dirige hacia Selig.

- Los rayos X no muestran ninguna fractura - dice sin preámbulos con una voz firme y resonante -. Por lo tanto, sus únicas heridas son abrasiones leves, hematomas, cortes y contusiones sin importancia. Ya podemos darlo de alta. Levántese, por favor.

- Espere un momento - dice Selig con voz débil -. Acabo de recobrar el conocimiento. No sé qué ha pasado. ¿Quién me ha traído aquí? ¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? Qué...

- Sobre eso no sé nada. Han autorizado que le diéramos de alta y el hospital necesita esta cama. Por favor, ahora póngase de pie, tengo mucho que hacer.

- ¿Unas contusiones? ¿No cree que si tengo todas esas heridas que ha dicho debería pasar aquí la noche? ¿O pasé la noche aquí? ¿Qué día es hoy?

- Le trajeron hoy, hacia el mediodía - dice el interno, impacientándose -. Le atendieron en la sala de emergencia y le hicieron un minucioso examen después de haberse golpeado con los escalones de la biblioteca baja.

De nuevo le ordena que se levante, esta vez sin palabras, con una feroz e imperiosa mirada y un índice que le indica el camino. Selig sondea la mente del interno y le resulta accesible, pero lo único que encuentra allí es impaciencia e irritación. Con dificultad, Selig baja de la cama. Parece que el cuerpo lo tuviera unido con alambres. Sus huesos crujen. Sigue teniendo la sensación de costillas rotas que se rozan en su pecho; ¿es posible que haya habido un error en los rayos X? Cuando comienza a preguntar ya es demasiado tarde, el interno siguiendo su ronda, está con otro paciente.

Le traen su ropa. Corre la cortina alrededor de su cama y se viste. En efecto, como temía, hay manchas de sangre en su camisa, y también en los pantalones. Está hecho un desastre. Revisa sus pertenencias: todo está aquí, billetera, reloj, peine de bolsillo. ¿Y ahora qué? ¿Simplemente salir caminando? ¿Nada que firmar? Con paso vacilante Selig se dirige hacia la puerta. De hecho, llega hasta el pasillo sin que nadie se dé cuenta. De pronto, el interno se materializa de la nada y señala una habitación al otro lado del pasillo, diciéndole:

- Espere ahí adentro hasta que venga el guardia de seguridad.

- ¿Guardia de seguridad? ¿Qué guardia de seguridad?

Como había temido, antes de quedar libre de las garras del hospital, tiene que firmar papeles. En el momento en que termina con el papeleo, un hombre rollizo, con el rostro grisáceo, de unos sesenta años y con el uniforme de la fuerza de seguridad de la universidad entra en la habitación, resoplando un poco, y dice:

- ¿Usted es Selig?

Le dice que sí.

- El decano quiere verle. ¿Puede caminar solo o quiere que le traiga una silla de ruedas?

- Caminaré - dice Selig.

Abandonan el hospital y se encaminan por la avenida Amsterdam hasta la entrada a la universidad de la calle Ciento Quince, y cruzan el Patio Van Am. Detrás de Selig, sin decir una palabra, el guardia de seguridad le sigue muy de cerca. Al momento, Selig se encuentra esperando ante la puerta de la oficina del decano de la universidad de Columbia. El guardia de seguridad está junto a él, con los brazos plácidamente cruzados, envuelto en una aureola de aburrimiento. Selig empieza a sentirse como si estuviera bajo algún tipo de arresto. ¿Por qué? Un pensamiento extraño. ¿Qué debe temer del decano? Examina la opaca mente del guardia de seguridad, pero lo único que encuentra en ella son masas de niebla que flotan a la deriva. Se pregunta quién es ahora el decano. Recuerda muy bien a los decanos de su época universitaria: Lawrence Chamberlain, con las corbatas de lazo y la sonrisa cálida, era decano de la universidad; y el decano McKnight, Nicholas McD. McKnight, entusiasta de una hermandad (¿Sigma Chi?) con un modo formal, típico del siglo diecinueve, era decano de los estudiantes. Pero de eso hacía ya veinte años. Chamberlain y McKnight, debieron de haber tenido varios sucesores, pero no sabe nada sobre ellos; jamás ha sido de los que leen los boletines para ex alumnos.

Una voz desde adentro dice:

- El decano Cushing le recibirá ahora.

- Entre - le dice el guardia de seguridad.

¿Cushing? Un nombre muy apropiado para un decano. ¿Quién es él? Selig entra cojeando, se mueve con torpeza debido a las heridas, tiene la rodilla hinchada y le molesta. Frente a él, detrás de un lustroso y muy ordenado escritorio, está sentado un hombre de aspecto juvenil, hombros anchos, patillas bien afeitadas, el modelo del ejecutivo joven con un clásico traje oscuro. Lo primero en lo que piensa Selig es en las mutaciones que produce el paso del tiempo: siempre había considerado a los decanos como distinguidos símbolos de autoridad, necesariamente mayores o al menos de edad madura, pero aquí está el decano de la universidad que parece tener la misma edad que Selig. De pronto se da cuenta de que este decano no es sólo un contemporáneo anónimo, sino que efectivamente es un compañero de promoción. Ted Cushing, año 56, por aquel entonces una figura de cierta reputación, presidente de la promoción, estrella de fútbol y un estudiante de nivel 8, a quien Selig había conocido simplemente de vista. Selig siempre se sorprende cuando le recuerdan que ya no es joven, que ha llegado a una época en la que es su generación la que controla los mecanismos de poder.

- ¿Ted? - dice de repente -. ¿Ahora eres decano, Ted? ¡Dios Santo, jamás me lo habría imaginado! ¿Cuándo...?

- Siéntate, Dave - le dice Cushing con cortesía pero sin demostrar excesiva cordialidad

-. ¿Te hicieron mucho daño?

- En el hospital me han dicho que no tengo nada roto, pero me encuentro bastante mal.

- Mientras se acomoda en una silla señala las manchas de sangre de su ropa, las magulladuras en su cara. Hablar es un esfuerzo; las articulaciones de las mandíbulas le crujen -. ¡Oye, Ted, ha pasado mucho tiempo! Debe de hacer veinte años que no te veo. ¿Te acordabas de mi nombre, o me identificaron por los documentos que llevaba encima?

- Nos hemos encargado de pagar los gastos del hospital - dice Cushing, que parece no haber oído las palabras de Selig -. Si hay más gastos médicos también nos ocuparemos de eso. Si quieres, te doy la seguridad esa por escrito.

- Me basta con tu palabra. Y si te preocupa que presente cargos, o demande a la universidad, puedes estar tranquilo, no pienso hacer nada semejante. Los chicos son chicos, se dejan llevar un poco por sus sentimientos, pero...

- De hecho no nos preocupa demasiado si decides o no presentar cargos, Dave - dice Cushing con voz queda -. En realidad, la cuestión es si nosotros vamos a presentar cargos contra ti.

- ¿Contra mí? ¿Por qué? ¿Porque tus jugadores de baloncesto me molieron a palos? ¿Por dañar sus valiosas manos en mi cara?

Intenta esbozar una sonrisa dolorosa. El rostro de Cushing permanece grave. Hay un instante de silencio. Selig trata de interpretar la broma de Cushing. Al no encontrarle ninguna razón de ser, decide aventurarse a hacer un sondeo. Pero choca contra una pared. De repente le da miedo ejercer presión; teme no poder abrirse paso.

- No entiendo qué quieres decir - dice por fin -. ¿Presentar cargos por qué?

- Por esto, Dave. - Por primera vez Selig se da cuenta del montón de hojas mecanografiadas que hay sobre el escritorio del decano -. ¿Los reconoces? Toma, echa un vistazo.

Selig pasa las hojas con tristeza. Son los trabajos, todos son obra suya. Odiseo como símbolo de la sociedad. Las novelas de Kafka. Esquilo y la tragedia aristotélica. Resignación y aceptación en la filosofía de Montaigne. Virgilio como mentor de Dante. Algunas tienen calificaciones: 8, 7, 8, 9 y comentarios al margen, casi todos favorables. Algunos están intactos, salvo por pequeñas manchas o borrones; éstos son los que iba a entregar cuando Lumumba le atacó. Con muchísimo esmero ordena el montón alineando los bordes de las hojas con precisión, y se lo devuelve a Cushing deslizándolos sobre el escritorio.

- De acuerdo - dice -. Me has atrapado.

- ¿Tú has escrito eso?

- Sí.

- ¿Por dinero?

- Sí.

- Eso es triste, Dave. Muy triste.

- Necesitaba ganarme la vida, a los ex alumnos no les dan becas.

- ¿Cuánto te pagaban por estas cosas?

- Tres o cuatro dólares por hoja mecanografiada.

Cushing sacude la cabeza y dice:

- Debo reconocer que lo hacías muy bien. Debe de haber ocho o diez tipos que hacen el mismo trabajito aquí, pero sin duda tú eres el mejor.

- Gracias.

- Pero has tenido un cliente descontento, al menos. Le preguntamos a Lumumba por qué te golpeó. Dijo que te había contratado para que le hicieras un trabajo y lo que hiciste era algo pésimo, que le estafaste, y que luego no le quisiste devolver su dinero. A nuestro modo de ver y por nuestra cuenta, nos estamos ocupando de él, pero también debemos ocuparnos de ti. Hace mucho tiempo que estamos tratando de encontrarte Dave.

- ¿De veras?

- En el último año hemos hecho circular fotocopias de tu trabajo por una docena de departamentos, advirtiéndole a la gente que prestara atención para descubrir tu máquina de escribir y tu estilo en los trabajos que recibían. No hubo mucha cooperación. A una gran cantidad de profesores no les importaba que los trabajos que recibían fueran falsos o no. Pero a nosotros sí nos importaba, Dave. Nos importaba mucho.

Cushing se inclina hacia adelante. Sus ojos, terriblemente serios buscan los de Selig. Selig aparta la vista, no puede soportar el calor de esos ojos escudriñadores.

- Comenzamos a acercarnos hace unas semanas - continúa Cushing -. Reunimos a un par de tus clientes y les amenazamos con la expulsión. Aunque nos dieron tu nombre, no sabían dónde vivías, y no teníamos forma de localizarte. Así que esperamos. Sabíamos que tenías que aparecer de nuevo para entregar los trabajos y buscar más. Luego recibimos un informe sobre un disturbio en los escalones de la Biblioteca Baja, unos jugadores de baloncesto que estaban golpeando a alguien, y te encontramos con una pila de trabajos sin entregar bajo el brazo, y ahí terminó todo. Te has quedado sin trabajo, Dave.

- Debería llamar a un abogado - dice Selig -. No debería permitirte que sigas adelante. Cuando me mostraste esos trabajos debí haber negado todo.

- No necesitas ser tan técnico con respecto a tus derechos.

- Necesitaré serlo cuando me lleves a los tribunales, Ted.

- No - dice Cushing -. No te vamos a poner un pleito, no a menos que te atrapemos escribiendo más trabajos. Por un lado, no nos interesa meterte en la cárcel y por otro no sé si lo que hiciste es un delito. Lo que en realidad queremos hacer es ayudarte. Estás enfermo, Dave. Que un hombre de tu inteligencia, de tus posibilidades, haya caído tan bajo, que haya terminado falsificando trabajos para chicos de la universidad es algo triste, Dave, muy triste. El decano Bellini, el decano Tompkins y yo mismo hemos estado discutiendo tu caso, y hemos decidido ofrecerte un plan de rehabilitación. Es posible que te encontremos trabajo en la universidad, a lo mejor como asistente de investigación. Hay muchos candidatos al doctorado que necesitan asistentes, y tenemos un pequeño fondo que podríamos utilizar para pagarte un sueldo, no mucho, pero por lo menos sería equivalente a lo que estabas ganando con esos trabajos. Y podríamos admitirte en el servicio de asesoramiento psicológico que hay aquí. Aunque no fue creado para ex alumnos, no veo por qué tenemos que ser tan rígidos con respecto a eso, Dave. Personalmente debo decir que me parece vergonzoso que un hombre de la promoción del cincuenta y seis esté metido en este tipo de líos, y aunque sólo sea por lealtad a nuestra promoción quiero hacer todo lo posible para ayudarte a que vuelvas al buen camino y a cumplir la promesa que hiciste cuando...

Cushing continúa divagando, adornando sus temas, dándole mil y una vuelta para decir siempre lo mismo, ofreciendo piedad sin censurar, prometiéndole ayuda a su compañero de promoción que sufre. Mientras Selig le escucha, pero sin prestarle mucha atención, descubre que la mente de Cushing está comenzando a abrirse para él. La pared que antes había separado sus conciencias, quizá un producto del temor y la fatiga de Selig, ha comenzado a desintegrarse. Ahora Selig puede percibir una imagen general de la mente de Cushing: es enérgica, fuerte, capaz, pero también convencional y limitada, una insensible mente republicana, una mente prosaica. En primer lugar se ve que dentro de ella no se encuentra su preocupación por Selig, sino la satisfacción consigo mismo: el brillo intenso surge de la conciencia que tiene Cushing de su afortunada posición en la vida, adornada por una casa de dos pisos en las afueras, una rubia y robusta esposa, tres hermosos hijos, un perro peludo, un Lincoln Continental nuevo y brillante. Al penetrar un poco más, Selig ve que es totalmente falsa la preocupación de Cushing por él. Detrás de esos ojos serios y de esa sincera y compasiva sonrisa que parece salir de lo más profundo, se esconde un gran desdén. Cushing lo desprecia. Cushing piensa que es inmoral, inútil, inservible, una deshonra para la humanidad en general y para la promoción del 56 de la universidad de Columbia en particular. Cushing le encuentra física y moralmente repugnante, le ve sucio e impuro, posiblemente sifilítico. Cushing sospecha que es homosexual. Cushing siente por él el desprecio de un miembro del cuerpo antidroga por un drogadicto. Para él es totalmente imposible de comprender por qué alguien que ha tenido la suerte de educarse en Columbia se dejaría caer en las

degradaciones que Selig ha aceptado. La repugnancia de Cushing hace estremecer a Selig. ¿Soy tan despreciable, se pregunta, soy una basura tan grande?

A Selig ya no le preocupa que Cushing sienta tanto desprecio por él, el contacto con su mente se hace más fuerte y profundo. Selig entra en un estado de abstracción en el que ya no se identifica con el patán miserable que ve Cushing. ¿Qué sabe Cushing? ¿Puede Cushing penetrar en la mente de otro? ¿Puede Cushing sentir el éxtasis del contacto verdadero con otro ser humano? Y en eso hay éxtasis. Viaja por la mente de Cushing como un dios, hundiéndose más allá de las defensas externas, de los orgullos y los esnobismos mezquinos, de la satisfacción vanidosa, hacia el reino de los valores absolutos del yo auténtico. ¡Contacto! ¡Éxtasis! Ese Cushing insensible es la cáscara exterior. Aquí hay un Cushing que ni siquiera Cushing conoce; pero Selig sí.

Hacia años que Selig no se sentía tan feliz. Una luz dorada y serena inunda su alma. Un irresistible regocijo le invade. Corre a través de bosques brumosos al amanecer, sintiendo el golpe suave de los helechos verdes y húmedos en las pantorrillas. Los rayos del sol atraviesan la bóveda que forma el alto follaje, y gotitas de rocío brillan con un frío fuego interior. Los pájaros despiertan. Su canto es dulce y tierno, un lejano, suave y soñoliento gorjeo. Corre a través del bosque, y no está solo, porque una mano le toma la suya; y sabe que jamás estuvo solo, y que nunca lo estará. Bajo sus pies descalzos, el suelo del bosque es húmedo y esponjoso. Corre. Corre. Un coro invisible alcanza una nota armoniosa y la sostiene, la sostiene, la sostiene, aumentando su volumen en un crescendo perfecto hasta que, en el momento en que sale del bosque y corre hacia una pradera inundada de sol, ese crescendo invade todo el cosmos, retumbando con una plenitud mágica. Se tira boca abajo en el suelo, abrazando la tierra, retorciéndose contra la alfombra formada por el fragante pasto, aplanando las manos contra la curva del planeta, y percibe el latido interior del mundo. ¡Esto es éxtasis! ¡Esto es contacto! Otras mentes rodean la suya. En la dirección en que se mueva, dándole la bienvenida, apoyándole, acercándose a él, siente su presencia. Ven, le dicen, únete a nosotros, sé un solo ser con nosotros, abandona esos destrozados fragmentos de identidad propia, escapa de todo cuanto te mantiene alejado de nosotros. Sí, responde Selig. Sí. Creo en el éxtasis de la vida. Creo en la alegría del contacto. Me entrego a vosotros. Le tocan. Él también les toca. Fue para esto que recibí mi don, mi bendición, mi poder, ¿comprenden? Para este momento de afirmación y plenitud. Únete a nosotros. Únete a nosotros. ¡Sí! ¡Los pájaros! ¡El coro invisible! ¡El rocío! ¡La pradera! ¡El sol! Se ríe: se levanta y comienza una danza extática; él, que jamás en su vida se atrevió a cantar, echa la cabeza hacia atrás para cantar, y los sonidos que salen de él son sonoros y profundos, puros, están en total armonía con la nota. ¡Sí! ¡Ah, la unión, el contacto, la fusión, la unidad! Ya no es David Selig, es parte de ellos, y ellos son parte de él, y en esa fusión gozosa experimenta la pérdida de la identidad propia, abandona toda la fatiga, el desgaste y la amargura que hay en él, abandona sus miedos e inseguridades, abandona todo lo que, durante tantos años, le ha mantenido separado de sí mismo. Se libera. Está totalmente abierto y la señal infinita del universo le invade. Recibe. Transmite. Absorbe. Irradia. Sí. Sí. Sí. Sí.

Sabe que este éxtasis durará para siempre.

Pero en el momento de esa comprensión, siente que se escurre fuera de él. La nota alegre del coro decrece. El sol baja hacia el horizonte. El mar lejano, que se retira, lame la orilla. Lucha por aferrarse a la alegría, pero cuanto más lucha más la pierde. ¿Retener la marea? ¿Cómo? ¿Retrasar la caída de la noche? ¿Cómo? ¿Cómo? Ahora el canto de los pájaros es débil. El aire se ha vuelto frío. Todo se precipita fuera de él. En medio de la creciente oscuridad está solo, recordando el éxtasis, recobrándolo momentáneamente, volviéndolo a vivir; porque ya se ha ido, y debe hacer que vuelva mediante un acto de voluntad. Se ha ido, sí. De repente, hay un gran silencio. Distante, oye un último sonido, un instrumento de cuerda, un violonchelo, quizá, pulsado pizzicato, un hermoso sonido

melancólico. Twang. La cuerda que vibra. Twing. La cuerda que se rompe. Twong. La lira desafinada. Twang. Twing. Twong. Y nada más. El silencio le envuelve. Es un silencio terminal que retumba a través de las cavernas de su cráneo, el silencio que le sigue a la rotura de las cuerdas del violonchelo, el silencio que llega con la muerte de la música. No puede oír nada. No puede sentir nada. Está solo. Está solo.

Está solo.

- Tanto silencio - murmura -. Tan solitario. Es... tan... solitario... esto.

- ¿Selig? - pregunta una voz profunda -. ¿Qué te ocurre, Selig?

- Estoy bien - dice Selig.

Trata de levantarse, pero todo carece de solidez. Se tambalea frente al escritorio de Cushing, por el piso de la oficina, cae por el planeta mismo, buscando una plataforma estable y sin encontrarla.

- Tanto silencio. ¡El silencio, Ted, el silencio!

Brazos fuertes le aferran. Es consciente de que a su alrededor, de prisa, se mueven varias figuras. Alguien está llamando a un médico. Selig sacude la cabeza, dice que no le pasa nada nada en absoluto, salvo el silencio en su cabeza, salvo el silencio, salvo el silencio. Salvo el silencio.

El invierno ha llegado. El cielo y el pavimento forman una misma banda gris inconsútil e inalterable. Pronto nevará. No sé por qué razón hace tres o cuatro días que los camiones que recogen la basura no pasan por este barrio, frente a cada edificio están amontonadas abultadas bolsas de plástico con basura; sin embargo, en el aire no hay olor a basura. Con estas temperaturas, ni siquiera los olores pueden florecer: el frío disipa cada hedor, cada signo de realidad orgánica. Lo único que triunfa aquí es el hormigón. Reina el silencio. Gatos negros y grises, huesudos, inmóviles, estatuas de ellos mismos, se asoman por los callejones. El tráfico es escaso. Desde el metro hasta la casa de Judith camino de prisa por las calles, y aparto los ojos de los rostros de la poca gente con la que me cruzo. Me siento tímido y cohibido entre ellos, como un veterano de guerra que acaba de abandonar el centro de rehabilitación y a quién aún le avergüenzan sus mutilaciones. Naturalmente no puedo decir qué están pensando; ahora sus mentes están cerradas para mí y pasan junto a mí llevando escudos de hielo impenetrable. Sin embargo, irónicamente, tengo la ilusión de que todos ellos tienen acceso a mí. Pueden mirar dentro de mí y ver en qué me he convertido. Ahí va David Selig, deben de pensar.

¡Qué descuidado fue! ¡Qué mal custodió de su don! El idiota actuó torpemente y dejó que todo se escurriera fuera de él. Aunque me siento culpable por causarles esta desilusión, no me siento tan culpable como pensé que me sentiría. En algún nivel profundo me importa un bledo. Esto es lo que soy, me digo a mí mismo. Esto es lo que seré ahora. Si no les gusta, mala suerte. Traten de aceptarme. Si no pueden hacerlo, simplemente no me hagan caso.

En 1849, en Una semana en los ríos Concord y Merrimack Thoreau dijo: "Así como la sociedad más auténtica está siempre cerca de la soledad, el discurso más excelente termina por fin en el silencio. El silencio es audible para todos los hombres, en todo momento y en todo lugar". Desde luego, Thoreau era un inadapto que tenía graves problemas neuróticos. Cuando era joven y acababa de salir de la universidad, se enamoró de una chica llamada Ellen Sewall, pero ella le rechazó y él no se casó jamás. Me pregunto si alguna vez se habrá acostado con alguien. Probablemente no. No puedo imaginar a Thoreau haciendo el amor, ¿y ustedes? Es posible que no muriera virgen, pero apuesto a que su vida sexual fue un desastre. Quizá ni siquiera se masturbaba. ¿Pueden imaginarlo sentado junto a ese estanque haciéndolo? Yo no. Pobre Thoreau. El silencio es audible, Henry.

Mientras camino hacia el apartamento de Judith, imagino que encuentro a Toni en la calle. Creo ver una figura alta arropada con un grueso abrigo anaranjado. Cuando tan sólo nos separan un par o tres de pasos, la reconozco. Por extraño que parezca, ante este

inesperado encuentro no siento ni excitación ni temor; estoy bastante tranquilo, casi indiferente. En otro momento quizá habría cruzado la calle para evitar un encuentro posiblemente perturbador, pero ahora no: con serenidad me detengo frente a ella, le sonrío, levanto las manos para saludarla.

- ¿Toni? - digo -. ¿No me reconoces?

Me estudia, frunce el ceño, por un momento parece desconcertada, pero sólo por un momento.

- ¿David? ¡Hola!

Tiene el rostro más delgado, los pómulos más altos y prominentes. Hay algunas hebras grises en su pelo. Cuando yo la conocí tenía un curioso mechón gris en la sien, algo muy inusual; ahora el gris está esparcido en forma más irregular entre el negro. Es normal, ya tiene treinta y tantos años, no es exactamente una muchacha. De hecho, tiene la edad que yo tenía cuando la conocí. En realidad sé que apenas ha cambiado, sólo ha madurado un poco. Se ve tan hermosa como siempre. Aun así, no hay deseo en mí. Toda pasión se ha consumido, Selig. Toda pasión se ha consumido. Y también ella está misteriosamente libre de turbulencias. Recuerdo nuestro último encuentro, el dolor reflejado en su rostro, el enorme montón de colillas de cigarrillos. Su expresión ahora es afable y distraída. Ambos hemos atravesado el reino de las tormentas.

- Te encuentro bien - le digo -. ¿Cuánto hace, ocho, nueve años?

La respuesta ya la conozco. Sólo la estoy probando. Y pasa la prueba, diciendo:

- El verano del sesenta y ocho.

Siento alivio al ver que no lo ha olvidado. Sigo siendo un capítulo de su autobiografía.

- ¿Cómo te ha ido, David?

- Nada mal. - La conversación se inicia -. ¿Qué haces ahora?

- Estoy en Random House. ¿Y tú?

- Trabajo por mi cuenta, soy independiente - le digo -. Hoy aquí y mañana allí.

¿Estará casada? Los guantes en sus manos no me ofrecen ninguna respuesta. No me atrevo a preguntar. Me es imposible leerle la mente. Fuerzo una sonrisa y paso de un pie al otro. El silencio que se ha creado entre nosotros parece de repente insalvable. ¿Es posible que tan pronto hayamos agotado todos los temas? ¿No queda ningún punto de contacto salvo aquellos que son demasiado dolorosos para reabrir?

Me dice:

- Has cambiado.

- Estoy más viejo, más calvo, más cansado.

- No es eso. Has cambiado por dentro.

- Supongo que sí.

- Antes me hacías sentir incómoda, tenía una sensación molesta. Ahora ya no la tengo.

- ¿Después del viaje, quieres decir?

- Antes y después - me dice.

- ¿Siempre te sentías incómoda conmigo?

- Siempre. Nunca supe por qué. Incluso cuando estábamos realmente unidos, sentía... no sé, que estaba en guardia, que no tenía estabilidad, que estaba incómoda contigo. Y ya no lo siento. La sensación ha desaparecido por completo. Me pregunto por qué.

- El tiempo cura todas las heridas - le digo. Sabiduría oracular.

- Supongo que tienes razón. ¡Dios, qué frío! ¿Crees que nevará?

- Sin duda, dentro de poco.

- Odio este tiempo tan frío.

Se ajusta más el abrigo. No la conocí en tiempo frío. Primavera y verano, luego adiós, vete, adiós, adiós. Es extraño lo que ahora siento por ella, si me invitara a su apartamento probablemente le pondría una excusa como que voy a visitar a mi hermana. Claro que es imaginaria; es posible que eso tenga algo que ver. Pero tampoco estoy recibiendo ninguna emanación de ella. No está transmitiendo, o mejor dicho, yo no estoy recibiendo.



Es sólo una estatua de ella misma, como los gatos en el callejón. Ahora que soy incapaz de recibir, ¿seré incapaz de sentir? Me dice:

- Me alegro mucho de haberte visto, David. ¿Qué te parece si nos vemos uno de estos días?

- Por supuesto. Tomaremos algo y hablaremos de los viejos tiempos.

- Me encantaría.

- A mí también.

- Cuídate, David.

- Tú también, Toni.

Sonreímos. Me despido con un saludo militar. Nos alejamos; yo sigo caminando hacia el oeste, ella se apresura por una calle ventosa hacia Broadway. Me alegro de haberla encontrado. Todo ha sido tranquilo, amigable, sin emoción entre nosotros. De hecho, todo muerto. Toda pasión se ha consumido. Me alegro mucho de haberte visto, David. ¿Qué te parece si nos vemos uno de estos días? Al llegar a la esquina me doy cuenta de que olvidé pedirle el número de teléfono. ¿Toni? ¿Toni? Pero ha desaparecido. Como si jamás hubiera estado allí.

Es la pequeña grieta en el laúd  
que a la música pronto apagará  
y al agrandarse lentamente todo acallará.

Esto es Tennyson: Merlín y Viviana. Ya han oído esa línea sobre la grieta en el laúd, ¿no? Pero jamás supieron que era Tennyson. Yo tampoco. Mi laúd está agrietado. Twang. Twing. Twong.

Aquí hay otra joyita literaria:

Todo sonido terminará en el silencio, pero el silencio no muere jamás.

En 1876, Samuel Miller Hageman escribió eso en un poema titulado Silencio. ¿Oyeron hablar alguna vez de Samuel Miller Hageman? Yo no. Quienquiera que fueras, Sam, eras un viejo sabio.

Cuando tenía ocho o nueve años, antes de que adoptaran a Judith, un verano fui con mis padres a pasar unas semanas a un lugar de los Catskills. Había un campamento para los chicos en el que nos enseñaban natación, tenis, béisbol, trabajos manuales y otras actividades, mientras los mayores podían dedicarse a jugar a los naipes y realizar otras actividades productivas tales como beber. Una tarde, el campamento organizó una competición de boxeo. En mi vida me había puesto guantes de boxeo, y cuando había peleas en el colegio había resultado ser un luchador incompetente, así que el asunto no me entusiasmaba. Observé las cinco primeras peleas consternado. ¡Todos esos golpes! ¡Todas esas narices ensangrentadas!

Me llegó el turno. Mi adversario era un chico llamado Jimmy, unos meses más joven que yo pero más alto, más pesado y mucho más atlético. Creo que los organizadores nos hicieron competir juntos a propósito, con la esperanza de que Jimmy me matara: yo no era el favorito.

- ¡Primer asalto! - gritó uno de ellos, y ambos nos acercamos.

Con toda claridad oí que Jimmy pensaba golpearme en la barbilla, y justo en el momento en que dirigió su guante hacia mi cara, agaché la cabeza y le golpeé en el estómago. Eso le enfureció. Cambió su táctica y se propuso golpearme en la cabeza, pero también vi venir esa maniobra, me hice a un lado y le di un golpe en el cuello, junto a la nuez de Adán. Hizo arcadas y se volvió, a punto de llorar. Al cabo de un instante volvió al ataque, pero seguí anticipándome a sus movimientos y jamás llegó a tocarme. Por primera vez en mi vida me sentí fuerte, capaz, agresivo. Mientras le golpeaba miré al otro lado del improvisado cuadrilátero y vi a mi padre con el rostro encendido de orgullo y al padre de Jimmy junto a él con una expresión de enojo y perplejidad. Fin del primer asalto. Aunque estaba sudoroso, me sentía alegre y sonriente.

Segundo asalto: Jimmy se acercó decidido a hacerme pedazos. Lanzaba golpes laterales de un modo alocado, frenético, seguía tratando de darme en la cabeza. Pero yo la movía de manera que no pudiera alcanzarla, bailé hacia un lado y volví a golpearle en el estómago, esta vez aún más fuerte. Cuando se dobló en dos, le di un golpe en la nariz y cayó al suelo, llorando. El que se había encargado de organizar la competición de boxeo contó hasta diez muy rápidamente y levantó mi mano.

- ¡Oye, Joe Louis! - gritó mi padre -. ¡Oye, Willie Pep!

El organizador me sugirió que me acercara a Jimmy, le ayudara a ponerse de pie y le diera la mano. Cuando se levantó detecté claramente que tenía la intención de darme con la cabeza en los dientes, y yo simulé no estar prestando atención hasta que, cuando vino al ataque, me hice a un lado con toda tranquilidad y le di con los puños en su encorvada espalda. Eso le destrozó.

- ¡David hace trampa! - gimió -. ¡David hace trampa!

¡Cómo me odiaron todos por mi destreza! O lo que interpretaron como mi destreza. Mi don astuto de adivinar siempre lo que iba a ocurrir. Bueno, eso no sería un problema ahora. Todos me querrían. Y queriéndome, me molerían a palos.

Judith me abre la puerta. Lleva puesto un viejo suéter gris y unos pantalones azules con un agujero en la rodilla. Extiende sus brazos hacia mí y la abrazo con cariño, apretándola contra mi cuerpo durante unos segundos. Oigo música desde adentro: el Idilio de Sigfrido, creo. Música dulce, apacible, propicia para la aceptación.

- ¿Ya está nevando? - pregunta.

- Aún no. Cielo gris y mucho frío, eso es todo.

- Te traeré un trago. Ve a la sala.

Me detengo junto a la ventana, ya están cayendo algunos copos de nieve. Aparece mi sobrino y me estudia desde una distancia más que prudencial. Para mi asombro, me sonrío. Se dirige a mí en tono afectuoso:

- ¡Hola, tío David!

Judith debió de haberle dicho que fuera amable. Sé bueno con tío David, debe de haberle dicho. Últimamente ha tenido muchos problemas, no se siente bien. Así que ahí está el chico, siendo bueno con tío David. Creo que es la primera vez que me sonrío. Ni en la cuna me dedicó gorjeos y risitas. Hola, tío David. Muy bien, jovencito, aprecio tu gesto.

- Hola, Pauly, ¿cómo te va?

- Muy bien - dice.

Y con eso finaliza toda su cortesía social, ni siquiera se digna preguntar cómo me encuentro, se limita a coger uno de sus juguetes y se enfrasca en sus intrincamientos. Sin embargo, de vez en cuando sus grandes y oscuros ojos brillantes siguen examinándome y en su mirada no parece haber hostilidad.

Wagner se acaba. Miro los discos y, de entre todos, selecciono uno que coloco en el giradiscos. Schoenberg. Verklarte Nacht. Música de angustia tempestuosa seguida de calma y resignación. De nuevo, el tema de la aceptación. Muy bien. Muy bien. Me envuelve el torbellino de cuerdas. Exquisitos y sensuales acordes. Aparece Judith con un vaso de ron en la mano. Ella se ha servido algo suave, jerez o vermut. Aunque está algo demacrada, se la ve muy amistosa, muy abierta.

- Salud - dice.

- Salud.

- Me gusta la música que has puesto. A mucha gente le resultaría imposible creer que Schoenberg podía ser dulce y sensual. Claro que es el Schoenberg de las primeras épocas.

- Sí - digo -. Los jugos románticos tienden a secarse a medida que se envejece, ¿no? ¿Qué has hecho últimamente, Jude?

- Nada en especial, más o menos lo mismo de siempre.

- ¿Cómo está Karl?
- Ya no veo a Karl.
- ¡Ah!
- ¿No te lo había dicho?
- No - le contesto -. Es la primera noticia que tengo sobre eso.
- No estoy acostumbrada a necesitar decirte las cosas, Duv.
- Mejor será que te acostumbres. Tú y Karl...

- Se puso muy insistente y pesado con el tema de la boda. Le dije que era demasiado pronto, muy precipitado, que no le conocía lo suficiente, que me daba miedo estructurar mi vida de nuevo cuando era posible que ésa no fuera la estructura indicada para mí. Eso no le sentó demasiado bien. Comenzó a sermonearme sobre los que retrocedían ante un compromiso, sobre la autodestrucción y cosas como ésas. Mientras hablábamos de eso le miré a la cara y de repente comprendí que le veía como a una especie de padre. Ya me entiendes, grande, pomposo y severo, más que un amante le veía como un mentor, un profesor, y no era eso lo que yo quería. Y empecé a pensar cómo sería dentro de unos diez o doce años. Él tendría más de sesenta años mientras yo sería joven aún. Me di cuenta de que juntos no teníamos ningún futuro. Se lo dije con la mayor suavidad posible. Desde hace más de diez días no tengo noticias suyas, supongo que no me llamará.

- Lo siento.

- No es preciso que lo digas, Duv. Hice lo que creí que era más inteligente, de eso no tengo la menor duda. Karl fue bueno para mí, pero no podría haber sido algo permanente. Mi fase Karl, una fase muy saludable. Cuando se sabe a ciencia cierta que una fase se ha terminado, lo mejor es cortar por lo sano y no dejar que se prolongue inútilmente.

- Sí - digo -. Sin duda.

- ¿Quieres más ron?

- Dentro de un rato, ahora no, gracias.

- ¿Y tú? - pregunta -. Háblame de ti. Cómo te va, ahora que... ahora que...

- ¿Ahora que ha terminado mi fase de superhombre?

- Sí - dice -. Se ha ido de verdad, ¿eh?

- De verdad, por completo. No hay duda.

- Y entonces, Duv, ¿cómo te has sentido desde que ocurrió?

Justicia. Se oye hablar mucho de justicia la justicia de Dios. Él vela por los justos. Castiga a los malvados. ¿Justicia? ¿Dónde está la justicia? O lo que es lo mismo, ¿dónde está Dios? ¿Está realmente muerto, o sólo de vacaciones, o simplemente distraído? Miren Su justicia. Envía una inundación a Paquistán. Zas, un millón de muertos, tanto el adúltero como la virgen. ¿Justicia? Quizá. Es posible que las presuntamente inocentes víctimas no fueran, después de todo, tan inocentes. Zas, la devota monja de la leprosería contrae lepra y sus labios se caen de la noche a la mañana. Justicia. Zas, la catedral que los feligreses han estado construyendo durante los últimos doscientos años queda reducida a escombros por un terremoto la víspera de Pascua. Zas. Zas. Dios se ríe en nuestras caras. ¿Esto es justicia? ¿Dónde? ¿Cómo? Por ejemplo, piensen en mi caso. No estoy tratando de obtener su compasión, me limito a ser simplemente objetivo. Escuchen, no pedí ser un superhombre. En el momento de mi concepción se me entregó ese don. Un incomprensible capricho de Dios. Un capricho que me definió, me moldeó, me deformó, me dislocó, y no me lo gané, no lo pedí, no lo deseé para nada, a no ser que quieran pensar en mi herencia genética en términos del mal karma de otro, y al diablo con eso. Fue algo casual. Dios dijo: Que este chico sea un superhombre, y ¡hete aquí! el joven Selig era un superhombre, en un sentido limitado de la palabra. Pero, de todos modos, sólo por un tiempo. Dios me preparó para todo lo que me ocurrió: el aislamiento, el sufrimiento, la soledad, incluso la compasión de mí mismo. ¿Justicia? ¿Dónde? El Señor da, quién diablos sabe por qué, y el Señor quita. ¿Qué es lo que ha hecho ahora? El poder ha desaparecido. Soy una persona normal y corriente como todos los demás. No

me interpreten mal: acepto mi destino, estoy absolutamente resignado. No les estoy pidiendo que sientan lástima por mí. Sólo intento explicarme todo esto.

Ahora que el poder ha desaparecido, ¿quién soy? ¿Cómo me defino a mí mismo ahora? He perdido un aspecto especial de mi persona, mi poder, mi herida, la razón de mi aislamiento. Todo lo que me queda ahora es el recuerdo de haber sido distinto. Las cicatrices. ¿Qué se supone que debo hacer ahora? Ahora que la diferencia no existe y sigo estando aquí, ¿cómo me relaciono con la humanidad? El murió. Yo sigo viviendo. ¡Qué cosa tan extraña me has hecho, Dios! Espero que comprendas que no me estoy quejando, me limito a hacer preguntas, con un tono de voz tranquilo y razonable. Estoy tratando de comprender la naturaleza de la justicia divina. Creo que el viejo arpista de Goethe estaba en lo cierto con respecto a ti, Dios. Nos has conducido a la vida, has dejado que el pobre hombre cayera en el pecado, y luego le has abandonado en su desgracia. Porque todo pecado es vengado en la Tierra. Es una queja razonable. Tú tienes el sumo poder, Dios, pero te niegas a tener la suma responsabilidad. ¿Eso es justo? Creo que yo también tengo una queja razonable. Si hay justicia, ¿por qué tantas cosas de la vida parecen injustas? Si realmente estás de nuestro lado, Dios, ¿por qué nos entregas una vida de dolor? ¿Dónde está la justicia para la criatura que nace sin ojos? ¿La que nace con dos cabezas? ¿La que nace con un poder que se suponía que no debían tener los hombres? Sólo estoy preguntando, Dios. Acepto tu mandato, créeme, me inclino ante tu voluntad, porque da lo mismo: (después de todo, ¿qué alternativa tengo?) pero, aun así, tengo derecho a preguntar, ¿no es así?

Oye, ¿Dios? ¿Dios? ¿Me estás escuchando, Dios?

Creo que no. Creo que te importa un bledo. Dios, creo que me has estado tomando el pelo.

La-la-la-ra-la-la. La música se está acabando. Armonías celestiales llenan la habitación. Todo se fusiona y se vuelve unidad. Al otro lado de la ventana los copos de nieve forman remolinos. Sigue adelante, Schoenberg, al menos cuando eras joven tú comprendiste, captaste la verdad y la escribiste en un papel. Te estoy oyendo, viejo. No hagas preguntas, me dices. Acepta. Sólo acepta, ese es el lema. Acepta. Acepta. No importa lo que te ocurra, acepta.

Judith me dice:

- Claude Guermentes me ha invitado a que esta Navidad vaya con él a Suiza a esquiar. Puedo dejar al chico con una amiga en Connecticut, pero no iré si me necesitas, Duv. ¿Estás bien? ¿Puedes arreglártelas?

- Claro que puedo. No estoy parálítico, Jude, ni tampoco he perdido la vista. Si eso es lo que quieres, vete a Suiza.

- Sólo serán ocho días.

- Sobreviviré.

- Cuando regrese, espero que te mudes de ese edificio. Deberías vivir por aquí, cerca de mi casa. Deberíamos vernos más a menudo.

- Quizá.

- Si quieres podría presentarte a algunas amigas mías. Si te interesa.

- Magnífico, Jude.

- No pareces demasiado entusiasmado.

- Conmigo hay que ir poco a poco - le digo -. No me apremies con un millón de cosas. Necesito tiempo para poner en orden mis ideas.

- De acuerdo. Es como una nueva vida, ¿verdad, Duv?

- Una nueva vida. Sí. Eso es, una nueva vida, Jude.

Ahora la tormenta es intensa. Bajo las primeras capas de blancura desaparecen los automóviles. Durante la cena el meteorólogo de la radio ha hablado de una acumulación de veinticinco a treinta centímetros antes de la mañana. Judith me ha invitado a pasar la noche aquí, en el cuarto de servicio. Bueno, ¿por qué no? ¿Por qué rechazarla

justamente ahora? Me quedaré. Por la mañana llevaremos al pequeño Pauly al parque con su trineo, a la nieve nueva. Ahora está nevando de verdad. ¡Qué bonita que es la nieve! Lo cubre todo, lo limpia todo; aunque sólo sea por poco tiempo, purifica esta cansada y desgastada ciudad y a sus cansados y desgastados habitantes. No puedo apartar los ojos de ella. Mi rostro está muy cerca de la ventana. Tengo una copa de coñac en la mano, pero me olvido de ella por completo, porque la nieve me ha atrapado con su hechizo hipnótico.

- ¡Bu! - grita alguien detrás de mí.

Doy un salto tan grande que el coñac de mi vaso salpica la ventana. Lleno de terror me doy la vuelta, agachado, listo para defenderme; luego el miedo instintivo desaparece y comienzo a reír. Judith también ríe.

- Es la primera vez en mi vida que te sorprende - dice -. ¡La primera vez en treinta y un años!

- Me has dado un susto tremendo.

- Durante tres o cuatro minutos he estado parada aquí pensando cosas para ti. Esperando recibir una réplica mordaz de tu parte, pero no, no, no has reaccionado, has seguido mirando la nieve. Así que me he acercado sin hacer ningún ruido y te he gritado en la oreja. Te has asustado de verdad, Duv. No estabas fingiendo.

- ¿No habrás creído que te estaba mintiendo acerca de lo que me había pasado?

- No, claro que no.

- Entonces, ¿por qué has pensado que podría estar fingiendo?

- No lo sé. Supongo que he dudado un poquito de ti. Pero ya no. ¡Ay, Duv, Duv. lo siento tanto por ti!

- Pues no lo hagas - le digo -. Por favor, Jude.

En silencio, está llorando. ¡Qué extraño me resulta ver llorar a Judith! Y nada menos que por amor hacia mí. Por amor hacia mí.

Ahora hay un gran silencio.

Afuera el mundo es blanco, adentro gris. Lo acepto. Pienso que la vida será más apacible. El silencio se convertirá en mi lengua materna. Habrá descubrimientos y revelaciones, pero ningún trastorno. Es posible que más adelante el mundo vuelva a tener algo de color para mí.

En vida nos consumimos. Al morir vivimos. Recordaré eso. Me regocijaré. Twang. Twing. Twong. Hasta que muera de nuevo, hola, hola, hola, hola.

**FIN**